

Visítanos en : [repisabooks.blogspot.com](http://repisabooks.blogspot.com)

ESTELLE MASKAME

LOVE • NEED • MISS



You 3 Miss You Estelle Maskame

## SINOPSIS

Ha pasado un año desde la última vez que Eden habló con Tyler. Sigue furiosa con él por haberse marchado de manera repentina el pasado verano, pero ha hecho todo lo que ha podido para seguir adelante con su vida en la universidad de Chicago. Cuando llegan las vacaciones, regresa a Santa Mónica pero no es la única que ha decidido volver a casa.

## CAPÍTULO 1

El agua está fría, sin embargo, eso no impide que me meta en ella, solo hasta cubrirme los tobillos. Llevo las Converse en la mano, los cordones están atados alrededor de mis dedos, y el viento se está levantando, como siempre. Está demasiado oscuro para ver por encima de las olas bajas, pero puedo oír cómo el agua rompe y hace remolinos a mi alrededor, y casi me olvido de que no estoy sola. También se oye el retumbar de los fuegos artificiales, de las risas y de las voces, de los festejos y la alegría. Dejo de pensar, solo por un segundo, que es el Cuatro de Julio.

Una chica pasa corriendo por mi lado, dentro del agua, interrumpiendo la corriente tranquila y suave. Un chico la persigue. Es probable que sea su novio. Me salpica por accidente cuando pasa rozándome, riéndose a carcajadas antes de alcanzar a la chica y atraerla hacia él. Sin darme cuenta hago rechinar los dientes, mientras aprieto los cordones en mi puño con más fuerza. Ambos tienen más o menos mi edad pero no los conozco de nada. Seguramente han venido de fuera, de alguna ciudad cercana, para celebrar el Cuatro de Julio en Santa Mónica. No entiendo por qué. Aquí la fiesta no es nada espectacular. Los fuegos artificiales son ilegales, lo cual constituye la segunda ley más estúpida de la historia, aparte de que sea ilegal servirte gasolina tú mismo en Oregón. Así que no hay fuegos artificiales, solo los que lanzan en Marina del Rey en la zona sur y en Pacific Palisades en el norte,

que se ven desde aquí. Ya son más de las nueve, así que ambos espectáculos acaban de comenzar. A lo lejos, los colores iluminan el cielo, pequeños y desenfocados, pero eso es suficiente para satisfacer a turistas y a lugareños. La pareja ahora se está besando en el agua, en la oscuridad bajo las luces del Pacific Park. Yo aparto la vista. Comienzo a alejarme del muelle, abriéndome paso poco a poco por el océano Pacífico mientras me aísla de todo el jaleo del Cuatro de Julio. Hay mucha más gente en el muelle. La playa no está tan a tope, así que dispongo de espacio para respirar.

Este año, sencillamente, no siento toda esa excitación que va ligada al Día de la Independencia. Tengo demasiados recuerdos asociados a él que preferiría olvidar, por lo tanto sigo caminando, más y más lejos, por la costa. Solo me detengo cuando Rachael grita mi nombre. Hasta ese preciso instante se me había olvidado que estaba esperando a que volviera. Me doy la vuelta en el agua para mirar a mi mejor amiga mientras ella se acerca a mí dando saltitos y casi corriendo por la arena. Lleva un pañuelo con la bandera estadounidense en la cabeza y se aproxima con dos helados. Había desaparecido hace casi quince minutos para ir a comprarlos al Soda Jerks, que, como casi todas las tiendas del muelle, esta noche está abierta hasta más tarde de lo normal.

—He llegado justo cuando estaban cerrando —dice Rachael, casi sin aliento. Su coleta se mece alrededor de sus hombros cuando se

detiene y me pasa el helado, pero no sin antes lamer las gotas que rebosan del vaso y cubren su dedo índice. Salgo del agua con cuidado para unirme a ella, agradeciéndole el helado con una sonrisa. Llevo toda la noche sin decir una palabra y todavía no logro reunir las fuerzas para fingir que estoy bien, que estoy tan feliz como todos. Así que cojo el helado con mi mano libre, mientras en la otra todavía llevo mis Converse —las deportivas rojas son la única señal de patriotismo que mostraré hoy— y enseguida recorro el helado con la vista. Se llama Carrusel Tobogán, en honor al carrusel del tobogán que hay dentro del hipódromo Loeff, en el muelle. La heladería Soda Jerk está en la esquina. Durante las tres semanas que llevo en casa, hemos venido más de una vez. De hecho, creo que últimamente tomamos más helados que café. Es mucho más agradable.

—Están todos en el muelle —me recuerda Rachael—. Tal vez deberíamos ir hacia allí. —Su tono parece prudente cuando lo sugiere, como si estuviera esperando a que yo la corte de inmediato y le diga que no. Baja sus ojos azules hacia su helado, y le da un lametón rápido. Mientras traga, mis ojos se desvían por encima de su hombro hacia el muelle. La noria Pacific está poniendo en escena el espectáculo de todos los años para celebrar el Cuatro de Julio, en el que miles de puntos LED exhiben secuencias transitorias de luces rojas, azules y blancas. Ha comenzado justo después de que dieran las ocho, con la puesta de

sol. Rachael y yo las hemos mirado durante unos minutos cuando se han encendido, pero enseguida nos ha aburrido. Reprimiendo un suspiro, vuelvo la mirada hacia la pasarela de madera. Está demasiado llena, pero no quiero poner a prueba la paciencia de Rachael más aún, así que le digo que vale.

Nos damos la vuelta y cruzamos la playa, abriéndonos camino entre la gente que está pasando la tarde en la arena, mientras comemos nuestras tarrinas de helado en silencio. Tras unos minutos, me detengo para volver a ponerme las Converse.

—¿Ya has encontrado a Meghan?

Levanto la vista hacia Rachael al tiempo que termino de meterme los cordones.

—No la he visto.

Para ser sincera, no la he buscado. Aunque Meghan es una vieja amiga de ambas, eso es todo lo que parece ser. Nada más que eso. Pero también ha vuelto a casa para pasar el verano, así que Rachael se está esforzando por reunir a nuestro antiguo trío.

—Ya la encontraremos —dice, y entonces cambia inmediatamente de tema y añade—: ¿Te has enterado de que este año la noria está programada para seguir el ritmo de una canción de Daft Punk? Me adelanta dando saltitos, haciendo piruetas en la arena, y regresa contoneándose a mi lado. Alcanza mi mano libre y tira de mí hacia ella, con una sonrisa amplia y deslumbrante mientras me hace dar vueltas. A regañadientes, bailo un poco a pesar de que no hay



música.

— Otro verano, otro año.

Me aparto de ella, con cuidado de no derramar mi helado, y la observo. Ella sigue meciéndose, bailando al ritmo de la canción que tiene en la cabeza. Cuando cierra los ojos y hace una nueva pirueta, pienso en sus palabras. «Otro verano, otro año.» Este es el cuarto verano que somos mejores amigas, y a pesar de nuestra pequeña pelea del año pasado, seguimos tan unidas como siempre. No estaba segura de si me perdonaría los errores que cometí, pero lo hizo. Los dejó pasar, porque había cosas más importantes en las que centrarse. Como el abastecerme de helados y sacarme a dar paseos por todo el estado para distraerme, para hacerme sentir mejor. Los momentos de desesperación hacen que las buenas amigas sean indispensables. Y sin embargo, a pesar de que tuve que marcharme a Chicago, donde he pasado el año sobreviviendo el primer curso en la universidad, hemos continuado siendo mejores amigas. Ahora que estoy de nuevo en Santa Mónica hasta septiembre, tenemos meses para recuperar el tiempo perdido.

—Todo el mundo te está mirando —le advierto.

Las comisuras de mis labios dibujan una sonrisa mientras sus ojos se abren como platos, las mejillas se le sonrojan cuando mira a su alrededor. Varias personas han presenciado su baile silencioso.

—Toca retirada —susurra.

Me coge por la muñeca y echa a correr. Me arrastra por la playa, levantando mucha arena con los pies; nuestras carcajadas hacen eco a nuestro alrededor y no me deja otra opción que salir tras ella. No corremos mucho: solo unos metros, lo suficiente para alejarnos de sus espectadores.

—En mi defensa —señala entre resuellos— diré que está permitido hacer el idiota el Cuatro de Julio. Es un ritual de paso. Enfatiza el hecho de que esta es una nación libre. Porque podemos hacer lo que nos da la real gana. Me gustaría que fuese así. Si hay algo que he aprendido en los diecinueve años que llevo respirando, es que claramente no podemos hacer lo que nos dé la real gana. No podemos servirnos gasolina nosotros mismos. No podemos lanzar fuegos artificiales.

No podemos tocar el letrero de Hollywood. No podemos entrar en propiedades privadas. No podemos besar a nuestros hermanastros. A ver, por supuesto que podemos hacer todo eso, pero solo si somos lo bastante valientes para enfrentarnos a las consecuencias. Miro a Rachael y pongo los ojos en blanco mientras subimos los escalones hasta el muelle. La música del Pacific Park va aumentando de volumen conforme nos acercamos. La noria sigue parpadeando: rojo, azul y blanco. El resto del parque de diversiones también está iluminado, pero no de forma tan patriótica. Nos vamos abriendo paso por el aparcamiento superior del muelle, apretujándonos entre los coches, que están demasiado



cerca unos de los otros, cuando veo a Jamie. Está con su novia, Jen. Ya llevan saliendo casi dos años. La tiene apretujada contra la puerta del pasajero de un viejo y destartado Chevy en un rincón alejado del parking. Es obvio que se están dando el lote. Rachael también parece darse cuenta, porque se detiene a mi lado y contempla la escena.

—He oído que es bastante gamberro —murmura—. Como una versión rubia y en miniatura de su hermano cuando tenía su edad. Le lanzo una mirada amenazadora a Rachael de manera casi automática por la mención del hermano de Jamie, que también resulta ser mi hermanastro. No hablamos de él. Jamás pronunciamos su nombre. Ya no. Rachael nota la repentina tensión en mi rostro y la dureza de mi expresión, porque cuando se da cuenta de su error enseguida articula un «perdón» con los labios y luego se cubre la boca con la mano. Me relajo un poco y vuelvo la vista hacia Jamie y Jen. Estos continúan besándose. Con los ojos en blanco, tiro el resto de mi helado en una papelería y luego me aclaro la garganta y grito:

—¡No te olvides de respirar, Jay!

Rachael se ríe entre dientes y me da una palmada en el hombro. Cuando Jamie levanta la vista, con los ojos brillantes y el pelo alborotado, yo lo saludo con la mano. Al contrario que Jen, que casi se muere de la vergüenza, mi hermanastro solo se cabrea, igual que siempre que intento hablar con él.

—¡Que te den, Eden! —grita desde el otro lado del aparcamiento; su voz grosera retumba entre los coches. Le coge la mano a Jen, se da la vuelta y la arrastra en la dirección opuesta. Seguramente lleva toda la noche intentando evitar a Ella, porque cuando pretendes darte el lote con tu novia, la última persona a la que quieres encontrarte es tu madre.

—¿Sigue sin dirigirte la palabra? —pregunta Rachael cuando deja de reírse por lo bajo.

Me encojo de hombros y me pongo a caminar otra vez mientras me paso los dedos por las puntas del pelo. La melena me llega un poco más abajo de los hombros. Me lo corté en invierno.

—La semana pasada me pidió que le pasara la sal —digo—. ¿Eso cuenta?

—No.

—Pues entonces todavía no nos hablamos.

A Jamie no le caigo muy bien que digamos. No porque tenga diecisiete años y un pavo impresionante que apareció de la nada el año pasado, sino porque todavía le da un asco terrible la relación que tuve con su hermano mayor. No soporta a ninguno de los dos, y aunque he intentado convencerlo un millón de veces de que ya no hay nada por lo que preocuparse, él se niega a creerme. Por lo general se marcha hecho una furia y da varios portazos. Dejo escapar un suspiro de frustración mientras Rachael y yo nos dirigimos a la pasarela principal, que sigue igual de ajetreada que

hace unas horas. Hay muchas familias con niños y un montón de perros que intentan esquivar la aglomeración de cochecitos de bebé. Hay muchas parejas jóvenes, como la que estaba en la playa. No puedo soportar mirarlos. Sus manos entrelazadas y sus intercambios de sonrisas solo hacen que se me forme un nudo en el estómago. Y no es que sienta mariposas, sino que me duele. Ahora mismo, por ser el día que es y por estar en el lugar que estamos, detesto a todas y cada una de las parejas que veo.

Tras unos minutos Rachael se detiene para hablar con unas chicas que iban con ella a clase en el instituto. Las recuerdo vagamente, las habré visto en la escuela o en el Paseo. No las conozco, pero ellas a mí sí. Ahora todo el mundo me conoce. Yo soy esa. Yo soy esa Eden. Yo soy la chica que recibe miradas de asco, de la que se burlan y de la que se ríen por lo bajo vaya a donde vaya. Y eso es justo lo que está sucediendo ahora. No importa lo mucho que intente ofrecerles una sonrisa cálida, no me la devuelven. Las dos me disparan miradas duras con el rabillo del ojo e intentan darme la espalda, acercándose más a Rachael para dejarme del todo fuera de la conversación. Aprieto los labios con firmeza y me cruzo de brazos, dándole pataditas a los tablones de la pasarela mientras espero a que mi amiga termine.

En esta situación me encuentro cada vez que vengo a Santa Mónica. A nadie le gusta verme por aquí. Piensan que soy una loca y una rara. Hay algunas excepciones, como mi madre y Rachael,

pero poco más. El resto se limita a juzgarme, aunque no conozcan toda la historia. Creo que lo peor fue el año pasado por Acción de Gracias. Fue la primera vez que regresé a casa después de haberme marchado a la universidad en septiembre, y ya se había corrido la voz, y los rumores se extendieron como la pólvora durante el mes que estuve fuera. Así que para entonces, todo el mundo lo sabía. Al principio no entendía lo que estaba sucediendo ni por qué de repente todo había cambiado. No sabía por qué Katy Vance, una chica que iba conmigo a algunas clases en el instituto, bajó la cabeza y se dio la vuelta para evitarme cuando la saludé con la mano. No sabía por qué la dependienta del supermercado se rió cuando se volvió hacia su compañera mientras yo salía de la tienda. No tenía ni idea de por qué estaban sucediendo estas cosas, hasta que el domingo, cuando ya me encontraba en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles esperando a embarcar de vuelta a Chicago, una chica a la que no había visto en mi vida me preguntó en voz baja:

—Tú eres la chica que salía con su hermanastro, ¿no?

Rachael se queda callada durante un rato. Me echa un vistazo de vez en cuando, es como si estuviera tratando de descifrar si estoy bien o no, y aunque yo me encojo de hombros con tranquilidad en un intento de convencerla de que no me pasa nada, pone fin a la conversación y les dice a las chicas que nos tenemos que ir, a pesar de que no sea verdad. Por eso quiero tanto a Rachael.

—Solo por eso, no pienso volver a hablar con ellas nunca más — declara cuando las chicas se alejan; su voz es firme.

Tira su helado en una papelera y me coge por el brazo. Me obliga a mirar hacia el Pacific Park con tanta rapidez que casi me provoca un latigazo cervical.

—Sinceramente, ya no me importa —intento decirle. Caminamos sin rumbo entre la muchedumbre, que ya no parece tan densa al estar metidas en ella, y me dejo llevar por la pasarela.

—Ya —responde Rachael con una voz distante, como si no me creyera. Estoy a punto de defender mi afirmación, de decirle: «No, en serio, estoy bien, todo va bien», cuando algo llama nuestra atención antes de que yo tenga la oportunidad de abrir la boca. Jake Maxwell aparece de la nada y se acerca corriendo hacia nosotras, nos corta el paso y nos para en seco. Es un amigo incluso más antiguo que Meghan; sin embargo, ya hemos hablado con él hace un par de horas, cuando todavía estaba bastante sobrio. Ahora ya no se puede decir lo mismo.

—¡Por fin os encuentro, chicas!

Nos separa los brazos, que estaban entrelazados, nos coge a ambas de la mano y nos planta un beso húmedo en los nudillos. Jake ha vuelto a casa de Ohio por primera vez, no lo habíamos visto desde hace dos años, y cuando nos topamos con él me sorprendió descubrir que ahora lleva barba y él se sorprendió aún más al descubrir que todavía vivo en Santa Mónica. Por alguna

razón tenía la idea de que me había vuelto a mudar a Portland hacía mucho tiempo. Pero dejando de lado la barba y las suposiciones, no ha cambiado. Sigue siendo un ligón y no intenta negarlo. Cuando Rachael le preguntó cómo le iban las cosas, nos contó que no muy bien, porque sus dos novias han roto hace poco con él y todavía no sabe por qué. Yo tengo una teoría.

—¿Dónde consigues la cerveza? —le pregunta Rachael, arrugando la nariz a la vez que retira su mano de la de él. Tiene que alzar la voz para que se la oiga por encima de la música del Pacific Park.

—En casa de TJ —contesta Jake.

Como si no supiéramos dónde está, indica con un movimiento de los ojos por encima de su hombro y señala con el pulgar hacia atrás, hacia la distancia. TJ tiene un apartamento en la avenida delante del mar. Como si pudiera olvidarlo. Mi estómago da una voltereta de solo recordar.

—Me ha enviado para que reuniera a las tropas. ¿Os apuntáis a la fiesta más tarde?

Los ojos se le iluminan al pronunciar la palabra «fiesta», y a mí me cuesta tomarme en serio la camiseta sin mangas que lleva. Tiene la imagen de un águila sobre una bandera estadounidense. Lleva la palabra «LIBERTAD» escrita en mayúsculas sobre las patas del ave. Es muy ridícula, pero no más que el tatuaje temporal de un águila que luce con orgullo en su mejilla izquierda. Estoy empezando a preguntarme si está zumbado por algo más que la



cerveza.

—¿Una fiesta? —repite Rachael. Intercambiamos miradas y de inmediato sé que tiene ganas de ir.

—Sí, sí —dice Jake, su voz rebosante de entusiasmo mientras nos sonrío a través de su barba—. ¡Hay barriles de cerveza y de todo! Va, que es Cuatro de Julio. Es fin de semana. Tenéis que venir. Van todos.

Yo frunzo el ceño.

—¿Todos?

—TJ y compañía, Meghan y Jared ya están allí, Dean va a volver más tarde, creo que Austin Camer...

—Paso.

Jake deja de hablar y su sonrisa se convierte en una mueca de frustración. Mira a Rachael, y por un breve instante estoy convencida de que acaba de poner los ojos en blanco. Cuando sus ojos rojos vuelven a centrarse en mí, me coge con suavidad por los hombros y me sacude un poco.

—Holaaaaaaa. —Me mira de forma dramática y finge estudiar cada centímetro de mi cara—. ¿Dónde diablos está Eden? Soy consciente de que no te he visto en muchísimo tiempo, pero seguro que no puedes haberte convertido en un muermo en solo dos años. Sin verle la gracia, me encojo de hombros para soltarme de sus manos y doy un paso hacia atrás; porque no es un amigo íntimo, ya ni siquiera es un amigo, no veo la necesidad de darle

explicaciones. Así que permanezco callada, me miro con fijeza las Converse y espero a que Rachael diga algo y me salve como siempre, porque últimamente dependo de que Rachael le recuerde a todo el mundo que en realidad nunca salí con mi hermanastro y que nunca lo haré. Dependo de ella para que me rescate de situaciones en las que puedo encontrarme con Dean. Todavía me da demasiada vergüenza enfrentarme a él después de todo lo que pasó, y dudo que él quiera tratar conmigo. Nadie quiere tratar con su ex novia, sobre todo si esta le puso los cuernos.

Como siempre, escucho que Rachael le dice a Jake:

—No tiene por qué ir si no le apetece.

Yo sigo con la vista clavada en mis deportivas, porque cada vez que Rachael me echa una mano, me siento débil y patética.

—No puedes evitarlo siempre —farfulla Jake.

De pronto habla en un tono solemne, y cuando levanto la vista, me doy cuenta de que para él es evidente que no quiero ir a esta fiesta por Dean. No lo puedo negar, así que me limito a encogerme de hombros y me froto la sien. Hay otra razón, por supuesto. La misma por la que se me ha formado un nudo en el estómago. Solo he estado en el apartamento de TJ una vez, hace cuatro veranos. Con mi hermanastro. Precisamente esta noche no me apetece ir allí.

—Vete tú —le digo a Rachael tras un momento de silencio.

Está clarísimo que quiere ir con desesperación a la fiesta, pero sé

que lo más probable es que rechace la invitación para no dejarme sola. Las mejores amigas son así. Pero también tienen que ceder a veces, y Rachael ya ha pasado toda la tarde asegurándose de que esté bien en este temido día, así que la verdad es que quiero que se divierta un poco. Después de todo, este año el Cuatro de Julio ha caído en viernes, así que mucha gente está aprovechándolo al máximo y Rachael también debería.

—Iré a buscar a Ella o algo.

—No me importa no ir.

Hasta yo noto que está mintiendo.

—Rachael —digo con firmeza. Señalo con un movimiento de la cabeza hacia el apartamento de TJ—. Vete.

Nerviosa, se aprieta el labio inferior con los dedos y medita durante un breve momento. Esta noche no lleva maquillaje —ya casi nunca se pinta—, así que apenas aparenta diecisiete años, y menos veinte.

—¿Estás segura?

—Claro.

—¡Pues vamos! —explota Jake, quien de nuevo tiene una amplia sonrisa en su cara tatuada, mientras coge la mano de Rachael y tira de ella—. ¡Nos espera una fiesta!

Comienza a arrastrar a mi mejor amiga por la pasarela, alejándola del muelle. Ella logra decirme adiós con la mano justo antes de desaparecer entre la multitud.

Cuando se han marchado, saco el móvil para mirar la hora. Son las nueve y media pasadas. Tanto los fuegos artificiales de Marina del Rey como los de Pacific Palisades han terminado, así que hay mucha gente que ya se está yendo a casa. Busco el número de Ella y la llamo. Por desgracia, mi madre y su novio trabajan esta noche, así que solo mi padre y mi madrastra están aquí en el muelle celebrando el Cuatro de Julio. Ellos se encargarán de llevarme a casa, así que no me queda más remedio que buscarlos. Pero lo que es aún peor es que me toca quedarme en casa de papá esta semana. Esa es la peor parte de tener padres divorciados: que vas de aquí para allá. Odio tener que quedarme en casa de papá, y él más, sobre todo porque resulta insoportablemente tenso e incómodo. Al igual que Jamie, papá solo me dirige la palabra cuando es del todo necesario.

El teléfono de Ella comunica, así que salta el buzón de voz. No dejo ningún mensaje, solo cuelgo lo más rápido posible. La idea de tener que hablar con papá me da pavor. Miro mi lista de contactos, elijo su número y llamo. Comienza a dar tono y noto que el ceño se me frunce cuando espero que su voz áspera me conteste.

Sin embargo, mientras permanezco con el teléfono pegado a la oreja sobre la pasarela con un montón de gente deambulando a mi alrededor, algo me llama la atención.

Se trata de mi hermano menor, Chase. Está merodeando al lado del restaurante Bubba Gump, solo, y no debería. A pesar de eso,

no parece preocupado, más bien aburrido al tiempo que pasea de un lado a otro. Corto la llamada, me meto el móvil en el bolsillo trasero de los pantalones cortos y me dirijo hacia Chase. Me ve mientras me acerco y deja de moverse al momento.

Parece algo avergonzado.

—¿Dónde están tus amigos? —le pregunto cuando llego a su lado. Miro a su alrededor, buscando a un grupo de chicos que el curso que viene empezarán el instituto, pero no los veo. Chase se enrolla un rizo grueso de su pelo rubio en el dedo índice.

—Han cogido el autobús a Venice, pero yo no he ido porque...

—... porque tu madre te ha dicho que no salieras del muelle —termino la frase por él, y asiente con la cabeza.

El círculo de amistades de Chase suele meterse en líos, pero él es lo bastante listo como para saber cuándo no debe saltarse las reglas. Estoy segura de que los padres de sus amigos no quieren que sus hijos se escapen a Venice el Cuatro de Julio. Ahora mismo tiene que haber bastante jaleo, así que me alegro de que Chase haya elegido quedarse atrás.

—¿Quieres que hagamos algo juntos?

—Claro.

Rodeo sus hombros con el brazo, lo alejo del restaurante y nos dirigimos hacia el Pacific Park. A Chase le encantan las salas de juegos, pero cuando apenas nos hemos acercado unos metros a Playland, tengo que detenerme porque suena mi móvil. Saco el

teléfono del bolsillo, y al ver que es mi padre, tengo que esperar un segundo para prepararme mentalmente antes de poder contestar.

—¿Qué querías? —Así me saluda, su tono es brusco. Como siempre. Me alejo un poco de Chase y le doy la espalda, me acerco más el teléfono a la oreja y le digo:

—Nada. Solo quería saber dónde estabais.

—Estamos en el coche —dispara papá con rapidez, como si esperara que yo ya lo supiera—. Date prisa y ven, si no quieres tener que pedirle a tu hermano que te lleve a casa, aunque supongo que se negará.

Al oír eso, cuelgo enseguida sin decir nada más. La mayoría de mis conversaciones por teléfono con papá terminan así, con uno de los dos cortando a media frase, y cuando hablamos cara a cara uno de nosotros siempre sale echando chispas. Aunque suelo ser yo la que cuelga. Papá es el que se marcha hecho una furia.

—¿Quién era? —pregunta Chase cuando me doy la vuelta.

—Nos vamos a casa —le respondo, evitando la pregunta.

Chase sabe muy bien que papá y yo no nos soportamos, pero resulta más fácil mantener la tensión al mínimo evitando tratar el tema con el resto de la familia. O eso a lo que llamamos «familia». Le paso la mano por encima del hombro a Chase y le doy la vuelta otra vez, en esta ocasión dando la espalda al Pacific Park y de vuelta a la ciudad.

—Nos quedamos sin juegos.



Chase se encoge de hombros bajo mi brazo.

—Ya he ganado un montón de vales antes.

—¿Cuántos?

Sonríe algo sobrado, y se da una palmadita en los bolsillos traseros de sus pantalones cortos. Los dos están repletos de vales amarillos.

—Más de setecientos.

—No me digas. ¿Para qué los guardas?

—Estoy intentando llegar a dos mil.

Hablamos de los juegos y de los vales y de la noria Pacific y de los fuegos artificiales y de Venice mientras caminamos por la pasarela hacia la avenida Ocean, volviendo sobre nuestros pasos hacia el coche. Aparcar un Cuatro de Julio siempre es una locura, y tras pasar un par de minutos discutiendo con Chase sobre dónde ha aparcado papá el coche, me doy cuenta de que la que está equivocada soy yo. No ha ido al norte de la autopista como pensaba, sino al sur, en la esquina del bulevar Pico con la calle Tercera.

Queda a un kilómetro más o menos, así que nos damos bastante prisa. A papá no le gusta que lo hagan esperar. Ni un pelo.

El Lexus está encajado a presión contra la acera entre dos coches cuando llegamos diez minutos más tarde, y para mi sorpresa, papá está de pie fuera del coche. Tiene los brazos cruzados, y da golpecitos con el pie en el suelo como muestra de impaciencia, con

la misma cara de asco de siempre.

—Ah, qué bien, has encontrado a tu hermano —dice con brusquedad, poniendo énfasis en la última palabra.

Ahora Jamie y Chase jamás son simplemente Jamie y Chase. Durante todo el año pasado, papá siempre se ha referido a ellos como mis hermanos, como si quisiera demostrar algo. Jamie lo detesta tanto como yo, pero me parece que Chase no se ha dado ni cuenta.

Mantengo la calma y en vez de cabrearme con papá por su tono despectivo, echo un vistazo por encima de mi hombro, posando la mirada sobre Ella. Está en el asiento del pasajero, de espaldas a la ventanilla, pero veo que tiene el teléfono en la oreja. Casi con seguridad sigue atendiendo la misma llamada con la que estaba ocupada antes. Vuelvo a mirar a papá.

—¿Trabajo?

—Sí.

Se agacha y golpea la ventanilla con los nudillos, con dureza y rapidez, asustando a su mujer hasta el punto de que casi se le cae el teléfono de la mano. Ella se da la vuelta en su asiento y mira a papá a través del cristal, él mueve la cabeza señalándonos a Chase y a mí. Ella asiente con otro movimiento de cabeza, se pone el teléfono de nuevo en la oreja, murmura algo y luego cuelga. Entonces papá nos ordena que nos subamos al coche.

Chase y yo trepamos al asiento de atrás, nos ponemos los

cinturones mientras papá se coloca en el asiento del conductor y me lanza una mirada fulminante por el retrovisor.

Lo ignoro. Cuando arranca, Ella tuerce el cuello para observarnos por encima del hombro.

—¿No te apetece quedarte hasta más tarde? —me pregunta, con el pelo rubio enmarcándole el rostro. Son casi las diez, así que no estoy segura de qué esperaba que hiciera. Lo último que quería era ir a la fiesta en casa de TJ, así que me parece un planazo irme a casa.

—La verdad es que no —le confieso. No menciono la fiesta. Tampoco el hecho de que toda la noche ha sido un asco.

—¿Y tú qué, colega? —interrumpe papá, señalando con la cabeza a Chase por el espejo retrovisor—. Creía que la madre de Gregg iba a llevaros a casa más tarde. Chase deja de escribir un mensaje de texto para levantar la vista. Me echa una mirada de reojo, así que me devano los sesos un segundo antes de contestarle a papá:

—No se encontraba muy bien, así que le he dicho que se viniera a casa con nosotros. —Para que parezca convincente, miro a Chase como si estuviera preocupada y le pregunto—: ¿Cómo estás ahora?

—Mejor —responde Chase siguiéndome la corriente, mientras se lleva el dorso de la mano a la frente y la frota para aliviar el dolor imaginario—. Creo que la noria Pacific me ha provocado una migraña, pero ahora estoy estupendamente. ¿Podemos parar a por

hamburguesas para cenar? Por favor, papá. Me estoy muriendo de hambre. No querrás que me desmaye, ¿verdad? Ella pone los ojos en blanco y se vuelve de nuevo en su asiento. Papá solo dice:

—Me lo pensaré.

Sin que ninguno de ellos nos preste demasiada atención, cierro el puño y lo coloco en el asiento de en medio. De inmediato, él choca su puño con el mío, y nos sonreímos sin que se note demasiado. Si papá supiera los líos en los que los amigos de Chase se meten, mi hermanastro jamás volvería a tener permiso para verlos. Es mejor no mencionarlo nunca, aunque Chase siempre hace lo correcto. Al final, de camino a casa, terminamos comprando la cena en la ventanilla de autoservicio del restaurante Wendy's del bulevar Lincoln. Papá y Chase piden hamburguesas, y yo un batido de vainilla. Grande. Paso el resto del trayecto hacia casa bebiéndolo mientras miro por la ventanilla hacia el cielo oscuro, escuchando a papá y a Ella hablar de la música de los ochenta que han puesto de fondo. Se preguntan si Jamie volverá a casa antes de su hora, a medianoche. Papá cree que se retrasará una hora.

Llegamos a la avenida Deidre en diez minutos, dado que el tráfico no es muy denso, y papá aparca en la entrada para coches junto al Range Rover de Ella. Con el vaso vacío en la mano, abro la puerta de un empujón y me apeo cuando mi padre ya ha apagado el motor.

Estoy a punto de dirigirme a la puerta de casa, pero entonces Ella

me llama por encima del techo del Lexus.

—¿Me puedes ayudar a sacar unas compras que he metido antes en el maletero? — pregunta con voz firme, y señala con la cabeza hacia el Range Rover.

Ya que Ella me cae bien, me dirijo hacia su coche sin pensarlo dos veces. Me sigue mientras revuelve en su bolso buscando las llaves, y cuando las encuentra, abre el maletero. Miro hacia abajo, lista para coger un montón de bolsas del supermercado, pero me quedo perpleja al descubrir que el maletero está vacío. Me pregunto si Ella ha sufrido una amnesia repentina, enarco una ceja y la miro. De repente sus ojos están muy abiertos y parecen recelosos al mirar a hurtadillas cómo papá y Chase entran en casa. En cuanto desaparecen de nuestra vista, me clava la mirada.

—Ha llamado Tyler —suelta.

Doy un paso hacia atrás, a la defensiva. Su nombre suena como un disparo. Por eso ya nunca lo pronuncio, por eso ya no lo quiero oír. Siempre me duele demasiado. Siento que se me cierra la garganta, me olvido de respirar, y un escalofrío me recorre el cuerpo. La llamada de antes no era del trabajo: era Tyler. Suele llamar a su madre más o menos una vez por semana, y yo lo sé perfectamente. Hace varios meses también comenzó a llamarme a mí, pero todavía no le he contestado. Ella, por su parte, espera sus llamadas como agua de mayo, pero jamás nos las menciona. Hasta ahora. Ella traga saliva y vuelve a echar un vistazo a la casa antes

de hablar, temerosa de que papá la oiga. Nadie tiene permiso para mencionar el nombre de Tyler cuando estoy cerca. Órdenes estrictas de papá, por supuesto, y creo que es lo único en lo que estamos de acuerdo. Sin embargo, Ella me mira con ojos tristes mientras me dice en voz baja:

—Me ha pedido que te deseara un feliz Cuatro de Julio.

La ironía casi hace que estalle en carcajadas, pero me enfurece tanto que me resulta imposible encontrarlo divertido. El Cuatro de Julio, hace tres años, Tyler y yo estábamos en los pasillos de la Escuela Secundaria de Culver City durante el espectáculo de fuegos artificiales. Fue allí donde empezó todo este desastre. Entonces me di cuenta de que estaba mirando a mi hermanastro como no debía. Esa noche nos arrestaron por allanamiento. El Cuatro de Julio, el año pasado, Tyler y yo ni siquiera estuvimos en ningún espectáculo de fuegos artificiales. Estábamos en su apartamento en Nueva York, solos en la oscuridad mientras la lluvia empapaba la ciudad. Citó un pasaje de la Biblia. Escribió sobre mi cuerpo, dijo que le pertenecía. Eso fue entonces. Esto es ahora. El desearme un feliz Cuatro de Julio esta noche es casi una broma de mal gusto. Llevo un año sin verlo. Se marchó y me dejó cuando más lo necesitaba a mi lado. Ya no soy suya, así que ¿cómo se atreve a desearme un feliz Cuatro de Julio cuando no está aquí para pasarlo conmigo?

Mientras mi mente intenta procesar toda la información, siento que



me voy enfadando. Ella espera que yo conteste algo, así que, antes de darme la vuelta y salir hacia la casa hecha una furia, levanto la mano y cierro el maletero de golpe.

—Dile a Tyler que nada más lejos de la realidad.

## CAPÍTULO 2

Recibo una llamada de Rachael recién pasadas las doce de la noche. No estoy dormida del todo, pero casi, así que la interrupción solo logra irritarme. Alcanzo el móvil y contesto, me froto los ojos y lucho contra las ganas de poner los ojos en blanco cuando el sonido de la música y los gritos retumban a través del altavoz.

—Déjame adivinar —digo—. ¿Necesitas que alguien te lleve a casa?

—A mí no —contesta Rachael tras un segundo de silencio, su voz suena fuerte y, sorprendentemente, no arrastra las palabras—. A tu hermano.

Es lo último que esperaba que dijera. Me coge tan por sorpresa que me incorporo como un resorte y cojo enseguida las llaves de mi coche, que están en la mesilla.

—¿Jamie?

—Sí, TJ quiere que se largue —me explica. Parece casi sobria y puedo notar que está frunciendo el ceño—. Está trasteando con el juego de cuchillos en la cocina y acaba de vomitar.

—¿Qué narices está haciendo allí?

—El hermano de TJ ha invitado a algunos de sus amigos, así que hay chavales de instituto correteando por todos lados y me están haciendo sentir súper vieja.

Rachael hace una pausa cuando alguien le grita que se calle,

supongo que uno de los críos que acaba de mencionar, y después de decirles unas palabrotas vuelve a ponerse el teléfono en la oreja.

—Por cierto, ¿puedes venir a recogerme a mí también? Esta fiesta es un muermazo.

—Llego en cinco minutos.

Cuando ya he colgado, suspiro y me levanto de la cama, enciendo la luz y cojo las mismas Converse rojas que llevaba antes. Me pongo la sudadera con capucha encima del pijama y salgo de la habitación.

La casa está en silencio. No porque papá y Ella estén durmiendo, sino porque han salido. Se encuentran al otro lado de la calle, en casa de Dawn y Philip, los padres de Rachael, que esta noche han organizado una pequeña fiesta para celebrar el Cuatro de Julio.

Papá y Ella han prometido que se pasarían más tarde. Ya me lo puedo imaginar: madres y padres de mediana edad bebiendo cerveza y cócteles, socializando al compás de la música de mierda que consideraban guay de jóvenes. De todos modos, me alegro de que estén allí, porque así puedo escaparme para rescatar a Rachael y a Jamie sin que papá me interroge.

Bajo la escalera sin tener que ir de puntillas y no me molesto en decirle a Chase que voy a salir porque no quiero despertarlo. Antes de salir, cojo un cubo del jardín. Lo último que quiero es que mi hermanastro vomite en todo el asiento. Cierro con llave y corro

hacia mi coche, por si papá o Ella están cerca de la ventana del salón de Rachael, que da a la calle. Todas las luces están encendidas, y detrás de las persianas cerradas distingo las sombras de todo el mundo. No titubeo, me subo al coche con el cubo y me pongo en marcha. Las calles se encuentran vacías a estas horas, así que solo tardo unos cinco minutos en llegar al apartamento de TJ, recto por la avenida Deidre y luego por Ocean, bordeando la costa. El muelle ya está cerrado, por ello todo está muy tranquilo comparado con hace algunas horas. El apartamento de TJ, por otra parte, está de todo menos tranquilo. Las calles se ven llenas de coches, entre ellos el BMW de Jamie, y resulta imposible aparcar, así que espero en doble fila, preparada para mover el coche si le cierro el paso a alguien. Le envío un mensaje a Rachael para hacerle saber que ya estoy aquí, y también le escribo a Jamie para decirle que arrastre el moco que lleva hasta la calle ahora mismo.

Mientras espero, mis ojos se desvían hacia el apartamento del segundo piso. Es el único que tiene todas las luces encendidas. Los enormes ventanales me permiten ver el interior, aunque solo puedo distinguir una masa de cuerpos. No me acordaba de que fuese tan enorme, pero parece que TJ tiene demasiados invitados. Probablemente Jake esté allí dentro intentando persuadir a alguna pobre chica para que se vaya a casa con él.

Probablemente Dean esté asegurándose de que nadie haga

ninguna estupidez. Meghan y su novio Jared probablemente estén haciendo lo que sea que hacen. No sabría decir el qué. Rachael y Jamie no tardan mucho en aparecer. A través de las puertas de cristal del edificio, los veo emerger del ascensor. Mi hermanastro se tambalea hacia todos lados mientras Rachael lo arrastra hacia afuera. Me lanza una mirada exasperada cuando me ve, así que abro la puerta y me bajo para ayudarla.

—Espero que mañana tengas una resaca de caballo —le deseo a Jamie al tiempo que cojo su brazo y lo pongo alrededor de mis hombros para intentar estabilizarlo. Tiene los ojos a medio cerrar, el pelo alborotado, pesa como un muerto. Está tan borracho que apenas se puede mover.

—Espero que te vayas a la mierda —logra contestarme.

No me siento ofendida ni muy dolida por sus palabras. Jamie a menudo me suelta comentarios de este tipo, así que, como a todo lo demás, me he acostumbrado a su actitud despectiva.

Por detrás de él, Rachael frunce el ceño al mirarme con preocupación, pero no dice nada. En su lugar, sujeta a Jamie mientras yo abro la puerta, y juntas lo metemos de un empujón en el asiento de atrás; tenemos que doblarle las piernas para que entre. Intento ponerle el cinturón, pero él me aleja de un manotazo, así que me doy por vencida y cierro la puerta con ímpetu.

—Te odia a muerte —murmura Rachael cuando rodea el coche hacia el lado del pasajero. Ya no tiene el pelo recogido, sino que le

cae por encima de los hombros en ondas largas y enredadas, y lleva el pañuelo de la cabeza alrededor de la muñeca, y está sobria por completo.

—Puede que me odie, pero por la mañana estará contento de que haya sido yo quien lo llevara a casa y no nuestros padres —digo—. Lo castigarían de por vida.

Abro la puerta, me meto detrás del volante al mismo tiempo que Rachael se sube al asiento del pasajero. Levanta el cubo con una ceja enarcada, y cuando yo me encojo de hombros, se ríe y lo pasa al asiento de atrás. Jamie lo coge, pero no sin antes farfullar algo entre dientes.

—¿Tus padres han ido a mi casa? —pregunta Rachael en cuanto me pongo en marcha, dejando atrás la fiesta y todo el jaleo y las borracheras.

—Sí. —Mientras hablo, no puedo evitar mantener un ojo en Jamie a través del retrovisor. Está estirado, con el cubo en el suelo detrás del asiento de Rachael, y la cabeza le cuelga por encima del cubo. Frunzo el ceño, rogándole a Dios que no vomite, y luego vuelvo la mirada hacia el frente—. Todavía están allí. Todo el mundo sigue allí.

Rachael se apoya contra el reposa cabezas y gime, mira hacia la ventanilla; el resplandor de las farolas ilumina su piel.

—V a entrar a hurtadillas por la puerta de atrás —dice—. Lo que me faltaba para hoy rematar la noche es que todas las amistades



de mis padres me pregunten qué hago con mi vida.

—¿Qué haces con tu vida?

Rachael me vuelve a mirar y entrecierra los ojos. Yo sonrío, pero no por mucho tiempo, porque mi atención se desvía de nuevo hacia Jamie.

—Déjame salir —balbucea desde el asiento de atrás.

Cuando le echo un vistazo por el retrovisor, veo que está estirando la mano para abrir la puerta, así que rápidamente pongo los seguros automáticos. Intenta mover la manilla, se endereza en el asiento y le da un golpe a la ventana con la mano cuando se da cuenta de que está encerrado.

—¡No quiero estar en este coche!

—Mala suerte —respondo tranquila, con ambas manos en el volante y la atención centrada en la carretera.

—¡Rachael! —Jamie se inclina hacia delante y estira los brazos alrededor del asiento del pasajero, agarrando los hombros de mi amiga y negándose a soltarlos—. Dado que eres mi vecina desde que tengo memoria, ¿puedes por favor dejarme salir de este coche?

Rachael logra soltarse, retorciendo el cuerpo para esquivar sus manos desesperadas. En segundos, se ha dado la vuelta y lo mira de frente con la espalda apretujada contra el salpicadero del coche. Levanta un dedo.

—No me toques. Jamás —lo amenaza por el hueco entre los

asientos.

—Pero ¡tienes que ayudarme!

Rachael deja escapar un hondo suspiro mientras se presiona la sien con el dedo índice. Su voz ha adoptado un tono condescendiente cuando le pregunta:

—¿Con qué necesitas que te ayude, Jamie?

—Ayúdame a alejarme de ella —dice, y cuando echo un vistazo por encima del hombro, me está señalando con un dedo; sus ojos rojos se entrecierran con asco tan pronto como nuestras miradas se encuentran—. Es un bicho raro.

—¡Supéralo! —le digo cortante mientras aprieto el volante con fuerza, acelerando aún más por la avenida Deidre e ignorando a Rachael, cuya mirada va de Jamie a mí. Ella sabe que ya no nos llevamos bien, pero no creo que jamás lo haya visto de esta manera tan evidente. Es casi imposible que Rachael permanezca callada, que permita que se arme una bronca, así que se vuelve para mirar con dureza a Jamie por encima del reposa cabezas y sugerirle que no diga nada más.

—Un consejo: llevas un buen pedo y te estás comportando como un mamón, así que cállate.

Casi indignado, Jamie se desploma en el asiento de atrás, mirando fijamente a Rachael mientras se arma de valor para dar una respuesta. Cuando esta llega, parece tranquilo, y mueve los labios con lentitud para decir:

—¿Estoy pedo? Sí. ¿Estoy actuando como un mamón? Por supuesto. ¿Os recuerda a alguien? —Muy despacio, se endereza en el asiento y se inclina hacia mí, con una sonrisa embriagada y torcida en el rostro. Tiene cara de pocos amigos y, sin embargo, pone una mano en mi hombro, apretándolo demasiado mientras sus ojos se desvían hacia Rachael

—. Con un poco de hierba, esta se enamorará de mí también.

Al instante me quito su mano del hombro, le arreo un codazo en el pecho y lo empujo hacia atrás. El coche da un leve bandazo hacia un lado, pero enseguida vuelvo a sujetar el volante con las dos manos, y luego le lanzo a Jamie la mirada más feroz que tengo en mi repertorio. No me cuesta mucho.

—¿Qué coño te pasa?

Con el rabillo del ojo, veo que Rachael se vuelve a acomodar muy despacio en su asiento a la vez que me echa la bronca en silencio. Al mismo tiempo, lleva la mano hacia el volante, como si tuviera miedo de que me saliese de la carretera.

—Solo está borracho, Eden.

Pero no puedo prestarle atención, porque yo no me refiero a lo que está pasando ahora mismo, sino a todo lo que ha sucedido desde el verano pasado hasta este mismo momento. Jamie ha sido incapaz de aceptar la verdad, a pesar de haber tenido todo un año para hacerlo, y estoy empezando a cuestionarme si lo logrará. Me da que nos odiará a Tyler y a mí para siempre.

—¡No, en serio! —grito, alzando las manos exasperada—. ¿Qué te pasa? Explícamelo bien clarito.

Jamie traga saliva con dificultad antes de inclinarse por encima de la consola central. Luego clava los ojos en mí y escupe lentamente las palabras:

—Me das asco.

Me quedo callada un rato. Lo único que oigo es el ruido del motor mientras conduzco con los dientes apretados. A una parte de mí le apetece echarlo del coche a patadas. La otra tiene ganas de llorar. La verdad es que sé que Jamie lo dice en serio.

Tengo muy claro que cree que estoy loca y que soy asquerosa y repugnante y que estoy pirada; sin embargo, jamás lo había dicho en voz alta hasta ahora, y por una fracción de segundo, siento náuseas.

—No sé qué esperas que te diga —respondo en voz baja—. En serio, no lo sé. No hay nada entre... —Hago una pausa, me aclaro la garganta y lo vuelvo a intentar—. Ya no hay nada entre Tyler y yo. Lo nuestro terminó hace tiempo. Así que, por favor, Jamie. Por favor, deja de odiarme.

Jamie se me queda mirando con cara de póquer durante un segundo y se vuelve a desplomar en su asiento, pero esta vez coge el cubo y vomita. Rachael chilla, se lleva una mano a la boca y le dan arcadas, y se apoya de nuevo en el salpicadero, intentando alejarse lo más posible de Jamie. Arrugo la nariz y bajo

las cuatro ventanas para que entre el aire fresco en el coche.

—Y el tío dice que tú das asco —murmura Rachael a través de sus dedos.

Jamie continúa potando y jadeando y gimiendo el resto del camino a casa, la cual está, por suerte, solo a unos minutos. Ninguna de las dos decimos nada, nos limitamos a escuchar el viento en silencio mientras él sufre. Cuando veo la casa, sin embargo, Jamie no es el único que suelta tacos. Yo me uno a él.

Como si el propio Satanás lo hubiese planificado, papá y Ella vuelven de casa de Rachael justo en el momento en que nosotros llegamos. Ambos se detienen sobre el césped cuando se dan cuenta de que mi coche se acerca, y papá se lleva la mano a la cadera mientras aprieta los labios formando una línea firme, y entrecierra los ojos con un mosqueo de campeonato.

—Mierda —digo por quinta vez—. Mierda, mierda, mierda.

Con toda la calma del mundo, detengo el coche al lado del bordillo y subo todas las ventanillas antes de apagar el motor. A través del parabrisas, veo que Ella frunce el ceño y entrecierra los ojos para ver con quién estoy. Para su desgracia, tengo a su hijo borracho vomitando en el asiento de atrás.

Rachael sacude la cabeza y le dirige una mirada intencionada a Jamie.

—Alguien está muy jodido.

—Ya te digo.

Respirando hondo, saco las llaves del contacto y abro la puerta de una patada; me apeo al mismo tiempo que Rachael. Muy despacio, me vuelvo para enfrentarme a papá ya Ella.

—Rachael, creo que tus padres te están buscando —dice papá con rigidez, señalando brevemente hacia la casa con la cabeza. Todas las luces siguen encendidas, todavía se ven sombras que se mueven en el interior.

—Gracias, señor Munro. V para allá —contesta Rachael con la voz más inocente que tiene, pero yo detecto el sarcasmo en sus palabras.

Papá ronda los cuarenta y el pelo se le está encaneciendo y no tiene ningún recuerdo de cómo era ser un adolescente, por eso no se percata del sarcasmo y se limita a sonreírle con rigidez y espera a que se marche. Rachael se da la vuelta y se dirige hacia su casa, pero no sin antes pasar por mi lado rozándome un poco y murmurarme:

—No veo la hora de largarme de casa.

Durante un minuto reina el silencio en la calle. Yo no quiero ser la primera en abrir la boca. Jamie sigue metido en la parte de atrás de mi coche, Ella sigue parpadeando, y papá espera a que Rachael desaparezca. Justo cuando lo hace, sus ojos se dirigen hacia mí con rapidez y pregunta:

—¿Dónde narices has estado?

Papá no se limita a ser el ya mencionado viejo cabrón, también se

le da de cine sacar conclusiones precipitadas. Ahora mismo, queda claro por el tono y la expresión que ha adoptado que da por sentado que he abandonado la casa por razones más bien imprudentes, como si no fuese posible que yo pudiera salir de casa a las 12.:30 de la noche a mis diecinueve años sin tener planeado meterme en líos.

Haciendo un enorme esfuerzo por no poner los ojos en blanco, rodeo el coche y señalo con la cabeza hacia la ropa que llevo puesta. Me resulta difícil ocultar el desprecio en mi voz cuando señalo con amargura:

—Estoy en pijama. —Alcanzo la puerta del coche, la abro y de inmediato Jamie y el asqueroso cubo emergen del asiento trasero —. Y para que conste —digo, con la vista clavada en papá mientras vuelvo a cerrar—. Vuelvo de buscarlo a él. Más que nada porque lo han echado de una fiesta por estar demasiado borracho.

—¡Por Dios, Jamie! —gime Ella, enterrando el rostro entre las manos antes de venir corriendo por el césped a buscarlo.

Mantengo la vista clavada en papá, con los brazos cruzados. Él está observando con cara de asco cómo Jamie va dando tumbos y tropezando por el césped mientras Ella intenta estabilizarlo. Cuando su madre lo tiene bien sujeto y consigue mantenerlo derecho, su mente alcoholizada decide gritar:

—¡Eden estaba empeñada en besarme!

Sorprendida, dirijo la mirada hacia Jamie y frunzo el ceño,

sacudiendo la cabeza con incredulidad; no puedo reprimir las ganas, así que levanto la mano y le hago la peineta.

—En serio, que te follen, Jamie —suelto con un bufido, y Ella me mira frunciendo el ceño al mismo tiempo que papá hincha el pecho y abre la boca.

—Eden Olivia Munro —dice en voz baja, y sé de inmediato que al pronunciar mi nombre completo se está preparando para hacerme añicos—. Dame las llaves del coche. Ahora mismo. —No se mueve un centímetro, se limita a extender el brazo y a estirar la mano, con la palma hacia arriba.

—¿Por qué?

—Porque crees que es normal escaparse a hurtadillas de esa manera y decir palabrotas. Las llaves —repito, esta vez con mucha más firmeza. Puedo ver que su mirada se va volviendo más furiosa a cada segundo que pasa. Contemplo las llaves en mi mano y las aprieto aún más, y luego lo miro otra vez y sacudo la cabeza.

—O sea, que él puede salir y fumarse su toque de queda y volver a casa borracho ¿y soy yo la que acaba castigada? —Miro a Jamie y a Ella otra vez, y aunque está completamente pedo, mi hermanastro logra sonreír con ironía. Aprieto los dientes y vuelvo a dirigirme a papá—. ¿Por qué? ¿Por traerlo a casa en mi coche?

—Dame las llaves —ordena papá de nuevo con los labios rígidos y la mandíbula apretada, y yo me río

No puedo evitarlo. Siempre igual. Cada vez que he regresado a



Santa Mónica durante este año, papá siempre ha encontrado alguna razón para ser duro conmigo. No es difícil adivinar el porqué: todavía me sigue castigando por liarme con Tyler, por enamorarme de mi hermanastro.

—Dave —susurra Ella, y veo que sacude la cabeza hacia papá mientras arrastra a Jamie hacia la puerta de casa—. Eden no ha hecho nada malo.

Sin embargo papá la ignora, como siempre, porque, según parece, Ella ya no puede opinar sobre cómo él cría a su hija, y sin embargo, él siempre tiene la última palabra en cómo ella educa a los suyos. Cada vez más irritado por mi resistencia a entregarle a llaves, viene hacia mí cruzando el césped hecho una furia como si fuese a arrancarme las llaves de la mano.

Antes de que tenga la oportunidad de hacerlo, rodeo el coche a toda velocidad hacia el lado del conductor, abro la puerta y pongo un pie dentro.

—A la mierda —digo antes de subirme. Puede que me toque quedarme con papá esta semana, pero de ninguna manera pienso seguir aquí—. Me piro a mi casa.

—¡Esta es tu casa! —intenta gritarme papá de manera patética por encima del techo del coche, pero hasta yo percibo el esfuerzo en su voz. Él sabe que es mentira. Él no quiere que este sea mi hogar, ha dejado muy claro durante todo este año que ni siquiera le agrada que forme parte de la familia.

—Pues no lo parece —farfallo.

Me agarro al volante, cierro la puerta de un golpe y rápidamente pongo el motor en marcha antes de que papá pueda intentar detenerme, pero no lo hace. En realidad creo que se alegra de que me vaya. Mientras me alejo en el coche por la avenida Deidre en dirección a casa de mamá, los observo a todos a través del retrovisor. Chase está en la puerta principal, parece tan confundido como siempre y medio dormido. Papá y Ella se han puesto a discutir a voz en grito, mueven las manos con gestos enfadados, y entonces me doy cuenta, mientras me alejo y los voy dejando a todos atrás, de que sea lo que sea nuestra familia, desde luego que dista mucho de ser perfecta.

La verdad es que lleva un año rota.

## CAPÍTULO 3

El jueves comencé la mañana como cada día: haciendo footing por la primera línea de playa hasta Venice y de vuelta, antes de parar un momento en la Refinery de camino a casa. Es la rutina a la que me he acostumbrado desde que regresé a California para pasar el verano. Durante todo el año me he escaqueado un poco de hacer ejercicio y no he seguido una dieta demasiado sana, por lo que he ganado algunos kilos. Sin embargo, por primera vez en mi vida, no me ha importado lo más mínimo. Pero ya está bien, ahora estoy intentando con desesperación perder peso otra vez antes de volver a la universidad en otoño. Y en cuanto a la Refinery, simple y llanamente he echado de menos su café, que está de vicio. Bebo mi café con leche y vainilla al lado de las ventanas mientras estudio a la gente que pasa sin descanso por el bulevar de Santa Mónica. A veces quedo aquí con Rachael, pero ha ido a Glendale a visitar a sus abuelos, así que hoy estoy sola. No me importa. De momento, quiero decir.

No pasa mucho tiempo hasta que alguien se percata de mi presencia hecha un ovillo en un rincón, la chica que según dicen se lió con su hermanastro. Tengo un auricular puesto, así que ni siquiera sé cómo logro oírlos, pero lo hago. Se trata de un grupo de cuatro chicas, más jóvenes que yo, que están a punto de salir de la

cafetería. Una de ellas murmura algo, y la única razón por la que les presto atención se debe a que oigo de forma vaga la palabra «hermanastro». Cuando levanto la vista descubro que las cuatro me están mirando, pero dejan de reír por lo bajo con rapidez antes de desaparecer por la puerta. Respiro hondo, cierro los ojos y me llevo el otro auricular a la oreja, bloqueando todo lo que sucede a mi alrededor mientras escucho a La Breve Vita a todo volumen. El grupo se separó el verano pasado, así que todo lo que tengo de ellos es la música que grabaron hace años. Me quedo en la Refinery unos cinco minutos más, me termino el café y disfruto del sol durante un rato. Si hace un calor infernal y llevas un rato corriendo, no es descabellado que te dé un desmayo, así que me viene bien tomarme un descanso a mitad del ejercicio.

Justo cuando me estoy poniendo de pie y cambiando la lista de reproducción para volver a casa, el teléfono comienza a sonar en mi mano. Es Ella, así que en vez de rechazar la llamada, como haría si se tratase de papá, me quito los auriculares, me llevo el móvil a la oreja y le pregunto qué pasa.

—¿Dónde estás? —inquire, muy brusca para lo tranquila que suele ser.

—En la Refinery —contesto, un poco insegura.

—¿Puedes venir a casa? —Y al momento añade—: No te preocupes, tu padre está en el trabajo.

Frunzo el ceño mientras enrolló los auriculares en mis dedos,

caminando por la cafetería hasta salir a la acera.

—¿Tú no estás en la oficina?

—Estoy trabajando en un informe —me explica y, sin hacer ni una pausa, pregunta—: ¿Cuánto tardas en llegar?

—Unos veinte minutos.

Cuando giro la esquina de la calle Quinta, frunzo el ceño confundida. Ella normalmente me llama para preguntarme qué quiero cenar o si necesito dinero, o para ver cómo estoy. Pero hoy es distinto. Normalmente nunca me habla de esta manera, ni me pide que vaya a esa casa a la que detesto ir, así que me preocupo.

—¿Va todo bien?

—Sí, tranquila —responde, sin embargo el leve temblor en su voz me dice lo contrario—. Pero date prisa.

Cuando cuelga, me pongo en marcha enseguida. Me coloco los auriculares, subo el volumen de la música y corro algo más rápido que antes. La casa está a un poco más de tres kilómetros, así que a lo mejor llego en quince minutos. Ella no parece que tenga ganas de esperar, y mientras me abro camino con cuidado entre la gente, voy realizando una lista mental de las posibles razones que tiene para necesitarme con tanta urgencia. Ninguna de ellas me parece probable, así que me rindo y me centro en correr aún más deprisa.

Cuanto antes llegue, antes descubriré de qué se trata.

Con esa mentalidad, me presento en casa en poco más de quince minutos. Me limpio la frente con el dorso de la mano, casi sin

aliento, y me acerco a la puerta. Es la primera vez que vengo desde que me largué el viernes pasado. Tampoco he hablado con papá desde entonces.

La casa está en silencio cuando entro en el recibidor. No está Jamie, ni Chase, ni papá. Solo Ella, vestida muy elegante con una falda ajustada y una blusa, y solo la veo cuando oigo sus pasos ligeros en la parte superior de la escalera. Levanto la vista y me paso la mano por la frente sudorosa; ella me observa. Mi respiración sigue algo entrecortada, y yo intento controlarla mientras espero a que me diga por qué me necesitaba con tanta urgencia. Sin embargo, no me da ninguna explicación, solo me mira con el ceño fruncido por la ansiedad, señala hacia atrás con un movimiento de la cabeza y dice en voz baja:

—¿Puedes subir un segundo?

Si antes no estaba preocupada, ahora desde luego que sí. De repente tengo miedo de que si subo, encontraré mi dormitorio vacío y que lo han convertido en una habitación para invitados, de que las pertenencias que he dejado allí estarán en cajas de cartón. Pienso: «Eso tiene que ser. Me está echando de casa». Tampoco es que me importe demasiado. Dejando escapar un suspiro, y con el cuerpo dolorido y muy cansada, me obligo a subir por la escalera, intentando no establecer demasiado contacto visual con Ella. Fijo que ha sido idea de papá no permitir que vuelva a quedarme aquí, no suya, espero; le habrá dejado a Ella el marrón

de tener que comunicarme las noticias. Como si tuviera que decir: «Lo siento, Eden, pero eres demasiado despreciable y repugnante y peligrosamente insensata para quedarte en esta casa ni un segundo más».

—¿Dónde está Jamie? ¿Y Chase? —pregunto, echando un vistazo de reojo por el pasillo para ver si puedo detectar las cajas. No hay nada.

Centro toda mi atención en Ella, pero esta se limita a darse la vuelta y a entrar en su despacho, la habitación contigua a mi dormitorio. La sigo.

—Jamie ha ido a pasar el día en la ciudad con Jen —comenta con tranquilidad por encima del hombro mientras sus tacones golpean el suelo—, y Chase está en la playa.

Me detengo a pocos centímetros de la puerta, no porque se trate del espacio privado de trabajo de Ella, al que por lo general no nos permiten acceder por razones de confidencialidad, sino porque esta habitación no ha sido siempre un despacho. Solo lo es desde hace seis meses. Aunque han pintado las paredes de un color magnolia, todavía se trasluce el azul marino gracias a la chapuza que ha hecho papá con la brocha. También arrancaron la moqueta y la reemplazaron por parquet. Pero, aparte de que le haga falta una segunda capa de pintura, a veces es fácil olvidar que hasta hace poco esto era un dormitorio.

—¿Así que Jamie no está castigado? —Me dan ganas de poner los

ojos en blanco. Increíble, de verdad, que Jamie pueda volver a casa borracho, vomitando por todo el césped, y que lo dejen irse de rositas.

—Sí que lo está —dice Ella, y entonces hace una pausa y se da la vuelta para mirarme directamente a los ojos; sus iris azules desprenden intensidad, aunque al mismo tiempo ternura—. Pero hoy no quería que estuviera en casa.

—Ah. —Aprieto los labios y me coloco algunos mechones de pelo que se han soltado de mi desordenado moño detrás de las orejas. Con curiosidad, lanzo una mirada rápida al escritorio de Ella y a los montones de papeles que lo cubren. Vuelvo la vista hacia mi madrastra antes de que pueda darse cuenta de que estoy cotilleando su escritorio—. ¿Por qué no quieres que esté aquí?

—Porque todavía no se lo he dicho —confiesa despacio. No es la respuesta que esperaba; de hecho, me toma por sorpresa. Ella traga saliva y pone una mano en el respaldo de su silla, como si pudiera ver lo perpleja que estoy, y añade:

—No se lo he dicho a nadie todavía. Sobre todo a tu padre.

«Ay, Dios.» La razón por la que estoy aquí de pronto es tan evidente que pestañeo sin poder creerlo; alcanzo el pomo de la puerta para apoyarme antes de desmayarme, o potar, o ambas cosas.

—¿Estás embarazada? —farfullo.

—Por Dios, Eden. —Ella niega con la cabeza a toda prisa y se le



sonrojan las mejillas. Se lleva una mano al pecho, recupera la compostura y se aclara la garganta antes de decir—: Pues claro que no. —De manera algo incómoda, me sonrío levemente mientras intenta no reírse.

Los latidos acelerados de mi corazón se calman, mi pecho se relaja y la tensión desaparece de mis hombros. No podría imaginar a papá haciendo de padre otra vez. Todavía no le ha cogido el tranquillo. Algo avergonzada por sacar conclusiones precipitadas, me muerdo el labio inferior y me encojo de hombros, todavía tan confusa y preocupada como antes.

—Entonces ¿de qué estás hablando?

Ella respira hondo y suelta el aire poco a poco; toda la casa se halla en silencio. Estoy empezando a perder la paciencia. Esto no me gusta ni un pelo. Odio no saber lo que está sucediendo ni la razón por la cual me encuentro aquí. Tal vez vaya a informarme de que se van a mudar al otro extremo del país. Tal vez sea que deja su trabajo. Quizá esté pensando en pedir el divorcio. Pero esto último es lo que yo querría, por su propio bien.

Sin embargo, permanece en silencio, mueve los labios un poco, como si estuviera intentando articular palabras pero no supiese bien qué decir. Tras unos segundos, ya no tiene que hablar. Sus ojos lo hacen por ella. Se han desplazado por encima de mi hombro hacia algo detrás de mí, su mirada es atenta y serena, y entonces oigo la voz que tiene el poder de paralizarme por

completo.

Es imposible confundirlo con otra persona, y se me corta la respiración y se me hace un nudo en el estómago en el mismo momento en que las primeras palabras salen de su boca.

Todo, absolutamente todo, se detiene cuando lo oigo decir:

—Está hablando de mí.

Sorprendida, me doy la vuelta. Y allí está. Así, sin más, después de un año, está plantado delante de mí, alto y ancho, con vaqueros negros, camiseta blanca, pelo oscuro, ojos de color esmeralda... Es la persona que lo fue todo para mí, y no me di cuenta de que era mi todo hasta el momento en que se marchó y jamás regresó.

Esa persona que da la casualidad de que es mi hermanastro: Tyler. Retrocedo hacia el interior del despacho, a la defensiva. Estoy en shock, no me puedo creer lo que veo, se me contrae la garganta y niego con la cabeza. No ha cambiado nada. Está exactamente igual que el verano anterior, el que pasamos en Nueva York, con la misma barba incipiente y su mandíbula afilada y sus enormes brazos y los ojos brillantes que están clavados en los míos y en nada más. Las comisuras de sus labios dibujan una sonrisa. No obstante, en medio del tenso silencio que nos rodea a los tres, no puedo dejar de sentir que me han tendido una trampa y me han engañado para que viniera aquí sin ninguna razón lógica. Ella sabe que no soporto pensar en Tyler, y mucho menos mirarlo, así que desvió los ojos hacia ella.

—¿Qué es esto?

Ella parece un manojo de nervios. Traslada la mirada con rapidez de Tyler a mí, recelosa, y su frente está arrugada por la preocupación.

—Tengo una reunión —logra soltar con voz temblorosa.

Nos da la espalda, coge su chaqueta y un montón de carpetas y sale a toda prisa del despacho. Cuando pasa al lado de Tyler, le aprieta el hombro y se marcha sin más. Sus tacones resuenan en la escalera hasta que llega a la puerta principal, y tras un pequeño ruido sordo, reina un completo y absoluto silencio.

Yo pestañeo con rapidez mientras intento asimilar el hecho de que Tyler está a unos centímetros de mí, y al final me veo obligada a levantar la vista. Nuestras miradas se encuentran, pero en contraste con sus ojos brillantes, los míos están echando chispas de rabia. Él da un paso seguro hacia el interior del despacho, unos centímetros más cerca de mí, y hace lo que menos me esperaba. Sonríe. Una enorme y radiante sonrisa que deja ver su perfecta hilera de dientes y se extiende por toda su cara; hasta le llega a los ojos.

—Eden —murmura. Su tono de voz es bajo, casi como si mi nombre fuese algo delicado, y un pequeño suspiro de alivio se le escapa de los labios.

Me enfurece más que nada en toda mi vida. Que aparezca de repente después de un año y que me sonría como si todo fuese

perfecto y que hasta se atreva a pronunciar mi nombre, es lo que me faltaba para perder los estribos, para que estalle dentro de mí la rabia y el dolor acumulados durante todo este tiempo.

Llena de ira, no puedo reprimir las ganas de pegarle, y antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo, mi mano ya ha colisionado contra la mejilla de Tyler con un ruido asqueroso. Me corre tanta adrenalina por las venas que ni siquiera me doy cuenta de que me arde la palma hasta que ha pasado un rato.

Tyler ha movido la cara hacia un lado y hacia abajo, tiene los ojos cerrados con firmeza y deja escapar un largo suspiro. Muy despacio, se lleva la mano a la mejilla y se frota la piel, como si quisiera aliviar el dolor que le he provocado, y del que no me arrepiento. Ahora mismo estoy demasiado furiosa, y por eso cuando vuelve a abrir los ojos y me mira con fijeza y en silencio, yo le digo con rabia:

—¿Qué haces aquí?

Ya no queda ni rastro de su sonrisa, su shock se convierte en confusión, frunce el ceño y su mejilla adquiere un color rojo y brillante.

—Te dije que volvería —susurra. Su voz es grave, con ese habitual tono ronco que no he podido olvidar. Recuerdo cuando adoraba su voz y cómo sonaba mi nombre en sus labios. Ahora solo me irrita.

—Y yo pensé que querías decir que volverías en un par de semanas, o como mucho en un mes.

Trago saliva con dificultad, doy varios pasos más hacia atrás hasta que topo con el escritorio de Ella y ya no puedo seguir retrocediendo. No soporto estar cerca de Tyler. Ahora no, nunca, jamás. Llena del odio que surge de que se largara y me abandonase, me resulta fácil que las palabras continúen saliendo de mi boca, y ahora estoy gritando.

—¡No me imaginé que tardarías un año!

La mirada perpleja de Tyler flaquea y se llena de culpabilidad y dolor. Es como si hasta ahora jamás hubiera pensado que yo podía estar enfadada con él, y de repente noto cómo su cerebro funciona a toda máquina cuando me mira desde el otro lado de la habitación, con los ojos muy abiertos y sin saber de qué forma responder a mi pregunta. Ya no le quedan ganas de sonreír. No estoy segura de cómo esperaba que lo recibiese, si creyó que me lanzaría a sus brazos y daría saltos de alegría, o que lo besaría como jamás lo he besado y seríamos felices para siempre. Lo que está claro es que no esperaba esto: ira y desprecio y una chica que ya no está enamorada de él. Pero no quiero echarle la bronca. No quiero discutir. No quiero que intente darme explicaciones ni que me ruegue que lo perdone. Sencillamente no quiero tratar con él, así que decido marcharme, con calma, a pesar de que me arde el pecho, pero tengo que hacerlo a toda prisa, porque siento que la rabia puede llegar a convertirse en lágrimas ardientes. Así que cruzo el despacho sin mirar a Tyler, manteniendo la cabeza erguida

y la vista al frente, y paso por su lado. Noto que sus ojos me siguen mientras bajo por la escalera; cuando abro la puerta de la casa de un tirón, oigo sus pasos en el rellano.

—Eden —me llama—. Espera.

Pero no tengo ganas de esperar. Llevo meses esperando, dándole vueltas a la cabeza y elucubrando y volviéndome loca; los días se convirtieron en meses, y los meses, en un año. Me di por vencida hace mucho tiempo. Renuncié a él.

Doy un sonoro portazo y echo a correr. Corro lo más rápido que puedo, desesperada por alejarme de Tyler y de la casa; el corazón resuena en mi pecho y los oídos me zumban con cada zancada que doy. Sin embargo, cuanto más me alejo, más consciente soy de la situación, la adrenalina se va evaporando y siento cada vez más náuseas. Ahora por fin noto el dolor de mi mano. La palma me arde, así que cierro el puño con fuerza e intento no pensar en ello.

Llego a casa de mamá en menos de cinco minutos, no dejo de correr hasta que entro. Jadeando, cierro la puerta de un empujón y giro la llave, aprieto los ojos un instante mientras intento recobrar el aliento. De lejos oigo un programa de debate en la tele, y en unos segundos aparece Gucci y se pone a mordisquear mis pies.

—Por favor, no me digas que te persigue la poli —pide mamá, y cuando me doy la vuelta al oír el sonido de su voz, ella ya se está acercando a mí mientras se seca las manos con un paño de cocina pequeño; tiene una ceja enarcada con sospecha. El agua del

fregadero de la cocina sigue corriendo.

Ahora mismo hacerle mimos a mi perra es lo último que me apetece, así que la aparto de un empujón y vuelvo la mirada hacia mamá. Debe de darse cuenta al momento de que algo va muy mal, porque su pequeña sonrisa flaquea, la calidez desaparece de sus ojos marrones y la preocupación domina sus rasgos. Las arrugas de su frente parecen hacerse más profundas, y todo lo que puede decir es:

—¿Eden?

Me tiembla el labio inferior. Estoy haciendo todo lo posible para que las emociones no me superen, pero se me hace cada vez más difícil. No me había planteado que Tyler fuese a regresar. Después de un tiempo, sencillamente creí que estaba feliz dondequiera que estuviese y que ya no nos necesitaba. Jamás pensé que tendría que enfrentarme a una situación como esta. Me siento furiosa y confundida y molesta y frustrada, y mi silencio solo hace que mamá se preocupe aún más, así que trago saliva con dificultad y murmuro:

—Tyler ha vuelto.

En el momento en que pronuncio su nombre en voz alta, me echo a llorar.

## CAPÍTULO 4

Mamá deja que duerma un rato. Pero no estoy durmiendo, en realidad solo estoy tirada en la cama, envuelta en el edredón, mirando fijamente hacia el techo con los ojos hinchados. He llorado durante un rato. Me he duchado, me he puesto un chándal, me he acostado. Desde entonces no he abandonado mi habitación, aunque ya hace mucho que ha pasado el mediodía y estoy desperdiciando un montón de horas de sol. Para ser sincera, no me quiero mover en todo el día, o tal vez en toda la semana. Me duele demasiado la cabeza y la noto muy pesada y a punto de estallar. Así que me quedaré en la seguridad de mi cama todo el tiempo que pueda, aunque sé que mamá no permitirá que me encierre aquí más de veinticuatro horas, a pesar de que me encantaría. La verdad es que no creo que sea capaz de enfrentarme a Tyler nunca más. La esperanza que tenía el verano pasado ya ha desaparecido hace mucho tiempo. Tal vez en esa época pudiéramos haber intentado tener algo. Estábamos tan cerca de poder estar juntos por fin, de manera oficial y abierta..., y sin embargo Tyler complicó la situación más de lo necesario. No tendría que haberse marchado, sobre todo tanto tiempo cuando lo necesitaba más que nunca, y no obstante, lo entendí. Lo pillé. Con el tiempo, después de algunas semanas, cuando el shock y el dolor iniciales por lo



repentina que fue su partida por fin se habían suavizado. Yo sabía que él estaba haciendo lo correcto para sí mismo, pero lo que no comprendía era por qué me había borrado del mapa por completo. Intenté llamarlo, pero jamás me contestó. Le dejé un montón de mensajes, pero dudo que los haya escuchado siquiera. Le envié SMS, uno tras otro, pregunta tras pregunta, pero nunca recibí ni una sola respuesta. Incluso cuando simplemente le preguntaba si estaba bien, él me devolvía silencio. Muy pronto me harté de intentarlo, y mis llamadas y mensajes de voz y de texto empezaron a disminuir día tras día, y en noviembre ya ni siquiera trataba de establecer contacto con él. Tenía que centrarme en la universidad: clases nuevas, gente nueva y una ciudad nueva. Y eso me vino genial para no pensar en él. Por lo menos durante un tiempo. Abusar de la cafeína mientras se estudia en la biblioteca, ir al súper por la noche con mi compañera de cuarto cada vez que nos dábamos cuenta de que se nos había acabado la comida y volver a casa borracha y atravesando el campus en mitad de la noche después de una fiesta en la residencia de estudiantes solo son distracciones pasajeras. Por supuesto que conocí a chicos, incluso tuve un par de citas, pero me parecieron aburridas y nada especiales. En febrero, volví a pensar en Tyler. Solo que ya no estaba molesta. Estaba furiosa. Sencillamente no lo podía entender. No podía comprender por qué Tyler hablaba con Ella y no conmigo, y no me entraba en la cabeza que aún no hubiese vuelto

a Santa Mónica como había dicho. Habían pasado siete meses. Debería haber regresado hacía muchísimo tiempo, pero nada. Me ponía furiosa. Sentía como si me hubiese olvidado, como si hubiera hecho las maletas y se hubiera largado para que yo lidiase con todo el desastre que habíamos organizado juntos. Solo yo he tenido que soportar todas las miradas de reojo y los rumores cada vez que volvía a Santa Mónica. Él no. Y solo yo he tenido que aguantar a papá y a Jamie. Él no. Solo a mí me abandonaron. A él no. Y por eso mi rabia siguió creciendo: porque él se marchó y nunca volvió, porque ni siquiera fue capaz de llamarme, porque él era feliz dondequiera que estuviese, y yo no estaba allí. Lo que significa que estaba encantado sin mí, y eso dolía mucho más de lo que jamás me había imaginado. La primera vez que me llamó fue durante las vacaciones de primavera. Yo había ido a San Francisco por primera vez en mi vida. Mientras caminaba por las calles con Rachael a mi lado quejándose de lo empinadas que eran, sonó mi teléfono. Me quedé mirando la pantalla con fijeza, debatiéndome entre contestar o no, hasta que el sonido cesó y saltó el buzón de voz. Tyler no dejó ningún mensaje, pero a partir de aquel momento empezó a llamarme todos los días. Jamás descolgué, porque por entonces ya era demasiado tarde, y lo único que sentía hacia él era una rabia cada vez mayor.

Ahora que justo faltan tres semanas para que se cumpla un año de la fecha exacta en que se marchó, no esperaba ni por lo más

remoto que volviera. Ha pasado tanto tiempo...

Incluso Ella había perdido las esperanzas, por eso decidió convertir la antigua habitación de Tyler en un despacho para no tener que seguir trabajando en la cocina. Fue entonces cuando a todos nos pareció evidente que ni siquiera ella pensaba que su hijo iba a regresar.

Papá ese día estaba bastante contento, y fue corriendo a la ferretería para comprar la pintura de color magnolia que luego aplicó como un manazas. Cuando papá descubra que Tyler ha vuelto, seguro que se pone incluso más furioso que yo. Eso si no lo sabe ya, pero me da que aún lo ignora, por lo reservada que se ha mostrado Ella conmigo esta mañana. De hecho, cuanto más lo pienso, más me cabreo con ella. Me ha puesto entre la espada y la pared a propósito, cara a cara con Tyler otra vez, sin previo aviso, incluso cuando le había dicho un millón de veces que no quería volver a verlo jamás y que me alegraba de que no hubiera regresado.

Ahora todo vuelve a estar patas arriba, y no sé cómo lidiar con todo y cómo se supone que debo actuar sabiendo que Tyler ha vuelto. Evitarlo para siempre es, para mi desgracia, imposible. Y sin embargo, lo más triste de todo es que hace un año estaba completa, total y eternamente enamorada de él. Ahora ni siquiera deseo que se me acerque, y eso es lo que más me enfurece. Sin darme ni cuenta, estoy llorando otra vez, y mamá entra en mi

habitación. Me seco las lágrimas con las sábanas a toda prisa y suspiro un poco. Mi madre se dirige directamente hacia las persianas y las abre para que la luz de sol de la tarde inunde mi habitación, ante lo cual yo gimo y entierro la cabeza en la almohada.

—Ya está bien —dice, y no me hace falta mirarla para saber que tiene los brazos cruzados. Puedo notarlo por el tono de su voz—. Levántate.

Subo el edredón hasta taparme la cabeza.

—No.

—Sí —responde ella con firmeza—. Ya llevas cuatro horas llorando, ahora toca levantarse y olvidarse de él. ¿Adónde quieres ir? ¿Te apetece un café? ¿Tienes hambre? ¿Te gustaría que fuésemos a un spa? Tú eliges.

—¿No tienes que empezar tu turno dentro de nada? —Mi voz suena amortiguada a través de la almohada y del edredón y de las sábanas. Me he sepultado bastante bien y no tengo planeado levantarme hasta dentro de un buen rato.

—No entro hasta las ocho. —La oigo arrastrar los pies sobre la alfombra de forma vaga, y entonces, unos segundos después, tira de mi edredón, me destapa del todo y me saluda con una sonrisa —. Así que vístete, que vamos a salir. Podemos criticar a los tíos todo el tiempo que quieras, es mejor que llorar hasta morirte. Confía en mí, te lo digo por experiencia.

Pongo los ojos en blanco y me levanto a regañadientes. Eso es lo que más me gusta de mamá: lo pilla, ella me entiende. Papá también la abandonó, solo que hace seis años.

Tiene bastante experiencia en superar una ruptura. Regla número uno: no más de cuatro horas de llanto, según parece. No estoy segura de si esta regla se aplica si el tío se larga y luego regresa.

Me arden los ojos y todavía me duele el pecho, pero sé que mamá tiene razón, como siempre. Quedarme en la cama y llorar a moco tendido todo el día no me va a sentar nada bien. Mamá lo aprendió a la fuerza. Todavía lo recuerdo. Así que, aunque no tengo ganas, me obligo a levantarme. Aún tengo el pelo húmedo, y me paso los dedos entre los mechones mientras le lanzo una pequeña sonrisa de derrota a mamá.

—¿Vamos al Paseo dentro de veinte minutos?

Tiene una mirada cálida pero muy triste en los ojos, y su sonrisa se hace más grande.

—Esa es mi chica —dice, y me lanza una almohada antes de salir de la habitación. Mientras hago todo lo posible por arreglarme para estar por lo menos medio decente, pongo música, sobre todo pop alegre para intentar engañarme y creer que estoy encantada de la vida. Pero no funciona, y la música solo me cabrea más todavía, así que la apago a los cinco minutos y me seco el pelo. Decido dejármelo suelto y me maquillo. Me pongo una camisa nueva y mis mejores vaqueros, los más ajustados. Pero ni eso hace que me

sienta mejor.

Mamá y yo nos dirigimos hacia el Paseo un poco después de las dos. Entramos en algunas tiendas durante media hora, aunque no me está levantando la moral ni nada parecido, ni siquiera cuando descubro que la falda que he visto en Abercrombie & Fitch hace unas semanas está rebajada. Pero cuando la compro, le lanzo una pequeña sonrisa a mamá, y eso es suficiente para que deje de preocuparse tanto. Luego nos paramos en la tienda Pinkberry para comprarnos yogur helado.

—¿Sabes? —dice mamá—, voy a hablar de esto con Ella.

Hemos conseguido dar con una mesa libre en la terraza, justo al otro lado del Forever 21, y aunque tengo la boca medio paralizada, logro preguntar:

—¿De qué quieres hablar con Ella?

Mamá me mira como si yo estuviera haciéndome la tonta a propósito o algo, y entonces niega con la cabeza, coge un poco de su yogur helado y sigue hablando.

—Es que no sé en qué estaba pensando. No es justo que te haya echado encima a Tyler de esa manera. ¿Está loca o qué?

—No me lo ha echado encima exactamente —murmuro, encogiéndome un poco de hombros. Bajo la vista hacia la tarrina y jugueteo con mi yogur helado, dándole vueltas con la cucharilla durante unos segundos. Sabor natural, a rebosar de fresas y arándanos, y casi con seguridad tiene la mitad de las calorías que

he quemado esta mañana. Pero hoy no me importa—. Ha hecho como si se tratara de una emergencia. Hasta le he preguntado si estaba embarazada.

Mamá casi se atraganta, y por un segundo me mira horrorizada antes de echarse a reír. Se lleva la palma de mano a la cara con una expresión de incredulidad intentando contener la risa.

—¿En serio?

—En serio. —Siento que de repente me arden las mejillas, así que me meto una fresa en la boca y espero a que a mamá se le pase el ataque de risa—. A ver, no es imposible. Todavía tiene treinta y pico.

—Ay, Dios, treinta y pico. —Mamá suelta un silbido lento, y entonces la expresión de su cara se vuelve a endurecer cuando se da cuenta de que he cambiado de tema—. De todas formas, voy a hablar con ella —sentencia.

—Y ¿qué le vas a decir?

—Algo en plan: «¿Te importaría alejar a tu hijo de la mía antes de que el tío con el que ambas nos casamos los mate a los dos?» —ironiza mamá, aguantándose aún más la risa.

Sin embargo, parece darse cuenta de repente, por la forma en que entrecierro los ojos, de que no me hace ni pizca de gracia, porque se aclara la garganta y me mira más seria antes de darme una respuesta fuera de bromas.

—Solo le voy a pedir que se asegure de que Tyler te deje tranquila.

—Levanta su tarrina de yogur helado y me observa con intensidad por encima del borde—. Si eso es lo que quieres, por supuesto. La forma como dice esto último, lenta y casi insinuante, hace que enarque una ceja.

—Lo primero, mamá, no necesito que te metas. Y lo segundo: ¿qué me estás intentando decir?

—Bueno —comienza, bajando la mirada lentamente de nuevo hacia su tarrina—, ¿estás segura de que, tal como has dicho, no quieres ver a Tyler nunca nunca nunca nunca más?

Noto cómo estudia mis ojos, como si fuese a descubrir algo en ellos, pero aunque no estoy ocultando ninguna emoción, pestañeo a toda velocidad en un inútil intento de despistarla. Tampoco tengo claro por qué me salta ahora con esas, y como si no estuviese ya lo bastante furiosa, noto cómo me vuelvo a enfadar.

—Por supuesto que estoy segura. ¿No deberías tú, más que nadie, entender lo que es que alguien te abandone?

Por un momento mamá parece dolida, y enseguida me doy cuenta de que mis palabras no han salido como yo esperaba. Mamá puede hablar durante horas sobre papá, siempre y cuando su nombre vaya acompañado de una sarta de insultos, como lo ha hecho los últimos seis años, pero jamás menciona la dura realidad de que él se marchó. Es evidente, cuando aparta la vista y se levanta, que no está nada contenta con que haya sacado el tema otra vez.



—Creo que deberíamos irnos a casa. Tenías razón, debo ir a trabajar. Cuando mamá tira la tarrina vacía a la papelera y se va caminado sin esperarme, lo único que puedo hacer es suspirar. Está cabreada. Después de todos estos años, todavía no puede soportar el hecho de que papá se marchara. Estoy comenzando a entender por qué.

Duele una barbaridad. Me siento culpable por haber hecho ese comentario, así que me levanto de la mesa y la sigo, abriéndome camino entre la gente e intentando alcanzarla. En cuanto lo hago, la sigo en silencio unos pasos por detrás de ella durante todo el camino de vuelta al coche. Cuando llegamos al aparcamiento, me parece que el yogur helado me ha sentado mal, así que lo tiro a la primera oportunidad y luego me coloco en el asiento del pasajero del coche de mamá sin decir una palabra. Mamá tampoco dice nada. Conduce con los ojos fijos en la carretera, de vez en cuando mueve los labios y lucha contra las ganas de soltar improperios siempre que otro coche se acerca demasiado al nuestro, y a ratos estira la mano para subir el volumen de la radio o el aire acondicionado. Todavía me siento mal y no soporto que no me hable, así que, después de mover las manos con nerviosismo en mi regazo durante unos minutos, bajo el volumen de la radio hasta que en el coche reina un silencio casi absoluto, y la miro.

—Me he expresado mal, no quería decir eso.

—Tenías razón —contesta mamá al instante, con algo de retintín—.

Sé muy bien cómo es. —Cuando nos detenemos en un semáforo, se echa hacia atrás en el asiento y se cruza de brazos, pero sigue sin mirarme—. Sé lo que es que tu marido se marche y te deje sola y lo que significa pasar cada día preguntándote qué hiciste mal y si habrías podido impedirlo. Sé lo que es sentir que no has estado a la altura. Sé lo que es darte cuenta de que no valías la pena para que se quedara junto a ti. —Por fin, me mira de reojo, y parece súper enfadada—. ¿Tú? Tú no tienes ni idea de lo que es.

La miro parpadeando. No sé si estoy furiosa, confundida o sorprendida. De hecho, creo que las tres cosas a la vez. Estoy furiosa porque ha dicho que yo no tengo ni idea de lo que es, confundida porque esta agresión ha surgido de la nada, y sorprendida por la manera en que acaba de expresarse. Nunca la había visto así.

—¿Qué? —Es lo único que puedo decir al comienzo, y entonces, apretando los dientes, murmuro—: Sé perfectamente lo que es.

—No, Eden, no lo sabes —me corrige, su tono es duro y firme; el semáforo se pone en verde, vuelve a coger el volante y sale quemando rueda—. Tyler no te abandonó por ti. Te dejó por él. ¿En mi caso? Yo era el problema. Así que no compares nuestras situaciones, porque yo no sé cómo te sientes —«Pensaba que sí me entendía»— lo mismo que tú no comprendes cómo me siento yo —«Pensaba que la entendía»— por mucho que creas que sí.

—¿Te sientes?

Me mira.

—Me sentía.

Mamá nunca se ha sincerado del todo conmigo sobre lo que sucedió hace seis años. Sé lo básico. Que mamá era demasiado tranquila para papá. Que papá era demasiado organizado para mamá. Todavía no sé si siempre había sido así. Lo único que recuerdo es que cuando yo era pequeña discutían mucho, así que supongo que nunca llegaron a congeniar del todo. Cuando tenía doce años, papá pasó una semana en casa de su primo Tony. Mamá nunca me explicó la razón, solo se limitó a sonreírme y a asegurarme que pronto volvería, pero ahora que echo la vista atrás, es evidente que ella no tenía claro que fuese a regresar. Ese año papá empezó a quedarse en casa de su primo con más y más frecuencia. Cuando tenía trece años, llevaba un par de días sin verlo, y cuando le pregunté a mamá si estaba en casa de su primo otra vez, me abrazó con los ojos llorosos, y me confesó que no. Después de eso lo único que vi durante meses fueron lágrimas. Sabía que le dolió mucho que papá se marchara, sabía que los trámites del divorcio la estaban matando, sabía que ya nunca volvería a ser la misma, pero nunca supe cómo se sentía. Jamás me atreví a preguntárselo. Ella nunca se atrevió a decírmelo. Hasta ahora. Me quedo callada un minuto.

—¿Te sigue pareciendo que no eres lo bastante buena?

—¿Tú qué crees? —dice cortante. Levanta una mano en señal de

exasperación y el coche casi se sale del carril, pero ella enseguida coge el volante y lo estabiliza—. Ella tiene un tipazo de alucine y un pelo rubio sin una puta cana, un cutis perfecto sin una sola pata de gallo y un maravilloso Range Rover, y, para rematar, es abogada. Eso es lo que tiene tu padre ahora. ¿Qué tenía antes? Una inútil que no es capaz de cocinar ni un maldito guiso de carne, que lleva pijamas de quirófano en vez de trajes de diseño y que una vez destrozó su mierda de Volvo porque le dio por detrás a otro coche en la autopista. Por supuesto que yo no era lo bastante buena para él. Tu padre es un perfeccionista, y por si no te has dado cuenta, yo no soy perfecta.

—¿Y crees que Ella sí?! —le grito, las mejillas me arden. Siento como si tuviera la responsabilidad de defender a Ella. Hace tres años me recibió con los brazos abiertos y siempre me ha apoyado desde entonces. Escuchar cómo mi madre habla así de ella me cabrea, así que en vez de tomar partido por mi madre, lo hago por Ella—. También ha pasado por un divorcio; ¿no crees que habrá sufrido semanas y semanas de juicios por la custodia de Tyler? Además, tiene que vivir con el recuerdo de que su marido estaba matando a palos a su hijo y sin que ella lo supiera. ¿No crees que se culpará a sí misma todos los días por lo que sucedió? Pues sí. Ni Ella ni su vida son perfectas, así que casi mejor TE CALLAS.

Lo que quería decir es: «Tú eres la mejor madre del mundo. Puede que tengas que retocarte las raíces cada equis semanas, pero tu

pelo siempre está genial. Puede que tengas arrugas, pero eres tan guapa que no importa. Puede que no seas la mejor conductora del mundo, pero siempre llegas a tu destino. Puede que no seas abogada, pero eres una enfermera increíble que siempre sabe cómo hacer que la gente se sienta mejor, incluso fuera del hospital. Puede que no seas Ella, pero me alegra que no lo seas». Y también quiero decir: «Además, tú eres más afortunada. Tienes a Jack, que es encantador, y Ella tiene a papá, que es un cabrón. ¿Quién ha salido ganando?». Pero no lo digo porque estoy furiosa. —Ah, sí. Por supuesto —se burla mamá, poniendo los ojos en blanco y molesta—. Es tu segunda madre. Lo sabes todo sobre ella, ¿no? Me parece que me has reemplazado por Ella igual que tu padre.

La miro con incredulidad. «¿De dónde sale todo esto? ¿Por qué está tan enfadada?»

—¿Qué te pasa?

Mamá no responde. Sube el volumen de la radio otra vez, más alto aún que antes, así que apenas puedo escuchar mis pensamientos. Conduce sin mirarme ni decir una palabra, su expresión es tensa y tiene los ojos entrecerrados. Así que yo hago lo mismo.

Me vuelvo para darle la espalda, me cruzo de brazos y miro enfadada a través de la ventanilla. Subo los pies encima del salpicadero porque sé que lo detesta, pero no me grita para decirme que los baje, y yo no lo hago.

La radio retumba durante todo el camino a casa. Mamá solo baja el volumen cuando llegamos a la entrada; al detenernos, no apaga el motor ni se apea enseguida como siempre, así que me imagino que quiere pedirme perdón. Levanto la vista de mis deportivas, con los brazos aún cruzados, y espero. Su expresión se ha relajado un poco, pero ahora parece confundida. Me mira, y luego se fija en algo por encima de mi hombro.

Yo me enderezo y relajo los brazos, girando la cabeza con tanta rapidez que me sorprende que no se me rompa el cuello, y lo veo. Sentado en el felpudo delante de la puerta, toqueteando con nerviosismo el dobladillo de su camiseta blanca, está nada más y nada menos que Tyler Bruce. Otra vez.

Cuando nuestras miradas se encuentran, esta vez no sonrío. Solo se pone de pie y espera y espera y espera.

—¿Sabes cuál es la diferencia más importante entre tu padre y Tyler? —dice mamá en voz baja. Titubea un segundo—. Tu padre jamás regresó.

## CAPÍTULO 5

No importa lo mucho que le ruegue a mamá que dé marcha atrás y que nos vayamos, se niega en redondo. Apaga el motor y da vueltas a las llaves alrededor de su dedo índice, golpetea el volante con su mano libre y se niega a decir nada más. Ni una palabra de consuelo. Solo una expresión seria mientras me obliga a bajarme del coche y enfrentarme a la única persona a la que no soporto ver. Tener que caminar hacia allí me supone un gran esfuerzo. V arrastrando los pies, voy mirando por encima del hombro una vez más para pedirle a mamá con los ojos que me rescate, pero ella se limita a encogerse de hombros y sale corriendo por el lateral de la casa, para entrar por la puerta de atrás y no interrumpirnos. Tyler sigue de pie sobre el felpudo, ahora con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros negros, y se mordisqueea los labios con ansiedad.

Me detengo a unos cuantos centímetros de él y me cruzo de brazos. Al estar más cerca, puedo ver una ligera marca roja en su mejilla, y de repente me siento culpable. No quiero ni mirarlo a los ojos, así que doy pataditas en el asfalto y fijo la vista en una maceta justo un poco más abajo de su hombro.

—Siento haberte pegado —me disculpo.

Tyler se encoge de hombros y alza la mano para tocarse la mejilla.

—No te preocupes.

Se instala el silencio. Y es tan incómodo y difícil que me dan ganas de llorar. «¿Cómo hemos acabado así? ¿Cómo hemos llegado a esto?» Y entonces recuerdo la razón, y mi necesidad de llorar se convierte en un deseo irrefrenable de volver a abofetearlo, pero esta vez me controlo. Continúo dándole patadas al suelo, arañando la goma de mis Converse. Lo único que oigo son los coches que pasan.

—¿Puedes venir conmigo?

Ahora levanto la vista para mirarlo a los ojos.

—¿Adónde?

—No lo sé, solo quiero hablar contigo un rato —dice, y puedo notar la ansiedad en su tono de voz y ver la preocupación en sus ojos—.

¿Puedes por lo menos hacer eso por mí?

—No hay nada de lo que hablar —sentencio.

—Hay demasiadas cosas de las que hablar.

No importa lo mucho que quiera evitar su mirada, sus ojos verdes me atraen, como siempre. Me encantaban, pero ahora mismo detesto lo que me están haciendo. Intenta descubrir si voy a rechazar su petición, pero no puedo discutir sobre algo con lo que estoy de acuerdo. Tiene razón: hay demasiadas cosas de las que hablar. Solo que no quiero hacerlo.

Lo pienso durante varios segundos que parecen eternos, y aunque tenga muchas ganas de salir corriendo hacia la casa, me da la sensación de que Tyler no se va a dar por vencido, así que decido



que es mejor quitarlo de en medio cuanto antes. Así me dejará en paz lo más pronto posible. No le contesto, pero asiento con la cabeza una vez, y él de inmediato deja escapar un suspiro de alivio, como si llevara aguantando la respiración todo el tiempo. Saca las llaves del coche del bolsillo trasero, y al mismo tiempo veo la mirada de mamá. Está vigilándonos desde la ventada del salón, y tan pronto como percibe que la he visto, se agacha y desaparece de mi vista. Cuando lo pienso, creo que prefiero hablar con Tyler que con ella, así que me doy la vuelta y lo sigo por el césped. Después de unos cuantos pasos, me doy cuenta de algo. Su coche no está, incluso recorro la calle con la vista dos veces, de cabo a rabo, y definitivamente no lo veo. Es el tipo de vehículo que destaca, por su elegante diseño, su carrocería brillante y sus llantas negras, pero Tyler sigue caminando, así que voy tras él. Enarco las cejas cuando llegamos junto al coche aparcado al otro lado de la calle.

Este no es el coche de Tyler. Este es negro, tiene cuatro puertas, y las ruedas están cubiertas de barro seco. Lleva un par de arañazos en la puerta del pasajero y no es nuevo ni de lejos. Pero también es un Audi. Es un modelo bastante popular, el tipo de coche que veo por toda la ciudad.

Mientras Tyler se dirige hacia el lado del conductor y quita el seguro de las puertas, yo lo miro con fijeza por encima del techo con una expresión confusa. Él se encoge de hombros con tranquilidad y

dice:

—Bajé de nivel.

Luego se sube al asiento del conductor, así que yo me coloco en el del pasajero, y cierro la puerta tras de mí.

—¿Por qué?

Me lanza una mirada de reojo, con expresión solemne.

—Necesitaba el dinero.

Aprieto los labios y aparto la vista cuando él enciende el motor. El coche huele vagamente a una loción para después del afeitado que no reconozco, y también hay un aroma a diversos ambientadores. Tres arbolitos cuelgan de su espejo retrovisor.

Mientras conduce, mis ojos siguen vagando de un lado a otro para no tener que mirarlo a él. Alrededor de mis pies hay algunos folletos y trozos de papel, el asiento de atrás está decorado con un reguero de sus camisetas y el salpicadero está cubierto de polvo. Los asientos negros de cuero están muy desgastados, pero sigue siendo un coche bonito.

Llevamos conduciendo en silencio durante varios minutos, la radio está apagada pero el aire acondicionado está a tope, cuando Tyler dice en voz baja:

—Me gusta cómo llevas el pelo.

Dado que todavía estoy algo desequilibrada por encontrarme cerca de él otra vez después de tanto tiempo, no me doy cuenta de lo que quiere decir, así que me inclino hacia delante para bajar el

parasol. Abro el pequeño espejo y me miro. Ahora lo entiendo. Mi pelo. La última vez que me vio lo tenía el doble de largo. Ahora apenas me llega un poco más abajo de los hombros. Cierro el parasol y juego con el hilo que hay alrededor del roto de mis vaqueros.

—Ajá.

Pienso en todas las demás cosas que también han cambiado en mí. Como el hecho de que dejé de ponerme rímel a diario el pasado otoño porque me cansé de que se me corriera cada vez que lloraba, y la manera en que a veces me tomo un minuto para respirar antes de entrar en casa de papá y Ella. Al igual que el cambio gradual en mi temperamento, que fluctúa entre poder mantenerme bastante serena, controlada y perder los estribos por cualquier tontería porque estoy llena de rabia. O como los kilos extra que he ganado por aquí, por allá, y por todos lados.

Muchas cosas han cambiado.

Demasiadas.

Bajo la mirada hacia mi regazo y meto barriga con tanta fuerza que me cuesta respirar, pero ya estoy acostumbrada. Era una experta cuando estaba en segundo.

Permanezco así durante un rato. A ratos lo relajo, solo unos segundos, cuando Tyler tiene puesta toda su atención en la carretera. Incluso cuando comienza a dolerme la cadera, lo único que pienso es que no quiero que él se dé cuenta de que he subido

de peso, así que sigo haciéndolo, cruzo los brazos sobre mi barriga tratando de esconder mi cuerpo y levanto los muslos un poco del asiento de cuero para que no parezcan tan enormes. Conducimos durante un buen rato. Dejamos atrás la ciudad. Es hora punta, así que el tráfico ya está aumentando y hace que el silencio sea aún más doloroso. Yo no hago ningún esfuerzo por entablar una conversación, porque no tengo nada que decir. Es Tyler el que tiene muchas cosas de las que hablar. Así que seguimos circulando durante casi una hora a pesar de lo incómodos que estamos los dos. Cruzamos Beverly Hills y West Hollywood hasta que nos detenemos en North Beachwood Drive. Alzo la vista. Y entonces me doy cuenta.

—¿Por qué me has traído aquí?

Tyler no me mira, solo se encoge de hombros, se reclina más en su asiento y deja escapar un breve suspiro. Tiene la mirada fija en el letrero de Hollywood, arriba en la distancia.

—Porque no sé si tú has vuelto, pero yo hace mucho tiempo que no vengo. Al letrero y a Los Ángeles.

«Mucho tiempo, más bien una eternidad», pienso. Poniendo los ojos en blanco, sacudo la cabeza una vez y digo con firmeza:

—No pienso subir allí arriba contigo. Hace un calor horrible.

—Claro que sí —contesta Tyler muy seguro—. Tengo algo de agua en el asiento de atrás.

Más silencio, pero esta vez es porque estoy intentando hilvanar

una frase, un argumento decente para explicar por qué no puedo escalar el monte Lee: 1) porque llevo puestos mis mejores vaqueros y una camisa nueva, 2) porque no me apetece ni un poco, 3) porque hace demasiado calor, y, por último, 4) porque sinceramente no quiero hacer esto con Tyler. Sin embargo, el esfuerzo necesario para defender mi postura me parece mayor que el de hacer la escalada, así que me guardo lo que pienso y frunzo el ceño.

Pasamos por la señal hacia el Sunset Ranch y paramos el coche unos metros más adelante, en el pequeño aparcamiento al pie del sendero Hollyridge. Al igual que Tyler, yo hace muchísimo tiempo que no venía aquí. Solo he hecho esto una vez, hace tres años, cuando las cosas eran del todo diferentes a como son ahora.

Cuando Tyler apaga el motor, no duda ni un segundo. Saca las llaves del contacto y abre su puerta, se baja y levanta la vista hacia el cielo. Yo también me bajo y camino alrededor del coche para encontrarme con él en la parte de atrás del coche.

—Solo para que quede claro —digo mientras él abre el maletero—: No quiero hacer esto.

Con una mano apoyada en la puerta del maletero, Tyler me mira por debajo de su brazo, y luego aparta la vista. También está lleno de mierda, como el resto del coche. Más trozos de papel, una chaqueta, pinzas para la batería y latas de refresco vacías, una pequeña caja de herramientas y varias botellas de agua, que dudo

que estén frías. Me pasa una y cierra el maletero.

—Venga, vamos —dice.

En un acto desafiante, camino muuuy lento mientras me voy pasando la botella de agua de una mano a la otra y canturreo. Si esto irrita a Tyler, desde luego que no lo demuestra. Sigo haciendo lo mismo durante algunos minutos hasta que me doy cuenta de que me estoy comportando como una cría y que él actúa con mucha más madurez. Dejo de hacer el tonto y lo alcanzo. Y entonces nos limitamos a caminar, adelantamos a unas chicas montadas a caballo y, más tarde, a un par de hombres de mediana edad que es probable que vengan de vuelta del letrero.

Durante todo el tiempo reina el silencio. Estoy empezando a preocuparme de que nos engulla cuando menos lo esperemos. En algún momento entre el mes de julio pasado y ahora, lo perdimos todo: las bromas, las miradas de complicidad, los momentos especiales y las promesas más sólidas; nuestro valor y nuestro secreto. Perdimos el amor y el deseo que compartíamos. Creo que el silencio es lo único que nos queda. No nos detenemos para recuperar el aliento mientras recorremos el sendero Hollyridge, que se contornea por la ladera hacia la cima del monte Lee. Yo camino de espaldas casi todo el tiempo. Me parece que la vista es más bonita hacia atrás. Distanciarte de la ciudad y observar cómo se va volviendo más y más pequeña debajo de ti es casi excitante. Es mejor que tener que mirar a Tyler, eso seguro. También resulta

triste estar aquí arriba otra vez, escalando unos ciento cincuenta metros para ver un montón de letras encima de la montaña, dando curvas cerradas bajo un sol abrasador. La primera y última vez que hice esto, estaba con mis amigos. O por lo menos con la gente a la que consideraba mis amigos. Entonces todo parecía mucho más sencillo y todos parecían mucho más simpáticos. Era amiga de Tiffani, de Rachael, de Meghan, de Jake, de Dean. De todos. O por lo menos eso creía. Íbamos riéndonos y nos llevábamos bien y nos pasábamos el agua y saltábamos vallas, totalmente imprudentes, y juntos. Pero entre esa vez y esta han pasado tres años, y a raíz de las discusiones, peleas y rupturas, supongo que todos hemos crecido.

Lo que dijo Tyler el último verano en Nueva York era cierto: todo el mundo hace su propio camino y se separa después del instituto. Nuestras universidades están desperdigadas por todo el país. Illinois, Ohio, Washington, e incluso aquí en California. Hace algunos meses Rachael me comentó que a Dean lo habían aceptado en Berkeley. Empezará en otoño. Como es obvio, no me lo dijo él. ¿Quién querría hablar con su ex novia? Sobre todo cuando esta le puso los cuernos con su mejor amigo. Pero aunque ahora Dean me odie, yo le deseo lo mejor y siento haberle hecho daño. Casi sonrío al pensar que haya entrado en Berkeley. Sé lo mucho que quería estudiar allí.

Ahora, Tyler y yo estamos en el sendero pavimentado, Mount Lee

Drive, vamos serpenteando mientras nos alejamos del letrero para rodearlo. Apenas recuerdo este camino. A lo largo de la cresta de la montaña, me detengo y miro hacia el norte. Desde aquí se ve Burbank. No recuerdo haberme fijado en esto la primera vez. Creo que entonces mi atención estaba centrada en el letrero de Hollywood y en nada más, así que me tomo unos minutos para mirar hacia abajo mientras entrecierro los ojos y pestañeo por la fuerte luz del sol. Habría estado bien acordarme de traer las gafas de sol. Tyler lleva las suyas.

—Ese es el Valle San Fernando —dice en voz baja, y señala con la cabeza hacia la distancia, más allá de Burbank.

—Ya lo sé —respondo seca—. Vivo aquí.

—Vale.

Volvemos a caminar, pasamos junto a una especie de equipo de comunicación, y poco después doblamos la curva que nos lleva de vuelta a la cuesta sur. Y allí está por segunda vez el famoso letrero de Hollywood. Tan enorme y llamativo como siempre, capaz de atraer la atención de millones de turistas cada año, asentado con orgullo en su espacio reservado en el lado empinado al sur del monte Lee y protegido por una valla y cámaras de seguridad que cada año destruyen miles de sueños cuando la gente sube hasta allí y descubre que es ilegal tocar este icono internacional. En este momento estamos solos. Tyler camina hasta la valla, mete el dedo índice por el metal y luego suspira.



—¿Vas a saltarla? —le pregunto.

No tengo ganas de tocar el letrero por una fracción de segundo antes de bajar a toda prisa por la ladera del monte Lee y arriesgarme a que me pille la poli o a despeñarme.

Me mantengo apartada y me siento con las piernas cruzadas en el sendero de tierra. El suelo está caliente.

Tyler mira por encima de su hombro, y de repente lo veo demasiado mayor para su edad. Ha crecido tanto... Tal vez demasiado.

—No.

Se da la vuelta, camina hacia mí y se sienta en el suelo a mi derecha. No se acerca mucho, pero tampoco deja demasiado espacio entre nosotros. Tiene las piernas extendidas hacia delante y las palmas atrás, apoyadas sobre la tierra. Irradia ansiedad, que parece contagiosa, porque mientras espero a ver cómo va a comenzar esta conversación, noto que el sudor me cubre la frente. Intento convencerme de que es solo por el calor.

Es increíble que, a pesar de lo ajetreada que está la ciudad, aquí arriba todo está completamente en calma. Me recuerda a Nueva York, cuando estábamos en la terraza del edificio de Tyler, donde parecía que por unos momentos una quedaba como desconectada del resto de la ciudad. Aquí arriba tengo la misma sensación. Tyler todavía no ha dicho nada. Aparto la mirada de la valla, giro la cabeza y lo miro de frente. Él tiene los ojos fijos hacia delante,

entrecerrados con suavidad, y los labios apretados, y por primera vez desde que lo he visto esta mañana, me tomo unos minutos para mirarlo de verdad. Lleva el pelo más largo, y también la barba, esa que antes encontraba irresistible. Ahora recorre su mandíbula con descuido, hasta extenderse por el cuello.

Lo estudio con detenimiento, desde los labios hasta los brazos, y entonces lo veo. No estoy segura de si se debe a que no estaba prestando atención o he estado ciega hasta ahora, pero ahí está mi nombre. Hasta ahora se me había olvidado que se lo había tatuado. Son esas cuatro letras pequeñas que pensé que eran tan estúpidas, y ahora más. Se han desteñido un poco tras un año, pero ya no están solas. Alrededor de ellas hay varios dibujos nuevos y todos se conectan para formar un enorme tatuaje, casi como media manga. Hay una esfera de reloj y un montón de rosas entrelazadas que rodean mi nombre, con varias espirales y sombras oscuras. La verdad es que es bastante chulo, pero una pregunta me ronda por la cabeza: ¿por qué no tapó mi nombre? Trago saliva y aparto la vista antes de que él pueda volverse para mirarme. Tengo las manos sobre el regazo, así que levanto las muñecas. Ya no quedan palabras, porque están cubiertas por una enorme paloma en vuelo que me hice durante las vacaciones de primavera, cuando Rachael y yo fuimos a San Francisco. Ella se tatuó una hilera de flores alrededor del hueso de la cadera, y después, cuando por fin dejó de llorar por el dolor y yo de la risa,

me puso un montón de libros del tatuador en los brazos. Le dije que no quería hacerme otro tatuaje. Me respondió que no era eso lo que estaba intentando decirme: pensaba que necesitaba mejorar el que ya tenía. Y llevaba razón. El tatuador me explicó que una paloma simbolizaba un nuevo comienzo, como la historia de Noé, y aunque no soy muy religiosa que digamos, me gustó la idea de un nuevo comienzo. Ese fue el día en que perdí la esperanza con Tyler, y las palabras «No te rindas» desaparecieron para siempre. Vuelvo a esconder la muñeca en mi regazo y me muerdo la comisura del labio. Parte de mí se siente culpable por haber borrado el lema en el que creíamos el verano pasado, pero no puedo descifrar por qué me siento así. No tengo ninguna razón para sentirme mal. Me doy cuenta de que estoy haciendo un gesto de negación con la cabeza, pero solo para mí misma, e intento no pensar en ello. En vez de eso, vuelvo a mirar a Tyler. Ahora tiene la cabeza inclinada, la vista clavada en sus vaqueros, y en el silencio es fácil escuchar su largo y lento suspiro.

—Estás cabreada conmigo —dice. Es una afirmación. Un hecho.

—¿Y por qué te sorprende?

Muy despacio, levanta la cabeza y me mira con sus ojos suaves.

—No lo sé. Supongo que nunca me paré a pensar lo que podía suceder. Solo pensé que...

—¿... que estaría feliz? —concluyo por él. Ahora me siento mucho más serena que antes. Nuestro tono de voz es bajo y suave, a

pesar de que el ambiente se está tensando —. ¿Que yo estaría justo en el mismo sitio en el que me dejaste? ¿Que habría pasado un año esperándote?

—Pues... —murmura, tragando saliva— supongo. —El pecho se le eleva cuando deja escapar otro suspiro, este mucho más pesado—. Pensé que lo entendías.

Me tomo un largo rato para ensayar las palabras en mi cabeza antes de decirlas en voz alta. Luego respiro hondo y comienzo a explicarme.

—Al principio lo hice. Lo pillé. Todo lo que estaba sucediendo era demasiado. Tu padre, los nuestros, nosotros. —Titubeo con la última palabra por un breve instante, y entonces aparto la mirada de Tyler otra vez y la clavo en el letrero de Hollywood mientras estrujo la botella de agua con ansiedad. Miro fijamente la enorme H—. Pero ¿acaso no te paraste a pensar ni un minuto que tal vez para mí también fuera difícil? No, claro que no. Huiste como un cobarde y me dejaste para que lidiase yo sola con toda la mierda en la que nos habíamos metido los dos. —Estrujo la botella aún con más fuerza y miro con atención el tapón—. Yo no pude irme a Chicago hasta septiembre, así que me tuve que quedar aquí dos meses. Ni siquiera me permitían entrar en tu casa. Mi padre no me dirigía la palabra, y las únicas veces que lo hizo fue para amenazarme con dejar de pagarme la universidad. Tu madre era incapaz de mirarme a los ojos, y luego está Jamie. No tendrás ni

puta idea, porque no has estado aquí, pero es un cabrón. Nos odia a los dos. Ah, por cierto, todo el mundo sabe lo que pasó entre nosotros. Absolutamente todo el mundo. Pero eso tampoco lo sabrás. No tendrás ni idea de lo que la gente ha dicho a mis espaldas, ni de cómo me miran. No sabes nada porque no tuviste que lidiar con esto. Tuve que hacerlo yo, sola por completo, y aunque te llamé millones de veces solo para escuchar tu voz y para que me dijeras por lo menos de que todo iba a salir bien o algo, ni siquiera me contestaste.

Tyler permanece en silencio, pero puedo notar que me está clavando esa mirada intensa tan suya. Respiro con rapidez y me resulta difícil impedir que las mejillas me ardan.

«No llores», me digo a mí misma, una y otra vez, hasta que me hallo coreando esas palabras en mi cabeza como un mantra. «No llores. No llores. No llores.» Estás cabreada con él. Estás cabreada con él. Estás cabreada con él.» No llores: estás cabreada con él.»

—No sé qué decir —reconoce por fin. Su voz es tan temblorosa y tan bajita que es casi un susurro; encoge las piernas hacia el pecho y se inclina, apoyando los brazos sobre las rodillas.

—Podrías empezar por decir que lo sientes.

Otra mirada de reojo. Una mirada dolida. Una arruga de preocupación en la frente. Se vuelve para mirarme a los ojos y extiende la mano para ponerla con firmeza en mi rodilla; la aprieta con fuerza.

—Lo siento.

Contemplo su mano sobre mi cuerpo. Hacía mucho tiempo que no me tocaba. Su tacto me resulta incómodo, ya no lo quiero. De verdad no lo quiero. Apretando los labios, aparto su mano de mi rodilla y vuelvo a mirar hacia la ciudad. Hay una ligera bruma, pero el letrero de Hollywood está precioso, como siempre. Puedo ver el centro de Los Ángeles y sus rascacielos, y mi mirada se fija en ellos mientras pienso lo que significan las palabras «lo siento» para Tyler. ¿Siente haberse marchado? ¿Siente que nuestra familia se haya puesto en mi contra? ¿Siente haber tardado tanto en regresar? ¿Siente haber arruinado lo que teníamos? Por todo lo que ha hecho, lo siento, pero no me parece suficiente.

—Lo siento —dice Tyler cuando yo no respondo nada, y esta vez no me toca la rodilla, sino la mano. No entrelaza nuestros dedos, solo coge mi mano con tanta fuerza que casi duele—. Lo siento de verdad, joder. No tenía ni idea.

—Por supuesto que no la tenías. —Retiro mi mano con brusquedad de la suya y le doy un empujón en el pecho, apartándolo de mí; pierdo el control—. ¿Qué esperabas? ¿Creíste que solo con regresar a casa todo estaría bien? ¿Pensaste que yo seguiría enamorada de ti y que nuestros padres nos aceptarían y el resto del mundo pensaría que éramos súper monos? Porque eso no tiene nada que ver con la realidad. Mi padre todavía continúa furioso conmigo. Todos creen que somos repugnantes. —Lo

fulmino con la mirada más feroz que soy capaz de echarle sin ponerme a llorar—. Y ya no estoy enamorada de ti.

Tyler retrocede, como si acabara de darle otra bofetada, como si mis palabras lo hubieran golpeado con dureza a nivel físico. Se le agarrota el gesto y sus ojos se llenan de confusión. Puedo ver cómo miles de interrogantes se le pasan por la cabeza al mismo tiempo, pero no pronuncia ninguno de ellos en voz alta. Solo se limita a apoyar los codos sobre las rodillas y a llevarse las manos a la cara antes de pasárselas por el pelo. Se da tironcitos en las puntas, vuelve a bajar los brazos y echa la cabeza hacia atrás. Está mirando hacia el cielo, pero sus ojos están cerrados. Yo quiero irme a casa. No me apetece estar aquí con él. Mordisqueándome el lado interior de la mejilla, cojo un par de piedras y las junto en mi mano. Luego las lanzo una por una hacia el valle, hacia el letrero, hacia la ciudad. Me distrae de Tyler, porque aunque me gustaría creer que no me importa, no quiero ver lo dolido que está.

—¿Por qué?

Me quedo con la mano suspendida en el aire mientras lo miro enarcando una ceja.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no estás...? —Su voz se desvanece y es incapaz de obligarse a pronunciar las palabras. En vez de decirlas, sacude la cabeza con rapidez—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha cambiado?

—¿Estás de coña? —Bajo la mano y suelto una carcajada, pero es

más de desprecio que de humor—. Joder, ¿me estás tomando el puto pelo?

Tengo que hacer una pausa para recuperar la compostura y controlar la rabia antes de que explote como una granada en sus narices. Inhalando y espirando una y otra vez, aprieto los ojos con fuerza y cuento hasta tres antes de volver a abrirlos para mirar de nuevo al completo idiota que tengo a mi lado.

—¿Desapareces durante un año y esperas que dedique mi vida a esperarte sentadita? Pues no. He estudiado mucho, he conocido a gente impresionante y me ha encantado vivir sola, y a pesar de toda la mierda con la que he tenido que lidiar, mi año ha sido una puta pasada. Así que, por si no te has dado cuenta, puedo vivir sin ti. Soy capaz de sobrevivir sin el poderoso Tyler Bruce.

Llegada a ese punto pierdo el ímpetu, así que paro, aunque hay muchas más cosas que podría decirle. Pero no quiero admitir toda la verdad. No quiero contarle cuántas lágrimas derramé los primeros días, no quiero confesarle que he subido de peso porque atiborrarme de comida basura y helados con Rachael era lo único que me consolaba, no quiero decirle que cuanto más tiempo pasaba sin que regresara, más furiosa me sentía.

La verdad es que no me he pasado el año perdidamente enamorada. Lo he pasado completamente furiosa.

—Vente a casa conmigo —propone Tyler con rapidez, pero sus palabras son demasiado veloces y urgentes, y su voz suena



cascada y rota—. Ven conmigo, aunque solo sea un par de días, y deja que te lo demuestre. Permite que te enseñe lo que he estado haciendo y lo mucho mejor que estoy, y también que te pruebe que lo siento, y déjame..., déjame... —Arrastra las palabras para recuperar el aliento antes de bajar la voz hasta que se convierte en un mero susurro, y dice—: Déjame arreglarlo.

—Ya estás en casa —afirmo de manera inexpresiva. Señalo con ambas manos la ciudad que se extiende ante nosotros.

—No —me corrige, y recorre mi cara con sus ojos brillantes de modo tan intenso que me hace sentir incómoda—. Yo ya no vivo aquí. Solo he venido un par de días para... para verte. Llegué anoche y mamá me metió en ese hotel pijo cerca del instituto cuyo nombre ni siquiera puedo pronunciar porque no quiere que tu padre sepa que estoy aquí, lo cual comprendo. Vuelvo a casa el lunes.

Lo miro pestañeando por un rato.

—¿Qué?

Siento que mi mente va demasiado lenta mientras intento procesar lo que está diciéndome. Falta algo de información, y sin embargo estoy tratando de darle sentido a todo de forma patética. ¿Que se va a casa el lunes? Pero si ya está en casa. Los Ángeles es su casa. Debería luchar para integrarse de nuevo en la familia y montar un pollo porque han convertido su habitación en un despacho y discutir con Jamie igual que yo. Eso es lo que significa volver a casa.

—¿Piensas irte otra vez?

Asiente con un solo movimiento de la cabeza.

—Pero esta vez quiero que vengas conmigo. Ahora mi vida está en Portland y...

—¿Portland? —Lo interrumpo tan bruscamente que Tyler se congela; todavía tiene los labios separados y la palabra atrapada en la boca—. ¿Portland?

—Fue el primer sitio en el que pensé —reconoce.

De inmediato me hierve la sangre con tanta furia que siento que tengo la piel ardiendo. Aprieto la botella de agua en mi regazo con tanta fuerza que casi explota. Me levanto del suelo y me sitúo directamente delante de Tyler mientras lo fulmino con la mirada.

—¿Has estado en PORTLAND?

Ya sé que odio Portland. Sé que no debería importarme dónde haya estado, porque debería darme igual. No importa en qué ciudad ha pasado el último año; el hecho de que se hubiera marchado me resultaba difícil. Pero hay algo que me molesta al pensar que ha estado en Portland, en la ciudad en la que nací, que haya paseado por las calles por las que yo paseaba es lo que más me irrita. De repente me siento demasiado sobre protectora con Portland, como si la ciudad fuera mía. No quiero que Tyler me la arrebatte. De todas las ciudades en este país, ¿por qué tuvo que acabar en la que yo una vez consideré mi hogar?

Lo que me sorprende aún más es que no lo sabía hasta ahora. He

pasado todo un año sin tener ni idea de dónde demonios estaba Tyler. Durante un tiempo, sobre todo al principio, creía que lo más probable era que se hubiese marchado a Nueva York, pero según parece no fue así. Según parece, la mierda de Portland con su lluvia de mierda y sus montañas de mierda fueron suficientes para él.

—Vuelve conmigo —dice otra vez, solo que ahora en su voz hay un tono de ruego. Se pone de pie, da un paso hacia mí y me coge por la cintura con ambas manos, sus manos firmes sobre mis caderas —. Por favor, ven a Portland y dame una oportunidad para arreglar este puto lío. Solo unos días, te lo juro, y si no quieres quedarte más que un par de días conmigo, entonces puedes volver a casa. Eso es todo lo que te pido.

Me quedo de piedra y me tomo un minuto para mirarlo bien de cerca. Sus ojos no han cambiado nada. Es fácil buscar la respuesta en ellos, encontrar verdades ocultas y emociones enmascaradas. Eso es algo que creo que siempre me encantará de él. Y en este instante parece estar expuesto por completo. Puedo ver todo en sus ojos, desde el pánico y la preocupación hasta el dolor y la angustia, todo envuelto en una poderosa e intensa mirada que me está atrapando. Pensar que una vez estuve tan completa y totalmente enamorada de esta persona es casi demasiado difícil de creer ahora. Estoy tan resentida con él que a veces duele. No quiero ir a Portland.

—No quiero seguir hablando contigo —murmuro, y luego pongo las manos sobre su pecho y lo empujo hacia atrás, apartándome de él otra vez. Últimamente se me da muy bien separarlo de mí.

Si pensaba que no se le podía ver más dolido de lo que ya estaba, me equivocaba. Sus labios forman una línea recta mientras se mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros, y sus ojos no se apartan de los míos. No le queda nada más que decir. Lo único que puede hacer es mirarme. Le echo un último vistazo a la ciudad por encima de su hombro. Y entonces empiezo a retirarme, muy despacio me voy alejando de mi hermanastro hasta estar a más de un metro de él. Por primera vez, las palabras parecen atascarse en mi garganta y me resulta difícil pronunciarlas, pero cuando por fin lo hago, siento un gran alivio al escuchar que mi voz dice:

—Hemos terminado, Tyler.

## CAPÍTULO 6

El viaje de vuelta a casa es incluso más incómodo e insoportable que el viaje de ida. Tyler y yo no nos hemos dicho ni una sola palabra en más de una hora. Ni siquiera lo he esperado para bajar del monte Lee; he ido delante y él ha mantenido unos quince metros distancia entre nosotros. Pero solo hasta que hemos llegado a su coche, y ahora nos encontramos los dos atrapados en un espacio reducido y no tenemos nada de que hablar.

Hemos dicho todo lo que teníamos que decir. Y sin embargo, aunque el ambiente es tenso, estoy contenta, porque siento un gran alivio. Hablar con Tyler ha resultado ser una buena idea. Es como si por fin hubiese podido cerrar una etapa.

La hora punta ya ha pasado, así que el tráfico no está tan mal de regreso a Santa Mónica. Han pasado casi cuatro horas, por tanto, mientras Tyler se concentra en conducir, yo le escribo un mensaje a mamá, para contarle dónde he estado y que voy de camino a casa, pero entonces recuerdo que todavía estoy enfadada con ella, así que borro el mensaje en vez de enviarlo. Le echo un vistazo a Tyler con el rabillo del ojo. Va conduciendo con ambas manos apoyadas en la parte inferior del volante, sus ojos vacíos, su mirada fija en la carretera y la mandíbula tensa. Decido escribir a Rachael en vez de a mamá, y ella parece encantada con mi sobrecarga de

información, porque sus abuelos la están volviendo loca como siempre.

Así que le cuento todo. Que Tyler me ha tendido una emboscada esta mañana. Que he discutido con mamá. Que Tyler me estaba esperando delante de mi casa y ha exigido que habláramos. Que hemos ido al letrero de Hollywood, y la conversación que hemos tenido. Y le cuento que Tyler ha estado viviendo en Portland y que me ha pedido que vuelva con él allí.

Sus respuestas entran con rapidez.

**CÓMO QUE TYLER HA VUELTO??**

**Jo, en serio le pegaste?**

**Por qué querría vivir en Portland? Sin ánimo de ofender**

**Te ha llevado al letrero????**

**Espero que no lo hayas perdonado**

Hablar con Rachael hace que el viaje a casa sea un poquito más soportable. Son casi las siete cuando llegamos. El sol ya está empezando a zambullirse en el horizonte, aunque no debería ponerse hasta dentro de una hora, y yo mantengo la vista clavada en él con tanta concentración que ni siquiera me doy cuenta de que Tyler se ha detenido en la avenida Deidre, justo al lado de la acera delante de casa de papá y Ella.

Levanto el parasol y me vuelvo para mirarlo.

—Estos días estoy en casa de mamá —le indico con cara de póquer; luego toso, porque siento la garganta seca de haber

pasado tanto tiempo en silencio.

—Lo sé —dice Tyler. No me está mirando; apaga el motor y se suelta el cinturón—. Pero mi madre quiere que estemos los dos aquí.

Solo parece vacilar cuando abre su puerta, y observo cómo sus ojos se entrecierran al ver algo a través del parabrisas. Tras un segundo me doy cuenta de que está mirando fijamente hacia el Lexus de papá, que está aparcado en la entrada.

Ya ha vuelto del trabajo. Claro que sí. Papá suele llegar a casa la mayoría de los días poco después de las seis a no ser que algo se lo impida. Suele gustarme cuando eso sucede. Hoy no lo ha retenido nada, y parece que Jamie también ha llegado ya. Su BMW está estacionado de forma descuidada en la calle justo delante de nosotros, las ruedas apretujadas contra el bordillo; es posible que haya añadido algún arañazo a sus ya estropeadas llantas de aleación. Ella lleva meses diciéndole que tenga más cuidado, pero él no le presta atención, porque es Jamie, y Jamie pasa de todo.

Vuelvo a mirar a Tyler.

—Espero que sepas que si pones un pie dentro de esa casa ahora mismo mi padre con toda probabilidad llamará a la poli o algo así. Te odia incluso más que a mí, que ya es decir.

Tyler vuelve a cerrar la puerta del coche, y justo cuando creo que por fin me va a llevar a casa, saca el móvil y llama a Ella. Se aprieta el aparato contra la oreja.

Todavía no me ha mirado. No creo que lo haya hecho desde que hemos emprendido el descenso desde la cima del monte Lee. Me está resultando difícil descifrar cómo se siente, porque por una vez sus ojos no me están ofreciendo las respuestas. No puedo saber si está dolido o furioso o sencillamente le importa una mierda.

Pero su tranquilidad no dura mucho tiempo, porque en cuanto Ella atiende la llamada, se pone muy tenso.

—Sí, hola, estamos aquí fuera. —Hace una pausa—. Pensé que no se lo ibas a contar. —Otra vez se queda en silencio mientras escucha, y por fin sus ojos se desvían hacia mí por un segundo antes de bajar la voz y murmurar al teléfono—: Mamá, sabes que me matará de una paliza si entro por la puerta con ella. —Otra pausa. Me muero de la curiosidad, y el hecho de que no pueda oír lo que está diciendo Ella me está volviendo loca—. Vale, pero verás cómo te sale el tiro por la culata —dice Tyler, y luego cuelga.

Lo miro enarcando las cejas, mi expresión es un enorme interrogante.

—Tenemos que entrar por la puerta de atrás —me señala, y enseguida vuelve a abrir la puerta del coche y se baja, cerrándola de un portazo tras él. No me explica la razón por la que Ella quiere que entremos los dos.

Suspiro y hago lo mismo y lo sigo a través del césped, que está del todo seco e incluso marrón por algunas zonas, pero, como el resto de los californianos, hemos tenido que apañarnos. Si llegáramos a



poner el riego automático, casi seguro que nos multarían por derrochar agua durante una sequía tan excepcional. Lleva sin llover desde abril. Tyler se dirige directamente hacia la entrada para coches, sus movimientos son ágiles y rápidos, como si estuviera en una misión secreta e intentase que no lo pillaran. En cierta manera, supongo que es así. Está tratando de evitar a papá. Yo también, así que le piso los talones, siguiéndolo hasta cruzar la reja y entrar en el jardín de atrás. La piscina está vacía y en el fondo hay varios balones de fútbol de Chase.

Mientras cruzamos el césped seco y marrón hacia las puertas del patio que dan a la cocina, Ella nos pega un susto de muerte cuando aparece de la nada al otro lado del cristal.

De manera frenética, abre las puertas correderas y nos escolta hacia adentro, diciéndonos que nos callemos y permanezcamos en silencio, y entonces me coge por la muñeca.

—Quedaos en el recibidor hasta que yo os diga —le susurra a Tyler, apretando su mano alrededor de mi muñeca mientras tira de mí para cruzar la cocina. Todavía lleva puesto el traje, aunque ahora está unos centímetros más baja sin sus tacones, y sus pisadas no hacen ruido.

Todavía no tengo ni idea de lo que está sucediendo, de por qué estoy aquí ni de por qué Ella no se muestra incómoda al ver que Tyler y yo aparecemos juntos. Dar explicaciones no parece ser su prioridad ahora mismo. Llevarme hasta el recibidor es lo más

importante.

—¿Puedo preguntarte algo? —murmuro, en voz muy bajita.

Ella deja de tirar de mí y me mira por encima del hombro, y luego a Tyler, que nos sigue de cerca, antes de volver la vista hacia mí, y enarca una ceja como diciendo: «¿Qué?».

—¿Qué está pasando?

—Reunión familiar —dice sin vacilar. Le dirige a Tyler una mirada firme, y él parece estar tan perplejo como yo—. Ahora, espera aquí. Él hace lo que le pide su madre y se apoya contra la pared, con las manos en los bolsillos, mirándonos a las dos con atención. Al otro lado del recibidor se oyen voces, algo amortiguadas por el sonido de la televisión, pero resulta imposible ignorar la de papá, no importa lo alta que esté la tele. Ella sigue llevándome hacia el salón, acercándose más y más, hasta que susurra: «Lo siento», y entonces me conduce dentro del salón, dejando a Tyler en el recibidor.

No estoy segura de por qué me dice que lo siente, pero me hace estar ansiosa e intranquila. ¿Por qué insiste en torturarme? Primero me tiende una emboscada con Tyler y ahora con papá. Pero tal vez ahora sea al revés. A lo mejor le está tendiendo una emboscada a papá conmigo. Él está tirado en el sofá, con la corbata en el reposa brazos; tiene una taza de café en una mano y los pies sobre la mesita de centro. No se toma la molestia de bajar el volumen de la televisión.

—Mirad quién ha decidido aparecer por aquí —comenta, y luego con tranquilidad bebe un sorbo de su café como si no le importara un pepino. Esta es la primera vez que me ve en casi una semana.

—Te dije que volvería —oigo que Jamie farfulla desde el suelo.

Le lanzo una mirada rápida, pero él ni siquiera se ha vuelto. Se ha sentado con la espalda apoyada en el otro sofá, y sus ojos están centrados con algo de pereza en el portátil que tiene sobre sus rodillas. Está navegando sin parar en un foro. Chase se encuentra despatarrado sobre el sofá, con el móvil en la mano y los auriculares puestos. No creo que se haya dado cuenta de que Ella y yo hemos entrado en el salón.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte esta vez? —pregunta papá, pero está punto de echarse a reír cuando se endereza en el sofá. Se inclina hacia delante, baja los pies de la mesita de centro y deposita sobre ella su café. Luego me mira como siempre, con desprecio y asco y una sensación de tristeza porque le ha caído la desgracia de tener una hija como yo—. ¿Toda la semana? ¿Algunos días? ¿Un par de horas? Dime cuánto tiempo piensas quedarte antes de salir pitando como una mocosa malcriada otra vez.

Lo miro desde el otro lado de la habitación igual que lo ha hecho él, con el mismo desprecio y asco y una sensación de tristeza porque me ha caído la desgracia de tener un padre como él. Puedo percibir que Ella se está frotando las sienes a mi lado.

—No te preocupes, papá. No voy a quedarme.

—Muy bien —dice con alivio—. Entonces ¿qué haces aquí?

Habla muy en serio y con cara de póquer, aunque estoy casi segura de que hay algo de temor en sus ojos. Es como si para él fuera imposible contemplar la idea de que existan un padre y una hija que quieran verse el uno a la otra. Pero, por suerte para ambos, yo preferiría estar en cualquier otro lugar, así que no tiene que preocuparse de que yo le vaya a pedir que pasemos un día juntos, en plan padre e hija. Solo de pensarlo me da la risa.

—No sé por qué estoy aquí —confieso, y entonces cruzo los brazos, me vuelvo hacia Ella y le lanzo una mirada fulminante. Las cejas se me juntan cuando frunzo el ceño mientras espero una explicación—. Tal vez tú puedas echarme una mano.

Ella parece ansiosa de nuevo, incluso más que antes, justo cuando me ha lanzado a Tyler encima, y no me sorprende en absoluto. Si alguien va a reaccionar peor que yo ante la noticia de que Tyler ha vuelto, ese será papá. Ella tiene todas las razones del mundo para estar nerviosa, y sin embargo logra reunir la seguridad para caminar hasta el centro del salón y quitarle de un tirón un auricular a Chase al pasar.

—Apaga la tele —le pide a papá cuando está delante de todos nosotros.

—Quiero ver la previsión del tiempo —se queja papá.

—Cielos azules y todavía ninguna señal de lluvias. Hala, ya has

visto la previsión del tiempo —dice Ella, y luego se pone las manos en las caderas—. Ahora apágala.

Papá no parece muy contento, y cuando alcanza el mando a distancia y por fin apaga el televisor, se pone ceñudo como un niño al que acaban de regañar. No es exactamente el tipo de persona a la que le guste que le digan lo que debe hacer; más bien le gusta dar las órdenes.

—Jay —dice Ella, pero él no levanta la vista de su portátil a pesar de que la ha oído a la perfección.

La ignora a propósito y cambia de ventana en su pantalla, abre la de Twitter y escribe con tanta rapidez que lo único que se oye son sus dedos, que golpean el teclado.

Es muy probable que esté quejándose de su familia disfuncional otra vez. Ella se aclara la garganta y cambia el tono voz, de firme a serio. Uno podría pensar que son muy parecidos, pero la verdad es que son sorprendentemente fáciles de diferenciar. Su voz seria es tan dura que cuando la oyes, sabes muy bien que no hay que llevarle la contraria.

—Jamie.

Este levanta la vista, suspira de manera dramática y luego cierra el portátil. Cruza los brazos sobre el pecho y aprieta los labios.

—Explícame por qué tenemos que dejar lo que estamos haciendo solo porque a Eden le ha dado por aparecer.

—No es por eso —dice Ella. La voz seria ha desaparecido. Ha

vuelto la ansiosa. Pero las constantes pullas de Jamie me irritan, así que termino hablando por encima de Ella:

—¿Podrías dejar de dar la chapa?

—¿Y tú? —dispara Jamie de vuelta.

Ella inclina la cabeza, se aprieta los dedos contra las sienes otra vez y exhala un largo suspiro.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me llevo las manos a las caderas y lo fulmino con la mirada. Estoy acostumbrada a que papá me lance pullas, sobre todo porque lleva años haciéndolo, pero todavía no me acostumbro a que Jamie farfulle entre dientes y se queje cada vez que estoy cerca de él, así que me resulta mucho más fácil contestarle a él que a papá. Creo que a mi padre le encanta que nos peleemos. Si yo me comporto como una cría problemática, su odio hacía mí parecerá más justificable.

—Ya basta —nos ordena Ella, con una voz tan fuerte y clara que los dos nos callamos de inmediato. Jamie y yo la miramos justo al mismo tiempo.

—¿Qué pasa, nos vamos a mudar o algo? —pregunta Chase en voz baja, quitándose los auriculares y enrollando los cables alrededor de su dedo índice—. Porque si es así, ¿podemos irnos a Florida?

Ella se limita a negar con la cabeza.

Estas reuniones familiares son muy raras para nosotros; de hecho,

nunca habíamos celebrado ninguna. Supongo que se debe a que en realidad no somos una familia. Las familias de verdad no se odian. Las familias de verdad no están tan tirantes. Las familias de verdad no tienen que lidiar con el hecho de que sus hijastros se enamoren.

Desde el verano pasado, cuando papá y Ella descubrieron la verdad sobre Tyler y yo, todo ha cambiado. Discuten más. Tienen peleas que duran días. Papá solo me permite quedarme en casa cada dos semanas cuando vengo de vacaciones porque es su obligación, porque eso es lo que se espera de un padre. Pero lo detesta y no lo oculta. Si no fuera por Ella y Chase, dudo que yo quisiera venir aquí a nada. Jamie optó por rebelarse, lucha en contra de nuestra mierda de familia. No quiere que lo relacionen con nosotros porque somos una vergüenza. Tyler ni siquiera ha estado aquí, así que no sé si él cuenta como un miembro de la familia o ya no. Creo que Chase es el único que nos mantiene unidos. Él sigue siendo tolerante e inocente y feliz.

Supongo que en cierta manera sencillamente somos trozos rotos, con la esperanza de encajar de algún modo para formar la imagen perfecta, una verdadera familia. Pero eso jamás sucederá. Jamás encajaremos todos, jamás.

—No nos mudamos a ningún sitio —le aclara papá a Chase, pero sus palabras son bruscas, y con rapidez le lanza una mirada inquisitiva a Ella, como si estuviese comprobando que es así. Ella

asiente con la cabeza—. Entonces ¿de qué va todo esto?

—Necesito que todos mantengáis la calma —comienza. Sus ojos recorren la habitación mirando a cada uno de nosotros con brevedad, incluso a mí: como si yo no supiera de qué van las grandes noticias, como si yo no tuviera ni idea de que Tyler está en el recibidor. Mira a papá un poco más que a los demás y dice—: Sobre todo tú.

—Espero que no estés pensando en dejar el trabajo —farfulla papá, pero por lo menos ahora está prestándole toda su atención. Creo que incluso se está empezando a preocupar un poco. Ella por lo general no anuncia las cosas de manera dramática.

—¿Coche nuevo? —aventura Jamie.

—¿Te han demandado? —pregunta papá después de aclararse la garganta. Ahora su voz suena mucho más clara, y puedo ver un destello de pánico en sus ojos.

Chase se sienta.

—Espera. ¿Se puede demandar a los abogados?

Ella deja escapar un suspiro y levanta las manos con frustración.

—¿Podéis dejar de sacar conclusiones precipitadas un segundo?

Todos se callan. En la habitación reina el silencio. Los cuatro la miramos.

Esperamos a que diga algo, pero no lo hace. Por lo menos yo sé lo que está pasando. Lo tengo clarísimo, porque Ella no para de pasearse por el salón. Acaba por dar una vuelta alrededor de la



mesita de centro mientras murmura entre dientes, probablemente ensayando la verdad antes de decirla en voz alta. En cierta manera, me da pena que sienta tanta ansiedad por que su propio hijo haya vuelto a casa. Puede que ya no pueda soportar a Tyler, pero me resulta incómodo constatar el miedo que siente Ella de que el resto de la familia descubra la verdad. No debería ser así.

—Tal vez no sacaríamos conclusiones precipitadas si nos dijeras de qué va todo esto —comenta papá con tono seco después de que Ella lleve un largo minuto caminando de aquí para allá. Ahora él está inclinado hacia delante, sentado en el borde del sofá, con las manos entrelazadas entre sus rodillas. Ella se detiene. Me lanza una mirada, me imagino que para recibir algún tipo de consuelo o ánimo, pero no consigue ninguna de las dos cosas. Yo solo vuelvo a cruzar los brazos y me siento en el reposa brazos del sofá al lado de Chase. Él me ofrece una pequeña sonrisa antes de volver a centrar la atención en su madre. Todos seguimos esperando.

Parece como si se repitiera lo de esta mañana, Ella está prolongando de forma innecesaria el momento de revelar que Tyler ha vuelto, un asunto importantísimo, y que está en el recibidor. En esta casa se va a liar parda.

—Vale, escuchadme —dice al fin, pero ya lo estamos haciendo. Llevamos varios minutos escuchándola—. Esto no debería sorprender a nadie, porque todos sabíamos que iba a pasar tarde o

temprano. Debéis tener en cuenta que las cosas han cambiado, y ciertas situaciones ya no son como eran, así que no hay ninguna necesidad de montar un numerito. Me mira a los ojos brevemente, y me doy perfecta cuenta de lo que quiere decir con que las cosas han cambiado: «Ya no hay nada de lo que preocuparse, Tyler y Eden ya no son como antes, no están locos, vuelven a ser normales». Me gustaría pensar que siempre hemos sido normales.

—Ella... —Papá se endereza en el sofá y luego hace una pausa—. No me digas que ese maldito crío vuelve a vivir con nosotros.

Ella mira a papá y solo a papá.

—¿Y qué si te dijera eso? Tiene todo el derecho del mundo. Es mi hijo.

—Espera —interrumpe Jamie. Se quita el portátil de los muslos y se pone de pie—. ¿Tyler va a volver a casa?

—Ese crío no va a volver a vivir aquí, de ninguna manera —contesta papá con rigidez, pero sus ojos están clavados en Ella en vez de en Jamie. Se pone de pie, se inclina por encima de ella unos centímetros y la fulmina con una mirada que solo las personas más valientes serían capaces de desafiar—. No voy a permitir que vuelva y no se hable más, así que si esa es la gran noticia que estás a punto de darnos, te la puedes ahorrar.

—Si él quisiera volver a vivir aquí, yo lo dejaría —rebate Ella, y su voz es fuerte y clara, toda señal de nerviosismo ha desaparecido. Ahora es valiente—. Pero no es permanente, solo serán unos días,

nada más.

—¿Cuándo?

—Ya está aquí —dice Ella con la voz un poco más baja. Se da la vuelta, camina hacia la puerta con la cabeza erguida, reafirmando su posición de defender a Tyler.

Creo que siempre la admiraré por ello.

—¿Aquí? —repite papá, mirándola fijamente con incredulidad—.

¿Está aquí mismo?

Ella no contesta, solo me mira cuando pasa por mi lado. Abre la puerta hacia el recibidor de un tirón y desaparece durante un segundo. Lo único que puedo pensar es que en este instante no me gustaría ser Tyler. Solo imaginármelo entrando en el salón me pone histérica, porque es evidente que ni a papá ni a Jamie les hará gracia.

—Ni se te ocurra hacerte ilusiones —me dice papá con un bufido mientras Ella está fuera, como si pensara que me iba a tirar a los brazos de Tyler y a besarlo allí delante de todos. «Noticia de última hora, papá: ya sé que está aquí, ya he aclarado las cosas con él, y ya lo he superado.»

—Me importa una mierda Tyler —afirmo.

Aunque podría importarme. El regreso de Tyler todavía es incómodo, molesto, y duele. Pero intentar decírselo a papá solo sería una pérdida de tiempo, como siempre. Igual que pasa con Jamie, da igual la cantidad de veces que haya intentado recalcarle

que ya no hay nada entre Tyler y yo, sigue sin creerme. Recuerdo haber pensado entonces que no había ninguna relación sobre la que mentir.

Ella vuelve a aparecer por la puerta, pero, por supuesto, esta vez Tyler está con ella. Él entra primero, pasa por mi lado y por el de Chase, y luego por en medio de papá y Jamie antes de rodear la mesita de centro y detenerse delante de los enormes ventanales que dan a la calle. Ella no lo sigue, se queda junto a la puerta, justo a mi lado.

—Mamá tiene razón —dice Tyler, y su voz es tensa y clara. Mira a todos menos a mí—. No tengo intención de volver a mudarme aquí. Solo he venido para ver cómo está todo el mundo. Me marchó el lunes. —Por increíble que parezca, las comisuras de su boca dibujan una leve sonrisa—. Podréis aguantarme hasta entonces, ¿no?

Pero el chiste no les hace ninguna gracia, y de inmediato se hace evidente que Tyler ha subestimado lo tirante que está nuestra familia. Nadie se ríe ni deja escapar un suspiro ni pone los ojos en blanco como para decir: «Vale, lo que tú quieras. Nos hiciste enfadar a todos, pero eso fue hace un año, así que ya lo hemos superado», porque nadie lo está pensando. Nadie quiere que esté aquí, salvo Ella, y tal vez Chase. Tyler parece estar totalmente solo ante el peligro, y otra vez vuelvo a sentir tristeza dentro de mí. Sé cuánto duele darse cuenta de que la familia está en tu contra.

—¿Me estás tomando el pelo? —exclama papá con rabia; su voz suena gutural mientras mira a Ella sin dar crédito. Ella se le acerca con rapidez farfullando una serie de súplicas inútiles.

—¿Para qué esperar hasta el lunes? —dice Jamie de manera casual a la vez que da un paso amenazante hacia Tyler, como si quisiera bronca. Ya casi son igual de altos, y se miran a los ojos de frente—. ¿Por qué no te largas ahora? Aquí nadie quiere hablar contigo, salvo, no lo sé, puede que mamá. Y tu novia, supongo. — Me mira con asco por encima de su hombro.

La sorpresa y confusión es patente en la cara de Tyler y su expresión se retuerce, frunce el ceño y tensa la mandíbula. Es difícil creer que él y Jamie se llevaban bien.

—¿Qué cojones te pasa, tío? —Me lanza una mirada, casi como si me estuviera pidiendo una explicación de por qué su hermano de repente se le tira al cuello.

—Ya te lo he avisado —digo por encima de las voces de papá y Ella, que están discutiendo; pero luego recuerdo lo de «novia», así que me vuelvo para fulminar con la mirada a Jamie—. Joder, Jay. ¿Te parece que estoy encantada de que esté aquí? Pues no. Estoy tan cabreada con él como tú.

Jamie se limita a rechinar los dientes y vuelve a clavar la vista en Tyler.

—Mira, otra razón para que te vayas echando hostias. No te necesitamos, todos estamos mucho mejor cuando no estás.

—¿Por qué estás tan cabreado? —pregunta Tyler, y se siente tan perdido e inseguro que se lo ve vulnerable y joven. Está tratando de comprender por qué las cosas son tan diferentes a como él las recuerda, pero eso es debido a que no ha estado para ver cómo cambiaban—. A ver, entiendo por qué Dave está... —Mira a papá y a Ella frunciendo el ceño; todavía siguen discutiendo—. Pero tú ¿por qué? Tío, a ti no te he hecho nada.

—Vaya que sí, el instituto se ha convertido en un infierno por tu culpa. Solo soy tu hermano. Nada más. El hermano de Tyler Bruce.

—Jamie titubea por un segundo para no perder los estribos y deja escapar un largo suspiro—. ¿Sabes lo que dicen ahora? —pregunta—. Que llevamos la locura en los putos genes, tío. Que no tenemos moral. Primero papá, luego tú, y ¿adivina quién es el siguiente? Ahora me toca a mí hacer algo enfermizo y retorcido. Hace un par de meses, un chico al que ni siquiera conozco me preguntó si ya escondía algo, porque según parece todos en esta maldita casa somos famosos por ocultar secretos.

Las voces altas de papá y Ella parecen desvanecerse, ya que lo único que puedo oír una y otra vez son las palabras que acaba de pronunciar Jamie. Lo miro fijamente con los ojos muy abiertos, igual que Tyler. No tenía ni idea de que Jamie se sintiera así. Nunca antes se había expresado con tanta claridad, pero ahora que lo ha hecho, su actitud por fin cobra sentido. No es solo que se sienta asqueado por la idea de que Tyler y yo hayamos estado

juntos; lo han atormentado igual que a mí. Y ahora lo comprendo. Entiendo que los chicos de su edad, la gente a la que tiene que enfrentarse cada día, deben de pensar que somos una familia de mierda. Seguro que se ríen de nosotros y se burlan con risitas disimuladas del tío cuyo hermano salía con su hermana. Nunca pensé que nuestra relación afectaría al resto de la familia hasta ahora. No puedo culpar a Jamie por comportarse de manera hostil y distante, porque es nuestra culpa, y ahora la verdad sobre la naturaleza violenta de su padre y los amores prohibidos de su hermano le están explotando en la cara.

Creía que Jamie y yo no nos parecíamos en nada y resulta que al fin y al cabo tal vez no seamos tan diferentes. Quizá nos enfrentemos porque es la manera más fácil de sobrellevar la situación.

Me pongo de pie y con cuidado le lanzo una mirada a Tyler para determinar si la referencia a su padre ha desatado algo en su interior, pero parece que no. Si hubiera sido así, ahora mismo estaría furioso, porque desde que lo conozco, jamás ha sido capaz de manejar el tema de su padre. Y no lo culpo por odiar a su padre tras el abuso que sufrió. No lo puedo culpar por la manera en que el verano pasado perdió la cabeza cuando se enteró de que había salido de la cárcel. Pero hoy, por alguna razón, lo único que ha hecho Tyler es dar un paso hacia atrás para apartarse de Jamie, que está mucho más furioso que él. Las mejillas de su hermano

están ardiendo, tienen un color tan rojo que me da miedo que en cualquier momento le explote una vena. Tyler parece estar relativamente tranquilo comparado con Jamie, pero ya hace años que lo conozco y sé que puede perder el control con mucha facilidad. Me acerco a ellos a toda prisa. Quiero decirle a Jamie que lo siento. Que no lo entendía hasta ahora. Que no era mi intención convertir su vida en un infierno, hacerle tanto daño y fastidiarlo todo. Quiero decirle a Ella que me apena haber arruinado su matrimonio. Quiero decirle a papá que siento haberlo decepcionado. Quiero decirle a Chase que lamento todas las peleas que tiene que presenciar. Quiero pedirle perdón a Tyler porque esta es la familia a la que tiene que regresar. «Lo siento, lo siento, lo siento.»

—¿En serio hacen eso? —por fin dice Tyler, pero habla muy bajito, como si no entendiera la seriedad de la situación.

Probablemente siga en estado de shock por descubrir que su casa se ha convertido en una zona de guerra. Jamie asiente con un movimiento de la cabeza, así que Tyler vuelve a centrar la atención en mí. Hay miles de interrogantes en sus ojos, pero ya no me queda energía para darle una respuesta tras otra. Hoy ya lo he hecho una vez.

—Te lo he advertido —es lo único que puedo decir, otra vez.

Puede que cuando le comenté la situación en el letrero pensó que estaba exagerando, que estaba siendo melodramática en el



momento en que le dije que todo el mundo se había enterado de lo nuestro, que papá estaba incluso más cabrón que antes, que Jamie no nos soportaba. Tal vez si me hubiera creído, esto no lo pillaría tan de sorpresa y no estaría tan perdido, sin saber qué decir.

—¿Por qué tenéis que discutir todo el tiempo? ¿Por qué estáis discutiendo ahora? — Chase pregunta en voz baja.

Ni siquiera me había dado cuenta de que se había metido entre Jamie y yo hasta que oigo su voz. Ahora formamos un círculo, los cuatro, y nos miramos los unos a los otros mientras esperamos a que otro conteste, porque ninguno sabemos qué decir. A ver, Chase tiene una ligera idea —sabe lo que ha pasado entre Tyler y yo; vio la pelea del verano pasado y no dijo gran cosa durante algunos días—, pero la regla tácita en esta casa es que lo mantengamos al margen de todo este drama.

—No quiero que te vayas —dice. Está mirando a Tyler—. Acabas de regresar. Y por cierto, me gustan esos dibujos. —Señala el tatuaje del bíceps de Tyler. No parece darse cuenta de mi nombre entre las rosas y las espirales y la esfera del reloj, y si lo hace desde luego que no lo menciona—. ¿Te dolió?

Tyler baja la mirada hacia su brazo y gira el bíceps para mirarlo, como si se hubiera olvidado de que tenía esos tatuajes, y se levanta la manga de su camiseta para mostrar todo el dibujo.

—Como una patada en los huevos —dice casi en un susurro, y entonces sonrío y extiende la mano con la palma hacia arriba.

Chase le choca y luego, como si el ambiente no estuviera tóxico y asfixiante, Tyler da un paso hacia delante y lo abraza, rodeando la nuca de su hermano con los brazos mientras lo aprieta contra su cuerpo.

»Te he echado de menos, chaval. Cada día estás más alto. La última vez que te vi eras... ¿así de alto? —Pone una mano encima del hombro de Chase, suelta una carcajada sincera y luego aparta la mano. Chase se aparta de Tyler algo avergonzado, y la expresión traviesa de su hermano vuelve a convertirse en una mirada solemne cuando se dirige a Jamie—: Tú también has crecido mucho.

—Ni me hables —le advierte Jamie.

Yo estoy a punto de decir algo, pero Ella me coge por el hombro y me saca de este círculo de rivalidad entre hermanos. Ni siquiera me había dado cuenta de que la discusión entre nuestros padres ya había acabado cuando un silencio incómodo se instala en el salón y Ella se da la vuelta para mirarme. Es como si de repente su rostro se hubiera llenado de un montón de arrugas en solo unos minutos por el estrés de la situación en la que se encuentra; su expresión tensa y agotada de pronto hace que parezca mucho más mayor de lo que es en realidad.

—¡Por Dios, ya basta! —grita con exasperación, pero tiene la garganta seca y su voz suena ronca. Cerrando los ojos con fuerza, se concentra en calmar su respiración antes de volver a hablar y,

como antes, todos esperamos.

Papá está en el lado opuesto de la sala, tiene las manos en las caderas, con una mirada intimidatoria. Está moviendo la cabeza como si siguiera negándose a aceptar esto.

Resulta imposible ignorar la rabia en sus ojos, igual que en los de Jamie.

—Hay algo más —dice Ella.

Ahora tiene toda mi atención. ¿Algo más? Sabía que Tyler había regresado, pero no que podía haber algo más. ¿Qué más le queda por decir? ¿Qué más nos va a soltar?

Tyler y yo intercambiamos una mirada de reojo, pero parece estar buscando en mi expresión una respuesta de la misma manera que yo en la suya, y ninguno de los dos la encuentra.

—¿Y ahora qué? —bufa papá. Su voz sigue siendo estridente y dura, pero eso no sorprende a nadie—. ¿Tiene antecedentes penales? ¿La condicional? ¿Tenemos que pagarle un puto abogado?

Miro a papá arrugando la nariz con asco. Si yo fuera Tyler ya le habría soltado un puñetazo, y en cierta manera estoy esperando que lo haga. Pero se contiene. De hecho, casi ni se inmuta por el comentario, y su falta de reacción hace que me pregunte si ha notado el tono sarcástico de papá. Tyler se limita a seguir mirando con fijeza a su madre, con la mandíbula rígida. Ella exhala, y entonces, muy muy despacio, anuncia:

—Nos vamos a ir fuera de la ciudad este fin de semana. Todos.

«¿Cómo? —pienso—. ¿De fin de semana? ¿Los seis? ¿Esta patética “familia”?» Es probablemente la idea más peligrosa que he oído en mi vida. No quiero tener que comerme el marrón de tener que pasar dos días con papá y con Tyler. «No, no, no, no y no.» No pienso ir. Me niego.

—¿Perdón? —tartamudea papá.

—No pretenderás que me crea que todo está bien —dice Ella brusca, gesticulando con las manos en el aire, en dirección a todas las piezas rotas que tiene ante ella—. Todos necesitamos pasar algo de tiempo juntos de una vez por todas.

—Pero para eso no tenemos que irnos fuera.

—Por favor, Dave —exclama irritada, al borde de perder la paciencia—. No toleraré comentarios de ese tipo. Vamos a arreglar esta familia, ahora mismo. ¿Te has dado cuenta de cómo le hablas a Eden últimamente? ¿No te parece que algo no funciona? — Por la manera en que papá se queda mirándome con cara de póquer, es evidente que no se ha dado cuenta—. El fin de semana nos vendrá bien. Nos vamos a Sacramento mañana, así que ya estáis yendo a hacer las maletas. Y entonces se produce un tremendo griterío. Jamie lloriquea.

—¡No pienso ir a Sacramento! ¿Qué dices, mamá? El sábado he quedado para cenar con Jen.

—Estás castigado, así que ni lo sueñes —le recuerda Ella—. Y

estoy segura de que Jen podrá sobrevivir un fin de semana sin ti.

—¿No se te ha pasado por la cabeza que yo tengo que trabajar? —  
ladra papá.

—Sí, por eso hablé con Russell. Te han dado unos días de asuntos  
personales. Esto es una emergencia familiar.

—Mamá, tengo que irme el lunes —murmura Tyler.

—Puedes volver a casa el lunes por la tarde, cuando hayamos  
regresado.

—¿Lo has pensado bien? —intento rebatir—. ¿No crees que eso  
empeorará las cosas? Lo siento, pero yo me piro.

—No creo que esto pueda empeorar —sentencia Ella.

Y supongo que tiene razón.

Papá es el primero en salir del salón echando chispas, farfullando y  
maldiciendo entre dientes, gesticulando con rapidez y  
sincronizando el movimiento de sus manos con sus palabras al  
mismo tiempo que abre la puerta del salón con tanta fuerza que me  
sorprende que no se salga de las bisagras. Jamie es el próximo en  
marcharse, y Chase lo sigue. Oigo sus pisadas en la escalera,  
retumbando cuando las suben corriendo, y luego el sonido de un  
portazo en una de las habitaciones, que solo puede ser la de  
Jamie.

Ella se masajea las sienes con los pulgares, intentando calmar la  
jaqueca que esta tarde le ha provocado. No nos mira antes de salir  
del salón, y me pregunto si está pensando, una vez más, que Tyler

y yo somos el motivo por el que los miembros de esta familia estemos todos enfrentados.

Y entonces solo quedamos Tyler y yo.

Ahora la casa está en completo silencio. Ya no hay gritos ni peleas, porque nadie habla. Tyler me mira y yo a él, pero tampoco nos queda nada que decirnos. Aparto la vista después de un par de segundos.

Yo soy la primera en irme, y, por una vez, él es el último.

## CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente, estoy en casa de Rachael a las diez. Mamá ha salido de trabajar a las seis de la mañana, así que cuando me he despertado, ella ya estaba durmiendo.

Por una parte me he alegrado, porque todavía estoy bastante cabreada con ella. He podido salir de casa sin tener que vérmelas con ella, pero al mismo tiempo todavía no he tenido la oportunidad de contarle que me marché a Sacramento esta tarde. Sí se lo he dicho a Jack, y me ha prometido que se lo haría saber a mamá en cuanto se despertara.

—¿Qué te obliguen a ir en contra de tu voluntad no se considera secuestro? — pregunta Rachael. Está tumbada sobre su cama, con la cabeza apoyada en el borde para poder mirarme a mí, que me encuentro en el suelo. Es evidente que no se desmaquilló anoche. Yo estoy acostada, sobre mi espalda; tiro el móvil al aire y lo vuelvo a coger, con la vista clavada en el techo y preguntándome por qué la mitad de mi vida tiene que ser una mierda.

—No sería tan malo si fuera solo una noche, pero son tres — murmuro.

Rachael me mira frunciendo el ceño. Está en plena maratón de Mujeres desesperadas, así que de fondo suenan los diálogos de uno de los episodios, aunque ninguna de las dos le estamos

prestando mucha atención.

—Y yo que pensé que tener que aguantar a mis abuelos un día entero era malo... Vas a tener que aguantar a tu padre y a tu ex tres días.

Pongo los ojos en blanco y la miro de soslayo.

—No es mi ex novio. Nunca fue una relación oficial.

—Bueno, pues ex amante. —Se incorpora un poco sobre los codos y apoya la cabeza en las manos, se frota los ojos, esparciéndose el rímel aún más de lo que ya está—. Todavía no me puedo creer que estuviera en Portland, justo en el estado de al lado, y no viniese a verte. ¿No está a un par de horas de aquí?

—Más bien a unas catorce. —Se me cae el móvil en la cara, casi me rompo un diente, así que lo lanzo enfadada al otro lado de la alfombra y me siento—. Pero es muy fuerte. Y lo más raro es que él se refiere a Portland como su casa. O sea, ¿cómo puede ser?

¿Cómo se convirtió mi casa en la suya y cómo su hogar se convirtió en el mío?

Rachael parpadea.

—¿Qué?

—Nada. —suspiro. Encojo las rodillas hasta que chocan contra mi pecho y me paso las manos por el pelo hacia atrás, luchando por reprimir las ganas de gritar como una loca:

«¡¡No quiero ir a Sacramento!!». Levanto la cabeza y miro a Rachael; mi expresión es solemne y mi voz se desinfla cuando digo



—: Escapémonos de casa.

Rachael sonríe traviesa.

—Siempre he querido ir a Las Vegas.

—Pues a Las Vegas.

Me tira una almohada, así que se la lanzo de vuelta, ella la coge y se la mete debajo del pecho para levantarse un poco más.

—Oye, y entonces ¿ves algo diferente en él?

—¿Qué?

—En Tyler —se explica—. ¿Se ha dejado crecer el pelo? ¿Se ha puesto un piercing en el labio? ¿Se ha afeitado las cejas? ¿Se ha convertido a alguna religión chungu? ¿Da sermones sobre cómo salvar el planeta? ¿Algo?

Yo niego con la cabeza.

—Solo se ha hecho más tatuajes.

—¿Más? ¿Tenía tatuajes?

—Solo uno. —No quiero hablarle del otro tatuaje, mi nombre escrito para siempre en su piel, así que antes de que pueda preguntar nada, añado—: Y además parece mucho más tranquilo.

—¿Más tranquilo? ¿Estamos hablando del mismo tío?

—Ya empiezas —digo, y mis labios dibujan una línea firme mientras ella me mira con curiosidad enarcando una ceja—. Asumes que es un cabrón, pero sabes muy bien que ha cambiado desde el instituto, Rach. El verano pasado lo viste por ti misma.

—El verano pasado recuerdo que Dean volvió al hotel con la cara

toda reventada, y las dos sabemos quién fue el culpable —farfulla, y luego se da la vuelta hacia el otro lado de la cama.

—Ay, Dios. Por lo que más quieras, no vuelvas a sacar ese tema.

—Pero ¡es verdad! —se defiende, incorporándose como un rayo de la cama y fulminándome con la mirada—. ¿Por qué haces como si Tyler se hubiera reformado por arte de magia y se hubiese convertido en un santo? A ver, Eden: te abandonó porque es un cobarde total, jodió a Dean exactamente igual que tú, y le soltará un puñetazo a cualquiera que lo cabree, y sin embargo sigues defendiéndolo a estas alturas de la película. ¿Continúas enamorada de él o qué pasa?

Entrecierro los ojos y me levanto del suelo, para ahora ser yo la que la fulmina con una mirada asesina.

—Por supuesto que ya no estoy enamorada de él, y lo sabes. Pero no me puedes negar que ha cambiado. ¿Quieres saber lo que pasó anoche? Jamie hizo un comentario sobre su padre en su cara, y él ni se inmutó. Mi padre sugirió que tenía antecedentes penales y él siguió sin mover un músculo. —Hago una pausa—. Hace un año yo habría tenido que impedir que les diera una paliza allí mismo.

Rachael se apoya en las rodillas y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿A dónde quieres llegar?

—Quiero decir que ha cambiado —repito, mucho más lento esta vez, como si ayudase a que le entre en la cabeza—. Y no sé cuántas veces te lo tengo que repetir para que dejes de ser tan

crítica con él.

—Vale. Lo que tú digas —responde Rachael con tranquilidad, suspirando y volviéndose a tumbar en la cama.

Se vuelve para ver la televisión. El episodio ha terminado, así que coge el mando a distancia de la mesilla de noche y pone el siguiente.

No puedo pasar por alto que desde hace poco discuto muy a menudo, y siempre para defender a Tyler. Con papá y con Jamie a todas horas. Ayer con mamá. Ahora mismo con Rachael. Aunque Tyler no haya estado en mi vida durante todo el año pasado, ha conseguido volver y arruinarla. Él tiene la culpa de que mi vida sea un desastre, y ahora lo detesto aún más que antes, aunque no estoy segura de que sea posible. Y durante las próximas tres noches, me veré obligada a estar cerca de él.

Mientras me muerdo el labio inferior, miro hacia el otro lado de la avenida Deidre desde la ventana de Rachael. Su cuarto está en la parte delantera de la casa, justo en el centro, igual que el mío, y a veces nos saludamos con la mano desde el otro lado de la calle, cada una desde su habitación. En realidad no es gran cosa, pero nos hace sentir conectadas incluso cuando no estamos juntas.

Frunzo el ceño mientras miro a través del cristal hacia la casa de papá y Ella. Todos los coches están allí, menos el mío y el de Tyler. Por patético que parezca, he aparcado un par de casas más abajo para que no supieran que me encuentro aquí. Intento evitarlos,

pero me sorprende tratando de imaginar qué estarán haciendo ahora mismo. ¿Seguirán discutiendo? ¿Estarán preparando el equipaje en silencio y sin siquiera mirarse? ¿Jamie procurará escaquearse del viaje a la desesperada? ¿Será Chase el único que tenga ganas de ir? No lo sé, pero me alegro de no haberme quedado allí.

—¿Crees qué sigue enamorado de ti? —pregunta Rachael por encima del sonido de la música de la serie, y luego baja el volumen.

No estoy segura de por qué ha cambiado de tema tan de repente, pero sí sé que me coge completamente por sorpresa.

Cuando me vuelvo hacia ella, ya tiene una mirada suave clavada en mí. Está tranquila y relajada otra vez, como si no acabásemos de enfadarnos hace un momento.

—No quiero estar con él —digo, mi voz suena algo rasposa. Me aclaro la garganta y me pongo recta, arrastro los pies por la alfombra para recoger mi móvil del suelo. Miro la hora y veo que ya pasan de las once—. Debería irme. Nos vamos sobre la una y todavía no he preparado el equipaje. Rachael pone la serie en pausa y se levanta de la cama, lista para acompañarme a la puerta. Sus padres están en el trabajo, así que por suerte hemos tenido la casa solo para nosotras. A Ella no le habría molado que Dawn y Philip hubiesen escuchado cómo me desahogaba. Prefiere que las grietas de nuestra familia sean invisibles, aunque cada vez resulta

más difícil esconderlas.

—Mete en la maleta las bragas más feas que encuentres —me aconseja Rachael.

Entrecierro los ojos y le lanzo una mirada desconcertada.

—¿Qué?

—Así Tyler no te tocará ni con un palo.

—Qué retorcida eres —digo, negando con la cabeza y haciendo un gesto de asco, pero ella se limita a sacarme la lengua. La empujo en broma para que se aparte—. No te molestes en acompañarme hasta la puerta.

—Pásalo muy bien —me dice, pero le está costando mogollón no echarse a reír a carcajadas—. Pueden ocurrir dos cosas: que todos conectéis a la perfección y regreséis como una gran familia de mejores amigos. O... que acabéis matándoos unos a otros mañana por la mañana.

—Probablemente ocurra lo segundo —digo con cara de póquer—. Seguro que te llamo cada media hora para despotricar, espero que no te importe.

—Sabes que no.

Me despido de ella hasta la próxima semana y Rachael promete rezar por mi cordura durante los próximos días. Entonces me dirijo hacia abajo y dejo que termine de ver Mujeres desesperadas en paz. Salgo de su casa a la carrera y con la cabeza agachada.

Me alivia llegar a mi coche sin que nadie me haya visto, y me hace

reflexionar acerca de lo trágico que es haber llegado hasta este extremo: bajar por la calle a hurtadillas para evitar que me vean Ella o papá. Tanto miedo me da este viaje a Sacramento que mientras conduzco de vuelta a casa de mamá lo único en lo que puedo pensar es en salir pitando de esta ciudad. Tal vez podría ir a San Diego o a Riverside, allí podría esconderme hasta que papá y Ella se vieran obligados a marcharse sin mí.

Pero no tengo valor para hacerlo, así que acabo por llegar a mi casa para hacer la maleta para un viaje al que no quiero ir. Pensarlo me ha puesto de un humor de perros, así que entro en la casa más cabreada de lo normal. Para mi sorpresa, mamá está despierta y metiendo los cacharros en el lavavajillas. Cuando me oye se endereza y se arrebujla la bata alrededor del cuerpo.

—Hola —digo. Cierro la puerta detrás de mí y me quedo en medio del salón, mirándola. No hemos hablado desde ayer—. ¿Por qué te has levantado tan temprano? Cuando curra de noche, por lo general nunca se despierta antes de la una, por eso es raro.

—Jack me ha comentado que te vas a Sacramento con tu padre —dice de forma pausada, sin contestar a mi pregunta.

Recorro una de mis cejas con la punta de un dedo y luego me masajeo las sienes.

—Sí. No me queda más remedio.

—Menudo plan de último minuto... —Apoya la espalda en la encimera de la cocina y me observa con mucha intensidad.

—Ya. Ella cree que nos volverá a unir o no sé qué. —Me encojo de hombros y miro a mi alrededor. Normalmente Gucci ya me habría tirado al suelo a estas alturas—. ¿Dónde está la perra?

—Jack la ha sacado a pasear —responde. Se aparta de la encimera y se me acerca con los brazos cruzados. Sus zapatillas arañan el suelo embaldosado de la cocina. Todavía quedan unos centímetros entre nosotras cuando se detiene—. ¿Quieres ir a Sacramento?

—¿Te parece que quiera ir a Sacramento? —Me señalo la cara con los índices para darle énfasis a mi expresión de cabreo, agudizando mi mirada asesina—. Ella no me ha dado elección.

—¿Y es Ella tu madre? No. —Mamá ladea la cabeza—. Si no quieres ir, yo puedo hablar con ella.

—¿Para qué? No se va a bajar de la burra —señalo quejándome en voz alta, y me paso los dedos por las puntas del pelo. Arrastro los pies al cruzar el salón hacia la puerta de mi habitación y, mientras la abro, echo un vistazo a mamá por encima de mi hombro, que me está contemplando con el entrecejo fruncido—. Volvemos el lunes. Tengo que hacer la maleta.

Entro en mi habitación y cierro la puerta tras de mí, con la esperanza de que mamá no me siga, y tengo la gran suerte de que no lo hace. A lo mejor no quiere hablar sobre lo que sucedió ayer y, en su lugar, prefiere pasar página como si nada hubiese ocurrido. No estoy segura de lo que me mola más, pero no tengo tiempo

para pensarlo, porque papá y Ella van a venir a buscarme en menos de dos horas. He dejado para el último minuto hacer el equipaje y ducharme, así que ahora tengo que darme prisa. Saco las maletas de debajo de la cama, tiro la más pequeña sobre ella y la abro.

Todavía tiene las etiquetas de viaje de cuando vine a casa el mes pasado, así que las arranco y las rompo en pedacitos. Quizá este verano hubiera sido mejor quedarme en Chicago. Al menos no habría tenido que lidiar con Tyler y con papá. Estaría en Illinois, totalmente ajena al drama; habría hecho alguna excursión con mi compañera de habitación por la zona del Medio Oeste. Habríamos trasnochado y dormido todo el día siguiente. Habríamos ido a fiestas y a conciertos y a festivales. Pero no pudo ser, porque mi compañera de habitación se marchó a Kansas y yo volví a Santa Mónica. Sin duda ha sido una de las peores decisiones que he tomado en mi vida. Lo único que me anima a ir es la esperanza de que cuando Tyler se vaya a Portland otra vez, las cosas no estarán tan mal. Tal vez este fin de semana sea la última vez que lo vea.

El Lexus de papá llega a mi casa quince minutos antes de lo previsto. No para de tocar el claxon, y mamá no deja de gritarme desde el salón que me están esperando, y Gucci ladra sin parar, pero yo no estoy lista. Todavía tengo el pelo mojado y estoy intentando meter algunas cosas de último minuto en mi mochila, como el cargador del móvil, el perfume que mamá me regaló por



Navidad, los auriculares y el número de febrero de la revista Cosmopolitan, con Ariana Grande en la portada, que encontré en mi armario, todo esto mientras me calzo las Converse y grito:

—¡Ya lo sé! ¡No estoy sorda, mamá!

Casi me rompo una cadera cuando por fin salgo corriendo al salón, arrastrando la maleta, con la mochila al hombro y peinándome con la mano libre. Mamá ya está vestida al lado de la ventana, mirando a hurtadillas entre las persianas, pero cuando me acerco se aparta con rapidez y dice:

—Aquí viene.

Una fracción de segundo después, suena el timbre, y papá toca a la puerta. Mamá pone los ojos tan en blanco que casi le dan la vuelta completa mientras chasquea la lengua. Gucci golpea la puerta con la pata, mamá da un paso hacia delante y la abre. Papá está ahí plantado, con la muñeca frente a su cara de manera dramática para que quede patente que está mirando el reloj, y Gucci se prepara para lanzarse encima de él, lo cual me alegra, pero mamá la coge por el collar y la hace retroceder. Papá se aparta unos pasos mientras hace una mueca, mirando a Gucci con odio, como si la perra tuviera intención de hacerle daño. Mientras todo esto ocurre yo me escondo a un lado, un poco fuera de su vista.

—¿Qué quieres, David? —dice mamá con tranquilidad, pero con un aire de dulce sarcasmo, al tiempo que acaricia las orejas de Gucci.

Los labios de papá forman una línea recta.

—¿Acaso Eden se ha quedado sorda esta noche? ¿Dónde está? Tenemos seis horas de viaje por delante, debemos irnos ya.

—Ah, sí, algo me ha comentado —señala mamá, y su voz tiene un tono agridulce que seguro que a papá no se le escapa. Se aprieta el labio inferior con la mano libre y añade—: A Sacramento, ¿no? Qué bonito. Eden no tiene ningunas ganas de ir, que lo sepas, la estás obligando, y te juro por Dios, Dave, que si haces que este fin de semana se convierta en un infierno para ella, yo misma iré a buscarla.

—Déjame en paz. —Entrecierra los ojos mientras la contempla con una mirada tan llena de reproche que no puedo entender como en otra época, supuestamente, estuvieron enamorados—. Yo tampoco quiero ir. Ha sido idea de Ella.

—Eso es evidente —comenta mamá con frialdad—. No es propio de ti organizar algo para dedicarle tiempo a tu familia.

—Por el amor de Dios, Karen, cállate.

No me apetece que mamá pierda los estribos, así que salgo de mi escondite con rapidez antes de que se pongan a discutir sin necesidad. Él me ve enseguida, y la mirada de odio se agudiza.

—¿Qué haces ahí parada? —pregunta, pero, por supuesto, su tono no es nada agradable. Como siempre, es brusco y estridente, y cargado de resentimiento—. Súbete al coche.

Mamá no duda en defenderme: en cuanto las palabras han salido

de la boca de papá, levanta la voz.

—No se te ocurra volver a hablarle de esa forma.

—Tranquila, mamá —digo, aunque sé que no lo está, y le doy un enorme abrazo antes de que se ponga a lanzarle amenazas de muerte a mi padre.

Todavía sujetando a Gucci, me rodea con el otro brazo y me susurra:

—Es un cabrón.

Cuando me separo de ella, le sonrío para darle la razón.

—Date prisa —farfulla papa, y la sonrisa se desvanece de mis labios al momento mientras arrastro mi maleta hacia afuera, dándole un codazo intencionado para que se aparte y sin mirarlo a los ojos. Lo odio.

—¡Eden! —grita mamá desde la puerta—. Recuerda que solo tienes que llamarme.

La miro por encima del hombro y asiento con la cabeza, y luego continúo hacia el coche. El motor sigue en marcha, Ella me está observando por la ventanilla del lado del pasajero y me saluda con un breve movimiento de la mano. Yo suspiro, pero por suerte no me oye. Mamá y papá siguen intercambiando las últimas palabras de odio delante de la puerta, así que abro el maletero y tengo que meter la maleta a la fuerza; paso un buen rato moviendo las de los demás para poder encajar la mía. Cierro el maletero de golpe y me meto en el asiento trasero del coche con mi mochila.

—Hola, Eden —saluda Ella, volviéndose para mirarme—. ¿Lista para el viaje?

—No —respondo toda borde, y luego miro hacia mi izquierda mientras me pongo el cinturón.

Chase está en el asiento de en medio, a mi lado, jugando con su teléfono y con los auriculares en las orejas. Levanta la vista y me sonríe con brevedad, y luego vuelve a concentrarse en su móvil. Me inclino hacia delante y veo que Jamie tiene los brazos cruzados firmemente sobre el pecho, con la cabeza ladeada hacia la ventana y los auriculares puestos. Respiro hondo y me acomodo en el asiento; me hago un moño despeinado a toda prisa con la goma que llevo en la muñeca para apartarme el pelo de la cara. Va a ser un viaje muy largo hasta Sacramento.

Papá por fin vuelve al coche y cierra de un portazo mientras farfulla algo entre dientes. Es probable que sea sobre mamá, un insulto que la destrozaría si lo oyera. Intercambia una mirada con Ella, se comunican solo con los ojos, y entonces papá se ajusta el cinturón y se aleja de la casa. Echo un vistazo por la ventana para despedirme de mamá con la mano, pero la puerta ya está cerrada. Y solo cuando papá se pone en marcha me doy cuenta de que hay algo que no cuadra. El coche está lleno y nos falta un miembro de la familia, y solo pensar que él haya logrado escaquearse de este estúpido viaje basta para cabrearme. Si yo tengo que sufrir esta condena, él también debería.

—Oye —digo, rompiendo el silencio—, ¿dónde está Tyler?

—Ya estamos con el temita de siempre —farfulla papá entre dientes, pero me parece que no tenía la intención de que yo lo oyese, así que finjo no haberlo hecho y clavo la vista en la nuca de Ella a través del reposa cabezas.

—Viene en su coche —me explica Ella, y luego enciende la radio y no dice nada más.

Con eso tengo bastante comunicación familiar por un día. Revuelvo en mi mochila buscando mis auriculares, me los pongo en los oídos y me cubro la cabeza con la capucha de mi sudadera. Me desplomo en el asiento, me amarro los cordones y me vuelvo para mirar por la ventana. Luego subo el volumen de la música todo lo que puedo. Parece que los tres que vamos en el asiento de atrás preferimos ignorarnos los unos a los otros. De esa manera ninguno tiene que decir nada, y eso es genial, porque no tenemos ningunas ganas de hablar.

## CAPÍTULO 8

No conozco Sacramento. He estado en algunos sitios de los alrededores de Los Ángeles y también en San Francisco, pero nunca había visitado la capital del estado hasta ahora.

Ya pasan de las seis y media cuando por fin llegamos, y tengo las piernas entumecidas y la espalda rígida. Cuando papá por fin aparca delante del magnífico hotel en el que Ella ha reservado las habitaciones, estoy desesperada por bajarme del coche. Ha sido un viaje muy largo, y horriblemente incómodo.

Durante todo el fin de semana nos quedaremos en el hotel Hyatt Regency, en el centro de Sacramento, justo enfrente del Capitolio del estado de California, nos informa Ella, y sin embargo no puedo ver el maldito punto de referencia porque está rodeado de un montón de árboles. Tan pronto como papá apaga el motor y entrega las llaves al aparcacoches justo delante de la puerta principal, todos nos apeamos arrastrando los pies.

El aparca coches debe de pensar que somos la familia más deprimente de la historia. El sol del atardecer todavía calienta bastante, así que me quito la capucha y me abanico la cara. Cuando saco la maleta del maletero, arrastro de forma accidental la de Jamie. La suya se cae al suelo y, por supuesto, no le hace ninguna gracia, lo que provoca que me gane otra de sus infames

miradas de odio a las que ya me he acostumbrado a ignorar. Últimamente se me da muy bien ignorar las movidas.

—¿Crees que esto va a funcionar? —La voz de Chase me llega desde atrás mientras yo sigo a papá, a Ella y a Jamie hacia la entrada.

Camino más lento, dejo la maleta sobre sus ruedas y echo la vista atrás por encima del hombro para mirarlo. Él corre para alcanzarnos.

—¿El qué?

—Esto —dice, y luego señala el hotel, la calle y a nosotros con un movimiento de la cabeza—. ¿Crees que así dejaremos de discutir?

—No lo sé. Pero supongo que pronto lo sabremos —reconozco.

La verdad, me extrañaría que obligarnos a los seis a pasar tiempo juntos fuera a cambiar nuestras perspectivas. Creo que ya hemos superado el punto de no retorno.

Nos dirigimos hacia el vestíbulo principal, todos con cara de perro menos Ella, y se merece una medalla por mantener una actitud positiva a pesar de lo insoportables que hemos estado durante todo el viaje. Ella y papá se dirigen hacia la recepción para que les den las llaves, mientras el resto nos quedamos atrás, despatarrados en los sofás de lujo que decoran el enorme vestíbulo.

—Espero que Tyler se quede sin gasolina —farfulla Jamie. Le está dando pataditas a su maleta, con la cara enfurruñada como siempre—. Para ser sincero, dudo que aparezca.

—¿Por qué no iba a venir? —pregunta Chase.—Y ¿por qué debería?

Entiendo lo que quiere decir Jamie. Si yo fuera Tyler, tampoco aparecería. Yo seguiría conduciendo. ¿Quién sabe? Tal vez sea justo lo que está haciendo. A lo mejor va directo a Portland y jamás vuelva a verlo. Por alguna extraña razón, se me contrae el estómago.

—Eden —dice Ella al tiempo que se nos acerca—, tú compartes habitación conmigo. —Extiende una llave electrónica mientras papá arrastra detrás de ella su enorme maleta—. Jamie, tú con Dave. Chase, tú dormirás con Tyler.

—Genial —dice Chase. Se levanta del sofá justo cuando el botones llega para llevar nuestro equipaje.

A mí todo esto me sigue pareciendo extraño. Jamás hemos hecho nada parecido.

Nunca he pasado seis horas en el coche con papá ni he compartido una habitación de hotel con mi madrastra. Jamás me he sentado en el vestíbulo de un hotel con mis hermanastros. Y cuanto más lo pienso, más me sorprende porque nunca nos hemos ido de vacaciones juntos.

Durante tres años hemos sido una familia. O por lo menos lo hemos intentado.

Nos dirigimos a los ascensores para subir a nuestras habitaciones, las tres contiguas en el séptimo piso, con vistas al edificio del



Capitolio. Todos acordamos tomarnos media hora para acomodarnos antes de salir a cenar, y aunque tenemos bastante hambre, estamos el doble de cansados. El viaje nos ha dejado muertos, y solo son las siete. La habitación que compartimos Ella y yo es enorme, tiene dos grandes camas de matrimonio, y yo me lanzo directamente a la que está más cerca de la ventana y me siento en el borde del suave colchón para que quede claro que esa es la mía. Echo un vistazo por la ventana y contemplo la copa de los árboles y la punta del edificio blanco del Capitolio.

Tampoco es para tanto, así que aparto la vista y descubro que Ella me está observando desde el lado opuesto de la habitación.

—Sé que estás enfadada —dice al cabo de un minuto. Camina con paso lento por la alfombra y se sienta en una esquina de la otra cama, con la vista aún clavada en mis ojos—. Pero no tenía otra opción, Eden, esta familia se está desmoronando. No puedo mantenerle la mirada, porque tiene razón. Estoy enfadada, e incluso me siento culpable por ello, así que bajo la vista hacia mis pies.

—No estoy enfadada por este viaje.

—Ah. —Un momento de silencio, excepto por el leve runrún del tráfico y un televisor encendido en la habitación de al lado—. Entonces ¿qué es lo que te cabrea?

Me encojo de hombros. No quiero decírselo, porque no me apetece hablar con ella sobre ese tema. Pero entonces pronuncia mi

nombre con firmeza, y me obliga a prestarle atención. Trago saliva y lo suelto:

—Estoy enfadada por lo de Tyler.

—Lo comprendo —dice con suavidad; cruza una pierna sobre la otra y me ofrece una sonrisa comprensiva, como si fuera una psicóloga o algo. Entrecierro los ojos y me pongo de pie. ¿Cómo puede decir eso?

—No, no lo comprendes —rebato con brusquedad, y creo que es la primera vez que uso un tono tan agresivo con ella. Y una vez que arranco, no puedo parar—. Porque si lo comprendieras, no me habrías lanzado encima a Tyler. Tú sabes que no quería verlo. ¿Acaso no lo dejé bastante claro?

—Lo siento —dice, pero me mira con los ojos muy abiertos y pestañeando con rapidez, como si estuviera sorprendida, no sé si por mis palabras o por mi tono—. Se moría por verte.

—Pues eso es lo que no logro entender —admito, negando con la cabeza—. ¿Por qué te tomaste tantas molestias para que pudiéramos estar juntos? ¿Estás loca? ¿Ya has olvidado lo que ocurrió el verano pasado?

—Eden... —Se queda en silencio.

Sin embargo, no puedo parar de gritar y mi rabia no deja de aumentar y solo tengo ganas de chillar.

—Estoy enfadada por todo. Porque me abandonó y porque pasó de mí. Por marcharse a Portland y por volver a aparecer como si nada.

—Y de repente he alcanzado ese punto de la furia que cruza el límite entre una rabia ardiente y el dolor, y ahora estoy llorando, aunque al principio ni siquiera me doy cuenta. Me arden los ojos y veo a Ella borrosa, y sin embargo sigo y sigo—. Estoy enfadada con él por ser la mitad de la razón por la que esta familia está hecha un desastre, y sin embargo toda la culpa me ha caído a mí, y por hacerme discutir con todos los que me rodean. Estoy enfadada con él porque papá me odia por su causa. Y sé que esto suena horrible, pero estoy enfadada con él por existir, y contigo y con papá por haberos conocido, y conmigo misma por haber decidido quedarme con vosotros este verano.

—Ay, Eden —la oigo murmurar con suavidad; su voz es dulce, y me acoge en un abrazo tierno y cálido.

Estoy temblando de pies a cabeza y sollozando como una posesa, y me siento patética por haberme alterado tanto otra vez. Tengo diecinueve años, y sin embargo estoy llorando en el hombro de mi madrastra por culpa de su hijo. Es incómodo, me da vergüenza y no debería estar sucediendo, pero ya es demasiado tarde.

—Escúchame —dice cerca de mi oído mientras me acaricia dibujando suaves círculos en mi espalda, que hacen que me sienta como si tuviera diez años, pero me consuela, me da igual lo que pueda parecer—, tu padre no te odia, así que no pienses eso.

—Sí que me odia. —Me obligo a decir esas palabras mientras lloriqueo, doy un pasito hacia atrás y la miro. Las lágrimas se

deslizan por mis mejillas—. Y no puede soportarme.

—Eso no es verdad. Lo que pasa es que... —Su voz se desvanece mientras intenta encontrar las palabras adecuadas, y ahora sus manos están sobre mis brazos—. Le resulta difícil. Las dos sabemos que Tyler nunca ha sido santo de su devoción, y cuando tú te unes a él... Pues... Bueno, digamos que no le gusta.

—Pero ya ni siquiera hay nada entre nosotros y, sin embargo, él no me ha perdonado —digo moqueando. Estiro la mano hacia arriba y me seco los ojos con el pulgar.

Ni siquiera necesito verme en el espejo para saber que estoy hecha un desastre.

—¿Que no hay nada entre vosotros? —repite Ella, enarcando una ceja—. ¿Y Tyler lo sabe?

—Ayer se lo dejé todo claro.

Justo cuando ella está a punto de abrir la boca para decir algo, empieza a sonar su móvil. Reconozco la melodía de llamada genérica de inmediato cuando chilla dentro de su bolso. Se aparta de mí y revuelve en su bolso buscando el aparato durante unos segundos hasta que contesta. Dice hola, y que bajará enseguida.

—Ya ha llegado Tyler —me informa cuando cuelga, como si no fuese evidente—. Sécate los ojos y lávate la cara. Saldremos a cenar y así podremos hablar. Vuelvo en cinco minutos.

En cuanto sale por la puerta, me siento de nuevo en la cama y respiro. Se acabaron las lágrimas, y la rabia, y todo. Clavo la

mirada en la alfombra y me quedo quieta; el único pensamiento que me ronda por la cabeza ahora mismo es que estoy cansada de sentirme culpable y herida y sola. Me siento agotada.

Cuando Ella regresa a nuestra habitación, quince minutos después en vez de cinco, no hablamos. Puede que me haya recuperado y calmado, pero reina una sensación de incomodidad entre nosotras, seguramente porque he roto a llorar por su hijo delante de ella. Nos rozamos al pasar e intentamos no mirarnos, pero eso es todo. Me he cambiado de ropa y me he puesto algo de colorete, y ahora salimos de nuestra habitación en silencio, para encontrarnos con todos los demás. Pero no hay nadie esperando en el pasillo como habíamos quedado, así que Ella se pone a llamar a sus puertas, gritándoles: «Venga, daos prisa». Casi al mismo tiempo, ambas puertas se abren y nuestros cuatro acompañantes masculinos se unen a nosotras en el pasillo. Pero yo solo estoy mirando a uno de ellos: a Tyler. No lo he visto desde anoche, cuando me fui de casa de papá y volví a la de mamá andando. No estoy segura de cómo se siente por todo esto, porque se lo ve bastante tranquilo, incluso cuando se percata de que lo estoy mirando. No aparto la vista, y mientras Ella y papá deciden adónde deberíamos ir a cenar, todos comenzamos a caminar por el pasillo hacia los ascensores. Tyler va detrás de ellos, a mi lado, y aunque hay una distancia de seguridad de varios centímetros entre nosotros, me hallo deseando que no la hubiera. Es una sensación extraña, y me siento atraída

por él porque me resulta tan familiar que al final tengo que decirle algo. No puedo reprimir las ganas.

—¿Qué tal el viaje?

Me mira de reojo y parece algo sorprendido. Es como si no hubiera esperado que le hablara, y sobre todo no con tanta confianza. Pero sigue siendo mi hermanastro, así que tengo que tratarlo como tal.

—Bien —dice.

—Qué suerte la tuya: no has tenido que aguantar el tostón de venir con nosotros —le digo. Con el rabillo del ojo me aseguro de que papá no se da cuenta de que estamos hablando, y mantengo la voz baja. Hablar con Tyler delante de papá, no importa lo inocente que sea la conversación, siempre estará mal visto.

—Podrías haber venido conmigo —dice Tyler, pero de inmediato se muerde el labio inferior y añade—: Perdón. Ignora lo que te acabo de decir.

Dejamos de hablar cuando entramos en el ascensor, y papá me observa con sospecha todo el trayecto hasta el vestíbulo. Siempre me hace sentir culpable, aunque no esté haciendo nada malo. Frunce el ceño y desvía la mirada cuando las puertas se abren.

Para mi sorpresa, vamos al Dawson, el restaurante especializado en carnes del propio hotel, y Tyler suspira, pero no hace ningún comentario. Parece que todavía sigue siendo vegetariano.

A pesar de presentarnos sin reserva a las siete y media un viernes, logran darnos una mesa diminuta en un rincón del fondo. No me

hace falta mirar el menú para saber que los precios serán exorbitantes. El ambiente del local es muy sofisticado y súper formal, por lo que, a pesar de haberme cambiado de ropa, me veo desaliñada. Es oscuro pero acogedor, y los seis nos ponemos cómodos, estudiamos el menú y luego parecemos de lo más normal cuando pedimos la cena. Pero entonces se instala el silencio otra vez.

Papá tamborilea con los dedos sobre la mesa. Jamie se pone a girar el cuchillo alrededor de sus dedos. Chase saca su móvil discretamente y lo mira por debajo de la mesa.

Tyler está sentado enfrente de mí, y está mirándose las manos en su regazo, entrelazando los dedos una y otra vez. Ella y yo somos las únicas que tenemos la vista levantada, y ella mueve la cabeza en mi dirección, como si quisiera decir: «¿No te parece una vergüenza?». Sí, me lo parece, así que me limito a encogerme de hombros.

—Guarda el teléfono —le ordena a Chase, y solo por el sonido de su voz, firme y seria, todos sabemos que tiene algo que decirnos. Uno por uno la miramos y esperamos, igual que ayer—. Tenemos que hablar —propone.

Es como si fuera a romper con nosotros, porque siento ese nudo desagradable en el estómago que solo surge cuando escucho esas palabras. Jamie se queja en voz alta y vuelve a posar el cuchillo en la mesa, se echa hacia atrás en su silla de manera dramática y se

cruza de brazos.

—¿Aquí? —pregunta papá. Inseguro, frunce el entrecejo mientras sus ojos recorren el restaurante. Todo el mundo está charlando y riéndose y pasándolo bien: justo lo que nosotros no estamos haciendo.

—Aquí mismo —confirma Ella—. No se os ocurrirá armar un escándalo delante de todo el restaurante, ¿a que no? —Enarca una ceja, y esto me recuerda una vez más que a Ella se le da súper bien lidiar con problemas complicados. En eso consiste su trabajo, solo que este fin de semana ha cambiado el tener que sellar una disputa civil por tener que suavizar la tensión que impregna a esta familia—. Pues eso —dice cuando nadie le responde—. Así que hablemos por fin de una manera civilizada.

—¿Y sobre qué tenemos que hablar exactamente? —le pregunta papá desafiante.

A veces sospecho que lo hace solo para irritarla. Él sabe que hay que hablar de todo. Ella lo ignora, apoya sus manos entrelazadas sobre la mesa y nos mira uno por uno.

—¿Quién quiere empezar?

Nadie dice nada. Los ojos de Tyler vuelven a centrarse en su regazo, y papá se limita a mirar con fijeza a Ella con el ceño fruncido y un gesto desagradable en la cara. Jamie alcanza su bebida y le da sorbos con gran concentración. Chase me observa, pero no sé lo que espera de mí, así que desvío la mirada hacia



Ella.

—¿Eden? —me sugiere. Pero yo no quiero ser la primera. De hecho, no tengo ganas de hablar, así que niego con la cabeza y rezo para que lo deje estar. Desiste, pero no sin antes llevarse una mano a los ojos y suspirar—. Por favor, que alguien me diga cuándo comenzó todo esto.

—¿Cuándo comenzó el qué? —pregunta Jamie. Pone el vaso sobre la mesa y gira la silla para mirarla a los ojos.

—¿Cuándo dejamos de hablarnos? ¿Cuándo empezamos a discutir tanto?

Jamie traga saliva.

—Lo sabes muy bien. —Mira a Tyler, y luego a mí.

—Que alguien lo diga en voz alta —pide Ella, pero la frustración es evidente en el tono de su voz—. ¿Por qué no podemos hablar sobre ello en vez de andar de puntillas en torno al tema como lo hemos hecho durante todo el año?

—¿Estás de broma? —la interrumpe papá, mirándola sin dejar de pestañear. Ella lo contempla con los ojos entrecerrados.

—¿Te parece que estoy aguantándome las ganas de contar un chiste?

Él no responde.

Mis ojos se desvían hacia Tyler, y él levanta la vista para observarme de inmediato, como si pudiera notar mi mirada sobre él. Su barba incipiente hoy está algo más cuidada, tal vez haya

decidido arreglarse un poco, pero sus cejas son gruesas y las tiene fruncidas.

Los dos sabemos que Ella se está refiriendo a lo que sucedió el verano pasado, al momento en que se enteraron de lo que había entre nosotros en realidad. Ese fue el día en que nuestra familia se desmoronó. Todos lo tenemos claro.

Tyler exhala despacio, y yo miro sus labios cuando dice:

—Todo esto es por Eden y por mí. —Y con cada palabra que murmura, sus ojos se mantienen fijos en los míos hasta que por fin tiene que apartarlos. Mira a Ella.

—Bien —dice Ella—. Empezaremos con eso.

Papá casi se atraganta. Alcanza su cerveza y bebe un largo trago mientras se vuelve para apartarse de nosotros, claramente deseando no tener que participar en esta conversación. Lo entiendo, porque lo último que quiero hacer ahora mismo es hablar de mi relación con Tyler, y mucho menos con toda nuestra familia. Pero parece que eso es justo lo que Ella quiere que hagamos.

—Jamie —dice con calma—. Tú primero. Di lo que quieras decir.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa —le confirma.

Jamie se queda pensando un momento, mirándome a mí y a Tyler, como si estuviera intentando recordar todo lo que siente hacia nosotros. Estoy a la espera de que explote con una bronca similar a la de ayer, pero no. Lo único que dice es:

—Es vergonzoso.

Ella asiente con un movimiento de la cabeza y luego desvía su mirada intensa de Jamie.

—¿Chase?

—A mí me da igual —dice Chase—. A ver, ¿de verdad es tan grave, algo del otro mundo?

—Por supuesto que es grave —farfulla Jamie entre dientes, y Chase da un respingo, lo que me hace creer que acaba de darle una patada por debajo de la mesa—. ¿No lo entiendes? Es como si tú besaras a Eden. ¿No te parece asqueroso?

Mis labios forman una línea firme, y le lanzo una mirada asesina.

—Jamie, que te comportes como un gilipollas no es de ninguna ayuda, ¿lo sabías?

—Eden —sisea papá. Oigo cómo su cerveza golpea la mesa cuando la posa con fuerza, y de inmediato mi atención se desvía hacia él—. No me gusta nada esa actitud.

—¿Mi actitud? —Se me abren mucho los ojos y me río con incredulidad antes de asimilar la agresión—. ¿Y qué pasa con la de Jamie? ¿Y qué me dices de la tuya?

Papá niega con la cabeza un buen rato y bebe otro trago de cerveza, sus ojos taladran la pared del restaurante. No contesta, porque no tiene nada lógico que decir. Sabe que tengo razón, aunque le cueste muchísimo aceptarlo.

Así que yo sigo insistiendo y, con el rabillo del ojo, puedo ver que

Tyler me observa con atención.

—Ella tiene razón, papá. Tenemos que hablar sin tapujos de una vez por todas. ¿Por qué no te caigo bien? Venga —pido exigiendo una respuesta—. Dímelo. Dime por qué para ti soy una hija tan horrible. —Quiero oírlo de su boca. Quiero oír cómo lo admite.

Ella intercambia una mirada recelosa conmigo, pero al mismo tiempo, parece estar casi aliviada, como si hubiera querido que yo dijese eso todo el tiempo. Cuando aparta los ojos, se inclina por encima de la mesa y le quita la cerveza a papá de la mano.

—Contéstale —le dice—. Nada se va a arreglar si no somos sinceros.

—¿Quieres una respuesta? —escupe papá, recuperando con rapidez su cerveza. La pareja sentada a la mesa de al lado nos lanza una mirada preocupada—. Pues vale. Desde el momento en que llegaste a Santa Mónica no has sido más que una desgracia. Me gustaría no haberte pedido jamás que vinieras a visitarnos. Te escapabas a hurtadillas y no volvías a casa, y justo cuando pensé que te estabas convirtiendo en alguien soportable, llegas de Nueva York y descubro que estas liada con ese crío. Dios, no me puedo creer lo estúpido que fui cuando te dejé que pasaras el verano allí. —Mira a Tyler y su expresión se contrae—. No comprendo qué ves en él. Lo único que sé es que está mal que estéis juntos. Pero, claro, vosotros no sois precisamente expertos en hacer las cosas bien.

No puedo seguir sentada a la mesa.

Se oye un tremendo chirrido cuando empujo la silla hacia atrás y me pongo de pie. Ella tiene la cabeza enterrada entre las manos y Jamie está murmurando:

—Pues, mira, estoy de acuerdo con la última parte.

Chase pestañea a toda velocidad con los ojos muy abiertos, y Tyler sigue mirándome con fijeza. Papá se bebe el resto de su cerveza y yo ya no aguanto más.

Sé que el motivo de hablar en medio de un restaurante tan elegante era evitar que se nos fuera la olla y causáramos un espectáculo, pero tengo que marcharme. Si no, acabaré gritándole algo igual de duro, y ahora mismo hay muchas cosas que podría decir sobre papá. Y si me quedo y me muerdo la lengua y permanezco callada, seguro que rompo a llorar, porque últimamente parece que tengo solo dos estados de ánimo: una ira ardiente y una infinita tristeza. Así que decido marcharme mientras todavía conservo la dignidad. Sin embargo, cuando intento salir del apretado sitio junto a Jamie donde estoy sentada, oigo el chirrido de otra silla que araña el suelo, y cuando echo un rápido vistazo por encima de mi hombro, veo que Tyler también está de pie. Todavía me sigue mirando con intensidad. Y por un segundo pienso que va a venir conmigo, que está a punto de salir corriendo de este restaurante y de decirme que mi padre es un gilipollas y que siente haberme obligado a lidiar con todo esto sola durante un año. Y eso

es justo lo que necesito ahora mismo. Me abro paso entre las mesas y los camareros lo más rápido posible, y me dirijo directamente hacia la puerta, de vuelta al hotel. Pero me detengo cuando llego allí, esperando a que Tyler me alcance.

Pero no viene. Se ha vuelto a sentar a la mesa del rincón más aislado del restaurante, pero sus ojos no se apartan de mí. Parece que Ella o papá se lo han impedido, o puede que él haya cambiado de idea. Tal vez ahora, después de todo lo que le dije ayer, piense que ya no vale la pena salir corriendo por mí.

Y lo único que es peor que eso es que yo quería que lo hiciera.

## CAPÍTULO 9

Ella tiene la llave electrónica de nuestra habitación, así que no puedo volver allí, lo cual es un asco, porque lo único que quiero es meterme en mi gran cama de matrimonio, hundirme en el suave colchón y no volver a despertarme jamás. Pero en vez de hacer eso, merodeo por el vestíbulo, caminando de aquí para allá hasta que mi respiración se ha calmado, y luego paso una media hora despatarrada en uno de los lujosos sofás y observo a la gente a mi alrededor: huéspedes vestidos de punta en blanco que van y vienen sin cesar, que salen a disfrutar de su noche de viernes. Me gustaría poder hacer lo mismo.

Cuando dan las ocho y cuarto, me canso de mirar a los demás, así que decido levantarme y seguir a una joven pareja hacia el bar del hotel. Me he ido del restaurante antes de que llegara mi ensalada, así que tengo tanta hambre que me comería lo que fuese, no me importa el qué. El ambiente en el bar es elegante, alegre y chic, y aunque parece que tengo dieciséis años, nadie se acerca para echarme. Tal vez sea porque no hay nadie en la puerta o porque paso de largo de la barra, a la busca de un sitio para sentarme donde no atraiga la atención de nadie. Entonces veo que hay una terraza exterior. El sol se ha puesto y ya llega el crepúsculo, y en la terraza no hay mucha gente. Las mesas están más desperdigadas,

con sombrillas sobre cada una de ellas. Y hay algo que nunca he visto antes: chimeneas al aire libre, todas encendidas y luminosas, rodeadas de sofás y sillas de mimbre. Una de ellas está libre, así que me dirijo hacia allí directamente y me acomodo en el sofá; mi cuerpo se hunde en los cojines. Cierro los ojos y noto el calor del fuego en la cara. Entonces mi teléfono vibra en el bolsillo trasero de mis vaqueros. Me siento y lo cojo, esperando que seguramente sea un mensaje de Rachael, pero un nombre del todo diferente aparece en la pantalla. El de Tyler.

**¿Estás bien?**

El estómago se me contrae. Me pongo a contestarle, diciéndole que estoy bien, pero entonces frunzo el ceño y termino borrando lo que he escrito.

**La verdad es que no.**

**¿Dónde estás?**, contesta en una fracción de segundo.

Podría mentirle y decirle que estoy en la cama intentando dormirme temprano para que me deje tranquila. Pero me vendría bien algo de compañía. No quiero mentir. Quiero hablar con él y contárselo todo.

**En el bar del hotel. ¿Puedes venir? Estoy en la terraza.**

**Llego enseguida.**

Miro el mensaje con fijeza durante un minuto antes de dejar el teléfono sobre la mesa y volver a hundirme en el sofá. Un camarero se me acerca y pido lo primero que veo en el menú: patatas fritas con parmesano. Ni siquiera pienso en todas las calorías que



tendrán, solo las pido y aguardo. La espera y la soledad y la calidez del fuego deben de hacer que el cansancio se apodere de mí, porque casi estoy dormida diez minutos más tarde, cuando llega la comida, pero entonces me espabilo un poco. Aun así, todavía me siento desinflada, como si no me quedara energía para tener que lidiar con papá ni con Jamie ni con Ella, así que picoteo mis patatas fritas tan lenta y aturdida que ni siquiera las disfruto demasiado.

—Todos se están preguntando dónde estás.

Levanto la vista, con media patata en la boca, y descubro a Tyler, que está de pie a mi lado. Se encuentra a una distancia prudencial, una distancia que dice: «Éramos mucho más que esto», y tiene las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. Una mitad de su rostro está naranja por el fuego, la otra mitad, oscura y ensombrecida, y su expresión es totalmente suave, su mirada es delicada.

Trago.

—¿Se lo has dicho?

—No —responde—. ¿Querías que se lo dijese?

—No.

Se sienta. No a mi lado en el sofá, sino enfrente, en un sillón de mimbre, y no se reclina ni se acomoda, se limita a entrelazar las manos entre sus rodillas y mirar hacia el fuego durante un rato.

—Siento cómo te ha tratado tu padre —dice en voz baja, sin mirarme.

—Sí —digo—. Yo también.

No reina la incomodidad. No hay tensión. En cierta manera me gusta que sea así, estar envueltos en un silencio cálido que es casi agradable. Subo las piernas al sofá y las cruzo, mis ojos se fijan en el contorno de la mandíbula cubierta de barba incipiente de Tyler.

—¿No te ha molestado a ti también?

—¿El qué? —Ladea la cabeza hacia mí y nuestras miradas se encuentran.

—Lo que ha dicho papá.

Él niega con la cabeza.

—No demasiado. A ver, es una mierda, pero cada vez se me da mejor ignorar esas chorradas. —Entorna los ojos—. ¿Por qué? ¿Esperabas que reaccionara?

Me estiro para coger otra patata, me la meto en la boca y me encojo de hombros.

—Un poco. Apuesto a que el Tyler del año pasado lo habría dejado K.O.

Poco a poco las comisuras de sus labios dibujan una pequeña sonrisa, y enarca una ceja.

—¿El Tyler del año pasado?

—El que le pegó un puñetazo en toda la cara.

—Entonces ¿hay un nuevo yo? —Enarca la ceja incluso más.

Yo asiento con la cabeza, porque no lo puedo negar. Ha cambiado, es como si cada verano avanzara más, una versión mejorada y

pulida de su antigua personalidad. Pensé que estaba en su mejor momento el verano pasado, pero resultó ser que no. Tenía una actitud positiva, eso sí, pero seguía perdiendo el control con facilidad. El año pasado se le fue de las manos varias veces.

—Eso parece —murmuro, y entrecierro los ojos mientras lo miro con intensidad. Estoy intentando hallar algo de información en sus ojos, pero el reflejo del fuego me lo dificulta.

—Mejor —dice lentamente, y sus labios se mueven como si estuviese nervioso—. Si no fuera así, habría pasado todo un año sin ti para nada. Habría echado a perder todo para nada. —Aparta la vista y vuelve a concentrarse en el fuego un momento antes de bajar la mirada a sus manos entrelazadas.

Se me contrae la garganta.

«Estaba tan enamorada de ti...»

No odio a Tyler. Puede que le haya dicho eso a Rachael una y otra vez durante el año pasado, pero es mentira. Puede que le haya dicho a Ella que no quería volver a verlo nunca más, pero me he dado cuenta de que también es mentira. Jamás podría odiarlo. Es solo que me siento... cabreada. Me cabrea ya no sentirme como antes y estoy enfadada con él por hacerme sentir así. Quiero rebobinar al verano pasado. Quiero volver a Nueva York, a la azotea del edificio de Tyler mientras me susurra en español. Me gustaría no haberle hecho daño a Dean, y que papá, Ella, Jamie y todo el mundo hubieran comprendido nuestra relación. Me

encantaría que Tyler se hubiera quedado. Me gustaría que todo fuese diferente, porque esto es una mierda.

«Quiero estar enamorada de ti.»

Mis ojos siguen clavados en él, mi rostro está caliente, y hago lo único que se me ocurre para continuar la conversación: le acerco el plato de patatas y le ofrezco una.

Pero lo rechaza, negando con la cabeza y levantando la mano, así que lo retiro.

—Menudo coñazo de viaje en familia, ¿eh? —bromea, rompiendo el silencio.

Me río y me recuesto en el sofá.

—Vaya que sí. No sería tan malo si papá y tú no hubieseis... — Enseguida me callo y mi voz se desvanece en el silencio. Me muerdo el labio inferior y ruego que no haya entendido mis palabras, pero sabe lo que iba a decir, por supuesto, porque está prestando mucha atención.

—¿... venido? —termina mi frase.

Frunzo los labios y me encojo de hombros; por fin aparto la vista de él y miro a un grupo de amigos despatarrados sobre los sofás alrededor de la chimenea al lado de la nuestra, que están bebiendo cócteles y riéndose a voces. Me gustaría estar tan feliz como ellos.

—Sí —reconozco. Me vuelvo a encoger de hombros y a mirarlo. Esta noche me resulta fácil tener contacto visual con él. Por alguna razón, no duele—. Pero lo retiro.

—¿Lo retiras? —Su ceja vuelve a enarcarse.

—Sí. Me alegro de que estés aquí —digo, pero mi voz es bajita y trago con dificultad—. Me alegro de que estés aquí en este momento. —Sin pensar demasiado, me muevo un par de centímetros y luego señalo con un movimiento de la cabeza el espacio libre a mi lado en el sofá—. Siéntate conmigo —susurro.

Primero Tyler analiza mi expresión, como si no estuviera seguro de si lo digo en serio o no, porque me observa larga y fijamente antes de levantarse. Sus movimientos son lentos, cuidadosos, como si tuviera miedo de rozarme por accidente. Cuando por fin se sienta a mi lado, todavía hay varios centímetros entre nosotros.

—Eden —dice, y entonces gira la cabeza para mirarme, haciendo una pausa de solo un instante—. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Qué?

—¿Qué es lo que quieres de mí? —pregunta en voz baja, pero no en plan pasivo agresivo, sino más bien con un tono de preocupación real.

Aprieta los labios al tiempo que espera una respuesta, pero tiene la cabeza agachada, con la cara hacia abajo, mientras sus ojos me miran con suavidad desde detrás de sus pestañas.

Dejo escapar el aliento que he estado aguantando, y entonces, sin dudar, le digo justo lo que quiero.

—¿De verdad? Quiero que todo sea como antes. No quiero que nadie sepa lo nuestro. Quiero que todo vuelva a ser un secreto. Era

más fácil así.

—Tú sabes que eso no podía durar —dice. Tiene el ceño fruncido, pero sus ojos siguen brillando, reflejando la calidez del fuego.

—Lo sé —murmuro, sin apartar los ojos de él en ningún momento—. Pero sigo pensando que tal vez, si hubiera sido así, tú te habrías quedado.

Él niega con la cabeza y desvía la mirada, se pasa una mano por el pelo y se recuesta en el sofá. Tras un minuto, suspira y vuelve a clavar la vista en mí.

—No me marché por eso, Eden.

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

—Ya te lo he dicho.

Creo que estoy empezando a darme cuenta de que mi rabia no surge de que Tyler se marchara, sino de que no sé por qué lo hizo. El no poder entender del todo por qué me abandonó durante tanto tiempo es lo que más duele.

—Dímelo otra vez.

Tyler se frota los ojos, de nuevo se sienta recto a mi lado y se vuelve para mirarme de frente. Al moverse parece haber reducido la distancia entre nosotros.

—Esta es la historia completa —comienza, pero su voz es bajita y ronca, lo cual solo sirve para agudizar mi atención, y me aferro a cada palabra que sale de su boca—. Necesitaba espacio y tiempo para comprenderlo todo. Los dos sabemos que yo no tenía ni idea

de lo que estaba haciendo ni de hacia dónde iba. Sí, ya había terminado con lo de Nueva York, pero entonces ¿qué? Eso es lo que me faltaba. No sabía adónde quería ir a partir de allí y necesitaba resolver eso, pero al mismo tiempo, todavía no estaba bien, y tú eso lo sabes, ¿no? ¿Lo sabes ahora?

Acerca su cara a la mía, con el entrecejo fruncido, y levanta una mano como si estuviera a punto de tocarme, pero no lo hace, y yo asiento con la cabeza una vez. Entonces continúa.—No debería haber empezado a fumar hierba otra vez. No debería haberle pegado a tu padre. No debería haber intentado darle una paliza al mío. Y lo único que me salvó de esas situaciones fuiste tú, porque yo no quería... no sé, no quería decepcionarte. Esa es la única razón.

Hace una pausa de un minuto, tal vez porque ya ha terminado de hablar, y yo sigo pensando que esto ya me lo había dicho. Me lo contó todo el verano pasado, justo antes de marcharse, solo que en ese momento yo estaba demasiado bloqueada para escucharlo, con el corazón demasiado roto para que me entrara en la cabeza. Pero no ha terminado todavía, porque vuelve a abrir los labios y exhala un largo suspiro, y luego prosigue.

—Sé que la he cagado y he tomado algunas decisiones de mierda, y sé que le he echado la culpa de todas mis acciones a papá, pero la verdad es que siempre he tenido elección. Yo elegí mandar a la mierda mi vida cuando podría haber hecho algo positivo. Nueva

York y la gira fueron un comienzo, lo sabes, el tener que hablar sobre lo que sucedió con mi padre me ayudó, y tal, pero no fue suficiente, y por eso tuve que irme, Eden. No quería seguir cometiendo errores. Quería ser mejor persona, no porque te lo debiera a ti, sino porque me lo debía a mí mismo. —Se queda en silencio, ladea la cabeza hacia abajo, y luego murmura entre dientes—: Me lo debía a mí mismo. Siento un peso tan grande en el pecho que pienso que en cualquier momento me va a explotar. Noto la garganta seca por la culpabilidad, aunque no puedo detectar bien la razón. No debería sentirme culpable, pero lo hago. Lamento haberle pegado ayer por la mañana, haberle gritado anoche en el letrero de Hollywood, no haberlo comprendido jamás, odiarlo en vez de apoyarlo todo el tiempo. En ese preciso momento, se me inunda la cabeza con el pensamiento de que tal vez yo he sido la egoísta. La que se ha quejado y sollozado y lloriqueado todo el año, solo porque él no estaba conmigo, porque estaba sola. Mientras lo pienso ahora, me doy cuenta de que si Tyler se hubiera quedado, tal vez ahora no estaría tan bien como ahora. Papá lo habría obligado a pasar por un infierno. Y también Jamie. Habría tenido que lidiar con el hecho de que su padre caminase por las mismas calles que él, con las expresiones de asco de nuestros compañeros de clase, con las peleas. Quedarse en Santa Mónica habría sido demasiado tóxico.

—Tyler —susurro, sacudiendo la cabeza con lentitud.



«¿Por dónde empiezo? ¿Cómo puedo pedirle disculpas?»

—Déjame terminar —me interrumpe, y vuelve a alzar la cabeza, sus ojos sinceros taladran los míos. Después de todos estos años, me he convertido en una experta en leer su expresión—. Lo siento —dice—. Siento haberme marchado. Estaba pensando en mí y debería haber pensado más en ti. Tienes razón: te dejé para que lidiaras sola con toda nuestra mierda, y ahora sé que la cagué. No debería haberte apartado de mí. Debería haberte dicho que estaba en Portland. Debería haber regresado antes. No debería haber arruinado todo esto, y ¿sabes qué es lo que más me jode? Que no sé si puedo arreglarlo, y no creo que tú quieras que lo haga.

Abro la boca para hablar, pero me fallan las palabras. No sé qué decir ni cómo me siento. El corazón me late de forma dolorosa con una sensación de nostalgia. Aunque me haya convencido a mí misma de que odio a Tyler, la verdad es que simplemente lo he echado de menos. He extrañado oír su voz, verlo sonreír con ese gesto socarrón y sentir su tacto. He echado de menos a Tyler y ahora no lo puedo negar, pero las cosas son complicadas. Él vive en Portland. Yo en Chicago. Papá y Ella no nos aceptan. Jamie nos desprecia. Nuestros amigos se sienten incómodos. Tal vez lo nuestro se haya acabado, no porque no estemos enamorados el uno del otro, sino porque somos imposibles. Él me sigue mirando, y yo a él, y nada me gustaría más hacer en este instante que tocarlo. Pero sé que no puedo, así que me pongo las dos manos entre las

piernas cruzadas en un esfuerzo por contenerme.

—Estábamos condenados a fracasar —digo, y de inmediato él frunce el ceño—. Han transcurrido tres años y hemos pasado la mayor parte del tiempo separados. ¿Iba a ser siempre así? ¿Pasaríamos juntos el verano y luego estaríamos separados el resto del año? ¿Nada más?

—No —responde, y esta vez me toca de verdad. Me aprieta la rodilla y yo no aparto su mano de un empujón—. Por favor, ven conmigo a Portland. Podemos marcharnos ahora mismo, solo tú y yo. Olvidémonos de todos y de todo mientras intentamos encontrar la manera de resolver este lío. No pienso volver sin ti, porque no me importa lo que digas: necesito arreglar esto.

Su mano se aparta de mi rodilla cuando se levanta, alto y ancho como una torre por encima de mí, y saca las llaves del coche del bolsillo de sus vaqueros. De repente su cara expresa a gritos su desesperación, igual que ayer cuando estábamos en el letrero.

—Por favor.

Nunca se va a dar por vencido, pero, la verdad, yo no sé si puedo regresar a Portland. Solo he ido dos veces desde que mamá y yo nos mudamos a Santa Mónica, y nada más a hacer la mudanza y a visitar a la familia de mamá. En ambas ocasiones, la idea de encontrarme por accidente con antiguos «amigos» en la calle y verlos recorrer mi cuerpo con una mirada de asco hizo que me diera un bajón terrible. También me daba palo tener que pasar en

coche por mi antigua escuela y que me recordaran mi vida allí. No es que la de Santa Mónica sea mucho mejor. De hecho, es peor. ¿Por qué debería irme a Portland con Tyler? ¿Por qué me permitiría enrollarme con él otra vez? ¿Por qué volvería con él después de pasar tanto tiempo intentando superarlo y seguir adelante? Quizá no quiera volver a empezar ni arreglar lo que hay entre nosotros. Tal vez haya aceptado que sencillamente es hora de rendirse.

—No podemos marcharnos sin más, Tyler —digo entre dientes, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Toda su cara está ensombrecida y oscura por el fuego que brilla a su espalda. Tengo un lío de pensamientos contradictorios—. Desaparecer cuando las cosas están hechas un lío no resolverá nada, ya deberías saberlo a estas alturas. Así que ¿por qué no te quedas, para variar? Y tal vez entonces me piense lo de Portland.

Extiendo la mano, ofreciéndole un trato, y él contempla la idea durante unos segundos. Al final, nos estrechamos la mano para confirmar que tal vez haya una posibilidad de que yo me vaya con él.

—Creo que deberíamos volver —dice.

Sus ojos recorren el patio, que mientras la noche avanza se va llenando de gente y de barullo, y entonces él se vuelve a meter las llaves en el bolsillo. Descruzo las piernas y las estiro, poco a poco me pongo de pie.

—¿Saben que venías a buscarme?

Él tiene claro lo que intento decirle.

—¿Crees que tu padre me habría dejado venir si lo supiera? — pregunta, pero una risa bajita se le escapa por los labios—. Solo se lo he contado a Chase. Todos están en sus habitaciones. Toca acostarse temprano, pero mamá ha dicho que no se iría a dormir hasta que aparecieras.

—¿Ha dicho algo papá?

Tyler se rasca la nuca y no me contesta, lo cual deja bastante claro que sí ha dicho algo, y, a juzgar por el silencio de Tyler, no ha sido precisamente agradable.

—Vamos —murmura, y da un paso hacia atrás para dejarme pasar primero.

Nos dirigimos a la parte interior del bar, abriéndonos camino entre la gente y el ruido y las risas hasta que llegamos al vestíbulo. Son las nueve y pico, ni siquiera es tarde, y sin embargo estoy muy cansada. El viaje de seis horas me ha dejado sin nada de energía, así que bostezo mientras caminamos hacia el ascensor. No hablamos, pero tampoco nos estamos ignorando, más bien disfrutamos de un silencio agradable mientras intentamos no pillarnos mirándonos el uno al otro durante demasiado tiempo. Cuando ya estamos en el séptimo piso, caminamos despacio hacia nuestras habitaciones. Yo voy acariciando la pared con la punta de los dedos, mis pasos son lentos, y Tyler anda al mismo ritmo que

yo. No tenemos ninguna prisa por volver, pero es inevitable que acabemos delante de nuestras respectivas puertas. Papá y Jamie están en la habitación del medio, la mía y la de Ella a la izquierda, y la de Tyler y Chase a la derecha, así que nos separan varios metros cuando nos detenemos delante de nuestras puertas.

Tyler está de pie con la llave electrónica en una mano y la otra en el pomo.

—Y bien —dice bajito, como si nuestra familia nos fuera a oír a través de las paredes si hablásemos más alto. Sus ojos me miran ardientes. «Estaba tan enamorada de ti...»

—Y bien —repito. Alcanzo el pomo de mi puerta, dispuesta a llamar para que Ella me deje entrar. Una parte de mí quiere que me abra. La otra, quedarse aquí afuera.

«Quiero estar tan enamorada de ti...»

—Pues buenas noches, ¿no? —murmura. Y luego sonrío, una sonrisa tan enorme que le llega hasta los ojos, haciendo que estos se arruguen en las comisuras y haciendo que me duela el corazón aún más—. Buenas noches.

Es imposible no devolverle la sonrisa.

— Bonne nuit.

—Creía que era bonsoir —dice, enarcando una ceja, y me sorprende que recuerde lo que dije tantos años atrás, cuando nos susurrábamos las buenas noches antes de separarnos para entrar en nuestros cuartos.

Mi francés nunca ha dado la talla, lo cual es vergonzoso, porque su español siempre ha sido bastante perfecto.

—Sí, bueno, realmente debería ser bonne nuit —digo, algo avergonzada—. Te dije que no lo hablaba con fluidez.

Tyler asiente con la cabeza una vez y mete la llave en la ranura en la puerta.

—Entonces bonne nuit.

— Buenas noches —contesto.

De alguna manera, su sonrisa se hace aún más grande, y suena el clic de la puerta al abrirse. Me da la espalda, lo más despacio posible, y luego se dirige hacia el interior de su habitación. La puerta vuelve a hacer clic cuando se cierra, y así, como si nada, desaparece y me quedo sola.

«Estoy tan enamorada de ti...»

## CAPÍTULO 10

Por primera vez en mucho tiempo, no me cuesta despertarme y salir de la cama. A mi lado no está mi compañera de habitación diciéndome que me he saltado la primera clase, mi mamá animándome a levantarme y vivir la vida, mi propia conciencia no me dicta que me levante y salga a correr. Por primera vez en mucho tiempo, no temo el día que me espera. Por primera vez en mucho tiempo, estoy deseando empezarlo. Incluso con mi madrastra a mi lado, poniéndose crema hidratante en la cara delante del espejo de la habitación de hotel mientras me mira con preocupación. Incluso con mi padre en la habitación contigua, con toda probabilidad despertando con la triste idea de que tiene que lidiar con esta familia durante otro largo día.

Nada puede arruinar mi buen humor.

—Estoy empezando a pensar que tienes razón —dice Ella. Llevamos un rato en silencio, dando vueltas alrededor la una de la otra mientras nos preparamos. Levanto la vista de los cordones que me estaba atando. Ella me mira desde el espejo—. Tal vez todo esto esté empeorando las cosas.

Me enderezo en el borde de la cama y le clavo una mirada severa, a la que me he acostumbrado demasiado este último año, como cada vez que insistía en que pasara tiempo con papá o

mencionaba el nombre de Tyler.

—Por favor, no digas que sientes lo que sucedió anoche otra vez —le pido.

Deja escapar un suspiro de manera dramática y gira el cuerpo en la silla, apoya las manos en el respaldo y me mira directamente a los ojos.

—Pero es que de verdad lo siento. Fue mala idea. Tu padre se pasó de la raya y, créeme, se lo he dicho tal cual.

—Y seguro que no le importó —digo, y estoy tranquila, porque ya me da exactamente igual lo que diga mi padre. Me importa un bledo que no nos pueda soportar a mamá ni a mí, ni que lo irrite, ni que, en su opinión, mamá no fuera la mejor esposa ni yo la mejor hija. Ni a una sola fibra de mi ser le importa. Estos días, su odio hacia nosotras se ha convertido en algo casi divertido.

Me levanto de la cama, ignoro cómo Ella va frunciendo el ceño de forma progresiva cuando me acerco y cojo mi teléfono del tocador. También me llevo la llave electrónica y un mapa de Sacramento, cortesía del personal de la recepción. Luego cambio de tema en cuanto tengo una oportunidad.

—¿A dónde vamos?

—Todavía no estoy segura, pero ya encontraremos algún lugar. — Se levanta, así que doy unos pasos hacia atrás para dejarle algo de espacio mientras ella coge su perfume del tocador, se echa un chorrito de Chanel en sus muñecas y lo devuelve a su sitio—.



Esperemos que tu padre esté despierto.

Es imposible que no lo esté. Lo primero que ha hecho Ella esta mañana cuando se ha levantado de la cama ha sido aporrear la pared con fuerza, varias veces. Además, ya pasan de las nueve, y seguro que los chicos tienen hambre. Ella y yo salimos de nuestra habitación, dejando el mapa allí, y accedemos al pasillo del séptimo piso, listas para reunir a toda la familia una vez más. Ella llama a la puerta de la habitación de papá y Jamie; yo a la de Tyler y Chase, que enseguida se abre. Chase mantiene la puerta abierta con el pie y mete las manos en el bolsillo delantero de su sudadera mientras pone los ojos en blanco, mira por encima de su hombro y dice con re cochineo:

—Alguien se ha quedado dormido.

Miro por encima de él hacia el otro lado de la habitación, donde encuentro a Tyler.

Está poniéndose una camiseta mientras al mismo tiempo intenta calzarse la otra bota, y sus ojos se desvían para mirarme brevemente. Mientras está agachado, de las puntas de su pelo caen gotitas de agua sobre la alfombra, y cuando se endereza, coge una toalla del suelo y se la pasa por la cabeza para secarlo con rapidez. No me doy cuenta de que estoy mirándolo con fijeza hasta que oigo que murmura:

—Sí, sí, ya voy. Me he despertado hace diez minutos.

Desvío la atención hacia Chase mientras Tyler revuelve en los

bolsillos de otros vaqueros y saca su teléfono, su cartera y sus llaves.

—¿No lo has despertado?

—No —admite Chase, con la capucha puesta—, estaba viendo la tele.

Ella debe de oír nuestra conversación, porque deja de llamar a la puerta de la habitación contigua y se nos acerca, mirando por el umbral y negando con la cabeza hacia Tyler, que se limita a encogerse de hombros.

—¿No tenéis alarma o qué?

—Las alarmas no existen cuando estás de vacaciones —contesta Chase.

—No estamos de vacaciones.

Ella da un paso hacia delante y le quita la capucha; luego pasa las manos por su pelo intentando domarlo, pero Chase se agacha y se aleja. Enseguida se vuelve a poner la capucha a la vez que sale del umbral hacia el pasillo para unirse a nosotras.

Oigo el clic de la puerta de papá y Jamie, y mi padre es el primero en salir, farfullando por encima de su hombro, instando a Jamie a que se dé prisa. Ella se vuelve para hablar con él, pero yo desconecto de sus murmurados «buenos días» y me centro en pasar rozando por el lado de Chase, al tiempo que doy un paso cuidadoso hacia la habitación que comparte con Tyler. Me apoyo en la puerta y la mantengo abierta.

—¿Cansado? —bromeo, mi mirada clavada en Tyler.

Él se pasa las manos por su pelo mojado y pone los ojos en blanco mientras corre por la habitación, apaga la tele y coge su chaqueta, que está en un rincón, sobre el respaldo de una pequeña butaca. Aunque no la necesita, porque según Ella pasaremos de los treinta grados todo el fin de semana.

—No he dormido mucho —confiesa Tyler, pero no ofrece ninguna explicación más.

En su lugar, se aproxima con rapidez, me empuja hacia el pasillo y cierra la puerta detrás de nosotros.

Papá levanta la vista de su conversación con Ella.

—Buenos días, Chase —dice con un ligero movimiento de la cabeza. Ni «Buenos días, Tyler» ni «Buenos días, Eden».

Chase esboza una media sonrisa.

—¿Habrá algún IHOP por aquí, papá?

Con el rabillo del ojo, noto que el cuerpo de Tyler se pone rígido y su mandíbula se tensa. No entiendo por qué se produce un cambio tan repentino en el ambiente, porque el comportamiento gilipollas de papá es el pan nuestro de cada día, pero entonces me doy cuenta de golpe de por qué Tyler está tan tenso. La primera vez también me chocó.

—Por supuesto que tienen —le dice papá a Chase—. Pero hoy no está en la orden del día, colega.

Por fin, Jamie emerge de su habitación, con el permanente

entrecejo fruncido. Da un portazo y se encoge de hombros cuando Ella le lanza una mirada de advertencia que quiere decir: «No me cabrees». Hace poco, también ha empezado a mirar a papá de la misma manera.

—Y bien —dice Ella ahora que ya estamos todos juntos—, ¿tenéis hambre?

Jamie gime y se saca los auriculares del bolsillo trasero. Los enchufa a su móvil y se dirige hacia el ascensor sin esperarnos, pero ya estoy demasiado acostumbrada a sus pataletas, igual que a los comentarios duros de papá, así que ni siquiera pestañeo.

—Bueno —murmura Ella entre dientes—, pongámonos en marcha. Seguimos a toda prisa a Jamie por el largo pasillo hacia el ascensor. Todo el tiempo reina el silencio, porque nadie quiere hablar a no ser que sea absolutamente necesario.

Ya hemos dejado muy atrás la incomodidad, esta situación empieza a ser lo normal. Qué trágico es que lo raro sea que hablemos entre nosotros.

Dado que ninguno conoce esta zona, paramos en el vestíbulo para que Ella y papá puedan pedirle al conserje la recomendación de algún sitio cercano donde una familia disfuncional como la nuestra pueda desayunar. Él nos sugiere el café Ambrosía, a un par de manzanas hacia el norte, así que nos ponemos en marcha para encontrarlo.

Ya hace calor, a pesar de que todavía no son ni las nueve y media,

y al poco de haber dejado atrás el hotel, Chase ya se está quitando la sudadera. Se la ata alrededor de la cintura, y Jamie se saca los auriculares y le dice que parece tonto. Se gana una patada en la espinilla.

—Bien hecho —felicitó a Chase, y choco los cinco con él. Papá y Ella están demasiado ocupados en guiarnos para darse cuenta.

—Cierra el pico —sisea Jamie, lanzándome una mirada asesina por encima de su hombro. Al mismo tiempo se vuelve a poner los auriculares en las orejas y acelera el paso.

—Cierra el pico —repito como un eco, y lo imito con una voz muy aguda, del todo opuesta a la suya. Chase sonrío divertido.

—Eden —me llama Tyler; dejo de sonreír y giro la cabeza para mirarlo. Tiene los labios apretados, los ojos ocultos detrás de sus gafas de sol, y está haciéndome un gesto de desaprobación con la cabeza, de manera bastante condescendiente—. No empeores las cosas.

—Vale —contesto.

Caminamos muy despacio, como si no tuviéramos ningún sitio donde estar ni al que ir, y andamos juntos varios minutos en silencio antes de que mis ojos sean atraídos hacia los suyos. Su mirada es intensa.

—¿Cuándo ha empezado a llamarlo «papá»? —me pregunta en voz baja, y luego señala a Chase con un movimiento de la cabeza.

—Ni idea —reconozco encogiéndome de hombros. Mantengo la

voz baja, porque no quiero que Chase nos oiga hablando de él. Le daría vergüenza—. Pero la primera vez que lo oí fue en Acción de Gracias.

—¿Jamie también lo llama así?

—No. Solo Chase. —Hago una pausa por un segundo, sonriendo mientras añado—: Y yo, por desgracia. Pero yo no tenía elección.

Tyler no se ríe, sino que frunce el ceño mientras observa a Chase, como si no pudiera asimilar la idea de que él vea a papá, el idiota de David Munro, como una figura paterna. No es un gran modelo a seguir.

—Lo hablé con tu madre, hace muchísimo tiempo —susurro. Me acerco más a Tyler y me convengo de que solo lo hago para que pueda oírme mejor—. Ella me dijo que Chase no se acuerda mucho de tu padre, como era tan pequeño cuando... Bueno, eso.

— Trago saliva, echándole un vistazo a Tyler para asegurarme de que no lo estoy haciendo sentir incómodo, pero él se limita a mirarme mientras me escucha con mucho interés, así que continúo —. Dijo que tiene sentido que Chase se aferre a papá. No lo sé. Supongo que tiene razón.

—Supongo —dice, de acuerdo conmigo.

Delante de nosotros, papá se aclara la garganta con fuerza. Ha dejado de caminar, se ha dado la vuelta y me está mirando con otra de sus infames miradas asesinas.

—Eden —me llama—. Ven, quiero hablar contigo.

Ella también se detiene, intentando captar la mirada de papá, como si estuviera preguntándose de qué demonios va esto. Yo tampoco lo sé, pero tengo muy claro que es mejor mantener la paz, así que me acerco a él.

—¿Qué?

No me contesta. Solo asiente con la cabeza observando a Ella, comunicándose con ella mediante miradas tirantes y sonrisas reservadas que quieren decir: «Sigue caminando».

Así que ella lo hace, y todos entienden la indirecta, incluso Tyler, y se ponen a buscar el café Ambrosía. Los ojos de papá se centran sobre todo en Tyler cuando pasa por nuestro lado, y él se fija solo en la acera, como si pensara que si se atreviese a mirarme con el rabillo del ojo, papá lo tumbaría de un puñetazo.

Cuando los cuatro están a varios metros de nosotros se me ocurre que tal vez papá esté tratando de disculparse por lo de anoche, o quizá por todo. Este podría ser el momento en que lo oigo decir: «Mira, Eden, he sido un padre de mierda, pero lo siento».

Levanto la vista para mirarlo. Esta mañana no se ha afeitado, porque nunca se afeita los fines de semana. Su cabello se está poniendo gris, ya le quedan muy pocas zonas oscuras. No puedo recordar qué edad tiene.

—¿Qué? —pregunto otra vez.

—Nada —dice papá. «Nada.»—. Vamos.

Suspiro tan fuerte que una mujer que pasa por nuestro lado me

mira con preocupación. Qué chasco. No es que quiera con desesperación una disculpa de papá, pero sería agradable saber que él se da cuenta de que ha fallado. Sin embargo eso nunca sucederá, porque papá es demasiado testarudo para admitir que no es exactamente el padre del año.

—¿Me estás tomando el pelo? —digo de forma atropellada, boquiabierta—. ¿Nada?

Papa deja de caminar y se da la vuelta, mirándome con sus ojos de color avellana entrecerrados.

—¿Qué estabas haciendo?

—¿Qué? —Se me hunden los hombros y me tomo un minuto para respirar hondo mientras lo miro con fijeza, confundida.

—¿Por qué estabas hablando con él?

—¿Con Tyler? —Su silencio es un sí—. ¿En serio, papá?

Cruza los brazos por encima del pecho y espera, dando golpecitos con el pie en el asfalto.

—¿Y bien?

Está haciendo el ridículo, y además para nada. Me podría reír, pero en vez de eso mantengo la calma y actúo con tranquilidad.

—Estaba hablando con él porque es mi hermanastro —aclaro de manera monótona—. Somos familia, por si no lo sabías. Y ya sé que para ti es una costumbre disparatada, pero la gente suele hablar con los miembros de su familia.

Paso directamente por su lado, luchando contra el impulso de darle



un empujón con el hombro para apartarlo de mi camino, y mantengo una distancia prudencial entre nosotros mientras camino a toda prisa para alcanzar a Ella y a los chicos. En un esfuerzo por desafiar a papá, me coloco justo al lado de Tyler. Me mantengo callada, sin embargo, y Tyler no me hace ninguna pregunta, y pronto papá nos ha alcanzado otra vez, y se instala ese mítico silencio hasta que Ella dice:

—Creo que el conserje ha dicho que estaba por aquí.

Giramos hacia la calle K, que está preciosa bajo el sol de la mañana, toda bordeada de árboles. Los raíles de un tranvía decoran la carretera, y las aceras no están plagadas de turistas como las de Los Ángeles, tal vez porque es sábado por la mañana o tal vez porque Sacramento es un muermazo.

Ambrosía está a tan solo un minuto o dos bajando por la calle, justo en la esquina de la manzana. Tiene unos ventanales enormes que dan hacia una terraza, y la catedral está al otro lado de la acera. Ella lo aprueba, así que todos entramos.

Ya hay bastante gente, una cola que se extiende casi hasta la puerta, por tanto cuando terminamos de decidir lo que queremos, papá y Ella nos envían a ocupar un par de mesas que están libres al lado de las ventanas. Chase ha pedido tres cruasanes de chocolate.

Los cuatro nos acomodamos. Jamie todavía tiene los auriculares puestos. Su música está tan alta que sé qué grupo está

escuchando. Tyler ha juntado las dos mesas, para que quepamos los seis. Tamborileo los dedos a lo largo de mi muslo.

—¿Tú crees que me van a traer tres? —pregunta Chase al minuto. Está mirando por encima de su hombro con cara de añoranza hacia el mostrador, donde papá y Ella están hablando en voz baja, inclinándose hacia delante mientras esperan en la cola. Seguro que están discutiendo, pero como tienen un mínimo de decencia para no armar un follón, mantienen las voces bajas y discretas.

—Lo dudo —responde Tyler.

En ese momento Jamie se levanta de un salto, su silla chirría contra el suelo cuando se aparta de la mesa. Se quita los auriculares de un tirón y se dirige a la puerta.

—¿Adónde vas? —le pregunta Tyler elevando la voz. Suena autoritario, lo cual es raro, porque por lo general es él quien desafía la autoridad.

—Me está llamando Jen —farfulla Jamie entre dientes, fulminándolo con la mirada por encima de su hombro, y luego aprieta el teléfono contra su oreja y desaparece.

Últimamente parece que Jamie no puede hablar sin mostrarse agresivo. Nunca parece sonreír sin que sea de manera sarcástica. Nunca parece feliz.

Desvío la vista de vuelta a Tyler. Mira con expresión pasmada a Jamie, que está en la terraza, y a papá y a Ella, que siguen cerca del mostrador, por lo que parece todavía discutiendo. Me mira a mí

buscando una explicación.

—¿Qué ha pasado?

—Nosotros hemos pasado —respondo. Mi voz suena desinflada y sin emoción. He tenido un año entero para aceptarlo, para comprender que la razón de que esta familia esté tan rota somos nosotros. Tyler solo ha tenido un par de días, y por lo visto se ha quedado colgado en la fase de negación. Está intentando de forma desesperada convencerse de que nada de esto es por nosotros, pero la cruda realidad es que somos la única causa de todas estas movidas.

—Voy a hablar con tu padre —me informa. Es lo último que esperaba que dijera.

—¿Qué?

—Para aligerar el ambiente —explica. Chase está escuchando, y Tyler se da cuenta, así que no dice nada más y le sonrío a su hermano—. Bueno —le dice Tyler—. Ya empiezas segundo. ¿Estás preparado?

La cara de Chase se entristece.

—Empiezo tercero.

—No jodas, ¿ya? —Tyler pestañea. En los dos años que ha pasado fuera, un año en Nueva York y otro en Portland, está claro que ha perdido la noción del tiempo.

Chase parece dolido por el error. Cruza los brazos encima del pecho de forma dramática y le da la espalda a Tyler, parece

demasiado herido para mirarlo.

—Va, Tyler —digo de cachondeo, agachando la cabeza y mirándolo de una manera paternalista entre las pestañas—. Tío, deberías ponerte al día. Por cierto, yo tengo diecinueve años. —Poco a poco, mis labios dibujan una sonrisa—. Por si se te había olvidado.

—Vale, vale —dice, sacudiendo la cabeza, pero está intentando no reírse. Se endereza en su silla y extiende la mano por encima de la mesa, arranca un pétalo del arreglo floral del centro y me lo tira.

Cuando vuelve a recostarse en su silla, me está mirando como lo hacía antes: los ojos ardiendo con tal intensidad que podrían desarmarme; su sonrisa es tan natural que resulta difícil creer que hubo una época en la que la fingía.

Cierro el puño alrededor del pétalo antes de que nadie se dé cuenta. Gesticulo con los labios un «Shhh» a Chase, pero no es por la flor precisamente.

## CAPÍTULO 11

Para variar, nadie intenta asesinar a nadie a lo largo del desayuno. Papá y Ella dejan de discutir y actúan con normalidad, como si estuvieran felices, como si sus vidas fueran absolutamente perfectas. Chase llena la aburrida conversación con comentarios ocurrentes mientras devora sus tres cruasanes de chocolate. Jamie no se sienta a la mesa con los auriculares puestos. Yo soy la primera en terminar de comer por una vez, más que nada porque todavía tengo mucha hambre por no haber cenado anoche, pero también porque hoy no me siento tan cohibida. Hoy me siento bien. Así que mientras los demás terminan de desayunar, yo saco mi móvil. Papá me lanza una mirada de desaprobación incluso antes de que haya tenido oportunidad de poner la contraseña. Detesta que haya teléfonos en la mesa, pero yo lo detesto a él, así que le dirijo una sonrisita tensa y luego vuelvo a mirar la pantalla. Les escribo un mensaje con el resumen de las últimas veinticuatro horas a mamá y a Rachael. Incluso le envío un SMS a mi compañera de habitación de la universidad preguntándole cómo está pasando el verano. Con toda probabilidad mucho mejor que yo. Y después de eso, poco a poco caigo en la cuenta de que no tengo a nadie más a quien escribir. Mi lista de contactos está llena de nombres, y sin embargo no tengo mucha confianza con

ninguno. Me desplazo por la lista de arriba abajo, del principio al final, de la A a la Z. Al final le envió un mensaje a Emily, porque estoy bastante segura de que ella es la única persona que queda en mi lista que no me odia. Pasé todo un mes con ella en Nueva York el verano pasado, y de vez en cuando nos ponemos en contacto para ver cómo estamos.

**¿Qué pasa, guapa? Espero que Inglaterra no esté muy mal estos días.**

No me contesta nadie. Apago y enciendo el teléfono. Nada, ningún mensaje. Entro en Twitter, y después de un minuto me pregunto por qué sigo a tanta gente con la que jamás he cruzado ni una sola palabra en la vida. Sin embargo, lentamente veo las actualizaciones de mi círculo más cercano, y siento una extraña nostalgia, a pesar de todas las cosas malas que han pasado en los últimos dos años.

**@dean\_carter1: Último par de meses en el taller y luego me marchó a Berkeley. ¡¡¡Qué locura!!!**

Adjunta hay una foto de Dean en su mono de trabajo, cubierto de grasa, al lado de su padre, ambos apoyados en un Porsche destartado. Fav.

**@x\_tiff: Estoy pensando en cambiar mi corte de pelo... ¿Qué opináis?** Hace un montón que no veo a Tiffani. Fav.

**@x\_rachael94: ¿Por qué es Mujeres desesperadas tan adictiva?**

**¿Todavía sigue con el maratón? Fav.**

**@meghan\_94\_x: Las citas con Jared los viernes por la noche son las mejores. Siento celos de lo fácil que es para ellos. Fav.**

**@jakemaxwell94: ¡¡¡¡¡ESTOY SUPERPEDO!!!!!**

A las 3.21 de la mañana. Fav.

Busco a Tyler y miro su cuenta. He hecho esto demasiadas veces, y nada ha cambiado. Su última actualización fue en junio del año pasado. Levanto la vista de mi pantalla. Tyler está sentado justo frente a mí, comiendo el resto de su muesli en silencio y escuchando a Ella mientras esta sugiere que visitemos el edificio del Capitolio. Hace una pausa cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, enarca una ceja de manera inquisitiva.

Cero actualizaciones. Ni un solo post. Silencio total.

Me pregunto qué habrá hecho durante el año pasado. Qué habrá pensado. Cómo habrá pasado los días. Con quién habrá hablado. Me pregunto si alguna vez se habrá sentido solo. Sacudo la cabeza con suavidad en su dirección como para decirle «Nada», y luego bajo la vista a mi móvil de nuevo. Odio cómo están las cosas. Tyler se aclara la garganta, y como no le hago caso, noto que me da una patadita por debajo de la mesa. Levanto la mirada para ver sus ojos. Ha apartado su plato y ahora tiene los codos sobre la mesa, con las manos entrelazadas. Poco a poco, esboza una sonrisa, pero es tan gradual que al principio casi no lo noto. Y entonces se vuelve para mirar a papá.

—Dave —lo llama.

Los ojos de papá se dirigen hacia él como un rayo. La conversación sobre la intención de papá de cambiar su coche por uno mejor queda interrumpida, y todos nos callamos, sorprendidos no solo porque Tyler haya abierto la boca de repente, sino también porque le haya hablado precisamente a papá. Y, por supuesto, mi padre es incapaz de contestarle, así que lo único que recibe Tyler es una dura mirada de desprecio.

Eso no lo desalienta. Traga saliva, y yo dejo mi teléfono para concentrarme, porque siento curiosidad de ver cómo piensa Tyler «aligerar el ambiente». Las primeras palabras en salir de su boca son:

—¿Podemos hablar fuera un segundo?

Señala la puerta con un movimiento de la cabeza y se pone de pie.

—Podemos hablar aquí mismo —dice papá.

No se mueve ni un centímetro, permanece en su silla, y se le frunce el ceño en una mueca horrible. Tiene la palabra «peligro» escrita en la frente, porque, conociendo a papá, ahora mismo estará suponiendo que las intenciones de Tyler son malas.

—Vale —acepta Tyler. Coge su silla y se mueve alrededor de la mesa, la pone entre Ella y papá; todo el mundo lo mira. Es súper raro que Tyler y papá hablen, y mucho más

que lo hagan queriendo. Tyler se sienta a horcajadas en la silla y mantiene la vista clavada en papá de una manera amistosa pero



firme.

—Bueno —empieza, y luego hace una pausa de un segundo como si estuviera hilvanando mentalmente las palabras que quiere decir, mientras todos lo miramos con atención, sobre todo Ella—. Bueno —repite—, solo quería pedirte disculpas.

—¿Pedirme disculpas? —repite papá.

Las palabras suenan extrañas en su boca, porque nunca jamás se disculpa por nada.

Su mirada se desvía poco a poco hacia Ella, como si esto fuera cosa suya, pero ella abre mucho los ojos y se encoge de hombros, aunque su cara se ha iluminado aliviada. Él vuelve a mirar a Tyler.

—Sí, pedirte disculpas —confirma este, y entonces se sujeta al respaldo de la silla y se inclina un poco hacia delante, suspirando. Yo aguanto la respiración mientras escucho, porque una disculpa es lo último que esperaba que Tyler le pidiera a papá. Debería ser al revés—. Sé que no he sido el crío más fácil del mundo —continúa—, y sé que te he hecho pasarlas canutas con las peleas y las desapariciones y las borracheras. Era un capullo integral, así que comprendo que no fueras mi mayor fan, por así decirlo. Pero tienes que darme algo de cancha. Me gradué. Me mudé a la otra punta del país. Hice la gira. Senté la cabeza. Ya no soy aquel crío al que conociste hace cinco años. —Titubea un poco, como si estuviera nervioso, nuestras miradas se encuentran por una fracción de segundo—. Y en cuanto a Eden —murmura, y papá

casi se atraganta—... Lo entiendo. En serio, lo entiendo, pero no hay nada que yo pueda hacer ahora para cambiar el pasado. Simplemente fue como fue, y puedes decir que estamos chiflados, y tal vez lo estábamos, pero, Dave, tienes que olvidarlo. Se acabó, y te vas a volver loco si sigues tan puteado. —Oigo que Ella suspira cada vez que Tyler dice un taco—. Así que te propongo que empecemos de nuevo. — Inclinándose hacia delante por encima del respaldo de la silla, le extiende la mano a papá— . ¿Qué me dices?

Ella parece eufórica. Es muy posible que esté pensando: «Por fin se ve la luz al final del túnel». Discrepo, porque sé muy bien que Tyler no le está diciendo toda la verdad a papá. Ayer mismo me estaba pidiendo que me fuese con él a Portland, para arreglar las cosas entre nosotros, que le diera una segunda oportunidad, que me metiera en todo este lío otra vez. Y aunque este año he deseado con toda el alma poner fin a esta situación, de repente descubro que me gusta la idea de que haya algo pendiente y la esperanza de que quede alguna posibilidad.

—Se ha terminado —le está diciendo Tyler a papá.

«Hemos terminado», le he dicho a Tyler.

Pero tal vez no sea así.

Tal vez no hayamos terminado.

Se me desploma el corazón hacia la mitad del pecho de solo pensarlo, y enseguida vuelvo a la realidad. Pestañeo un par de

veces, todavía algo aturdida, e intento centrarme en papá.

Está mirando con fijeza la mano extendida de Tyler como si nunca hubiera visto su piel hasta hoy. Su mirada es despectiva, y cuando intercambia una mirada con Ella, ella está instándolo desesperadamente a estrechar esa mano y lo anima con un movimiento de la cabeza. Esto es lo que quería que sucediera este fin de semana: perdones y disculpas y reavivar las relaciones.

Pero papá no está en la misma onda, porque en vez de estrechar la mano de Tyler, se echa hacia atrás en su silla y cruza con decisión los brazos sobre el pecho antes de apartarse un poco de él.

—Si ya hemos terminado, deberíamos irnos.

«Mamón», pienso. Tengo la palabra en la punta de la lengua y me falta poquísimo para gritarla en medio de la cafetería. He de agarrar el borde de mi silla con una mano y con la otra taparme la boca para controlarme.

—David —sisea Ella. Se la ve pasmada y evidentemente furiosa.

La esperanza de arreglar las cosas ha desaparecido de golpe, porque papá no solo es demasiado cabezota para pedir disculpas, sino también para aceptarlas. Nada va a cambiar jamás a no ser que él cambie primero.

—Estaré fuera —dice papá, su voz es áspera.

Empuja la silla hacia atrás, sus ojos no se encuentran con los de Tyler, y sale dando grandes zancadas. Lo miramos a través de los

ventanales mientras él se deja caer sobre una silla de la terraza, derrumbándose contra el respaldo y de cara a la catedral.

Dentro, nadie dice nada. Tyler baja la mano muy despacio y se vuelve hacia nosotros, encogiéndose un poco de hombros. No cabe duda de que es el más maduro de los dos, y papá es el más imbécil. Incluso Jamie permanece callado, aunque no puedo detectar de parte de quién está. Por lo general se pone de parte de papá, pero me da la impresión de que hoy no es el caso.

—Increíble —murmura Ella, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Está mirando fijamente a papá a través de las ventanas, con los labios fruncidos, y tan pronto como vuelve la mirada hacia nosotros, queda patente que está más cabreada que triste—. Quedaos aquí —nos pide. Ahora su voz es firme, y ninguno de nosotros habla cuando se levanta.

Vacila un momento antes de marcharse, coge la cara de Tyler con ambas manos y le planta un beso rápido en el pelo—. Estoy orgullosa de ti —susurra, y luego le da un apretón en el hombro y se dirige a la puerta.

Los cuatro permanecemos en silencio mientras la miramos. Está de pie delante de papá, fulminándolo con la mirada, con las manos en las caderas mientras, no cabe duda, le pregunta a qué coño está jugando. Papá se pone de pie y empieza a agitar las manos, a sacudir la cabeza con frustración y a lanzarle miradas de odio, y al poco Ella nos pilla a todos mirándolos. Extiende la mano, coge a

papá por el codo y se lo lleva hacia otra parte, desaparecen de nuestra vista por la esquina de la cafetería. Es como si creyeran que si no discuten delante de nosotros no nos enteraremos. Sin embargo, todos sabemos lo que ha sucedido, siempre.

En ese momento Chase se vuelve para mirar a Tyler y le pregunta:

—¿Por qué no te ha estrechado la mano?

No creo que ni el propio Tyler sepa la respuesta, porque me mira como si yo fuera capaz de ofrecer una explicación al comportamiento de papá, pero no puedo. Me encojo de hombros y me recuesto aún más en la silla. Entonces lo único que puede decir Tyler es:

—Es complicado.

—En realidad no —dice Jamie, de manera inexpresiva. Se inclina hacia delante y cruza los brazos sobre la mesa, con la mirada clavada en Tyler—. A Dave no le caes bien. Nunca te ha tragado y nunca le agradarás. Es así de simple. —No intenta ser cruel. Es la pura verdad, y todos lo sabemos.

Salvo Chase, tal vez, porque enarca las cejas y pregunta:

—Pero ¿por qué?

—Es complicado —repite Tyler.

Esta vez, Jamie no intenta explicarlo. Siempre le han ocultado a Chase la verdad acerca de Tyler. No sabe lo que pasó con su padre. No tiene ni idea de que Tyler consumía drogas. No conoce la razón por la que se fue a Nueva York. Ella le dijo que había ido a

trabajar de promotor de eventos, y él no lo cuestionó. A veces me da pena, pero la mayor parte del tiempo me alegro de que no sepa nada. Con el rabillo del ojo, diviso a papá y a Ella. Vuelven hacia la puerta, pasan las ventanas, pero no se están hablando y no caminan uno al lado de la otra. Papá la sigue un poco más atrás y, por supuesto, con el ceño fruncido. Ella tampoco parece feliz. Papá se queda esperando en la acera mientras ella vuelve a entrar en la cafetería.

Y justo cuando abre la puerta, una amplia sonrisa se dibuja en su cara. Es tan forzada que debe de dolerle. Pero de todos modos la mantiene mientras se aproxima a nosotros cuatro, creando la ilusión de que no pasa nada, de que ella y papá están bien, de que todos estamos bien.

—Vamos a ver el Capitolio —informa, y todos nos levantamos de la mesa sin rechistar. Cuando a las diez de la noche nos dirigimos a nuestras habitaciones, estoy encantada de volver al hotel. Ha sido un día larguísimo, lleno de tensión entre papá y Ella, museos aburridos, centros comerciales, más comidas incómodas y un paseo por el jardín de rosas Paz Internacional que no nos ha apaciguado nada de nada. Tyler ha estado increíblemente tranquilo y apenas ha abierto la boca desde que hemos salido de Ambrosía esta mañana. Se ha mantenido a un metro y medio de mí todo el tiempo, pero esto ha podido ser porque papá se ha pasado el día lanzándole miradas asesinas cada treinta segundos. Y papá parece

estar en el infierno. Tampoco ha dicho gran cosa desde el desayuno y se lo ve demasiado emperretado para su edad, como un crío que se enfada porque nadie le hace caso. Jamie ha estado todo el rato pegado al móvil.

Aunque me he despertado de buen humor, el día ha sido decepcionante. Todos estamos agotados cuando llegamos a las puertas de nuestras habitaciones, y nos quedamos parados un poco esperando a ver quién rompe el silencio primero.

Como siempre, es Ella.

—Recordad poner la alarma —murmura, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja. Nos mira a todos. Formamos un perfecto semicírculo—. Aunque mejor no.

Mañana es domingo. Nada de alarmas.

—Mola —dice Chase entre dientes.

Papá es el primero en sacar la llave electrónica para entrar en su habitación, y el primero en abrirla, y el primero en desaparecer. No le dice nada a Ella. No le da las buenas noches. Siguen sin hablarse porque mi madrastra continúa enfadadísima. Puedo notarlo, aunque está intentando ocultarlo por todos los medios.

—Buenas noches —farfulla Jamie. Va detrás de papá hacia el interior de la habitación y cierra la puerta. Inmediatamente, Ella deja escapar el hondo suspiro que ha estado reprimiendo todo el día. Agacha la cabeza y se lleva las manos a las sienes, con los ojos cerrados, como si estuviera al borde de un ataque de nervios.

No la culpo. Lleva un año intentando mantener a esta familia unida y nunca parece mejorar.

—Oye —dice Tyler, volviéndose hacia Chase. Se mete la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros y saca la llave de su habitación. Se la pasa a su hermano y le da un empujoncito hacia la puerta—. ¿Por qué no vas a ver si hay algo bueno en la tele? Ahora entro Chase sabe muy bien que no se puede negar. Asiente con un movimiento de la cabeza y mete la llave en la ranura, mirándonos por encima del hombro. En el instante en que la puerta se cierra, Tyler da un paso hacia Ella.

—Lo siento mucho —suelta Ella de forma abrupta, las comisuras de sus ojos forman pequeñas arrugas cuando lo mira elevando la barbilla. Él es mucho más alto que ella—. No puedo creer que haya hecho eso.

—No le des más vueltas —le ordena Tyler; su tono es firme pero bajo, porque papá está al otro lado de la pared. Con suavidad coge las muñecas de su madre y le aparta las manos de la cara. No las suelta—. En serio, mamá. Pasa de él. Ya me lo esperaba, y, además, no es el fin del mundo. No podemos esperar que le caiga bien de un día para otro. Llevará un tiempo.

—Pero no tenemos tiempo, Tyler —gime, sus palabras son un susurro; aparta las muñecas de las manos de su hijo—. ¿No lo entiendes? Te marchas el lunes y nada habrá cambiado. Todo va a seguir exactamente igual. Y, Eden —se vuelve hacia mí—, tú



volverás a Chicago en septiembre, y no ha habido ningún progreso en absoluto entre tu padre y tú.

—No me importa —digo encogiéndome de hombros—. Es probable que ya te hayas dado cuenta, pero lo he dejado por imposible.

Se la ve pálida mientras sacude la cabeza adelante y atrás.

—¿Sabes lo horrible que es oír eso? Me da una pena espantosa que ni siquiera te importe no tener una relación agradable con tu padre.

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Él no quiere tenerla. Nunca ha querido, y mucho menos ahora, después de lo que ha pasado.

No puedo impedir que mi mirada se desvíe un momento hacia Tyler. Tanto él como Ella saben demasiado bien a lo que me refiero.

—No sé qué hacer —reconoce Ella.

—Consúltalo con la almohada —propone Tyler—. Tampoco es para tanto.

Ella lo mira con los ojos entornados.

—Discrepo.

—Confía en mí, mamá, no lo es —insiste. Su voz suena ronca como resultado de lo bajito que está hablando—. Dave se relajará con el tiempo, y también Jamie, y cuando lo hagan estoy bastante seguro de que todo irá bien. Porque, a ver, no nos engañemos: no estaría ocurriendo nada si no fuera por nosotros. —Me echa un vistazo de reojo por una fracción de segundo, pero luego su mirada

vuelve hacia Ella—. Así que cuando acepten que pasó, las discusiones terminarán. Tú y Dave volveréis a estar bien. «¿Cuándo maduró tanto? ¿Cuándo se convirtió en el pacificador?» Ella todavía no parece convencida, así que retiro los ojos de Tyler a la fuerza y digo:

—Tiene razón. Se olvidarán del tema tarde o temprano. —Aunque yo no me lo creo del todo.

—Solo espero que así sea —murmura Ella. Después se queda en silencio durante un segundo mientras mira fijamente la alfombra, como si un millón de preocupaciones y dudas inundaran su cabeza. Cuando vuelve a levantar la vista, sonrío, pero es una sonrisa triste —.Bueno, ya es hora de retirarse. —Se descuelga el bolso del hombro y empieza a buscar la llave electrónica—. Intenta no quedarte dormido otra vez mañana, Tyler.

—Por cierto —dice su hijo—, ¿puedo pedirte prestada a Eden un segundo?

Ella deja de hurgar en su bolso y sus ojos se disparan hacia su hijo. Luego me mira a mí, y yo no tengo ni idea de para qué me necesita Tyler, pero sí sé que me falta muy poco para que se me escape la risa. No puedo creer que acabe de decirle eso a Ella. No nos va a dejar a solas ni de coña. Eso sería una locura.

—Me da igual lo que hagáis o a dónde vayáis, pero no trasnochéis mucho —dice. Saca la llave de su bolso, se vuelve hacia la puerta de nuestra habitación e inserta la tarjeta en la ranura.

—Espera —digo, parpadeando sin poder creer lo que acabo de oír—. ¿Qué?

—Que no trasnochéis demasiado —repite mientras abre la puerta. La sujeta y nos mira a los dos con una ceja enarcada, como si estuviera esperando a que le preguntase otra vez.

Por supuesto, insisto.

—Ya, ya, pero... ¿Qué? —Me la quedo mirando con la boca algo abierta—. ¿Por qué no nos lo prohíbes? ¿Te has olvidado de lo nuestro?

—Ay, Eden —murmura, y por primera vez desde ayer se ríe un poco por lo bajo—. Toma. —Extiende la mano y me pasa la llave—. Portaos bien. Sé que es sábado, pero por favor, no intentéis colaros en una discoteca ni nada por el estilo.

—No merece la pena el esfuerzo —le dice Tyler, pero está sonriendo—. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches a los dos.

Ella nos lanza un beso, se dirige hacia el interior de la habitación y la puerta se cierra, dejándonos en silencio.

Me quedo súper aturdida por un segundo sin comprender por qué Ella nos permite estar solos. Es casi como lanzar un litro de gasolina a una hoguera: es muy peligroso. Poco a poco deja de sorprenderme al recordar que hizo exactamente lo mismo el jueves pasado, cuando me tendió la famosa emboscada. Nos dejó a solas. Es como si quisiera que hablásemos.

Me vuelvo para mirarlo, perpleja.

—¿Para qué necesitas pedirme prestada exactamente?

Gesticula con la boca un «Shhh» y se lleva el dedo índice a los labios. Señala la puerta de la habitación de papá y Jamie con la otra mano, y luego indica con un movimiento de la cabeza que lo siga hacia el ascensor. Cuando llegamos al ascensor, estiro la mano para apretar el botón, pero él me lo impide.

Me sujeta con firmeza pero también con suavidad, y yo frunzo el ceño mientras miro su mano, alrededor de la mía. Cuando levanto la vista para mirarlo, ya me está observando con fijeza con su mirada cálida, como siempre. Mi corazón late demasiado deprisa por su tacto y casi me siento decepcionada en cuanto me suelta y da un paso hacia atrás.

Durante un rato, estudia mi expresión en medio del pasillo, sus ojos intensos buscan una respuesta en mis rasgos faciales, pero yo ni siquiera conozco la pregunta.

—Portland —afirma—. Tú y yo. Vámonos.

—Tyler... —Mis hombros se hunden cuando suspiro. Si oigo que menciona Portland una vez más, no respondo—. No me vengas con eso otra vez.

—Dijiste que lo pensarías si me quedaba —me suelta, y su tono es insistente, como si estuviera dispuesto a suplicármelo—. Podría haberme largado anoche, pero no lo hice y quedé como un idiota delante de tu padre. Ya sé que solo nos queda un día aquí, pero

dudo que nos perdamos gran cosa. Ni siquiera tenemos que decirles nada. Nos iremos antes de que amanezca.

—No podemos marcharnos sin más —murmuro.

Las puertas del ascensor se abren y una pareja semi borracha se apoyan el uno en el otro mientras se dirigen hacia su habitación. Tyler y yo nos apartamos hacia la máquina de refrescos para dejarlos pasar, no hablamos hasta que están lo bastante lejos como para no oírnos.

En ese momento Tyler se vuelve de nuevo hacia mí, sus palabras están cargadas de más urgencia que antes.

—¿Por qué no? Dame una buena razón.

—Empeoraremos las cosas aún más —digo sin ni siquiera tener que pensarlo dos veces—. No creo que a papá le encante despertarse y descubrir que me he fugado en mitad de la noche contigo, sobre todo después de haberle dicho que lo nuestro había terminado.

—Te preocupa demasiado lo que piense, y eso que te da igual no tener una relación agradable con él... —señala Tyler irónico. Enarca una ceja y aprieta los labios, pero no me da tiempo a pensar en una réplica ingeniosa—. ¿En serio te importa lo que tu padre piense? Ya eres mayorcita. Él no tiene derecho a opinar sobre tus decisiones.

—¿Y qué me dices de tu madre? —pregunto. Quiero cambiar de tema, porque sé que Tyler tiene parte de razón, pero no me

apetece admitirlo—. ¿Vas a dejar que lidie sola con toda esta mierda?

—Si nos vamos, ya no habrá nada con lo que lidiar. —Apoya la espalda en la máquina de refrescos y se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros—. El problema somos nosotros, ¿o ya no te acuerdas?

—Ya, claro —digo con sequedad—. Y el que nos hayamos largado no es nada. Si crees que no les importará, te engañas. Mi padre no me permitirá poner ni un pie en su casa nunca más si me marchó contigo.

—Yo no he dicho que no les importará. Pero creo que a nosotros nos debería dar igual. —Echa la cabeza hacia atrás, clava los ojos en el techo, se saca las manos de los bolsillos y se las pasa por el pelo—. Pasemos de todo solo una vez, Eden —pide en voz baja—. Nada más esta vez.

Intento hacer memoria de todo lo que ha sucedido en los últimos tres días, desde el momento en que apareció Tyler hasta ahora. Trato de recordar cada emoción que he sentido, desde la furia hasta el amor. Procuro precisar qué es lo que quiero, desde una ruptura hasta un final abierto.

Pero la verdad es que mi cabeza jamás ha estado tan dispersa. Mis pensamientos son un lío, todos enredados, por lo que me es difícil descifrar cómo me siento en realidad.

Durante los últimos días, me he debatido entre el deseo de que no

sucediera nada con Tyler y de que pasara algo. Después de anoche, me inclino más hacia lo último, pero no estoy para nada segura. El tener a nuestra familia a nuestro alrededor todo el tiempo no ayuda, porque solo pienso en lo imposible que parece nuestra relación. Lo injusto que es para ellos. Lo mal que está. Eso está empezando a ganar terreno en mi mente y me está frenando. Solo seré capaz de decidir cómo me siento si paso un tiempo a solas con Tyler, con suficiente espacio y tranquilidad para descubrir si merece la pena luchar por nuestro amor.

Tengo que irme a Portland con él. Siento la cabeza pesada y mi mirada vuelve a enfocarse. Tyler respira con dificultad, profundamente; él sigue mirando hacia el techo. No sé lo que me ocurre, pero no puedo controlarme y doy un paso hacia él; luego coloco mi mano en su pecho, solo para ver qué siento. Lo sorprende, y de inmediato la mira. Noto cómo su corazón se acelera.

—¿Cuándo nos vamos?

## CAPÍTULO 12

Son las cinco de la mañana. He quedado con Tyler en el pasillo dentro de quince minutos. Aún no he dormido. No he podido pegar ojo. No es solo porque me preocupe no despertarme, sino también porque soy un manojo de nervios y de excitación. Me he duchado y me he secado el pelo con una toalla lo mejor que he podido. He estado dando vueltas por la habitación de puntillas en la oscuridad, recogiendo mis cosas y metiéndolas ordenadamente en la maleta. He cargado el teléfono y me he puesto maquillaje. Incluso he visto un rato la tele, sin sonido, por supuesto. Ella está durmiendo.

Podríamos habernos marchado hace horas, haber conducido durante la noche y haber llegado a Portland antes del mediodía. Al estar en Sacramento ya hemos recorrido casi la mitad del camino. Pero Tyler quería dormir un poco primero. Sería peligroso que condujera tanto tiempo sin dormir. Así que, a pesar de que yo no haya pegado ojo, espero que él sí.

Estoy sentada delante del tocador, cada tantos minutos miro el teléfono para ver qué hora es, pero el tiempo parece pasar cada vez más despacio. Dejo escapar un lento suspiro en medio de la oscuridad, y entonces echo un vistazo rápido por encima de mi hombro para asegurarme de que Ella no se ha movido. Sigue dormida, pero la sensación de culpabilidad enseguida hace que la excitación que me ha invadido hasta ahora disminuya. Pienso en lo



furiosa que se pondrá cuando se despierte y vea que me he largado, y en cómo esa furia aumentará cuando descubra que Tyler tampoco está en su habitación. Imagino cómo hablará con papá y juntos llegarán a la conclusión evidente de que Tyler y yo nos hemos marchado juntos. Jamás volverán a confiar en nosotros, porque una vez más les hemos causado problemas.

Mis ojos se fijan en el bloc de notas del hotel que descansa en el borde del tocador.

Hay una pluma estilográfica a juego. Puede que papá no se merezca una explicación, pero Ella sí. Alcanzo papel y pluma, y me mordisqueo el labio inferior mientras le doy vueltas a varias frases en mi cabeza, intentando encontrar la forma de expresarme. Usando la luz de mi teléfono, garabateo las primeras palabras que parecen tener sentido.

**Puedo explicarlo. Llámame. O a Tyler. Estaremos juntos.**

Me quedo mirando con fijeza la nota durante un momento. Y luego añado:

**Lo siento.**

Arranco la hoja del bloc, me pongo de pie y me vuelvo hacia Ella. Todavía no se ha movido. Mis pasos son lentos, cuidadosos; me acerco a su cama y dejo la hoja en la mesilla de noche, al lado de su teléfono para que sea lo primero que vea por la mañana. Por lo menos cuando llame, podré explicárselo sin tener que mirarla a los ojos. Así será más fácil. Atravieso la habitación y apago la tele.

Meto la silla debajo del tocador. Aliso las arrugas del edredón de la cama en la que no he dormido. Incluso ahueco las almohadas, y tras hacer todo eso, miro mi teléfono y veo que son las 5.13. Hora de irse. Hora de marcharnos. Hora de, básicamente, fugarnos. Tiro del asa de mi maleta, la arrastro sobre sus ruedas por la alfombra, mis pasos son inaudibles, el corazón me late acelerado. No miro hacia atrás. Agarro el pomo de la puerta, y muy muy despacio la abro. Chirría un poco, pero salgo hacia el pasillo a toda prisa y vuelvo a cerrarla. Dejo escapar un suspiro de alivio y doy un paso hacia atrás.

A mi derecha, veo a Tyler apoyado contra la pared, con la correa de su bolsa de lona sobre el hombro. Tiene una mano metida en el bolsillo delantero de sus vaqueros y con la otra juega con las llaves del coche. Sonríe cuando mi mirada se encuentra con la suya.

—Tenemos un largo camino por delante.

De repente, me quedo muda. Siento como si las piernas no me y noto la cabeza ligera. No puedo creer que esté haciendo esto. Estoy a punto de irme a Portland de verdad. Y con Tyler nada menos. Me pone la piel de gallina y me excita a la vez. Hago todo lo que puedo para tragarme los nervios que se me acumulan en la garganta, y mi voz es un susurro cuando digo:

—Pues vamos allá.

Su sonrisa se hace más amplia y señala con la cabeza el pasillo hacia el ascensor. El hotel está en silencio, dormido. No tardará

mucho en despertar. Muy pronto todo el mundo se levantará de la cama, no solo Tyler y yo. Pero para entonces nos habremos marchado. Caminamos a paso ligero y a hurtadillas por el pasillo. Hasta que oímos que se abre una puerta. Hasta que oímos la voz de Ella. Hasta que nos paramos en seco y nos damos la vuelta.

Ella nos está mirando desde el marco de la puerta de nuestra habitación. Tiene una chaqueta alrededor de los hombros y la sujeta delante de su pecho, y entrecierra los ojos ante la repentina luz mientras nos mira pestañeando por el pasillo.

—¿Quién me quiere dar una explicación?

Una sensación nauseabunda me recorre el cuerpo, y se me rompe el corazón. Separo los labios con incredulidad mientras la miro parpadeando; lo único que puedo procesar ahora mismo es la dura realidad de que «Mierda, estamos a punto de que nos envíen al corredor de la muerte». Ahora mismo Portland está fuera de nuestros planes, y cualquier esperanza para nuestra relación se ha esfumado.

—Mamá —dice Tyler, en voz baja, y luego comienza a tartamudear —. Yo..., quiero decir, nosotros...

Hasta que Ella lo interrumpe.

—¿A dónde vais? —pregunta. Enarca una ceja y mira con sospecha hacia mi equipaje, y luego hacia el de Tyler. Entonces avanza en dirección al pasillo, pero sin alejarse mucho de la puerta. Tiene que mantenerla abierta con el talón para no quedarse

encerrada fuera—. Por favor, decídmelo. ¿Volvéis a casa o vais a Portland? ¿Cuál de las dos?

Poco a poco, Tyler exhala en la quietud del pasillo el aire que había retenido en los pulmones. Todo su cuerpo parece desinflarse.

—A Portland —responde bajito.

—Vale —susurra Ella tras un instante de silencio. Nos está observando con intensidad, en sus ojos se refleja una mezcla de fatiga y calidez. Se ajusta la chaqueta alrededor de los hombros—. Por favor, id despacio. Ahora soy yo la que la está mirando perpleja, como ella me miró anoche, con la misma expresión de «¿Qué me estás contando?». Se le ha ido la pinza. Tiene que ser eso.

Después de todos estos meses en que me han repetido una y otra vez que lo que hay entre Tyler y yo está mal, ¿ahora Ella nos está diciendo que está bien? ¿Que nos deja hablar a solas? ¿Y simplemente se despide cuando le contamos que nos marchamos juntos a otro estado?

Tyler también debe de estar sorprendido, porque cuando le echo un vistazo de reojo para calibrar su reacción está tan pasmado como yo: tiene los ojos muy abiertos y la cabeza ladeada.

—¿Id despacio? —repite.

—Que no conduzcáis demasiado rápido —aclara Ella sin pestañear. Ladea la cabeza para imitarlo a él—. No hagáis el cabra por la carretera. Ni se te ocurra sobrepasar el límite de velocidad

en la autopista, Tyler.

—¿No vas a impedir que nos marchemos? —pregunto.

A estas alturas ya le debo de parecer un disco rayado, porque no hago más que cuestionar sus decisiones, pero es que no me entra en la cabeza.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Qué razones tengo para impedirlos? —dice al momento, pero con una voz cariñosa y suave. Todos estamos hablando en susurros, y en el pasillo hace frío—. Tenéis derecho a tomar vuestras propias decisiones. Y además, dudo muchísimo que mañana aquí cambie la situación por arte de magia.

—Pero... ¿por qué? —Eso es lo único que quiero saber. Por qué siempre me ha dado los mensajes de Tyler, como por ejemplo el Cuatro de Julio. Por qué me llamó para que fuera a su casa el jueves por la mañana para que lo viera. Por qué anoche no se puso tensa al pensar que estaríamos solos. Por qué ahora no nos impide que nos vayamos a Portland. ¿Por qué, por qué, por qué?—. No creo que mi padre se lleve una alegría cuando descubra que no has impedido que nos marchásemos.

—No tiene por qué saberlo —dice, a la vez que las comisuras de su boca dibujan poco a poco una sonrisa casi pícara—. Eden, deja que me encargue yo de tu padre. Que esté casada con él no significa que tenga que compartir sus opiniones.

Me doy cuenta de lo que está insinuando al momento.

—¿Quieres decir que no compartes su opinión sobre nosotros? —  
Vuelvo a mirar a Tyler. Ella asiente con un movimiento de la cabeza, pero con eso me dice todo lo que necesito saber. He tardado un año en darme cuenta, porque ni siquiera consideraba que esa opción fuese remotamente posible. No se me pasó por la cabeza ni una sola vez. Tengo que decirlo en voz alta, tengo que preguntar, solo para que no quede ninguna duda de que estoy comprendiendo lo que me quiere decir.

—¿No te parece mal lo nuestro?

Ella se ríe entre dientes de la misma manera que anoche, como si las respuestas a mis preguntas fueran obvias, como si esto no fuese un gran drama, cuando, de hecho, lo es.

—¿Dije yo en algún momento tal cosa? —pregunta, aún susurrando. No solo porque es súper temprano, sino también porque papá está súper cerca—. Fue una sorpresa, lo admito —continúa—, por supuesto que lo fue, pero me importa mucho más vuestra felicidad que un estúpido tabú. Y lo comprendo, de verdad os lo digo. Las circunstancias a veces no son las que nos gustarían, y siento que os debo a los dos una disculpa. Yo tampoco sé muy bien cómo manejar la situación, pero si queréis marcharos a Portland, pues idos. Si queréis quedaros, entonces quedaos. Si queréis volver a casa, adelante. Es decisión vuestra, y no pienso entrometerme.

El estómago se me ha puesto del revés. «¿Cómo puede ser

posible?» Papá casi con seguridad pediría el divorcio si supiera lo diferentes que son sus posturas. Siempre creí que Ella estaba de su lado.

Cuando miro a Tyler otra vez, su sonrisa se refleja en sus ojos.

—Mamá —dice—, siempre he tenido la sensación de que molabas mucho más de lo que yo creía.

—Tienes razón. Molo cantidad —afirma dándole la razón, pero su sonrisa desaparece con rapidez cuando suelta un gran suspiro—. Una cosa más: ¿cuánto tiempo pensáis quedaros en Portland? Porque tú, Eden, tienes que volver a casa y luego marcharte a Chicago. —Me mira con cara seria, pero es una mirada amable, y no sé cómo logra ser estricta de una manera tan suave, pero siempre lo consigue. Entonces mira a Tyler con la misma expresión—. Y tú tienes que venir a vernos más a menudo —dice—. No solo una vez al año. Tampoco una vez al mes. Hasta te pagaré los vuelos para que no tengas que conducir.

—Podemos intentarlo —dice Tyler, y hace un movimiento con la cabeza. Aún está sonriendo, se balancea y se ajusta la correa de la maleta en el hombro. Me mira a mí—. ¿Lista para largarnos?

Ni siquiera soy capaz de balbucear que sí. Sigo en estado de shock, y mis ojos insisten en dirigirse hacia Ella.

—¿Estás segura? —Mi voz está llena de dudas. No me puedo creer que no sea una broma.

—Por completo —responde—. Y si os vais a marchar, idos ya para

que yo pueda dormir un par de horas más. Y recordad que no hemos tenido esta conversación. Yo no os he visto.

Despacio, retrocede hacia nuestra habitación, pero no sin antes mirar por el marco de la puerta por última vez. —Conducid con cuidado.

La puerta hace un clic al cerrarse y Ella desaparece. Nos quedamos en silencio. Me vuelvo para mirar a Tyler de frente. Tiene los ojos brillantes y una sonrisa tan enorme que puedo ver todos sus perfectos dientes. Me pregunto si le dolerá sonreír tanto.

—Ya la has oído —dice; sin darse cuenta, ha dejado de susurrar, y ahoga un grito cuando nota lo alto que ha hablado. Se pone la capucha de su sudadera azul marino sobre la cabeza, y las siguientes palabras que escapan de sus labios son susurros, llenos de adrenalina y euforia, travesura y excitación—. Vámonos cagando leches.

Coge mi mano. Nuestros dedos se entrelazan, la calidez de su piel se extiende por la mía, y yo aprieto mi mano alrededor de la suya con tanta fuerza que me duelen los nudillos.

No puedo evitarlo. No quiero soltarlo, y tampoco que él me suelte a mí. Es mucho más emocionante de lo que jamás haya podido imaginarme, que algo tan simple haga que se me acelere el pulso es una locura. Tal vez sean los nervios porque en realidad no sé en lo que me estoy metiendo. Tal vez sea la excitación de que me estoy permitiendo hacer lo prohibido: la mano de Tyler en la mía, la



carne de gallina que cubre mi piel, el dolor en mi pecho mientras mi corazón late desbocado y golpea contra mi caja torácica.

Cogidos de la mano, por fin logramos fugarnos. Caminamos más rápido que antes y mi corazón late con más fuerza si cabe mientras Tyler me guía por el pasillo hacia el ascensor, con la maleta pisándonos los talones por la alfombra. Incluso en el ascensor hacia la segunda planta, mi pecho no deja de contraerse. Seguro que me estoy volviendo loca por esta diversidad de emociones. Ansiedad y alivio, inquietud y júbilo. Ir a Portland será la mejor o la peor decisión que haya tomado en mi vida, y solo el tiempo lo dirá. Cuando llegamos al segundo ascensor, que baja hasta el aparcamiento, Tyler me pregunta:

—¿Has podido dormir algo?

—No —reconozco. Nuestras manos siguen entrelazadas como si fuera lo más normal del mundo—. ¿Y tú?

—Sí. Aunque desperté a Chase sin querer —confiesa. Encogiéndose de hombros, deja escapar una pequeña carcajada.

—¿Se lo dijiste?

—No. Se volvió a dormir en un segundo.

La puerta del ascensor se abre con un sonido metálico y ante nosotros aparece el cuarto piso del aparcamiento. Todavía está bastante oscuro aunque ya está amaneciendo, y noto que el aire está fresco justo cuando Tyler me saca del ascensor y avanzamos por el suelo de hormigón. Su coche está en la esquina de atrás, y a

primera vista no lo reconozco porque todavía no estoy acostumbrada al cambio. Desde luego que este coche no llama la atención como el que tenía antes. Tal vez sea mejor así. Cuando llegamos al coche, Tyler me suelta, e inmediatamente me muero por notar su tacto otra vez. Mi mano se siente fría sin la suya.

—¿Sabes qué, Eden? —murmura mientras abre la puerta; luego se vuelve para mirarme de frente—. Estoy muy muy contento de que hayas decidido venir conmigo a Portland.

—¿Por qué?

—Porque si no tendría que haberte devuelto esto.

Abre el maletero y miro dentro para ver qué hay. Es mi maleta, la más grande, la que uso para ir a Chicago. Ahora tiene una nueva etiqueta. La señalo y le lanzo una mirada inquisitiva a Tyler, pero él se limita a sacudir la cabeza y da un paso atrás. Miro la etiqueta de nuevo y estiro la mano para alcanzarla, le doy la vuelta mientras entrecierro los ojos para ver en la oscuridad y miro la letra, que me resulta muy familiar. Es la letra de mamá.

Siento lo del otro día. Arregla las cosas antes de que sea demasiado tarde. Algunas no tuvimos la oportunidad de hacerlo. Y dile a Tyler que su madre es encantadora.

**Te quiero. Bs.**

**TU MADRE, QUE SE MERECEÍA QUE LA DEJARAN (QUEMÉ LAS CAMISAS DE TU PADRE EN EL JARDÍN DE ATRÁS).**

—Tu madre te hizo la maleta —dice Tyler cuando se da cuenta de

lo confundida que estoy—. Por si acaso te apetecía pasar más de un par de días conmigo.

—¿Cuándo...? ¿Cuándo hablaste con ella?

—El viernes, después de que os vinieseis para acá. —Todavía tiene puesta la capucha, y la sombra le cubre la cara—. Así que no tienes que preocuparte de cómo darle las noticias. No le pareció mal que te fueras conmigo a Portland.

Pongo los ojos en blanco y una gran sonrisa se dibuja en mi cara.

—Por supuesto que no.

Riéndose, Tyler me da un codazo suave para apartarme de su camino. Mete mi otra maleta en el maletero, junto a su bolsa de lona, y luego lo cierra de un golpe mientras yo me dirijo hacia el asiento del pasajero. Nos subimos a su coche y me doy cuenta de que lo ha dejado como una patena. El motor se pone en marcha con un ronroneo. Tyler se toma unos segundos para ajustar el asiento, la calefacción, la radio, y entonces traga saliva y pone la mano sobre la palanca del cambio.

—Esta es tu última oportunidad para echarte atrás —dice, pero está sonriendo porque sabe que no lo haré. Creo que ya he sobrepasado el punto de no retorno.

—Tyler —le contesto, frunciendo los labios. Le clavo una mirada firme y pongo mi mano sobre la suya con suavidad—: Conduce y calla.

## CAPÍTULO 13

Cuando despierto y veo el sol que brilla a través del parabrisas, me arrepiento de haber pasado la noche en blanco. Tengo el cinturón enrollado alrededor de las curvas de mi cuerpo y mi cara está apoyada contra la puerta. Sobre mi hombro izquierdo noto el tamborileo, suave y lento, de unos dedos. Es casi relajante, y me obligo a abrir los ojos mientras levanto la cabeza, mirando de reojo con pereza hacia Tyler. Él quita la mano de mi hombro y vuelve la cabeza hacia delante, tiene un brazo sobre el volante.

—Perdona que te despierte —susurra. Su voz es suave, baja, como si temiera asustarme si habla más alto.

—No pasa nada.

Me suelto el cinturón y me incorporo mientras me froto los ojos. Me siento algo confusa, y un poco entumecida, y tengo un pelín de calor, así que tardo un poco en darme cuenta de que estamos aparcados en una larga y sinuosa calle. Vuelvo a mirar a Tyler pidiéndole una explicación.

—¿Dónde estamos? ¿En Portland?

Nos encontramos delante de un adosado blanco, ante él hay un césped seco y una camioneta plateada en la entrada para coches. Una hilera de gruesos árboles flanquea la calle, es evidente que ha sido diseñada con esmero. Esta calle parece demasiado bonita

para pertenecer a Portland.

—No, en Redding —responde Tyler, y yo pestañeo sorprendida. Todavía no hemos salido de California—. Sólo llevamos un par de horas de viaje.

Le da un golpecito con los nudillos al reloj del coche. Son solo las 8.09.

—¿Por qué hemos parado aquí?

—Pensé que deberíamos hacer una parada técnica. Desayunar algo y luego volver a la carretera —me dice, a la vez que abre su puerta. Saca un pie del coche, a continuación me mira por encima del hombro y añade—: Además, les prometí que pararía para hacerles una visita a la vuelta.

—¿A quiénes? —pregunto, pero ya ha cerrado la puerta. Sus palabras me han despertado del todo, y hago un gran esfuerzo por bajar del coche tras él. Aunque tengo las piernas bastante entumecidas, las obligo a moverse, y lo sigo por la entrada para coches —. ¿A quiénes se lo prometiste, Tyler?

Él está sonriendo como si fuera lo más divertido del mundo, y cuando los dos estamos de pie, delante de la puerta principal, pone los ojos en blanco al ver mi expresión perpleja. Pero entonces la sonrisita parece desvanecerse, porque se aclara la garganta y clava sus ojos en los míos.

—A mis abuelos —confiesa.

Me quedo mirándolo. No sabía que tuviese familia en Redding.

Incluso me resulta más sorprendente que se hable con ellos.

—¿Tus abuelos? —repito.

—Sí.

Me hago sombra con la palma de la mano para proteger mis ojos de la luz de la mañana y los entrecierro para observarlo.

—Creía que no os hablabais con la familia de tu madre.

—Es verdad —dice. Da un par de golpecitos con la mano en la puerta y luego coge el pomo y la abre con un suave empujón. Se vuelve para mirarme, con una sonrisa torcida—. Pero estos no son los padres de mi madre.

Abre la puerta del todo y me hace una señal para que entre. Lo sigo, aunque al principio vacilo un poco, estoy nerviosa e incómoda. Nerviosa porque estoy a punto de conocer a la familia de Tyler por primera vez. Incómoda porque lo único que puedo pensar es que estas personas son los abuelos paternos de Tyler, y lo último que quiero pensar en este momento es en su padre. Incluso en los mejores momentos, pensar en él me saca de quicio. La casa huele a café recién hecho y a pastillas para la tos, todo mezclado con un difuso aroma a perfume y a col hervida. Una escalera de madera conduce hacia la planta de arriba, y las paredes del pasillo están cubiertas con marcos de fotos torcidos. Les echo una mirada rápida mientras las pasamos, son caras que nunca había visto. Parecen ser bastante antiguas, de los años sesenta o incluso de los cincuenta. Oigo cómo hierve una cafetera

en la cocina.

Tyler me lanza una mirada por encima del hombro, y cuando se da cuenta de lo ansiosa que estoy, le da la risa.

—No te preocupes —susurra—. Les he hablado ti.

Eso no me ayuda a relajarme. De hecho, ahora me pregunto qué les habrá dicho exactamente. ¿Toda la verdad? ¿Lo mínimo? ¿Una versión algo adornada de los hechos?

Sigo a Tyler hasta entrar en la cocina. Es muy luminosa, el sol matinal entra a raudales por las ventanas. Hay una puerta que conduce a un pequeño patio, y una mujer está inclinada sobre la cafetera, dándonos la espalda.

Tyler se aclara la garganta y grita a pleno pulmón:

—En serio, deberías cerrar la puerta con llave cuando estás aquí atrás.

La mujer casi tira la cafetera del susto cuando se da la vuelta. Parece tener sesenta y pico años, es baja, lleva el pelo oscuro en un moño, y en su piel bronceada se ven muchas marcas del paso de los años.

—¡Tyler! —exclama con la respiración entrecortada. Se acerca deprisa a través de la cocina, con los brazos extendidos, y lo envuelve en un apretado abrazo—. ¿Qué haces aquí? —le pregunta cuando se aparta de él. Tiene un acento español muy marcado—. Es domingo. Pensé que no llegarías hasta mañana.

—Nos hemos marchado antes —explica Tyler, y entonces la mujer

se da cuenta de que estoy al lado de él. Se le ilumina la cara—. Sí, esta es Eden. Eden —me lanza una mirada—, esta es mi abuelita. Mi abuela. María.

—¡Ah, Eden! —dice María, pronunciando mi nombre lentamente. Aparta a Tyler de un empujoncito y me abraza, rodea mis hombros con fuerza con sus frágiles brazos. Huele al perfume que he percibido en el pasillo, a rosas y a dulzura y a amor—. Qué alegría conocerte. —Cuando por fin se separa de mí, coge mis manos y aprieta sus huesudos dedos alrededor de los míos—. Una gran alegría.

Sigue sonriendo. De hecho, creo que es contagioso, porque me doy cuenta de que yo le devuelvo el gesto, y abro la boca para decir:

—Encantada de conocerla a usted también.

—Siéntate, siéntate —me insta, señalando la mesa y llevándome hacia ella. Hay seis sillas, pero solo dos manteles individuales—. Los domingos comemos tortitas. Todas las semanas —explica, y enseguida me acomoda delante de uno de los manteles; sus manos ahora están sobre mis hombros.

Le lanzo una mirada a Tyler, sorprendida y en busca de ayuda, pero él nos mira divertido con los brazos cruzados. Entonces pregunta:

—¿Dónde está el abuelo?

María me suelta.



—En el garaje. El coche se ha estropeado otra vez.

Tyler se ríe y pone los ojos en blanco.

—Voy a presentarle a Eden —dice. Casi de manera cautelosa, extiende la mano y yo se la cojo, para que me levante de la silla—. Si no te importa que me la lleve, por supuesto.

María se desplaza por la cocina con rapidez, levantando las manos con las palmas hacia nosotros.

—No, no. Por supuesto que no. Vete a presentársela a Peter. Ya tomaremos las tortitas después. —Se lleva las manos a las caderas, dirigiendo la mirada hacia el montón de tortitas que hay sobre la encimera, todavía dentro de su envoltorio—. Son compradas. A mí no se me da bien hacerlas.

—Las tortitas son tortitas —dice Tyler con una sonrisa cálida y tranquilizadora.

Su mano sigue alrededor de la mía, y María continúa sonriéndonos; entonces me doy cuenta de que es evidente que Tyler les ha contado toda la verdad a sus abuelos, que yo soy más que su hermanastra. O sea, muchísimo más. Es una sensación extraña la de sentirse tan libre, y me queda un resquicio de esperanza de que las cosas podrían ser así entre nosotros. Podríamos ser sinceros y que nos aceptasen, podríamos estar felices y enamorados. Algún día.

Tyler me conduce hacia la puerta del garaje mientras María se pone a preparar más café para servir a sus nuevos invitados. Antes

de que me dé cuenta, estamos en el garaje; la puerta se cierra detrás de nosotros, y nuestras manos de repente ya no están entrelazadas.

No sé si Tyler se da cuenta, pero yo sí, porque en cuanto dejo de sentir su tacto, lo echo de menos.

El garaje está abarrotado, hay montones de cajas en los rincones, herramientas desperdigadas por encima de mesas de trabajo improvisadas, un corta césped oxidado apoyado de manera inestable contra una pared. Justo en medio, la figura inconfundible de un coche. Está reluciente, es rojo, brillante, no tiene ni un solo arañazo, y es bastante antiguo.

—¿Está listo el café? —Una voz profunda resuena desde el otro extremo del garaje, detrás del capó.

—Todavía no —dice Tyler.

Tras una pausa se oye un ruido seco cuando el hombre se da un golpe en la cabeza con el capó. Primero Tyler deja escapar una carcajada, pero de inmediato se preocupa por él.

—¿Estás bien, abuelo?

El hombre suelta un taco entre dientes, tosiendo, y luego echa un vistazo por el lado del vehículo. Se frota la cabeza, donde su pelo canoso está desapareciendo. Tiene profundas arrugas talladas en la cara, que es redonda, pero su dentadura dibuja una sonrisa sorprendida.

—¿Qué haces aquí, chaval? —pregunta; su voz no suena ronca,

pero casi. Se limpia las manos, embadurnadas de grasa negra, en los vaqueros y luego se mete la camisa por dentro de los pantalones con calma. Él no es hispano—. ¿Me he saltado un día? ¿Ya es lunes?

—Me he marchado antes de lo previsto —le explica Tyler. Da unos pasos cautelosos alrededor de las herramientas desperdigadas por el suelo, extiende el brazo, rodea los hombros de su abuelo y le da golpecitos suaves con la mano—. Y por si todavía no lo has adivinado, esta es Eden.

Los dos me miran a la vez y hacen que me sonroje.

—Vaya, vaya, vaya. Pero qué chica más guapa. —El abuelo de Tyler asiente con la cabeza y yo solo puedo interpretar ese movimiento como una señal de aprobación. Se quita las gafas y le da un codazo en las costillas a su nieto—. Ahora lo entiendo todo. No te puedo culpar.

Tyler se avergüenza, y se cubre la cara con la mano, pero su abuelo se limita a reírse. Se vuelve a colocar las gafas sobre el puente de la nariz, y dice:

—Yo soy Peter, pero me llaman Pete. Es maravilloso descubrir que Tyler no nos estaba contando una bola. Debo admitir que tenía mis dudas de que fueras real.

Me río porque Tyler ahora está negando con la cabeza, tapándose los ojos con la mano y tiene los labios apretados. Me empieza a gustar que Tyler les haya hablado de mí a sus abuelos. Me agrada

la idea de imaginarme mi nombre en sus labios, la idea de que sonríe cuando lo pronuncia.

Pete se vuelve a reír, y Tyler lo aparta con un empujón suave antes de sonreír.

—Seguramente la abuela ya tiene listo el café y las tortitas —dice, cambiando de tema—. ¿Y si haces una pausa y luego te echo una mano con la batería otra vez?

A Pete le parece bien y nos conduce a Tyler y a mí de vuelta hacia la cocina, donde María nos recibe con una sonrisa cálida. Ha preparado varias tazas de café caliente y negro y ha añadido dos manteles a la mesa. Las tortitas están amontonadas en un plato, rodeadas de todo tipo de mermeladas y cosas para untar, y fruta fresca, todo dispuesto con esmero.

—Menos mal que me hiciste comprar más de lo que necesitábamos —le dice María a Pete, y se da prisa alrededor de la mesa, para sacar cuatro sillas.

—Bueno —dice Pete—, nunca se sabe cuándo van a venir visitas. Se sienta en una silla a un extremo de la mesa mientras María le pasa un café, del que él enseguida bebe un sorbo. Nos observa con cara de alegría por encima del borde de su tazón desde detrás de sus gafas empañadas.

—Por favor —nos pide María a Tyler y a mí—, sentaos. —Me indica la misma silla a la que me ha conducido antes y me pone un café delante—. ¿Te gusta esto, o prefieres tomar té? Puedo preparártelo

—El café está bien —digo con rapidez, casi interrumpiéndola para evitarle la molestia de asegurarse de que todo está perfecto. Además, me encanta el café. María se alivia al escuchar que estoy bien, así que coge los hombros de Tyler y lo empuja para que se siente a mi lado. Creo que el rubor de sus mejillas no ha desaparecido desde el momento en que hemos cruzado el umbral de la puerta, y verlo tan avergonzando es, sorprendentemente, muy agradable.

—¿Llevas toda la noche conduciendo? —le pregunta María a Tyler, a la vez que le acerca una taza de café. Se la pone con cautela en la mano y luego le coloca la palma de su mano en la frente, entrecerrando los ojos como si esperara que tuviera fiebre.

—Sólo un par de horas —dice Tyler; él le aparta la mano, y la abuela no solo parece confundida, sino también algo horrorizada. Tyler bebe un sorbo rápido de su café antes de añadir—: Y no, no le he pisado a fondo por la autopista. Es que hemos salido desde Sacramento, no desde Los Ángeles.

—De todas las ciudades de California —farfulla Pete entre dientes, pronunciando las palabras con una voz ronca—, ¿por qué demonios estabas en Sacramento? Jamás he estado en un lugar tan aburrido como ese.

—Es una larga historia —dice Tyler. Aunque en realidad no lo sea.

—Mmm. —María se sienta en la silla vacía al otro extremo de la mesa, pero puedo notar por el brillo curioso en sus ojos que está

pensando algo. Y ese algo es en español —¿ Te ha costado convencerla?

Tyler me echa un vistazo de reojo. Es breve, y luego se aclara la garganta y vuelve a mirar a su abuela.

— Sí, no creí que fuese a venir.

— ¿Le has hablado de tu padre?

— Aún no — le dice él.

—Odio cuando se ponen a hablar en español —farfulla Pete. Capta mi atención mientras Tyler y María continúan charlando, me resulta imposible entender su conversación—. Es muy frustrante.

—¿No lo hablas? —pregunto.

—Sólo algunas palabras básicas. —Se inclina por encima de la mesa y pincha varias tortitas con el tenedor, no me mira a mí precisamente—. ¿Y tú?

Niego con la cabeza.

—Ya me gustaría.

Tanto María como Tyler vuelven al inglés en ese momento, intercambian miradas serias y luego ella se pone a servir las tortitas. Tiene una sonrisa de oreja a oreja y no puedo dejar de preguntarme si su dentadura es real.

—Tyler dice que estudias en Chicago —comenta, enarcando una ceja con interés al mismo tiempo que deposita una tortita en mi plato. Si estuviera en casa, la rechazaría. Aquí, no quiero que piensen que soy maleducada, así que se lo agradezco en un

susurro.

—Sí —respondo—. Me estoy especializando en psicología.

—Psicología —repite Pete—. ¿Cosas del cerebro y sus interacciones?

—La explicación de ciertos comportamientos humanos — parafraseo. Cojo mi café y bebo un largo trago. No me gusta demasiado el simple café solo, pero me ayuda a despertarme—. Me gustaría especializarme en psicología criminal.

Tyler gira la cabeza con brusquedad en el momento en que estas palabras salen de mi boca.

—Eso no lo sabía.

—Porque no estabas... —Me muerdo la lengua para no decir «a mi lado». Resulta muy fácil tirarle indirectas a Tyler sin pensar. Lo difícil es controlar mis palabras.

Hago todo lo posible por dar marcha atrás, me tomo unos segundos para ordenar mis pensamientos mientras bebo otro sorbo de café.

—Lo encuentro interesante, nada más —digo al fin.

—Psicología criminal —murmura María—. ¿Y qué es eso en realidad?

—Examinar las posibles razones y desencadenantes que conducen a una persona a cometer un crimen.

Se instala un silencio incómodo alrededor de la mesa, es tan intenso que casi se puede tocar. Pete se mete la mitad de una

tortita en la boca. María acaricia el borde de su tazón con la punta del dedo. Tyler se rasca la nuca y baja la mirada hacia su regazo. Solo entonces me doy cuenta de lo que estoy diciendo, y a quién. —Bueno, todos los aspectos de la psicología son interesantes —suelto de sopetón, intentando reconducir la conversación. Opto por el camino del humor—. Como intentar descifrar por qué la gente hace cosas irracionales, como por ejemplo, viajar a Portland con su hermanastro. Es un alivio ver que Tyler pone los ojos en blanco, María deja de aguantar la respiración, y Pete se ríe. Básicamente es un alivio verlos aliviados.

Mantenemos una conversación muy agradable durante el resto del desayuno. Sería demasiado incómodo si no fuera así. María hace muchas preguntas. Pete asiente con la cabeza todo el rato como para indicar que está de acuerdo. Tyler y yo contestamos a todo. Tyler termina por explicar la razón por la cual estábamos en Sacramento, y la expresión de María se inunda de comprensión cuando descubre la triste excusa para ese viaje. Incluso más triste es el hecho de que no logró su cometido ni por asomo. Solo nos unió a Tyler ya mí, lo cual no era la intención ni de lejos. Pero me alegra de que haya sido el resultado.

Desconecto en mi mente por un ratito, corto mi tortita en un puñado de trozos pequeños para que no parezca tanto y me pregunto si papá y Ella ya se habrán despertado. Ya son casi las nueve. Es muy probable que estén despiertos y que estén discutiendo. Es



posible que Ella sea la única que se ponga de nuestra parte, defendiéndonos de papá, atrapada en medio del huracán una vez más. Me hace sentir muy culpable, muy egoísta. Me entran ganas de volver.

Pero alejo ese pensamiento cuando terminamos de desayunar, porque Ella sabe cómo arreglárselas sola. Después de todo, es abogada, y Tyler no parece preocupado, así que yo tampoco debería estarlo. De hecho, parece estar mucho más interesado en ayudar a Pete con el coche, porque ambos se dirigen de inmediato hacia el garaje cuando María se levanta para despejar la mesa.

—Podemos volver a la carretera antes de las diez. Estaremos en Portland mucho

antes de que se haga de noche —me dice Tyler, haciendo una pausa cuando llega a la puerta del garaje. Odio lo atractivo que está sin ningún esfuerzo. Mira por encima de su hombro, y oigo que Pete le está pidiendo que coja una linterna. Cuando vuelve a dirigirse a mí, su sonrisa casi parece pedir perdón—. ¿Te importa?

—Vete —le digo, porque no me importa quedarme aquí una hora más. No quiero llevármelo a rastras, y veo que a María le vendría bien que la ayudase a limpiar, así que cuando Tyler desaparece, me uno a ella en la mesa.

—¿Siempre habéis vivido aquí? —le pregunto, porque siento curiosidad, como siempre. Y además no sé de qué otra cosa hablar —. ¿En Redding?

—No —contesta María con un movimiento de la cabeza. Lleva los platos vacíos hacia el lavavajillas, dándome la espalda—. Solo llevamos aquí algo más de siete años. También hemos vivido en Santa Mónica.

Mientras recojo los cubiertos desperdigados por la mesa, enarco las cejas.

—¿En serio?

—Sí —me dice.

Me uno a ella junto al lavavajillas, meto los tenedores y los cuchillos mientras la miro de reojo.

—¿Por qué os mudasteis?

—Ah. —Me dirige una pequeña sonrisa y se reclina contra la encimera—. Con todo lo que estaba sucediendo por esa época, no nos quisimos quedar. Era muy duro. Así que nos vinimos a Redding porque queríamos un lugar tranquilo, pero también nos encantaba vivir en la ciudad. Esto es muy agradable.

Pienso en el período de tiempo por un segundo.

—¿Todo lo que estaba sucediendo... con el padre de Tyler? —pregunto, mi tono de voz es suave, mi voz, cautelosa. Tal vez no debería presionar tanto con un tema tan delicado, pero no puedo impedirlo. Me gusta demasiado saber—. ¿Con tu hijo?

—Ah —repite María—. Tyler mencionó que conocías toda la historia.

Se agacha para cerrar el lavavajillas, y cuando se endereza otra

vez, se dirige hacia el fregadero para lavarse las manos. Me preocupa haberla perturbado, así que permanezco callada.

—Pero sí —dice finalmente, con la mirada fija en la corriente de agua—. Fue una época muy difícil para nosotros. Fue muy complicado lidiar con ello. Muy duro de aceptar.

«Me lo imagino», pienso. Echo un vistazo a la cocina; de repente me siento fuera de lugar, como una intrusa.

—¿Te importa si uso el cuarto de baño?

María me mira, algo confundida por el repentino cambio de tema, y sin embargo también tiene una expresión de alivio en la mirada.

—Arriba. La segunda puerta a la izquierda.

Salgo de la cocina a toda prisa. Me siento incómoda, así que subo lo más rápido que puedo. Y al principio, las paredes parecen una réplica de las del pasillo de abajo, con viejos marcos enmarcando fotos aún más antiguas. Es un pelín recargado, y también me da algo de yuyu ver tantas caras que me miran, hasta que ubico a Tyler entre ellas.

Mi corazón da un pequeño vuelco, y al principio tengo que entrecerrar los ojos para ver la foto. Retrocedo unos pasos para examinarla desde lejos y luego vuelvo a acercarme.

La han tomado en un lugar que reconozco muy bien. Es la playa de Santa Mónica, con el muelle en la distancia, pero mi atención está centrada en las tres personas que posan en la arena. María a la izquierda, Tyler en medio, Pete a la derecha. Todos apiñados, con

los brazos rodeando los hombros de los otros. María parece mucho más joven, más delgada, pero con la misma cara redonda. Y Pete tiene pelo. Un cabello oscuro y abundante. Pero lleva las mismas gafas, y no parecen tener sesenta años. Más bien cuarenta y pico. Tyler, sin embargo, aparenta dieciséis, o tal vez diecisiete, y tiene el pelo mucho más largo y salvaje de lo que yo recuerdo habérselo visto, y no entiendo cómo es posible que salga en una foto tan antigua. Y es entonces cuando me doy cuenta. «Hostia.»

No se trata de Tyler. «Ni de coña es Tyler.»

—Apuesto a que sé qué foto es la que estás mirando.

Mi corazón deja de latir y doy un salto hacia atrás, sorprendida. Apoyado en la pared a mitad de la escalera, con los brazos cruzados, veo a Tyler. Y esta vez es el de verdad.

—Me has dado un susto —susurro, mi voz es casi inaudible. Estoy respirando con tanta dificultad y tan profundo que me resulta difícil hablar.

—La de la playa, ¿no? —me pregunta Tyler. Baja los brazos y se me acerca, sube el resto de los escalones y se para a mi lado—. Todo el mundo decía siempre que yo era su doble. Decían que parecía su hermano en vez de su hijo. Personalmente —opina, ladeando la cabeza mientras estudia la foto—, yo no lo veo. ¿Ese pelo? Menuda horterada. ¿En qué coño pensaba?

Giro la cara para mirarlo a él.

—Es tu padre —digo.

No es una pregunta, porque ya conozco la respuesta. Sé que se trata de su papá en esa fotografía, y me doy cuenta de que por, primera vez, puedo ponerle cara al hombre hacia el cual siento tanto desprecio. Aunque solo se trate de un rostro joven e inocente.

—Sí —confirma Tyler. Poco a poco, vuelve a apoyarse en la pared, de manera tan tranquila y serena que me pregunto si será verdad que Portland ha cambiado totalmente su forma de pensar—. Por cierto, su nombre es Peter.

—Peter? ¿Como... tu abuelo?

—Sí, Peter Junior —dice—. Y Peter Sénior. Y, por suerte, mamá se negó a seguir la tradición.

Frunzo el entrecejo mientras lo analizo de cerca. Hace un año, tuve que impedir que le diera una patada en el culo a su padre. Ahora, habla como si no le importara un comino su padre. Es un contraste enorme, un gran cambio. Cuando paso la vista por las paredes otra vez, me doy cuenta de que hay muchas fotos de este.

—¿Estas fotos no te molestan? —pregunto.

—Hace un año sí —admite—. En realidad, me quedé aquí algunos días el año pasado cuando me marché. Al principio no sabía adónde ir, así que vine aquí, y, créeme, quería arrancar todos esos marcos de la pared. Pero el abuelo me amenazó con echarme a patadas si lo hacía. —Se ríe, pero yo no—. Y luego me dejé caer por aquí otra vez el miércoles cuando iba de camino a Los Ángeles, y ninguna de estas fotos me importó. Sinceramente, no

me afectan.

Ahora lo estoy mirando con los ojos aún más entrecerrados, pero es imposible negar que en sus pupilas se refleja la sinceridad, y en su sonrisa la honestidad. Desde que ha vuelto es todo lo que hay. De repente siento un deseo irresistible de abrazarlo.

—Y por si todavía no te has dado cuenta, mi abuela es un poco urraca, le gusta acumular trastos —me dice, dando un paso para acercarse más a la pared, a las fotos y a los rostros—. Nunca quiere desprenderse de nada, ni siquiera de aquellas cosas de las que todos los demás se han deshecho. —Entonces extiende la mano hacia arriba, le da un golpecito con los nudillos a una foto en particular que tiene un marco dorado, pone los ojos en blanco y dice—: Como matrimonios que terminaron hace ocho años.

Se trata de una foto de una boda. La de sus padres. Ella y Peter, muy jóvenes, no mucho mayores que nosotros. Tyler sonríe en medio de ellos. Es solo un niño, adorable con un diminuto esmoquin, con la misma sonrisa enorme, que no ha cambiado nada, y esos ojos brillantes y redondos de los que luego me enamoré. Ella me contó una vez que él la acompañó por el pasillo y la entregó al hombre que más tarde destrozaría sus vidas. Qué asco.

—¿Por qué...? —Siento la garganta demasiado seca, como si se me pegaran las palabras, así que trago con dificultad y respiro hondo—. ¿Por qué tienen todas estas fotos de tu padre? ¿No están

cabreados con él? Sé que no tengo derecho a decir nada, pero me parece un poco... No sé. Demasiado indulgente, supongo.

—Por supuesto que están enfadados, Eden —dice Tyler, negando con la cabeza—. Pero él sigue siendo su hijo.

Tyler lentamente se interpone entre la pared y yo, tapando las fotos de mi vista. La expresión en sus ojos parece suavizarse, y el verde esmeralda parece brillar aún más.

—Hemos arreglado el coche mucho más rápido de lo que esperaba —me informa. El cambio de tema es repentino—. Resulta que el abuelo se había dejado los focos delanteros encendidos toda la noche. Agotó la batería. Así que podemos ponernos en marcha otra vez.

—Vale. Dame un minuto.

Poco a poco me alejo de él y abro la puerta del cuarto de baño, muy consciente de su presencia.

—Espera —dice—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Me recuesto contra la puerta del baño y lo miro con atención, intentando mostrar la misma expresión relajada que él.

—Claro.

—¿Has descifrado por qué la gente hace cosas tan irracionales como escaparse a Portland con su hermanastro?

Las comisuras de su boca se mueven hacia arriba para dibujar una sonrisa maliciosa, sus ojos arden de manera coqueta mientras espera mi respuesta. Se me acerca por el estrecho pasillo y apoya

la palma de la mano sobre la pared al lado de mi hombro; el calor que desprende me hace temblar.

—Me parece no soy la persona más apropiada para estudiarlo — murmuro lo más rápido que puedo, intentando pronunciar las palabras antes de que se me atoren en la garganta.

He de tragar saliva y esperar un segundo para recuperar el aliento, porque es surrealista tener a Tyler de nuevo en mi vida, y más que esté tan cerca. El verano pasado

estaba desesperada porque se acercase a mí. Ahora debo volver a acostumbrarme a esta sensación, porque llevo demasiado tiempo sin verlo ni sentirlo, y lo he extrañado.

Cuando por fin recupero la voz, continúo siendo honesta, mis palabras se reducen a meros susurros mientras le digo:

—... pero estoy bastante segura de que la gente solo hace esas cosas cuando les queda algo de esperanza.



## CAPÍTULO 14

Hay siete horas de viaje hasta Portland. Siete horas de estar en un coche al lado de Tyler, hacia quien ahora mismo siento una mezcla de sentimientos. Nunca he tenido tal lío en la cabeza. Me debato entre el enfado por haberse marchado, que poco a poco va desapareciendo, la excitación de estar escapándome con él y el asombro de verlo tan calmado y relajado y diferente. Estoy procurando por todos los medios descifrar cómo me siento.

Lo que tengo muy claro es que canta fatal. Esto lo sé porque lleva quince minutos cantando con la radio, estropeando la mitad de las canciones, gritando los estribillos, tamborileando los dedos en el volante y moviendo la cabeza al compás del ritmo. Hace tres años, Tyler jamás habría hecho este tipo de cosas en público, porque no mola ni un poco.

Está intentando hacerme reír para que el viaje pase rápido.

Y yo me he reído a carcajadas durante esos quince minutos, me duele el estómago cada vez que trata de llegar a las notas altas, y me tapo la cara con las manos, de vergüenza ajena. Estoy desplomada en el asiento, tengo el aire acondicionado enchufado directamente a la cara, mis Converse están en el suelo y tengo los pies encima del salpicadero. Me duele la cara de tanto reírme, así que le hago señas de que pare y me enderezo. Alcanzo los

controles y bajo el volumen de la radio, y al mismo tiempo, la horrible voz cantarina de Tyler se desvanece, y su risa sincera llena el coche.

—Vale —digo sonriendo. Son casi las cuatro y ya hace un rato que hemos pasado Salem. Pronto llegaremos a Portland, tal vez dentro de una media hora. Por fin el paisaje me va resultando familiar—. Te voy a inscribir en un concurso de talentos musicales.

Tyler me lanza una mirada, su sonrisa es igual de enorme que la mía.

—Eres mi primera fan.

Justo en ese momento suena su teléfono. Está en el hueco para los vasos en la consola central, vibra con ímpetu, la pantalla se enciende, el sonido del tono de llamada resuena en el coche. Él lo coge, mira la pantalla un segundo, y luego me lo pasa a mí.

—Es mi madre —me informa—. Ponme el altavoz.

Así que hago lo que me pide.

—Hola, mamá —dice Tyler.

—Hola, Ella —la saludo, manteniendo el teléfono entre los dos—. Estás en el altavoz. Tyler está conduciendo.

—Hola a los dos —murmura Ella, casi como si estuviera suspirando. Todavía tengo que descifrar cómo puede parecer contenta y triste a la vez—. Sólo llamo para ver cómo estáis. ¿No deberíais haber llegado ya?

—Estamos a casi media hora —le informo—. Paramos durante una

hora en...

—En un restaurante para desayunar —me interrumpe Tyler. Me lanza una mirada aguda, y poco a poco niega con la cabeza. Yo lo miro con expresión inquisitiva—. Y hemos parado un par de veces para repostar, pero sí, ya casi hemos llegado. ¿Dónde estás?

—En la habitación —dice Ella. La conexión no es muy buena, así que su voz se entrecorta un poco—. Chase está abajo, en la piscina, y Jamie lleva por lo menos dos horas al teléfono con Jen.

Tyler y yo callamos. Intercambiamos una mirada preocupada, porque los dos nos estamos preguntando lo mismo. Soy yo la que acaba por intentar encontrar respuesta a la pregunta que ambos tenemos en la mente.

—¿Y mi padre?

Ahora es Ella la que se queda callada. Escuchamos su respiración por la línea.

—Os mentiría si os dijera que sé dónde está —admite al final.

Con suavidad, cierro los ojos, y apoyo la nuca en el reposa cabezas, decepcionada. Tyler tiene el ceño fruncido y mantiene la atención en la carretera, y cuando yo vuelvo a enderezarme en el asiento, coloco el codo contra la ventanilla y descanso la frente en la palma de mi mano.

—Así que ya lo sabe —farfullo. Eso explicaría la desaparición de papá. Seguro que estará intentando aplacar su rabia. Miro fijamente por la ventanilla, tengo los labios apretados con fuerza

mientras cruzamos un puente sobre el río Willamette, que surca Oregón—. ¿Qué ha pasado cuando se ha enterado?

—Tenía que decírselo —se explica Ella—. En cuanto me he despertado, he ido a la habitación de al lado y le he dicho la verdad sin rodeos. Que os habíais marchado juntos a Portland y que ya sois lo bastante mayores como para tomar vuestras propias decisiones, y que no es cosa mía ni suya intentar impedíroslo. — Ella deja escapar una carcajada de frustración—. Y lo primero que se me ha venido a la mente ha sido lo que nos cobraría el hotel si hacía un agujero en la puerta de un puñetazo. Por suerte, lo único que ha hecho ha sido marcharse, y no lo he visto desde entonces. El coche sigue aquí, así que no puede haberse ido muy lejos. He salido y lo he comprobado.

—¿Ha dicho algo? —pregunta Tyler.

—Es probable que sea mejor que no lo repita —dice Ella en voz baja. El miedo en su voz es evidente—. Tampoco está muy contento conmigo.

Le echo un vistazo a Tyler. Está negando con la cabeza mientras se ajusta las gafas de sol y aprieta la otra mano sobre el volante.

—Deberíamos haber esperado hasta la mañana —murmura, casi como si se estuviera hablando a sí mismo—. Deberíamos habérselo dicho a Dave nosotros antes de marcharnos.

—Créeme, Tyler, si se lo hubierais dicho vosotros, ahora mismo no estaríais llegando a Portland —señala Ella—. Por lo menos Eden.

Detesto tener que decirlo, pero seguro que se habría alegrado muchísimo de verte marchar a ti solo.

—Eso es cierto —dice Tyler, de acuerdo con su madre—. ¿Y Jamie? ¿Y Chase? ¿Saben que nos hemos marchado?

—Por supuesto que lo saben —responde Ella tranquila. Me la puedo imaginar frotándose las sienes mientras valora la situación—. Es imposible ocultar que no estáis aquí. Y, como siempre, Jamie lo está poniendo todo mucho más difícil. Chase solo quiere saber cuándo volveréis.

—Eso es decisión de Eden —sentencia Tyler.

Aunque está muy concentrado en la carretera, puedo ver una pequeña sonrisa en sus labios. Me encantaría que se volviera a quitar las gafas de sol para ver la expresión de sus ojos.

—Mmm. —Me siento derecha en el asiento y me doy golpecitos en los labios con el dedo índice mientras finjo estar considerando esa decisión seriamente—. Todavía no estoy segura, pero lo que sí sé es que si Tyler sigue cantando, volveré mañana.

Ella se echa a reír, y luego Tyler, y luego yo, y por un momento, me olvido de lo peligroso que es todo esto. Al venir a Portland con Tyler, puede que haya arruinado cualquier oportunidad que tenía de salvar mi relación con papá. Ya no existe ni la más remota posibilidad de que me perdone.

—Bueno —dice Ella—. Ya no te distraigo más. Conduce con cuidado, y envíame un mensaje cuando lleguéis.

Tyler asiente con la cabeza, aunque ella no puede verlo.

—Vale.

Ella cuelga, así que apago el teléfono y lo coloco de nuevo en el posavasos. Cruzo las piernas sobre el asiento, intentando ponerme cómoda para el resto del viaje. «Estamos muy cerca», pienso. Y todavía no sé qué siento en cuanto a Portland. Ya considero Santa Mónica como mi hogar, pero no puedo negar que siempre seré una chica de Portland. Nací y crecí allí. Lo cierto es que adoraba esa ciudad cuando las cosas eran como se suponía que debían ser.

Con cuidado, Tyler vuelve a subir el volumen de la radio y puedo sentir que me está mirando a través de sus gafas de sol. Se está aguantando una sonrisa, pero se reprime y no atraviesa Wilsonville cantando, y tampoco en el trayecto que queda hasta llegar a Portland. Y cuando ya entramos en la ciudad, todo me parece hiper familiar. Muy Portland, por decirlo de alguna manera. Algo que solo notas cuando estás allí. La carretera está bordeada por una hilera de árboles, el cielo está cubierto de nubes bajas, y algunos leves rayos de sol se filtran a través de ellas. No tardamos en llegar al centro de Portland, y en cuanto aparece el río Willamette recuerdo lo hermosa que es esta ciudad. Muy natural y urbana. Y nada glamurosa. No hay paseos maravillosos, no hay muelles de postal ni playas impresionantes. Pero eso la hace una ciudad increíble. La naturaleza, la diversidad. Lo libre, verde y húmeda que

es. Y además, la mayoría de la gente en Portland también mola bastante, y ni que decir tiene que le damos mil vueltas a Seattle. Somos bastante relajados.

—Casi se me olvida —dice Tyler; por fin se quita las gafas de sol y las pone en el posavasos, al lado de su móvil—. Deberíamos parar para comprar algo de comida. Vacié la nevera antes de irme, así que apenas hay nada de comer en mi casa. Lo miro.

—¿Tu casa?

—Sí.

—¿Tienes una casa?

Aparta la vista de la carretera por un segundo para mirarme a mí.

—Claro. ¿Qué crees, que llevo todo este tiempo de hotel o algo? ¿Te parece que he vivido en el coche? —Tiene que reírse, pero ahora que lo pienso, en realidad no se me había ni pasado por la cabeza—. Te llevaré allí después de pasar por Freddy's a comprar. Pestañeo, aguantándome la risa.

—Ay, Dios.

—¿Qué? —Parece confundido, y en la frente se le forman algunas arrugas, justo entre las cejas.

—Nada —respondo, y al final suelto una carcajada. Tengo que reírme. No lo puedo evitar—. Es que me parece raro que hables como si fueras de aquí. Eres de Los Ángeles, deberías llamar esa tienda Fred Meyer.

—Lo dices como si fuera difícil aprender cómo funciona Portland —

me suelta de sopetón con una sonrisa desafiante en los labios—. Siento defraudarte, pero no lo es.

Vivan los Timbers, y los Blazers.

Enarco las cejas de manera sospechosa mientras lo miro.

—Cualquiera puede decir eso —me defiendo.

—Pero ¿puede cualquier persona decir que los Blazers ganaron la liga NBA de 1977?

Mis cejas se enarcan aún más.

—Vale, ahí me has dado. Aunque, de todos modos, estoy flipando de que sepas todas estas cosas sobre Portland. Llámame loca, pero es como si estuvieras invadiendo mi espacio personal.

—¿Como cuando tú invadiste el mío al mudarte a Santa Mónica?

Ahora está sonriendo de manera pícaro, echando vistazos rápidos a la carretera y hacia mí como si no quisiera perder de vista mi expresión, y yo pongo los ojos en blanco y le doy un empujón en el brazo.

—Lo que tú digas.

Tardamos unos quince minutos en llegar al centro, y como es domingo, no hay nada de tráfico. Pero no abandonamos la carretera. Tyler continúa conduciendo sin desviarse hasta el puente Marquam, uno de los muchos puentes que cruzan el Willamette. Si hay algo por lo que Portland es famoso aparte de por nuestra impresionante cantidad de árboles, es por nuestros puentes.



Me echo hacia delante, para mirar a nuestra izquierda el puente Hawthorne, y veo también un trocito del parque Waterfront. Allí es donde solía pasar el Cuatro de Julio, tumbada en el césped con Amelia, y donde escuchábamos música que ni siquiera nos gustaba, como por ejemplo en el Festival de Blues. Y a nuestra derecha, en la distancia, la apenas visible cumbre del monte Hood. Ahora vamos por la zona este de Portland, avanzamos por la autopista Banfield, que yo conozco muy bien. Es el camino que solía coger con mis amigas para ir al centro, porque mamá odiaba que tomara el tranvía cuando era pequeña, sobre todo porque la línea que atraviesa nuestro barrio comienza en Gresham, y no se puede decir que tenga muy buena reputación. Según mamá, lo más probable era que me atacase un pandillero si me subía a ese tren.

—Y bien. —Le lanzo una mirada a Tyler—. ¿En qué barrio vives?

—En Irvington —responde.

Tengo que pensar por un segundo, porque Portland es una ciudad enorme con un montón de barrios, y después de llevar fuera tres años, mis conocimientos geográficos no dan la talla.

—Irvington... ¿Donde la calle Broadway? ¿Por allí? —Señalo con el dedo por encima de su pecho, hacia la izquierda de la autopista. No hay nada más que árboles gruesos, como en toda la ciudad, pero estoy bastante segura de que Irvington está por esa zona.

—Sí —asiente Tyler encogiéndose de hombros. Aunque son poco

más de las cuatro, se lo ve algo cansado. Ha sido un viaje muy largo—. Tengo un apartamento alquilado en la intersección de la calle Brazee y la Novena. Y a pesar de que no posee unas vistas como las del de Nueva York, creo que te gustará.

—¿No te has sentido solo? —digo de sopetón, y me mira extrañado. Yo al principio me sentí así. Adaptarse a una nueva ciudad, sin amigos, estar a cientos de kilómetros de todas las personas a las que conoces. Es una putada, y me doy cuenta de que Tyler debe de haber tenido que pasar por lo mismo—. O sea, por estar aquí solo. Ya sé que también estabas solo en Nueva York, pero era diferente. Tenías a Snake y a Emily. Tenías la gira.

Hablabas con la gente.

—¿Y qué te piensas, que aquí no hablo con la gente? —Ahora parece perplejo, y todavía no ha vuelto la vista hacia la carretera, así que no puedo reprimirme, estiro la mano y la pongo sobre su mejilla, y dirijo su cara hacia la autopista—. Confía en mí, Eden —dice, volviendo la mirada hacia mí—, he sabido entretenerme.

Una vez más le empujo con suavidad la mandíbula para que mire hacia delante.

—¿Haciendo qué?

—Luego te lo cuento —responde con rapidez—. Pero ahora hay que abastecerse de comida.

Coge la siguiente salida de la autopista Banfield, y poco después nos dirigimos hacia la izquierda, hacia Irvington. La calle Broadway

me resulta súper familiar, porque Amelia y yo veníamos aquí muchas veces en lugar de ir al centro. Está llena de tiendas, bares y restaurantes, pero casi no tengo tiempo de mirar a mi alrededor, porque Tyler ya está virando en la esquina para acceder al aparcamiento del Fred Meyer, que está a tope, porque en Portland, Freddy's podría considerarse como una religión. En cierto modo lo echo de menos.

Aparcamos y nos dirigimos hacia la entrada después de tomarnos unos segundos para estirar las piernas. Me parece raro estar pisando Portland otra vez, pero por suerte, da la impresión de que hace el típico bochorno de verano. Sin duda hay más de veintiséis grados y, en definitiva, hace más calor que en Santa Mónica últimamente.

Entramos en el supermercado y Tyler coge un carrito; se dirige sin vacilar hacia los pasillos como un cliente habitual. Pasa un buen rato en las secciones de la fruta y las verduras. Nunca había ido a comprar comida con un vegetariano. Resulta una experiencia interesante observar lo que va echando en el carrito, y aún más que la mayor parte tiene muy buena pinta. Meto dos cajas de cereales Lucky Charms cuando no está mirando: es mi pecadillo secreto.

Tras patearnos los pasillos durante más de media hora, nos dirigimos hacia las cajas, y yo ayudo a Tyler a poner las compras en la cinta, sin dejar de pensar en lo madura que me siento. Es

raro, porque he hecho la compra en Chicago un millón de veces, pero con Tyler es diferente. Da la sensación de que seamos una pareja que hace la compra de la semana y cuando llega a casa la coloca en la nevera y en los armarios de la cocina para luego desplomarse delante de la tele. Así es como debería ser. Solo que la nevera es de Tyler, no de los dos, y no somos pareja, eso por descontado. De todas formas, es una sensación agradable. Me hace plantearme cómo sería nuestra vida si estuviéramos juntos, y todas las cosas cotidianas y mundanas que tendríamos que hacer y que disfrutaríamos porque las haríamos juntos.

Cuando llegamos al coche vamos a tope de bolsas y no tenemos más opción que meter las cosas en el asiento de atrás. Nuestro equipaje ya ocupa todo el maletero, y cuando por fin nos ponemos en marcha y salimos del aparcamiento, podemos notar lo mucho que pesa el coche. Pero por suerte, Tyler me informa de que su apartamento está a tan solo cinco minutos.

Así que nos adentramos aún más en Irvington, directo hacia la esquina de Brazee y la Novena, donde Tyler aparca al lado de la acera. La calle está flanqueada por una hilera de árboles, cómo no, y hay una mezcla de casas de dos plantas y chalés adosados. Excepto a nuestra derecha, donde hay un complejo de apartamentos.

—¿Es aquí? —pregunto, aunque la respuesta es bastante obvia.

—Sí —confirma Tyler, quitándose el cinturón de seguridad. Lo sigo

hasta el maletero, donde recoge nuestro equipaje—. Está chulo, solo que el alquiler es un poco caro. Por eso tuve que vender el coche.

—Las prioridades cambian —digo, recordando sus palabras de hace varios días.

Poco a poco, él sonríe y cierra el maletero con un golpe.

—Exacto.

Él me guía hacia el complejo, por la verja de madera de la entrada, directamente hacia un hermoso patio. Los apartamentos son idénticos, algunos son casas de dos plantas, y todos rodean el patio comunitario en forma de C gigante. Unos senderos zigzaguean entre el cuidado césped, donde hay plantas y árboles y bancos para sentarse. Es bonito, sobre todo ahora que se ha puesto el sol, pero seguro que pierde bastante encanto durante el otoño, cuando la llovizna ahoga la ciudad.

—Vivo por aquí —dice Tyler, a la vez que se mete la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros y saca un juego de llaves.

Sigo la dirección de su mirada, que conduce a una puerta donde dice «Apartamento 3». Cuando llegamos a ella, Tyler tiene las mejillas sonrojadas.

—Está un poco vacío —me avisa, y mete la llave en la cerradura—. La decoración no se me da muy bien.

Abre la puerta, y da un paso hacia atrás para dejarme entrar a mí antes. Y lo primero que noto cuando doy unos pasos por el suelo

de madera del salón es que no se estaba quedando conmigo. Está vacío por completo. Las paredes son blancas y están desnudas, a excepción de un televisor. El resto del salón consiste en nada más que en un sofá de cuero negro y una mullida alfombra beige en el centro del suelo.

—En mi defensa diré que no quería malgastar el dinero en mierda que no necesito —se explica Tyler con rapidez, mientras arrastra mis dos maletas hacia mí—. Y además, apenas paso tiempo en casa.

Deja caer el bolso de lona sobre el sofá, y luego se dirige hacia el rincón más alejado de la habitación, donde hay dos puertas: una que conduce hacia un pequeño pasillo, y otra que lleva a un pequeño comedor. Tyler primero me muestra el comedor, en el que no hay nada más que una mesa negra con dos sillas a juego, y luego, a través de otra puerta, vamos a la cocina, que parece un cubículo comparada con la de papá y Ella. Pero cuenta con todo lo que necesita, y pienso que Tyler tiene razón sobre lo de no malgastar dinero en apartamentos enormes y muebles solo por vicio.

Lo sigo de vuelta por el comedor hacia el pequeño pasillo. Hay dos dormitorios, con el cuarto de baño entre ellos. El de la izquierda parece ser el de Tyler, aunque no hay ningún detalle personal en él. Una vez más, las paredes están desnudas, y el único mueble es una cama doble arrimada a la pared. El armario está empotrado. Y

solo hay una razón por la que creo que es su habitación, y es porque la otra está vacía.

—Supongo que debería haber preparado esta habitación —dice Tyler, su voz resuena en el cuarto. Lo miro de reojo, y veo que se está frotando la nuca algo incómodo.

—Ehhh. —Los dos estamos pensando lo mismo: «¿Dónde diablos voy a dormir yo?». No quiero que Tyler sugiera que compartamos cama, porque eso no va a suceder ni de coña, así que enseguida propongo—: Yo puedo dormir en el sofá. No me importa.

Él da un paso para ponerse delante de mí y ver mi expresión.

—No puedo dejar que duermas en el sofá, Eden —dice con una voz firme y estricta, como si fuera mi padre—. Mi madre me mataría si se enterase que soy un anfitrión de mierda.

—En serio, no me importa. —Intento sonar más convincente—. Vivo en una residencia, no sé si lo sabes. Así que, créeme, he dormido en más sofás de los que puedo recordar.

Me observa, frunciendo el entrecejo.

—¿Estás segura? Me siento fatal.

—De verdad —confirmo—. Deberíamos ir a buscar la compra.

Y eso es lo que hacemos. No tardamos mucho en guardar todo, yo lo saco de sus bolsas y Tyler lo va colocando en los armarios. A las 17.30 ya estamos instalados y tenemos mucha hambre. Ha sido un día muy largo. Así que Tyler se pone a cocer pasta para él, y yo me preparo un bol de cereales. Es lo que me apetece, y me subo a la

encimera, cruzo las piernas, y como despacio mientras miro cómo cocina Tyler.

—Deberías enviarle un mensaje a tu madre —digo, con la voz algo ahogada y la boca llena. Trago para seguir hablando— para que sepa que ya hemos llegado.

—Mierda, tienes razón, se me había olvidado.

Tyler deja de cortar tomates, se limpia las manos en los vaqueros y se saca el móvil del bolsillo. Yo cojo otra cucharada de cereales mientras él escribe, sus ojos van de su pantalla a la pasta que se está cociendo en la olla sobre el fogón. Yo miro fijamente sus hombros, porque nunca antes había apreciado lo anchos que son. Luego mis ojos se deslizan hasta su bíceps, donde se asoman sus tatuajes por debajo de la manga de su camiseta, y parpadeo cuando me doy cuenta de que no le quito la vista de encima.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Después de enviar el mensaje, Tyler deja su teléfono sobre la encimera y vuelve a coger el cuchillo.

—Claro.

—¿Por qué le has ocultado a tu madre que hemos parado en casa de tus abuelos?

En cuanto lo digo, él suspira. Se lo ve triste, suelta el cuchillo, y se vuelve para mirarme.

—Porque no sabe que he vuelto a hablarme con ellos. No nos mantuvimos en contacto después de que papá fuese a la cárcel. Se



mudaron y nunca los visitamos: no es muy normal viajar durante nueve horas para ver a los padres de tu ex marido. Y además, mamá odia cualquier cosa que esté relacionada con papá. Así que es mejor no decírselo.

Asiento con un movimiento de la cabeza, y luego nos quedamos en silencio mientras yo doy vueltas con la cuchara en el bol y Tyler centra la atención en la olla y ajusta la temperatura del fogón.

—Tu madre es una pasada —farfullo por fin. Ya se lo he dicho a Ella alguna vez, porque es verdad. Me pregunto si Tyler también es consciente de ello—. Solo lo digo por si no te habías dado cuenta.

—Ya lo sé —dice Tyler, volviéndose para mirarme a la cara—. Siempre ha sido genial, aunque no fue fácil para ella que se supiera la verdad sobre papá. Entonces estaba bastante destrozada. Era muy diferente.

Dejo mi bol sobre la encimera y espero a que Tyler continúe hablando. Me gusta saber detalles sobre sus vidas, porque ahora soy parte de ella. Nunca sabré con exactitud lo que tuvo que sufrir la familia de Tyler, pero por lo menos puedo intentar comprenderlo lo mejor posible. Durante los últimos tres años, he aprendido mucho. Tyler se pasa una mano por el pelo como si estuviera barajando si bajar las defensas y abrirse, sus ojos se centran en la pequeña ventana que hay a mi lado. Después de unos instantes, apaga el fogón.

—¿Sabes? Lo peor es que ella adoraba al cabrón de mi padre —

comienza a decir, apoyándose en el borde de la encimera—. Y él sentía exactamente lo mismo, porque, en serio, todo lo que recuerdo de cuando era un crío es que los dos estaban del todo obsesionados el uno con el otro. Así que cuando descubrió la verdad sobre papá y lo arrestaron, quedó hecha polvo. Y por mucho que lo amase, ya no podía ni mirarlo, así que pidió el divorcio en cuanto él recibió la sentencia.

Deja de hablar, mira hacia el suelo un momento, y luego levanta la vista.

—Dejó de trabajar, y durante el primer año también le costaba mucho mirarme a mí.

Se sentía culpable por no haberse dado cuenta a tiempo de lo que estaba sucediendo. Una vez me metí en una pelea en la escuela, llegué a casa con toda la cara destrozada y se puso a llorar en cuanto crucé la puerta de casa. Sus padres siempre le dijeron que no sería una buena madre, así que me parece que ella creyó eso durante un tiempo. Y es evidente que yo tampoco se lo puse fácil escapándome y bebiendo y fumando.

Vuelve a hacer una pausa, pero esta vez se pone recto y da un paso hacia mí, y se me coloca delante. Tiene un tono de voz suave y sincero; hace tiempo era muy raro escucharlo, aunque cada vez es más común.

—Pero entonces conoció a tu padre, y dejó de pasar todo el día sentada delante de la tele y de beber cinco tazas de café. Empezó

a salir más, y aunque parezca una tontería, se la veía feliz otra vez, porque lo estaba. Yo sabía que había conocido a alguien antes de que nos lo dijera. Era evidente, y cuando por fin nos lo contó, no me dio mal rollo ni nada por el estilo, como esperaba ella. Yo estaba contento de que hubiera aparecido tu padre en su vida, porque mi madre volvió a ser ella misma.

Poco a poco recorre mis piernas cruzadas sobre la encimera con la mirada, se me acerca y pone las manos sobre mis rodillas. Titubea un poco antes de seguir hablando, como si estuviera esperando a que lo apartase de un empujón, pero lo único que puedo pensar es en lo rápido que mi pecho se ha contraído. No podría apartarlo aunque quisiera, porque me quedo paralizada por el mero tacto de sus dedos. Es la única persona que me afecta de esta manera. El único que quiero que me afecte de esta manera.

—En realidad conocí a tu padre cuando yo tenía quince años —dice, sonriendo un poco mientras me mira desde debajo de sus pestañas—. Mamá nos pidió que nos portáramos lo mejor posible, pero yo estaba en esa fase de todo-me-importa-una-mierda, así que había ido de botellón con unos tíos mucho más mayores que yo, y cuando llegué a casa, estaba bastante pedo. En cuanto mamá entró en la cocina con tu padre, apenas le di tiempo a presentarse: poté allí mismo. Asqueroso, lo sé. Menuda primera impresión. Así que mamá estaba avergonzada, y tu padre se quedó horrorizado, y todavía me sigue sorprendiendo que no saliera pitando después de

eso. Y sé que me he desviado por completo del tema, pero lo que quiero decir es que tu padre me tiene manía desde siempre.

Noto que traga saliva, y la cocina permanece en silencio. Su voz es apenas un susurro cuando vuelve a hablar.

—Y no puedo dejar de pensar que si no hubiese actuado así entonces, tal vez tu padre no estaría tan en contra... —sus palabras se desvanecen y su respiración es lenta y profunda. No puedo ver sus ojos porque estoy contemplando sus labios, la forma en que se me están acercando. Siento las piernas casi dormidas mientras él va desde mis rodillas hacia mis muslos, y su boca ahora está tan cerca que su frente se encuentra junto a la mía; ambos tenemos los ojos cerrados—... de esto —susurra. Pero no puedo. Todavía no. Hay demasiadas cosas que aclarar, demasiadas cosas que arreglar. Besarle ahora sería la salida más fácil. Con cuidado, cojo su mandíbula con las manos y niego con la cabeza junto a la de él. Mantengo los ojos cerrados, y mis labios forman una sonrisa de disculpa mientras su tacto desaparece poco a poco. Primero de mi cara, y luego de mis piernas. Yo entrelazo las manos y las pongo en mi regazo.

Tyler da un paso hacia atrás, y cuando abro los ojos, me está mirando fijamente. Puedo ver por qué no está enfadado porque lo haya rechazado. Más bien decepcionado. Asiente con la cabeza y me sonrío de manera cálida y comprensiva, y luego se da la vuelta para encender de nuevo el fogón. Siento mi cuerpo extraño,

diferente. Alcanzo el bol de cereales, pero se han reblandecido y parecen una papilla, así que lo único que puedo hacer es revolver con la cuchara una y otra vez. Pero mis ojos no están centrados en los Lucky Charms que tanto me apetecían.

Están centrados en Tyler, que puede que me apetezca muchísimo más.

## CAPÍTULO 15

Cuando me despierto me siento como si no hubiera dormido más de una hora. Estoy atontada y me pesa la cabeza. Me resulta casi imposible abrir los ojos, así que los aprieto y me subo la manta hasta el pecho. Estoy empezando a arrepentirme de no haber dormido el sábado por la noche, porque ahora las escasas dos horas de sueño me están pasando factura.

Y, sin embargo, la mano que me está masajeando el hombro no se da por vencida. Es agradable, pero me está despertando, así que la aparto de un movimiento y me vuelvo hacia el otro lado. Y por si eso no fuera suficiente para demostrar mi irritación, también suelto un gemido. Y entonces oigo esa risa tan conocida, y ni siquiera tengo que mirar para saber que pertenece a Tyler. Una breve ola de excitación recorre mi cuerpo al pensar que está a mi lado, y mis párpados se abren enseguida, por la sorpresa que me ha dado de repente. Durante unos brevísimos segundos, no tengo ni idea de dónde estoy ni de por qué estoy con Tyler a solas, hasta que pestañeo un par de veces para despertarme del todo. Es entonces cuando recuerdo y pienso: «Ah, Portland». Ese pensamiento me despierta como un chute de cafeína. Tyler está agachado al lado del sofá, vestido por completo, y huele a colonia. Me está mirando directamente a los ojos. Su cara está a la altura de la mía, sus ojos se ven brillantes.

—Siento haberte despertado —se disculpa. Sus brazos descansan en el borde del sofá, tiene las manos entrelazadas y está jugueteando con los pulgares.

A pesar de que a mí me parece que es la mitad de la noche, la luz de la mañana entra a raudales por las enormes ventanas. Mis ojos están aún demasiado sensibles, así que los entrecierro y me incorporo para sentarme. Puedo sentir el calor en la nuca y el pelo pegado a mi piel.

—¿Qué hora es? —pregunto. Mi voz suena ronca, y estoy del todo agotada. Pienso de manera perezosa si es posible tener resaca sin haber bebido ni una gota de alcohol.

Como una especie diferente de resaca, una resaca de viaje, o de hermanastro. Me encuentro fatal.

—Las ocho y algo —dice Tyler con lentitud, y sonrío, una sonrisa pequeña y torcida.

—¿Las ocho de la mañana? —Pestañeo un poco más, y ni siquiera me importa parecer un hurón que se ha atiborrado de esteroides—.

¿Un lunes? ¿En verano?

—Siento tener que decírtelo —declara riéndose—, pero los currantes no tenemos vacaciones de verano, tenemos que trabajar.

—Presiona las manos sobre el cuero del sofá y se levanta.

—¿Trabajar?

—Algo así. —Le echa un vistazo a su reloj de pulsera, frunciendo un poco el entrecejo. Luego vuelve a mirarme—. ¿Cuáles son las

probabilidades de que estés lista para salir en la próxima media hora?

—¿En qué trabajas? —pregunto.

No es exactamente la respuesta que esperaba Tyler, porque deja escapar un suspiro.

Yo estoy flipando, ya que a pesar de que tiene todo el sentido del mundo que él haya dedicado el año a hacer algo, yo no me he planteado siquiera qué podría ser.

—Es... —Hace una mueca y se encoge de hombros—. Es complicado. Como no iba a regresar hasta hoy, todavía dispongo de un día libre. Así que en realidad no tengo que volver al trabajo hasta mañana. Pero ayer me preguntaste qué había hecho todo este año —explica, con esa increíble y abierta sonrisa que tiene—, así que hoy te lo voy a enseñar.

Y eso es suficiente para que me levante de la cama. O del sofá. Lo que sea. Con rapidez me voy directa hacia mis maletas, que están en la habitación de invitados. Ni siquiera me importa tener nudos en la espalda o el cuello tieso, porque estoy muy ocupada en meterme en el cuarto de baño y ducharme. Tengo demasiadas ganas de estar lista, y de que Tyler me enseñe cómo ha vivido durante este año. Esa es la razón por la que él quiso que lo acompañase a Portland. Desea mostrarme la razón por la que se marchó. Definitivamente queda impresionado cuando vuelvo al salón veinte minutos después, con el pelo ya seco, vestida y lista



para irnos. Me he puesto una sudadera de color borgoña de la Universidad de Chicago, aunque es probable que alcancemos los treinta grados en algún momento del día, y me calzo mis Converse blancas.

Tyler apaga la tele y se pone de pie, hace una pausa y ladea la cabeza hacia un lado, mirando mis zapatillas con curiosidad. Sé lo que está pensando con exactitud: si es el par que me compró en Nueva York, el que tenía su letra garabateada en la goma.

—Son nuevas —lo informo, mi tono es directo.

Incluso levanto el pie para mostrarle que no tiene nada escrito. El par que me dio el verano pasado lleva un año en el fondo de mi armario. Ya no podía ponérmelas, así que compré unas nuevas. Pero a pesar de que Rachael insistió en que tirara las viejas a la basura, o que las donara a una tienda de segunda mano, o que las quemara, no fui capaz.

—Vale —dice Tyler bajito. La situación es algo tensa, y a juzgar por lo incómodo que se lo ve, no cabe duda de que no está precisamente entusiasmado. Pero lo comprende, porque añade—: Lo entiendo. —Y entonces cambia de tema mientras coge las llaves del coche del reposa brazos del sofá—. Lo primero es lo primero: tenemos que ir a tomar un café.

—No me oirás rechistar —digo, y así de fácil, volvemos a la normalidad.

Portland tiene el mejor café del mundo, y no porque lo diga yo.

Somos famosos por ello, y creo que nadie puede ser de Portland de verdad a no ser que se muera por tomarse una taza por la mañana, como yo ahora mismo.

Cerramos el apartamento y nos dirigimos hacia el exterior, y es bonito ver un césped verde para variar. Ni siquiera son las nueve todavía, así que el sol aún no luce con intensidad, aunque alumbra bastante, y el aire está limpio y fresco. Puede que no me gusten las mañanas, pero estas molan.

—Antes de que nos vayamos —indico, ya dentro del coche de Tyler —, por favor, dime que no compras el café en Starbucks.

Mientras me estoy poniendo el cinturón, fijo una mirada solemne en Tyler, sin pestañear. Me pregunto si él cree que le estoy tomando el pelo, porque se ríe mientras pone el motor en marcha.

—Claro que no.

Relajo la expresión y me reclino en el asiento.

—Muy bien. Entonces ¿a dónde vamos?

—Al centro.

—Sí —digo—, pero ¿adónde exactamente?

Tyler se vuelve para mirarme de frente, su pequeña sonrisa se transforma en una grande que hace que me cuestione si está bien. Niega con la cabeza muy despacio, tiene una expresión de alegría inmensa, como si le hubiera tocado la lotería, y yo lo miro haciéndole una mueca como para preguntarle : «¿Qué pasa?».

Tyler tiene un don natural para evitar contestar las preguntas que

no quiere responder. Siempre lo hace.

—Echaba de menos tus interrogatorios —explica en lugar de contestarme. Aún con una sonrisa enorme, con los dientes perfectos brillando delante de mi cara, prosigue—: Y lo testaruda que eres. Y lo insistente. Y cómo sacas las conclusiones más tontas. Y la forma en que no te das por vencida ni de coña.

—¿Quieres que me baje del coche o qué? —pregunto, alcanzando la manilla de la puerta y abriéndola un pelín—. Porque parece que no quieres ni verme.

—He dicho que echaba de menos esas cosas. No que las odiara. Se inclina por encima de mi cuerpo, alcanza la puerta y la vuelve a cerrar con un pequeño ruido sordo. Su brazo me roza el pecho, y yo tengo que morderme el labio inferior y aguantar la respiración para no reaccionar. Entonces pone las manos sobre el volante y sonrío.

Nos dirigimos hacia el centro de Portland, y lo bueno de esta ciudad es que el tráfico por las mañanas no es tan terrorífico como en Los Ángeles. Por supuesto que se tarda un poco más, pero nunca nos paramos del todo, porque la gente usa el tranvía o la bicicleta para desplazarse al trabajo. Así que hay menos tráfico en las carreteras.

Solo nos lleva unos veinte minutos llegar al centro. Es una forma muy chula de empezar el día, y estar de nuevo en esta zona vibrante y diversa del centro de la ciudad me hace sentir incluso

mejor.

Creo que subestimé la vida en Portland en su momento, porque no recuerdo haberlo apreciado tanto como ahora, mientras circulamos por las calles de la ciudad y pasamos los cientos de tiendas independientes, cervecerías, cines en los que se vende cerveza, y una variedad interminable de locales de striptease. Calles en las que no encontrarás ninguna tienda de comida rápida, donde los restaurantes no creen en el gluten, donde la población de los sin techo crece sin medida, donde conducir un coche no es lo más guay del mundo y donde la gente camina a donde le da la real gana. Incluso pasamos la Powell's, la librería independiente más grande del mundo. Hace tiempo pasaba horas y horas allí, buscando entre sus millones de títulos los libros de texto para el instituto.

En esa época, Portland no molaba, era aburrido y alternativo que te cagas. Sigue siendo alternativo. Solo que ya no me parece tan aburrido. En realidad me parece muy guay. Cuando dan las 9.30 ya hemos aparcado y vamos caminando por la calle. Estoy un poco perdida al principio, a pesar de que todo me resulta familiar, pero que Tyler sea el que me guíe a mí no me parece lo correcto. Debería ser al revés.

—¿Sabes? —dice—. Portland en realidad no está tan mal como tú lo pintabas.

No me da la gana de admitir que tiene razón, que yo estaba

equivocada al describirla como la peor ciudad del mundo, así que me limito a encogerme de hombros y sigo caminando. Solo hemos recorrido dos manzanas cuando de repente sé exactamente dónde estoy. En la plaza Pioneer. Cuando Tyler intenta girar hacia la izquierda en una esquina, lo alcanzo y lo retengo.

—La sala de estar de Portland —murmuro, aunque no quería decirlo en voz alta.

—Ya —dice—, lo sé.

Le echo una mirada asesina. Aunque estoy bromeando, también me he irritado. Tal vez sea egoísta por mi parte sentirme tan dueña de esta ciudad, pero todavía me estoy acostumbrando a que ahora él considere Portland como su hogar cuando en realidad es el mío. Nos encontramos en la esquina de la manzana, justo al lado de Nordstrom. Tyler permanece callado mientras yo me tomo unos minutos para observar la plaza. Dicen que es una de las mejores del mundo, y no podría estar más de acuerdo. La plaza Pioneer ocupa toda una manzana, y el centro tiene forma de anfiteatro. Los ladrillos empleados para pavimentar el suelo tienen inscritos miles de nombres. Al contrario que Hollywood, en Portland no hace falta que seas famoso para tener tu nombre en el suelo. Sencillamente tienes que pagar.

Me encantaba venir aquí. Siempre hay algo, como el encendido de las luces del enorme árbol de Navidad la semana después de Acción de Gracias, al que mamá y papá me llevaban cada año sin

falta, y el festival de Pelis en los Ladrillos de cada verano, para el que ponían una pantalla enorme y cientos de personas se congregaban en las gradas con tumbonas y mantas de picnic para pasar juntos la noche viendo películas.

Puede que Santa Mónica tenga playa y muelle y el Paseo de la Tercera, pero Portland tiene el río Willamette y el monte Hood y la plaza Pioneer. Parecen estar a millones de años luz, son dos ciudades del todo diferentes y únicas a su manera.

—Mola, ¿eh? —dice Tyler. Tiene puestas las gafas de sol otra vez, así que no puedo ver su expresión con claridad cuando le lanzo una mirada de desprecio. Creo que a veces se olvida de que yo viví aquí durante dieciséis años—. Podemos volver más tarde si quieres. Tal vez durante la semana, cuando tengamos un rato libre. Doy un paso a su alrededor para ponerme directamente delante de él, con la barbilla hacia arriba.

—¿Cuando tengamos un rato libre? —repito.

—Cuando yo tenga tiempo —corrige, ajustándose las gafas hasta que reposan con comodidad sobre el puente de su nariz—. Como ya te he dicho, no todos estamos de vacaciones. Ahora, ¿podemos por favor ir a tomar el café?

—Sí, sí. —Sacudo la cabeza con rapidez y lanzo una mirada por encima de mi hombro—. Por supuesto.

Giramos en la esquina y casi enseguida nos detenemos al final de la calle. Delante de nosotros hay una puerta de una pequeña

cafetería. Nunca había venido aquí, porque aunque la gente de Portland vivimos por y para el café, hay demasiados sitios para descubrir y no nos da tiempo a visitarlos todos.

—Olvídate de la Refinery —dice Tyler—. Este lugar le da mil vueltas. Pero tal vez es que le tengo cariño. —Se ríe y alcanza la puerta, y se quita las gafas. No puedo evitar sonreír al darme cuenta de cómo me abre la puerta y deja que yo pase primero. Siempre lo hace, no se le olvida ni una vez. Por dentro la cafetería es bonita, pequeña y acogedora, como deberían ser todas. También está llena, hay una cola que llega hasta la puerta. No cabe duda de que toda esta gente está comprando un café para llevar de camino al trabajo.

Tyler se quita las gafas de sol, se las cuelga en su camisa de franela y saca la cartera.

—Un café con leche extra caliente con vainilla y un chorrito de caramelo, ¿verdad?—Me echa un vistazo por debajo de sus pestañas con esa forma sutil y ardiente que tiene de mirar, y está haciendo todo lo posible para reprimir una sonrisa fanfarrona. Lo miro fijamente y espero que la emoción que eso me provoca no se trasluzca en mi expresión.

—¿Recuerdas lo que pedía?

—Tampoco es tan complicado.

—Ya, supongo que no. —Recorro con la vista la cola de clientes, a los empleados que hay detrás del mostrador, mi cuerpo. A pesar de

llevar una sudadera, me siento cohibida—. Hoy no me apetece el chorrito de caramelo —le digo a Tyler. Dudo que baje mucho el recuento de calorías, pero por lo menos me siento menos culpable por tomarme un café con leche.

—Muy bien —dice, y luego recorre con la vista el pequeño local y señala con la cabeza hacia una mesa al lado de unos grandes ventanales que dan a la calle—. ¿Nos reservas esos asientos? Ya traigo yo los cafés.

Me dirijo directa hacia la mesa y me siento en una silla. Casi siempre me gusta ponerme de cara a la ventana cuando puedo porque me agrada mirar a la gente, pero hoy solo tengo ojos para Tyler. Lo raro es que encaja a la perfección, y no debería ser así porque él es de Los Ángeles. Por regla general, no nos agradan los californianos. Pero Tyler aquí parece común y corriente, una persona normal. Quizá sea su camisa. Tal vez la barba que es evidente que no se ha afeitado ni arreglado desde hace días. Podría deberse a los tatuajes de sus brazos. A lo mejor es que está en una cafetería. Podría ser su actitud despreocupada y relajada.

No sé por qué parece encajar tan bien, como si fuese de aquí de toda la vida. Inicia una conversación con el tipo que está delante de él en la cola, los dos charlan mucho más de lo esperado para una charla trivial. Además deben de contarse algún chiste, porque Tyler se ríe un par de veces. Cuando llega al mostrador, también charla con el camarero, un tío joven con un montón de piercings en la



cara. Se saludan chocando los puños y sonriéndose, como si fuesen mejores amigos, y entonces me doy cuenta de que tal vez Tyler sea uno de sus mejores clientes. Seguramente venga aquí todos los días, porque hablan sin parar por encima del ruido de las cafeteras mientras el camarero prepara nuestros cafés. Cuando le pasa las dos tazas para llevar a Tyler, este se vuelve y me señala. El camarero enarca las cejas, me sonríe y levanta la mano para saludarme.

Siento pánico y enseguida levanto la mano para saludarlo en plan «no sé quién eres ni tampoco por qué me saludas, pero sería grosero ignorarte». Y por suerte Tyler se ríe y viene hacia mí, pone mi café en la mesa y se sienta en la silla que hay enfrente.

—¿Quién era ese? —pregunto.

—Mikey —responde Tyler, moviendo la cabeza hacia la caja—. Le he hablado de ti. Me ha pedido que te dijera que se alegra de poder ponerte cara por fin. Vuelvo a mirar hacia el mostrador, y aunque Mikey está ocupado trabajando detrás de la máquina de expreso, logra hacerme una señal de aprobación con el pulgar hacia arriba. Miro hacia Tyler lo más rápido que puedo. Es un poco raro que le hable de mí a uno de los camareros de esta cafetería, pero decido no darle vueltas. En su lugar, señalo con la cabeza al tipo que estaba delante de Tyler en la cola, que ahora se ha sentado solo a una mesa en la otra esquina del local.

—¿Y ese tío? ¿Quién era?

Tyler tiene que seguir mi mirada y sonrír.

—Se llama Roger. Viene todos los días, siempre antes de las nueve. Toma un café con leche descafeinado mediano sin espuma, y le gusta en taza grande. Lo miro parpadeando mientras frunzo el entrecejo.

—¿De qué narices hablas, Tyler?

—Y aquella señora de allí... —señala con un movimiento de la cabeza a una mujer con el pelo recogido en una coleta que está delante del mostrador, con una mochila sobre el hombro— es Heather. Y estoy casi seguro de que ha pedido un moca con leche, grande y sin espuma, pero con un chorrito de fresa, otro de vainilla, nata y canela. Muy poca canela.

Solo tardo una fracción de segundo en darle sentido a lo obvio.

—¿Trabajas aquí?

Tyler se limita a sonrír y se reclina en la silla, con el café en la mano, balanceándolo con la punta de sus dedos.

—Sip. Por lo general yo soy el que los sirve.

—¿En serio?

Primero se ríe, luego bebe un sorbo de café y se inclina hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa mientras deja la taza delante de él.

—Como lo oyes —confirma.

Lo observo con intensidad, porque mi primer instinto es pensar que es posible que me esté vacilando. La idea de que Tyler sirva cafés

no encaja con la imagen que tengo de él, pero en realidad parece lógico. Le encanta el café tanto como a mí. Posee una sonrisa amable. No hace falta una licenciatura. Aquí en Portland es fácil conseguir trabajo como camarero. ¡Si la mitad de los universitarios trabajan en Starbucks!

—¿Es aquí donde llevas todo el año trabajando? ¿Eres camarero? Mis ojos se desvían hacia el mostrador otra vez, donde Mikey y una chica se mueven con una esmerada coreografía mientras alternan entre hacer café y atender a los clientes. Intento visualizar a Tyler haciendo lo mismo. Pero con toda sinceridad, me lo imagino allí, detrás de la barra.

—Sí —contesta Tyler. Traza un dibujo con el dedo índice sobre la mesa, sin apartar sus ojos de los míos—. Todas las mañanas, de seis a doce. Tengo que ganar algo de dinero extra aparte de lo otro. Ahora me ha vuelto a confundir.

—¿Aparte de qué?

—De lo otro a lo que me dedico —cuenta misterioso. Él sabe que no tengo ni idea de lo que me está hablando, y creo que le gusta, porque vuelve a aparecer ese brillo fanfarrón en sus ojos que intenta no mostrar—. Tengo que compaginar las dos cosas.

Todavía no he probado mi café con leche porque estoy demasiado centrada en escuchar lo que Tyler tiene que decir.

—¿Lo otro?

—Sí, es a donde nos dirigiremos ahora. —Se pone de pie, empuja

la silla hacia atrás y coge su café—. No está lejos de aquí —me dice mientras yo también me levanto—. Está a solo unas manzanas. Por lo general, en cuanto acabo mi turno, me voy allí directamente.

—¿Tienes dos trabajos? —pregunto.

—No exactamente. —Cuando abro la boca para lanzar otra pregunta, él levanta su mano libre—. No preguntes. Espera. Ya lo verás.

Así que cierro la boca, llena de curiosidad. No hay nada más que odie tanto como el no saber lo que me intriga. Y parece que Tyler quiere hacerme esperar todo el tiempo posible, porque vuelve al mostrador para decirle a Mikey que lo verá mañana cuando se reincorpore a su turno. Lo que me hace pensar: «Mierda, ¿qué coño se supone que debo hacer mañana y los próximos días mientras Tyler está trabajando?». Pero decido que lo pensaré luego, porque ahora mismo no puedo centrarme en nada más que en el sitio adonde me lleva Tyler.

Salimos fuera, con los cafés en la mano; el sol nos da de lleno. Durante un segundo, casi parece que estamos en las calles de Nueva York, a miles de kilómetros de las personas que conocemos, libres para actuar y sentir lo que nos dé la gana. Echo de menos esos cuando podíamos estar juntos sin escondernos. Incluso en Portland es peligroso, a pesar de que las probabilidades de que alguien me reconozca después de tantos años sean escasas. No

me atrevo ni a rozar mi mano con la suya. Y odio sentirme así, como si estuviera mal. Lo detesto.

Nos dirigimos hacia el este, hacia el río Willamette, que separa la ciudad en dos, el este y el oeste, y descubro que estoy disfrutando del paseo por el centro de Portland. Es agradable ver algo más que cadenas de tiendas y restaurantes. Solo hemos recorrido un par de manzanas —tal como dijo Tyler— cuando ralentiza el paso y se detiene. Señala hacia delante, hacia una gran puerta negra entre un estudio de tatuajes y una tienda de ropa. Yeso es todo lo que parece ser: solo una puerta.

—Adelante —me dice Tyler.

Bebe otro sorbo de café y abre la puerta. La mantiene abierta con el hombro, me deja pasar. Me recibe una entrada pequeña donde no hay nada más que algunas sillas. Supongo que conduce a la segunda planta, encima del estudio de tatuajes y de la tienda de ropa. Los fluorescentes son demasiado brillantes.

Y si antes ya estaba totalmente confundida, ahora me he quedado loca. Incluso estoy algo preocupada.

—¿Dónde narices estamos?

Tyler da algunos pasos por la escalera, y luego se detiene para mirarme. Sonríe cuando me dice:

—Sube y lo descubrirás.

Lo sigo ansiosa, me voy mordisqueando el labio inferior. No estoy segura de qué espero encontrar allí arriba, pero conociendo

Portland, podría ser cualquier cosa.

Me siento aliviada y sorprendida cuando llegamos al rellano y Tyler abre una segunda puerta para revelar algo que jamás esperaba ver. La música nos envuelve de inmediato, fuerte pero no demasiado. Mientras Tyler me coge por la muñeca y me conduce unos centímetros hacia el gran espacio abierto, yo lo miro boquiabierta. Estamos en una sala grande con paredes de color rojo chillón y una suave alfombra negra. También hay mucha gente aquí. Son todos adolescentes, chicos y chicas. Algunos están sentados en unos pufs de tonos alegres en el rincón más apartado. Otros se encuentran en plena competición, inclinados sobre un puñado de mesas de fútbolín y de hockey de mesa en el centro de la habitación. Algunos charlan alrededor de varias máquinas expendedoras arrimadas a las paredes. Otros están pegados a una hilera de portátiles que hay en una mesa que se extiende a lo largo de una de las paredes. Incluso hay un par de pantallas de plasma empotradas, y cuando miro hacia el techo, veo que está cubierto de palabras. Citas y frases. Lemas y mantras. Inspiradores y esperanzadores.

—¿Qué es esto, Tyler? —Mis ojos se vuelven a centrar en él.

Observa con intensidad todo lo que está sucediendo a su alrededor, tiene una pequeña sonrisa en los labios, pero parece espabilarse cuando oye mi voz. Poco a poco, sus ojos se centran en los míos, su mirada es seria.

—Una agrupación juvenil.

—Una agrupación juvenil —repito como un eco—. ¿También trabajas aquí?

—Es una organización sin ánimo de lucro —explica de manera casual, como si yo debiera saberlo, aunque lo dice de manera suave—. Así que no trabajo, yo lo llevo. Sin cobrar ni un duro, por eso tengo el otro trabajo.

Me cruzo de brazos mientras intento procesar sus palabras, para darles un sentido real.

—¿Este sitio es tuyo?

—Por supuesto —afirma con una enorme sonrisa. Es imposible no notar el orgullo en su voz y en su expresión y en sus ojos.

—¿Y lo llevas tú solo?

Justo en ese momento, una voz grita el nombre de Tyler. Pertenece a una chica británica, y la siguen unos pasos que corren por la alfombra. Y sé de quién se trata incluso antes de darme la vuelta, porque no hay nadie más a quien pueda pertenecer esa voz. Y sin embargo, al mismo tiempo, tengo tanta información nueva que absorber que la cabeza está empezando a darme vueltas, así que cuando por fin me vuelvo, la imagen de Emily corriendo hacia mí es suficiente para hacerme sentir algo mareada.

## CAPÍTULO 16

No había visto a Emily desde el verano pasado en Nueva York. Tyler y yo nos marchamos a Los Ángeles. Ella, a Londres. Y la verdad es que jamás pensé que la volvería a ver, pero según parece me equivoqué, ya que aquí está, dándole un breve abrazo a Tyler.

—¡Has vuelto un día antes! —le dice al mismo tiempo que se aparta de él, tiene los ojos muy abiertos y una expresión sorprendida—. Pensé que no volverías hasta mañana.

—No me llevó tanto tiempo como esperaba convencer a quien yo me sé para que viniera conmigo —responde Tyler; las comisuras de sus labios se elevan a la vez que me lanza una mirada intencionada.

—¡Ah, Eden! Qué alegría que hayas venido —exclama mientras casi da un salto para abrazarme.

El perfume que lleva huele genial, y noto la suavidad de su pelo contra mi cara cuando me envuelve con sus brazos. Lleva el cabello más oscuro de lo que recuerdo, y ella también se da cuenta de que yo lo tengo diferente, porque cuando da unos pasos hacia atrás para examinarme, también pregunta:

—¿Te has cortado el pelo?

—Hace mucho tiempo —murmuro, mirándome las puntas y



pasándome los dedos entre los mechones. Cuando vuelvo a levantar la vista, niego con la cabeza por la sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy trabajando de voluntaria —dice—. Le estoy echando una mano a Tyler durante unos meses.

Tyler ahora tiene una mirada de corderito degollado, y se toca las gafas de sol con ansiedad a la vez que da un paso y se sitúa delante de mí, al lado de Emily. Es raro que se ponga tan tímido.

—Al final llegué a un punto en el que me di cuenta de que no podía encargarme de todo yo solo, así que llamé a Emily y le pregunté: «Oye, ¿quieres volver a Estados Unidos y vivir en Portland?».

—Y por supuesto que le contesté que sí —concluye ella, dedicándole a Tyler una sonrisa resplandeciente. Soy incapaz de comprender la forma tan humilde que tienen de sentirse orgullosos—. Ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida, aparte de la gira, como es evidente.

—¿Los dos habéis estado aquí en Portland? —pregunto. Me dirijo a Emily. No solo Tyler me ocultó esto, según parece ella también. A ninguno de los dos se les ocurrió contármelo, y me hace sentir como si no confiaran en mí lo suficiente como para que guardara un secreto—. ¿Y no me lo mencionasteis?

Una punzada de dolor me da directamente en el corazón. Intento ignorarlo. La sonrisa de Emily se convierte en una expresión de arrepentimiento, sus ojos se apagan como si me estuviera pidiendo

perdón. Y entonces de pronto echa la cabeza hacia atrás y se la cubre con las manos.

—Ya, lo sé. Lo siento. Tyler no quería que te lo mencionara, porque entonces habrías preguntado qué estaba haciendo aquí, y habría tenido que mentir.

Pienso en lo que me dice por un segundo, y la comprendo. Entiendo que Tyler necesitara espacio y que no quisiera que nadie supiera dónde estaba. Lo que no me entra en la cabeza es qué impidió a Tyler contarme lo que estaba haciendo. Podría haberme enviado un maldito mensaje, diciéndome que las cosas le iban bien, porque durante todo el pasado año, las únicas noticias que tuve fueron las que me daba Ella, cuando encontraba la manera de pasarme información porque papá no estaba presente. Nunca me dio la impresión de que estuviera preocupada por él, así que supongo que todo el tiempo sabía que le estaba yendo bien. Para cuando comenzó a llamar, ya era demasiado tarde. No podía cogerlo, mi desprecio hacia él era demasiado fuerte. Quizá si le hubiese contestado, me habría dicho todo lo que me está diciendo ahora. Quizá. Solo me doy cuenta de que no he contestado cuando Tyler da un paso hacia mí y me pregunta:

—¿Estás bien?

—Es que... —Niego con la cabeza y me llevo la mano a la mejilla

—. Esto es una locura, Tyler.

Emily mira a Tyler y luego a mí un par de veces, y a continuación

se aparta despacio.

—Os dejo para que habléis —farfulla con su acento británico, tiene una expresión dulce—. En serio me alegro de que hayas venido, Eden. Después nos ponemos al día, ¿vale?

Asiento con un movimiento de la cabeza, y ella se aleja de nosotros. La observo con atención mientras se pone a charlar con un grupo de chicas junto a las máquinas expendedoras; se ríe y sonríe como si fueran sus mejores amigas, a pesar de que parece que acaban de empezar el instituto.

Me vuelvo hacia Tyler y le pregunto:

—¿Qué es lo que hacéis aquí exactamente?

—Ven.

Me señala con la cabeza una puerta en el otro rincón de la sala. Todavía estamos sujetando los cafés, pero me coge la mano libre y me conduce con suavidad por la moqueta.

Mientras nos dirigimos hacia allí, un chico joven se nos acerca con sigilo. No puede tener más de dieciséis años. De manera ansiosa, se pone las mangas de la sudadera por encima de las manos al tiempo que dice:

—¿Qué hay, Tyler? Emily dijo que no volverías hasta mañana.

—Ya —responde Tyler.

Nos detenemos justo en la puerta, y sin embargo no suelta mi mano de inmediato como lo habría hecho hace un año en el mismo segundo en que alguien se nos acercaba. Es una sensación rara la

de estar aquí de pie, rodeados de gente, y mantener nuestras manos entrelazadas con fuerza. Es una sensación a la que podría acostumbrarme con facilidad.

Una sensación de que algún día es posible que ya no me sienta culpable por hacerlo.

—Volví ayer —continúa Tyler—. ¿Se sabe algo de tu madre?

—Todavía no. —El chico baja la vista hasta el suelo y se encoge de hombros—. Mi padre ha quedado en llamarme luego, cuando ella salga del quirófano.

—Muy bien —dice Tyler—. Vendré a hablar contigo en un ratito, ¿vale? Por cierto, esta es Eden.

Cuando dice esto suelta mi mano y rodea mis hombros con el brazo, sin titubear, con gran facilidad. Me resulta difícil concentrarme en nada más que en su contacto constante, pero me obligo a mantener los ojos clavados en el chico que tenemos delante.

—Hola —lo saludo, dedicándole la sonrisa más amable que puedo. Pero él no me dice nada, solo asiente con la cabeza mientras mira el suelo y da media vuelta, arrastrando los pies hacia los portátiles.

—Ese es Broce —me explica Tyler, apoyando la espalda en la puerta para abrirla—. Su madre lleva dos semanas ingresada en el hospital, así que viene aquí para no pensar en ello. Es súper tímido.

Sigo a Tyler por el umbral de la puerta y entro en una sala más

pequeña. Es una oficina. En el centro hay un enorme escritorio de roble y detrás de él una silla de cuero negro. El suelo es de madera, las paredes son rojas como las de la otra habitación. A lo largo de una de las paredes hay archivadores con montones de carpetas apiladas sobre ellos.

Tyler cierra la puerta y me quita el café de la mano, lo pone sobre el escritorio y me invita a sentarme.

Le lanzo una mirada.

—¿Qué?

—Siéntate para que podamos hablar —dice, riéndose por lo bajo.

Algo indecisa, me instalo en la silla; es una pasada de cómoda. Giro un par de veces, luego me balanceo, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación.

—Mola —digo.

Tyler se ríe y aparta algunos folios para poder sentarse en una esquina del escritorio. Se lo ve muy profesional, como si fuera un abogado o un director de escuela que se está preparando para bombardearme con información. Le quita la tapa a su café, la deja sobre el escritorio y luego bebe un largo sorbo.

—Pues eso —comienza—. Bienvenida a mi asociación sin ánimo de lucro. Abrimos todos los días de ocho a diez durante el verano. Emily trabaja de ocho a cinco. Yo vengo al mediodía después de trabajar en la cafetería y me quedo hasta las diez, así que uno de nosotros siempre está aquí, o los dos, además de un pequeño

grupo de voluntarios que nos ayudan. Y esto es lo que hacemos. — Su sonrisa se intensifica y se le iluminan los ojos —. Solo estamos aquí para hablar, para proporcionar un espacio a quien lo necesite. Tenemos todo tipo de chavales: desde niños de primaria hasta chicos de instituto. Vienen por todo tipo de razones. Algunos para hacer amigos. Otros porque sus padres han discutido y necesitan salir de casa. Algunos sencillamente vienen para hablar con alguien. Y creo que ayuda el hecho de que nosotros tengamos veinte años, ¿sabes? No somos unos carcas de cincuenta años intentando decirles lo que está mal y lo que está bien. Creo que a ellos les resulta más fácil hablar con nosotros, porque estamos más a su nivel. Yo asiento con la cabeza, asimilando sus palabras, pero antes de que pueda hacerle otra pregunta, Tyler sigue.

—¿Sabes lo que fue una locura? —Baja la vista, coge la tapa de su café y la hace girar sobre la mano—. Hay un chico de bachillerato que se llama Alex que viene a todas horas, y hace unos meses, recibí un mensaje suyo un viernes por la noche justo cuando me estaba preparando para irme a casa. Estaba en una casa con un grupo de tíos que no conocía muy bien y se suponía que debía pasar la noche allí, pero se pusieron a sacar pastillas de ácido, y Alex es un tío legal. No quería quedarse, pero no tiene carnet de conducir y tampoco quería tener que llamar a su padre, así que me llamó a mí. Fui hasta allí y lo recogí, pero él no deseaba irse a casa porque sus padres se iban a preguntar por qué había vuelto tan

pronto y no le apetecía que se pusieran a interrogarlo. Así que se quedó en mi casa. —Deja de jugar con la tapa y me observa, y entonces noto que ha dejado de sonreír.

Tiene los labios apretados y su mirada es suave, y sin embargo se trasluce algo de dolor, una expresión que nunca le había visto—. Creo que fue en ese momento cuando me di cuenta de que estoy haciendo algo bueno aquí.

Agacha la cabeza, clava los ojos en su regazo, y yo lo miro fijamente, me siento aturdida, me pregunto cómo es posible que alguien haya madurado tanto, cómo ha podido dar un giro tan dramático para convertirse en... un modelo que seguir. En ese instante, me doy cuenta de que no existe mejor persona para llevar este grupo que Tyler. Él ha pasado por muchas cosas, desde el abuso hasta la adicción, desde el colapso de su familia hasta relaciones tóxicas, se ha sentido solo y ha tenido que actuar como si todo fuera bien. Él comprende la lucha a la que algunos de estos chavales tienen que hacer frente. Él sabe cómo se sienten.

—Se supone que debe haber un ambiente positivo —explica a la vez que se pone de pie—. Este es un espacio donde la gente puede venir a distraerse, a que les den consejo, a divertirse. A Emily le gusta llamarlo un lugar seguro.

—Esto es increíble —digo con toda honestidad. Y sin embargo no puedo dejar de pensar que tal vez las cosas habrían sido diferentes si me lo hubiera contado antes. Tal vez no me habría cabreado

tanto con él, lo habría entendido. Quizá no habría pasado doce meses preguntándome lo que estaba pasando—. ¿Tu madre está al corriente de todo esto?

—De casi todo, sí.

Tyler se vuelve y me da la espalda. Poco a poco, se dirige hacia uno de los archivadores y abre el primer cajón. Pasa unos segundos revolviendo en su interior hasta que saca una carpeta, que abre para echarle una ojeada, y luego vuelve a mirarme por encima de su hombro.

—No le cuento todo lo que hago. Hay un par de cosas que no le he mencionado.

—¿Como qué?

—Como las que no te he mencionado a ti. —Me dedica una pequeña sonrisa y cierra el cajón del archivador de golpe, coge su café y me mira de nuevo—. Pero algún día lo haré. Solo tengo que encontrar las palabras adecuadas primero.

Me deslizo hacia atrás con la silla, me pongo de pie y me sitúo al lado de Tyler.

—Cuando me dices este tipo de cosas, me estresas —le confieso—. ¿Lo sabías?

Él sonríe.

—Ya.

Alguien llama a la puerta con suavidad, y luego abre una rendija. Emily asoma la cabeza por el marco.



—¿Interrumpo?

A pesar de que ni siquiera se podría considerar que estoy a una distancia íntima de Tyler, doy un paso hacia atrás de manera subconsciente.

—No —digo.

Emily abre la puerta del todo y accede a la habitación; ahora tiene el pelo recogido en una coleta alta que se mece alrededor de sus hombros. Su mirada se posa sobre Tyler.

—Bryce te está esperando. Lleva todo el fin de semana preguntando por ti; ya sé que es tu día libre, pero ¿podrías ir a hablar con él?

—Sí, claro, iré ahora mismo. —Se dirige hacia la puerta, pero entonces parece recordar que yo también estoy aquí, porque se detiene y vuelve la mirada hacia mí—. ¿Eden?

Yo agito la mano señalando la puerta.

—Ve.

Me sonrío con gratitud antes de marcharse. Y entonces Emily y yo nos quedamos a solas. Emily cruza la habitación hacia mí, con los ojos encendidos de felicidad, y me pregunto cómo será esa sensación.

—De verdad me alegro de que estés aquí —dice, cogiéndome por el brazo y arrastrándome con suavidad por la puerta hacia la sala principal—. Joder, ha pasado demasiado tiempo desde que nos vimos por última vez.

—Y yo no acabo de entender que tú estés aquí —contesto. Todavía no puedo creer que Emily se halle a mi lado—. Pensaba que estabas de vuelta en tu casa, sufriendo el clima británico del que solías quejarte tanto.

Emily se ríe con inquietud mientras me conduce hacia la ventana que permite que entre la luz del sol en la estancia, llenándola de mucha claridad.

—En serio —suspira—, volver casa fue lo peor, así que no pude decir que no cuando Tyler me llamó y me preguntó si consideraría venir a ayudarlo durante el verano.

Nos llevó varios meses, pero al final cogí un vuelo hacia aquí.

—¿Volviste sin pensarlo dos veces?

Ella se encoge de hombros y luego se sube al alféizar de la ventana; cruza las piernas. Yo la imito y acabo sentada junto a ella, con el sol dándonos de lleno.

—Allí no estaba haciendo nada productivo —admite, metiéndose algunos mechones sueltos detrás de las orejas—. Estaba en la misma situación que Tyler. En cuanto regresas a casa de la gira, la realidad te da una bofetada y piensas: «Mierda, ¿y ahora qué?».

Cuando Tyler me llamó, yo estaba tan hasta las narices de trabajar como cajera en Tesco, que hacer las maletas y venir a echarle una mano no fue una elección difícil que digamos. Hasta el momento, creo que me gusta más estar aquí que en Nueva York.

—¿En serio?

—Es una ciudad grande con un rollo de ciudad pequeña —me explica—. Eso cuesta encontrarlo.

Yo asiento con la cabeza antes de volver la atención a los adolescentes que hay a nuestro alrededor. Un par nos está observando de reajo, seguramente preguntándose quién diablos soy yo. Otros acaban de llegar.

El sitio es alucinante, tiene lo último en tecnología, y atrae a los chavales como un imán. Me resulta extraño saber que esto es a lo que Tyler se ha dedicado durante el último año, pero al mismo tiempo es gratificante. Es una sensación agradable. Está guay saber que él ha hecho algo bueno, productivo y que merece la pena, algo con sentido. Mientras observo toda la actividad, le digo a Emily lo que pienso:

—¿Cómo es posible que estos chavales estén levantados tan pronto? Es verano, y no son ni las diez.

—Créeme, ahora está tranquilo. —Se ríe—. Verás cómo se pone por la tarde. Entonces sí que se peta.

Mi mirada busca a Tyler. Está en el extremo opuesto de la habitación con el chico de antes, Bryce. Se lo ve relajado, tiene los hombros caídos y su expresión es cálida y acogedora. Asiente con un movimiento de la cabeza cada vez que Bryce deja de hablar. Al observarlo, siento que este es su sitio. Este lugar lo ha cambiado de una manera que jamás imaginé que sería posible.

—Debería presentarte a todo el mundo —dice Emily de pronto, y

mis ojos se dirigen hacia ella—. La mayoría ya te conoce. Saben que la razón por la que Tyler se tomó unos días libres fue para ir a verte. —Se deja caer del alféizar y aterriza en el suelo con suavidad—. Pero una cosa —sigue, con las manos en las caderas, mientras sus ojos me miran con intensidad—, ¿cómo preferirías que te presentara? ¿Cómo la hermanastra de Tyler, o como su...? —Su voz se desvanece, y me sonrío ansiosa, como si tuviera miedo de haber tocado una fibra sensible.

—Como su hermanastra —respondo.

No sé lo que somos Tyler y yo, pero seguro que no soy esa palabra. Nunca lo he sido. Y dadas las circunstancias, todavía no estoy segura de si algún día lo seré. Aunque papá y Jamie con el tiempo cambien de opinión y terminen por aceptarnos, tengo que volver a Chicago en otoño, a más de tres mil kilómetros de Tyler. Me parece bastante imposible tener una relación a distancia. Emily asiente con la cabeza de manera comprensiva, y luego me conduce al grupo más cercano de adolescentes, varias chicas recostadas en unas sillas que hay en un rincón. Me presenta como Eden, la hermanastra de Tyler de Los Ángeles, quien en realidad es de aquí, de Portland. Y se oyen algunos «ahs» y algunos «holas» bajitos, y luego vuelven la atención a lo que estaban haciendo y nosotras nos alejamos, repitiendo el proceso una y otra vez hasta que todos saben mi nombre.

Llegadas a ese punto, Tyler vuelve a estar libre y camina despacio

hacia nosotras con esa sonrisa eterna que domina sus rasgos. Verlo sonreír de esa manera me duele, y no sé por qué.

—¿Qué pasa?

—Les he presentado a Eden a todos—le comenta Emily, y luego nos mira a los dos—. Pero ahora en serio, chicos, no es necesario que os quedéis aquí. Id a pasar el día juntos; y, Tyler, no vuelvas hasta mañana, que es cuando se suponía que ibas a regresar.

Mi mirada se encuentra con la de Tyler y espero a que diga algo, espero en secreto que esté de acuerdo con ella. No me importaría pasar el día con él, solos los dos. Esa es la razón por la que vine a Portland: descubrir si todavía queda algo entre nosotros, y a cada día que ha pasado desde el jueves, a cada hora, a cada minuto, se hace cada vez más evidente que sí. Vine para averiguar si merece la pena salvar lo nuestro. Y es muy probable que así sea.

—Tienes razón —asiente Tyler.

Me muerdo el interior de la mejilla para reprimir las ganas de sonreír como una boba. Por suerte, él no se da cuenta, porque está burlándose de Emily.

—¿Estás segura de que puedes apañártelas sola?

—Por favor —responde ella siguiéndole la coña—. Llevo sola todo el fin de semana.

Los tres nos reímos, pero es una carcajada breve, y entonces nos despedimos hasta mañana. Emily se aleja mientras Tyler y yo nos dirigimos hacia la puerta principal.

Tyler camina lento, balanceando los brazos a la altura de sus caderas, y es hiper irresistible. Joder, está buenísimo.

—¿Hay algún sitio en especial al que quieras ir? —me pregunta, y yo aparto la vista de las venas de sus manos y rezo para que no se dé cuenta del rubor que me invade las mejillas.

—No —murmuro.

Agacho la cabeza, para que el pelo me cubra la cara, escondiendo mi expresión para que Tyler no la vea.

—Tengo una idea —dice de repente; su tono de voz es ligero y lleno de entusiasmo.

Me vuelvo para mirarlo de frente, con una expresión de curiosidad.

—¿Cuál?

—Ya lo verás.

Sus ojos brillan traviesos, estira la mano y abre la puerta, y yo me vuelvo de nuevo, lista para bajar la escalera y regresar a la calle.

Pero no llego muy lejos, ni siquiera alcanzo a dar un paso cuando ya he chocado con algo. Es un objeto duro, una persona, probablemente un chico corriendo escaleras arriba. En el instante en que sucede, me hallo retrocediendo mientras farfullo lo más rápido posible:

—Lo siento.

Y entonces Tyler me coge por el brazo y me aparta hacia un lado al tiempo que da un paso adelante. Entonces por fin levanto la mirada para ver al pobre chaval al que casi con seguridad he hecho caer a

mitad de la escalera. Sin embargo, me quedo del todo perpleja al ver que no se trata de un chico.

Es un adulto, un hombre. Está de pie cerca del rellano de la escalera, a tan solo unos centímetros de nosotros; tiene las cejas tan enarcadas por la sorpresa que puede que se fundan con su oscuro pelo. En la mano aprieta una carpeta, lleva un reloj de oro en la muñeca y la camisa metida con cuidado en los pantalones, la corbata algo suelta en el cuello. Al principio pienso que se ha equivocado de edificio. Esto es un grupo juvenil, no es un palacio de congresos ni un complejo de oficinas, y sigo pensando eso hasta que Tyler habla, dejando claro que no es ningún desconocido.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta. Hay cierto tono de urgencia en su voz, pero sobre todo parece confundido—. No contaba contigo hasta el viernes que viene.

El hombre, que parece bastante joven, tal vez ronde los cuarenta, mira la carpeta en su mano y luego la levanta.

—El contable terminó el pronóstico financiero que le habíamos pedido antes de lo previsto, así que se me ocurrió traértelo. — Habla de manera sorprendentemente suave para la apariencia tan fuerte que tiene, y hay algo en su cara muy bien afeitada que me llama la atención—. Y la pregunta es qué haces tú aquí. ¿No ibas a pasar unos días en casa?

—Sí, pero regresé anoche.

Tyler se mueve, incómodo y ansioso, con ambas manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. El hombre me lanza una mirada penetrante, y noto cómo Tyler se traga el nudo en la garganta antes de obligarse a decir:

—Esta es Eden.

—Ah —dice el hombre.

Me observa con atención, analizando mi expresión mientras me dedica una sonrisa hermética y tensa. Yo me lo quedo mirando, no porque sienta curiosidad, sino porque no puedo apartar la vista. Me atrae como un imán, y mi estómago se retuerce mientras contemplo su piel bronceada y el pelo oscuro y los ojos brillantes que poco a poco me voy dando cuenta de que son mucho más esmeralda de lo que me han parecido al principio.

Me resulta familiar, y es imposible negar la semejanza con la persona que tiene delante de él.

—Eden, este es... —A Tyler se le rompe la voz; vuelve a tragar saliva y exhala nervioso. Se toma un segundo para tranquilizarse y controlar la repentina ansiedad que parece haberlo invadido. Cuando vuelve a hablar, ya me he dado cuenta de lo que tiene que decirme antes de que abra la boca—. Este es mi padre.



## CAPÍTULO 17

Lo digo en voz alta. Literalmente hablo a borbotones.

—¿Qué cojones me estás contando?

Retrocedo casi a la defensiva, me acerco a Tyler, me alejo del hombre que está delante de mí, al que he llegado a odiar durante los últimos años. Siento el estómago revuelto. Me encuentro tan mareada que tengo que aguantar la respiración para no vomitar.

Tengo un revoltijo de pensamientos, y no me puedo concentrar en nada. Estoy confundida, sorprendida y alucinada. Al final, lo único que pasa por mi cabeza sigue siendo: «¿Qué cojones me está contando? ¿Qué cojones me está contando? ¿Qué cojones me está contando?». Porque no sé por qué está aquí. No sé por qué está en Portland, por qué está en este edificio, por qué está delante de nosotros.

—Puedo explicarlo —dice Tyler al instante, volviéndose para mirarme de frente. Es como si pudiera ver la lista de interrogantes que crece en mi cabeza, el pánico y el desconcierto en mis ojos, igual que yo leo el estrés y la ansiedad en los suyos. «Más explicaciones», pienso. Justo cuando creo que por fin lo sé todo, resulta que todavía hay cosas que él no ha considerado necesario mencionar.

—¿Todavía no se lo has dicho? —le pregunta su padre.

Una vez más, pienso: «¿Qué cojones me están contando?». Su tono de voz indica que está sorprendido, y cuando lo miro sintiendo desprecio por cada célula de su ser, sus ojos verdes ven mi incredulidad. No parece un criminal, como yo lo había imaginado. Da una buena primera impresión. Jamás pensé que mis ojos lo verían, pero si lo hicieran, no creí que sería tan normal. Esperaba que tuviera una mirada dura y los nudillos llenos de arañazos y unos labios con una expresión enfurruñada. Esperaba que pareciese una persona capaz de abusar de alguien. Pero no es así. Tiene una apariencia respetable, y eso es todavía peor.

—Iba a hacerlo —balbucea Tyler como respuesta. Cierra los ojos y se lleva una mano a la cara, se frota la sien derecha. Luego añade —: Creí que tenía hasta la semana que viene.

—Bueno —dice el mamón—, siento haber aparecido sin avisar. — Se mete la carpeta debajo del brazo y vuelve la mirada hacia mí, sus labios exhiben una sonrisa cálida y amistosa. Es lo más irritante del mundo—. Soy Peter —se presenta, inclinando la cabeza un momento.

—Ya sé quién eres —le digo cortante. Mi voz suena furiosa, mi mirada es feroz. No puedo reprimirme. Odio a este hombre; sencillamente no puedo aguantarlo y ser amable con él. No se merece mi respeto, y jamás lo obtendrá—. ¿Qué narices está pasando aquí, Tyler? —Cuando vuelvo la mirada hacia él con rapidez, parece desesperado por que se lo trague la tierra. La

incomodidad en sus rasgos faciales es evidente.

—Puedo volver más tarde... —ofrece Peter, levantando una mano como si se estuviera rindiendo a la vez que retrocede.

Ahora tiene el entrecejo fruncido, en apariencia inquieto por el tenso ambiente. Por eso o por mi mal humor. Tal vez su primera impresión de mí no sea buena, pero ahora mismo me importa una mierda.

—No —dice Tyler. Se quita la mano de la cara, se endereza y suelta un largo suspiro, con los hombros anchos, el pecho hinchado—. Dale esas carpetas a Emily —le ordena.

Le dirige a su padre una mirada firme, lo que es algo sumamente extraño y, sin embargo, lo más gratificante que creo haberle visto hacer. El control que muestra en su voz, en su mirada y en su postura es reconfortante, porque aquí manda él, no Peter.

—Eden, vámonos.

Alcanza mi mano con urgencia, entrelaza sus dedos con los míos, como si ese fuera su sitio. Tira de mí de manera desesperada escaleras abajo, dejamos a su padre atrás, y cuando echo un último vistazo por encima de mi hombro veo que nos está mirando con fijeza, y se pasa una mano por el pelo exactamente igual a como lo hace Tyler. Aprieto los dientes mientras Tyler me saca de un tirón hacia la acera, y la puerta se cierra de un portazo detrás de nosotros.

Nos quedamos titubeando en la calle, mirándonos mientras pasan

desconocidos por nuestro lado. Tyler respira con dificultad y aprieta su mano alrededor de la mía aún más.

Luego se reclina y se apoya contra la ventana del estudio de tatuajes, se encarama en el alféizar y me atrae hacia él. Cuando me mira, en sus ojos se vislumbra una mezcla de cientos de emociones diferentes, es como si no pudiera decidir cómo se siente con exactitud.

—Eso es lo que le había ocultado a mamá —murmura, y luego añade incluso más bajito—: Y a ti.

—¿El qué? —pregunto, retirando mi mano de la suya y cruzándome de brazos—. No tengo la menor idea de lo que está pasando. Por favor, dime qué coño está haciendo tu padre aquí.

—¿La versión corta? —Traga saliva con dificultad—. He vuelto a tener relación con él desde septiembre.

Respiro hondo mientras la frente se me llena de arrugas por la sorpresa. Poco a poco, relajo los brazos y los dejo caer a ambos lados de mi cuerpo. Me cuesta un gran esfuerzo mantenerme serena.

—¿Por qué...? —pregunto. No lo entiendo, y estoy empezando a sentirme irritada.

No puedo comprender la razón por la cual Tyler ha permitido que su padre regrese. Hace que me pese la cabeza, como si me estuviera ahogando en interrogantes que necesitan respuestas—. ¿Cómo?

Tyler se pone recto y sus ojos se mueven con rapidez de izquierda a derecha mientras echa un vistazo cauteloso a la gente que pasa a nuestro lado. Entonces estira la mano para sacar las llaves de su coche del bolsillo trasero de sus vaqueros, las aprieta en el puño y frunce los labios.

—Vamos al coche —me dice, y comienza a caminar. Sus pasos son rápidos y su mano libre encuentra la mía otra vez. Dado que estoy totalmente en estado de shock y flipando en colores, la sensación de su piel junto a la mía no me afecta—. Lo que necesito decirte no lo podemos hablar aquí fuera.

No sé qué pensar mientras nos dirigimos hacia el aparcamiento. Mi mirada no se centra en nada en particular, y me siento como si estuviera en la luna cuando pasamos por delante de la cafetería donde trabaja Tyler y la plaza Pioneer. Apenas les presto atención. Lo único que puedo hacer es pestañear, tengo la cabeza en otro sitio. Preguntas y preguntas y más preguntas, y todas necesitan respuestas para poder comprender qué es lo que está ocurriendo; pero la más importante no puede esperar hasta que lleguemos al coche.

Miro a Tyler de reojo, y me limito a disparar:

—¿Estás... bien?

De inmediato me mira. El hecho de que su padre haya aparecido de improviso no parece haberle hecho flipar, así que es evidente que esta no es la primera vez que se han visto cara a cara, y sin

embargo, Tyler todavía está increíblemente inquieto.

—Sí —dice—, es solo que no estaba... preparado.

Vuelve a mirar hacia otro lado mientras con el pulgar comienza a dibujar con suavidad pequeños círculos en el dorso de mi mano. Al principio, pienso que es para asegurarme que todo esto no es tan retorcido como parece, pero luego me doy cuenta de que es porque está nervioso. Lo hace una y otra vez, se muerde el labio inferior y lo va soltando poco a poco, sus ojos tienen una mirada perdida, como si estuviera sumido en profundos pensamientos. Una lista mental de explicaciones y posibilidades, de lo que posiblemente esté a punto de decirme, se alarga con cada segundo que pasa. Llegamos al aparcamiento y subimos la escalera, su mano sigue apretando la mía, tanto que se me están durmiendo los dedos. Por cada gramo de seguridad que tiene Tyler, tiene el doble de ansiedad. Me da miedo que se desmaye por los nervios contra los que parece estar luchando ahora mismo. De alguna forma, logra no hacerlo, y cuando divisamos su coche, me suelta la mano. Abre la puerta, se sienta detrás del volante lo más despacio que yo lo haya visto hacerlo jamás y tira las llaves en uno de los posavasos. Yo me acomodo en el asiento del acompañante. Cuando cierro la puerta con suavidad, se instala el silencio. Ya no hay gente por la calle. El parking está vacío y no se oye ni un ruido. Estamos solo nosotros. Lo miro con impaciencia.

—¿Qué es lo que pasa?

Para mi sorpresa, el labio inferior de Tyler sigue intacto aun después de habérselo mordisqueado tanto. Clava la vista en el salpicadero durante un buen rato antes de inclinarse y desplomarse sobre el volante. Presiona la frente contra él y se cubre la cara con los brazos para que no pueda ver su expresión.

—Todavía no había decidido cómo te lo iba a contar —reconoce, con la voz ahogada—, así que ten paciencia.

—Solo explícame por qué está tu padre en Portland, Tyler. —Eso es todo lo que necesito saber. Por eso estamos aquí, porque su padre es un cabrón. No puedo comprenderlo, y la falta de información por parte de Tyler no ayuda mucho para descubrir por qué su padre está a menos de ochenta kilómetros de él.

—Porque él financia el grupo juvenil —dice Tyler muy rápido, con voz firme, a la vez que levanta la cabeza. Todavía está encorvado por encima del volante, pero ladea la cara hacia mí, sus ojos se arrugan en las comisuras—. Él paga el seguro —me explica—. Y el alquiler. Él se ocupa de los aspectos legales y de todas las cosas de las que yo no puedo porque no tengo dinero.

—¿Solo eso? —Niego con la cabeza, subo las piernas al asiento y las cruzo. Sus palabras no me ofrecen las respuestas que busco, por lo menos no todas—. ¿Y cómo sucedió? ¿Cuándo volviste a hablar con él? ¿Cómo retomasteis el contacto?

Tyler hace una mueca de dolor con cada pregunta que le lanzo. Al mismo tiempo, un desconocido pasa al lado del coche, camino de

su vehículo, y Tyler desvía la mirada hacia él. Espera hasta que el hombre ha desaparecido, como si este hubiera podido escucharnos desde fuera, antes de volver a mirarme a mí.

—No es fácil contártelo —reconoce.

—Tampoco te resultó fácil contarme la verdad sobre él la primera vez —le recuerdo de la manera más suave que puedo. A veces Tyler solo necesita un poco de presión para sincerarse, un empujoncito—. Pero fuiste capaz. Te escucho.

Le ofrezco una pequeña sonrisa. Una sonrisa tranquilizadora, que le hace saber que me importa. Que siempre me ha importado. Creo que a veces eso se le olvida.

Traga con dificultad y asiente con la cabeza. Luego se aparta del volante, se reclina en el asiento y deja caer los hombros. Es como si estuviera desinflándose ante mis ojos. Toca la parte inferior del volante con la punta de los dedos, se observa las manos. Las venas se le ven gruesas y azules.

—La noche en que me marché... —comienza a decir, y de inmediato me preparo para oír una larga historia, toda la verdad. Tyler nunca da menos. Es todo o nada. Su tono de voz es bajo y sigue toqueteando con la punta de los dedos el borde inferior del volante de manera ansiosa.—No sabía adónde ir —reconoce—. Así que me puse a conducir, y cuando iba por Redding, paré en casa de mis abuelos. Llevaba toda la noche al volante y estaba agotado. Creo que la última persona que los abuelos esperaban que llamara



a su puerta era yo.—Por fin levanta la vista y aprieta las manos con más fuerza. Las comisuras de su boca dibujan una pequeña sonrisa, pero eso es todo. Me alegro cuando no aparta la vista y continúa mirándome—. Al final pasé allí el día antes de decidir qué coño iba hacer y adónde iba a ir. Pero no podía soportar las fotos de mi padre en las paredes. —Lentamente, exhala y frunce los labios—. Intenté arrancarlas, pero el abuelo me pidió que me marchara. Estaba tan cabreado que empecé a gritarles, y ellos me dijeron que estaba fuera de control. — Hace una nueva pausa y su rostro refleja el dolor que siente. Solo recordar que sus abuelos le dijeran algo así es demasiado para él—. Y lo peor era que yo sabía que estaba descontrolado. Para empezar, esa fue la razón por la que me marché de Santa Mónica, y no me cabía duda de que tenía que hacer algo para arreglarlo lo más pronto posible. No quería seguir sintiendo tanta rabia. Yo tengo el ceño fruncido. Siempre hay algo desgarrador en la manera en que Tyler se abre. Algo tan honesto, tan sincero y tan crudo que siento un vacío en el estómago. Creo que se debe a que su pasado es demasiado trágico. Tan perturbador y tan injusto, tan terrible y tan incómodo... Todo en la vida de Tyler parece ser así.

—Nadie puede culparte por sentir lo que sientes respecto a tu padre —afirmo, aguantándome las ganas de acercarme y rodearlo con los brazos como solía hacer cada vez que él necesitaba consuelo y que alguien le asegurara que todo iba salir bien.

—Pero sí por no saber controlarlo. —Su tono de voz es ahora más duro y vuelve su mirada hacia el parabrisas. El parking está a tope de coches, pero no se ve ni una sola persona—. Quería verte.

—¿Qué?

—Cuando estaba cabreado por esas fotos —murmura— quería verte. —Recorre toda la circunferencia del volante con los dedos. Una, dos, tres veces. Tiene la mirada perdida hacia un viejo Ford que está aparcado delante de nosotros—. Yo ya sabía que no era sano necesitarte tanto. No podía pasarme la vida dependiendo de ti para que me dijeras que me calmara, o que todo estaba bien, o que debería respirar un segundo. Por eso no regresé. Podría haberlo hecho. Me moría por hacerlo. Pero volver habría sido la salida fácil. —Deja de pasar los dedos por el volante. Sus ojos han vuelto a centrarse en mí, y durante un instante, está del todo quieto—. Estaba entre Portland y tú —dice—. Y yo sabía que tenía que elegir Portland, porque si no podía tenerte, así por lo menos podía tener una parte de ti.

Ahora siento la piel de gallina y la garganta seca. Me centro en mi respiración porque me da miedo olvidarme de respirar a no ser que lo piense. «Inhala, exhala.»

—¿Portland te condujo hasta tu padre? —pregunto—. ¿Es ahí adonde quieres llegar?

Tyler niega con la cabeza.

—Déjame terminar —me pide. Lo dice de manera contundente y

con fuerza, como si no quisiera que lo interrumpiera. Así que lo miro arrepentida mientras levanto las manos en señal de rendición. No habrá más preguntas. Solo escucharé.

—Vine aquí —continúa— y durante las primeras semanas no hice nada en absoluto.

Solo me sentía cabreado todos los días y no sabía cómo salir de hoyo sin tomar algo, ya me entiendes. —Aprieta el puño izquierdo y lo levanta mientras una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. Luego deja caer ambas manos en su regazo y vuelve a fruncir el ceño—. El hecho de que papá hubiera salido de la cárcel no me cabía en la cabeza, y necesitaba encontrar una forma de soltar toda esa rabia que llevaba años guardando en mi interior. No sabía cómo hacerlo hasta que me puse a pensar seriamente en las opciones que tenía. — Su voz es más baja con cada palabra que sale de su boca. Traga saliva entre cada frase y tiene la vista clavada en sus manos con los dedos entrelazados—. Y por fin me di cuenta de qué era lo que necesitaba hacer, aunque detestaba incluso pensarlo. Era... Me da mucha vergüenza. —Hace otra pausa. Respira hondo y deja las manos quietas—. A finales de agosto, me di por vencido y pedí una cita con un... —Le cuesta decirlo, porque exhala profundamente otra vez, luego aprieta los párpados y a través de sus labios entreabiertos, susurra—: Con un psicólogo.

Silencio.

No sé qué esperaba que me dijera Tyler, pero desde luego que no era eso. La palabra tiene un peso que de inmediato carga el ambiente que nos rodea. Las cuatro sílabas resuenan en mis oídos. Tyler no ha vuelto a abrir los ojos. De hecho, creo que los está apretando aún más.

Yo parpadeo, en parte por la sorpresa y en parte por la incredulidad. Incluso mis labios han formado una «o» bien redonda.

—¿Has ido a terapia?

Él asiente con la cabeza una vez, y sus manos vuelan a cubrirle la cara. Jamás lo he visto tan humillado.

—Mamá siempre quiso que hablara con alguien —murmura. Sus manos ahogan el sonido de su voz. Esa palabra sigue resonando en mi cabeza, rebotando de aquí para allá—. Cuando sucedió aquello. Cuando encerraron a papá, le habría gustado encontrar un psicólogo para que pudiera desahogarme sobre lo que me había pasado con una persona ajena al problema. Pero yo me negué. — Poco a poco, se aparta una mano de la cara, con la otra se frota los ojos. Los sigue manteniendo cerrados—. Entonces yo tenía trece años. Estaba a punto de comenzar segundo de secundaria. No me apetecía ser el chaval que necesitaba ayuda. Yo quería ser normal. »Me gustaría haber ido entonces —dice—. Pensaba una y otra vez que tal vez las cosas habrían sido diferentes, y fue en ese momento cuando me di cuenta de que todavía podían cambiar. Así que investigué, pedí una cita y me arrepentí en cuanto crucé la

puerta. Tras la primera sesión me sentí como el idiota más grande del mundo. Me sentí estúpido sentado en aquel sofá con una enorme planta como una torre encima de mí, y con una mujer que me doblaba la edad y me preguntaba cómo estaba. Su nombre es Brooke. Ella quería que le contara por qué había ido a su consulta, así que le solté mi discurso, el que usé durante la gira del año anterior. Me lo sé de memoria, así que ahora no es nada más que un guión para mí. Es más fácil hablar de las cosas si desconecto de todo. Sé que Tyler no quiere que lo interrumpa ni que siga haciéndole preguntas. Pero me cuesta luchar contra la necesidad de reaccionar, de decir algo. Extiendo la mano hacia él casi de manera inconsciente, y con cuidado entrelazo nuestros dedos. Así está mejor. Su piel junto a la mía; mi piel junto a la suya. Mantengo nuestras manos apretadas sobre su muslo. Todavía no he apartado la vista de su cara.

—¿Como ahora? —pregunto.

Casi de inmediato, retira la mano que tenía en la cara y abre los ojos. Lo hace lentamente, y no hay energía en sus movimientos cuando gira la cabeza para mirarme.

Es como si estuviera bloqueado; se obliga a pestañear, porque tiene los ojos muy abiertos y vacíos, sin expresión.

—Lo siento —balbucea. Dirige la mirada hacia nuestras manos, que desprenden calor. No vuelve a levantar la vista, pero sí deja escapar otro largo suspiro—. Me cuesta mirarte.

—No pasa nada.

Puede que con el paso de los años a Tyler se le vaya dando mejor sincerarse, pero eso no significa que le resulte menos incómodo. Sé que detesta hacer esto, y sin embargo siempre lo intenta y lo logra. Lo hace mucho mejor de lo que yo podré hacerlo jamás, así que sigo prestándole atención con mucha paciencia.

—¿Qué ocurrió después?

Se encoge de hombros y sigue con los ojos clavados en nuestras manos.

—Solo... hablamos. Iba dos veces por semana. Resultó no ser tan malo hasta que pasaron tres semanas, cuando me preguntó si alguna vez había considerado la opción de hablar con papá. Enfrentarlo en un ambiente controlado. Dijo que ayudaría. Yo pensé que era una locura. —Mueve su mano libre hacia mi muñeca, donde dibuja suaves círculos alrededor de la pulsera que llevo—. Pero cuando regresé un par de días después, le dije que estaba dispuesto. Tenía sentido, y siempre había querido que papá tuviera que mirarme a la cara. No se lo iba a poner fácil, así que llamé al tío Wes y colgué en cuanto contestó. Luego volví a llamar y le pedí que le dijera a papá que viniese a Portland el lunes siguiente. Le di la dirección de la consulta y le dejé bien claro que era la única oportunidad que le iba a dar en la vida, y entonces colgué antes de arrepentirme.

—¿Y vino?

—Vino. —confirma Tyler—. Me dieron mareos mientras esperaba por él. En serio pensé que me iba a desmayar en el suelo de la consulta. Tenía el presentimiento de que me iba a plantar, y si te soy sincero, parte de mí deseaba que lo hiciera. Brooke era algo más optimista y tenía razón, porque apareció a la hora acordada. —Sus ojos se mueven para mirarme, y me lanza una sonrisa hermética y fingida. Es una más de esas sonrisas tristes que nunca me creeré—. Fue la puta mierda más rara de la historia. Él entró y se quedó paralizado, se limitó a mirarme con fijeza, incluso cuando Brooke se presentó y le estrechó la mano. No dijo ni una palabra, y yo lo estaba asesinando con la mirada, preguntándome por qué todavía estaba exactamente igual que como lo recordaba. Quería que pareciera otra persona.

Creo que a Tyler no le importa si le hago una pregunta ahora, así que lo interrumpo en voz baja:

—¿Cuánto tiempo había pasado?

—Ocho años —me dice, y luego niega con la cabeza como si no pudiera creerlo—. Él no me había visto desde que tenía doce años. Doce... Es que es una locura. Ahora tengo veinte, y creo que se quedó pasmado durante unos diez minutos. Se perdió toda mi adolescencia, y seguro que para él eso era raro, ver a un tío delante de él en vez de a un niño.

—¿Te sentiste... enfadado? —Mi voz es bajita, mi tono, amable.

—No —responde Tyler, y parece contento de poder decir eso—. Ni

siquiera sé cómo me sentía. Como si estuviera vacío, como si allí no hubiera nada. Así que me senté y luego papá me imitó, y durante por lo menos unos cinco minutos no hubo nada más que silencio.

Sus dedos se mueven de mi muñeca a mi mano, donde le da golpecitos a cada uno de mis nudillos, despacio y suave. Es casi como si necesitara mantener su mente ocupada con algo aparte de las palabras que va hilvanando. Como si tocar mi muñeca y dar golpecitos en mis nudillos y apretar mi mano con más fuerza sirvieran para distraerlo.

—Brooke me obligó a contárselo todo.

Yo enarco una ceja.

—¿Todo?

—Desde que lo encerraron hasta ese día —explica. Respira hondo, cierra los ojos brevemente, aprieta mi mano. Siempre hace lo mismo cuando está a punto de decir algo que no le apetece verbalizar—. Le expliqué que me habían expulsado de la escuela tres veces. Le confesé que la primera vez que fumé hierba tenía catorce años, y dieciséis cuando probé la coca. Le dije que mis notas eran tan bajas porque no me importaba nada, que trataba a mamá como la mierda, que me encantaba emborracharme. Le enumeré las veces que me llevaron a comisaría y le hablé del chico al que le reventé la nariz en el instituto. Le hablé de Nueva York y de ti. Le expliqué la razón por la que estaba en Portland. Le dije



que era por él, porque necesitaba arreglar el desastre en el que él me había convertido. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que pestañeo y se me escapa la primera lágrima. Siento el pecho bloqueado, la cabeza densa con el peso de sus palabras. Ya sabía todas estas cosas, pero escuchar el dolor en la voz de Tyler mientras las dice es lo que me mata de verdad. No creo que su padre sea consciente jamás del daño que ha causado. Los abusos pueden haber sido físicos, pero las secuelas son psicológicas.

—Y creo que eso fue lo que más me alivió, Eden —dice, fuerte y claramente, como si esa misma sensación de alivio le estuviera recorriendo el cuerpo en este momento.

Cuando pestañeo para liberarme de las lágrimas que se me acumulan en las comisuras de los ojos, me doy cuenta de que me está mirando de nuevo. Una vez más su expresión es del todo sincera.

—Poder mirarlo directamente y culparlo por todo lo que ha hecho... fue, en cierto modo, gratificante. Se echó a llorar delante de mí. Mi padre nunca había llorado, te lo juro.

Así que me sorprendió, porque era algo rarísimo en él, y luego poco a poco caí en la cuenta de que tal vez se arrepentía de todo. Quizá se odiase a sí mismo por haberlo hecho. A lo mejor lo sentía de verdad. Es lo único que decía una y otra vez, que lo sentía, perdón, perdón, perdón. Así que yo me levanté con calma y me marché de la consulta, dejándolo allí, balbuceando como un puto

idiota. ¿Y sabes qué? —Sonríe—. Me sentí mejor.

Todavía con las manos entrelazadas, extendiendo mi brazo libre y le rodeo el suyo; me inclino por encima de la consola central para acercarme a él y apoyo mi mejilla en su bíceps. La tela suave de su camisa atrapa mis lágrimas mientras corren por mis mejillas, y no soy capaz de responder porque estoy demasiado ocupada en apretar los párpados.

Detesto llorar, y siempre que lo hago es por Tyler. Siempre el puto Tyler.

Y él por fin se da cuenta.

—¿Por qué lloras? —pregunta sorprendido.

Con una mano gira mi mentón para que lo mire, secándome las lágrimas con sus pulgares. Y luego aprieta mi mano con más fuerza. En cualquier momento, a uno de nosotros le va a explotar una vena de la presión, seguro.

—No eres un desastre —digo.

Si alguien es un caos, esa soy yo. Yo soy la que está llorando en su hombro. Yo soy la que es incapaz de arreglar las cosas con mi padre. Yo soy la que no puede decir que no a un helado en el muelle. Yo soy la que cuenta los días, aliviada de que hayan pasado, en vez de hacer algo para mejorarlos. Por eso admiro tanto a Tyler: tuvo el valor de cambiar las cosas. Se mudó a una ciudad nueva, fue a terapia, ha hablado con su padre, ha fundado un grupo juvenil, está trabajando, tiene su propio piso. Y eso no lo

consiguió lloriqueando.

Cuando conocí a Tyler, nunca pensé que algún día me encantaría ser como él.

—Ya no —afirma—. Brooke me ha ayudado mucho, por eso seguí yendo. Pero no esperaba que papá estuviera en la siguiente sesión. Flipé en colores cuando entré, y entonces Brooke me dijo que mi padre se iba a quedar un tiempo en Portland. Explicó que todavía teníamos que reparar muchas cosas, así que vino a todas las sesiones: tres veces por semana durante las tres semanas siguientes. Cada vez me resultaba más fácil hablar con él, así que al final le conté que estaba intentando decidir si crear un grupo juvenil. Le gustó la idea y se ofreció a ayudarme. Él no puede trabajar con menores directamente, así que dijo que se ocuparía de los gastos. Según dijo, es lo mínimo que puede hacer por mí. —Levanto la vista, y Tyler está sonriendo, intentando no reírse a carcajadas del eufemismo—. Y cumplió su promesa —prosigue, atrayéndome hacia él aún más—: Él paga las facturas y viene a Portland todos los meses para ver cómo va todo. En realidad, ahora vive en Huntington Beach. Lleva un año invirtiendo en empresas para intentar recuperarse y, aunque odio tener que admitirlo, le está yendo bien. No puedo criticarlo por intentar encauzar su vida porque yo estoy haciendo justo lo mismo. Me froto los ojos, me echo hacia atrás, y me siento derecha. Nuestras manos siguen entrelazadas.

—¿Por qué te resultaba tan difícil contarme esto?

Tyler gime y aparta la vista, de repente se queda callado y los nervios vuelven a atacarlo.

—Es que... —Sus palabras se apagan y deja escapar un suspiro drástico—. Me da vergüenza lo de la terapia —admite—. Quería contártelo, pero es difícil.

—¿Por qué?

—Porque ¿desde cuándo mola ir al loquero, Eden? —Me mira con rapidez, y por un segundo creo que va a descargar toda su rabia en mí por cuestionarlo, pero en su expresión no se vislumbra nada de cólera, y tampoco en su voz. Ya hace mucho que ha desaparecido el Tyler irascible—. La terapia no es algo de lo que uno se sienta orgulloso.

—Pues debería.

Se le frunce el entrecejo.

—¿Qué?

—Deberías sentirte orgulloso, Tyler —digo, con una mirada firme en mis ojos húmedos, y entonces suelto su mano—. Ir a terapia no significa que seas débil. Significa que eres fuerte, y deberías sentirte orgulloso de haber tomado esa decisión. Mira lo feliz que pareces.

—¿Por qué siempre me haces esto?

—¿El qué? —pregunto.

Poco a poco, una sonrisa se le extiende por toda la cara,

iluminando sus ojos.

—Hacerme sentir mejor con tus sabias palabras.

Yo lo miro, con la sonrisa más grande que soy capaz de esbozar, porque su sonrisa es contagiosa. Puede que él no se sienta orgulloso de sí mismo, pero yo sí estoy orgullosa de él. Pienso que nunca dejará de sorprenderme lo increíble que es.

Me inclino por encima de la consola hacia él, rodeando su bíceps con los brazos, y hundo la cara en su camisa. Él me abraza y me atrae hacia él aún más, los dos nos estrechamos tan fuerte que parece que nos va la vida en ello. Me gusta sentir su cuerpo contra el mío así; no solo su tacto, sino a él al completo.

—Porque cuando alguien te importa de verdad —le digo—, quieres hacerle sentir bien. Eso es todo lo que quieres cuando amas a una persona.

Algo interrumpe su expresión, pero es tan rápido que no tengo tiempo de darme cuenta de qué se trata.

Se me acerca un poco y sus labios hacen una mueca que invita al juego, y que al mismo tiempo está llena de alegría y alivio.

—¿Amar?

Siento que mis mejillas se sonrojan por la presión de su intensa mirada sobre mí. Sus ojos húmedos me miran buscando una confirmación. Pero me siento tan tímida que no puedo mirarlo a la cara para decírselo.

Me inclino hacia él y murmuro:

— Siempre lo he hecho.

Y me cojo a su brazo y escondo mi cara en su camisa, antes de que ni siquiera pueda mirar qué expresión tiene su cara. Me abraza y me lleva aún más cerca de él. Tan juntos que parece que a nuestras vidas les correspondería estar así. Me gusta tenerlo así, no solo percibiendo su tacto, sino también sintiéndolo.

Ahora tengo ganas de besarlo. Me muero por darle un beso, porque estoy enamorada de él. Puedo notarlo en cada centímetro de mi ser, en cada célula de mi cuerpo, en mi totalidad absoluta. Ese sentimiento siempre ha estado ahí, y no importa lo mucho que haya intentado convencerme de que no quedaba nada, la verdad es que nunca se fue.

Llevo enamorada de él desde que tenía dieciséis años.

Estoy preparada para besarlo. Pero ahora no es el momento. Este instante es de Tyler. Él apoya su mentón sobre mi cabeza, y puedo notar su respiración en mi frente, cálida y pausada. Ese ritmo suave es lo más relajante del mundo, y permanecemos así durante un rato, abrazados, enredados en los asientos delanteros del coche de Tyler en medio de este parking del centro de Portland. Durante el año pasado, no era capaz ni de imaginar que mi vida podría ser así otra vez, pero ahora esta es mi realidad, y no la cambiaría por nada.

«La próxima vez», pienso.

«La próxima vez lo besaré.»

## CAPÍTULO 18

Aquí estoy, sentada, mi respiración se ha sincronizado con la de Tyler, tenemos los ojos entreabiertos y nos quedamos mirando el parabrisas sin fuerzas, cuando de repente me enderezo. Me aparto y me siento erguida en el asiento del pasajero. La brusquedad de mi movimiento sorprende a Tyler, porque se retrae y me lanza una mirada inquisitiva. No son todavía ni las once, así que tenemos todo el día por delante. Nos queda un día completo antes de que Tyler vuelva al trabajo mañana. Emily ha dicho que nos divirtiéramos, y eso es exactamente lo que vamos a hacer. Al estilo de Portland.

—Cambio de planes. Pásame las llaves —digo, reprimiendo una sonrisa que amenaza con extenderse por toda mi cara, porque estoy intentando con todas mis fuerzas mantener una expresión pícara. Por una vez quiero ser yo quien lo sorprenda a él. Por lo general es al revés. Las grandes ideas se le suelen ocurrir a Tyler, como llevarme al muelle, hacer reservas con meses de antelación para cenar en restaurantes italianos, enseñarme a jugar al béisbol y comprar entradas para el partido de Los Yankees o dejarme conducir su súper cochazo en mitad de la noche en un aparcamiento de Nueva Jersey y comprarme unas Converse en las que luego escribió algo en español. Tyler siempre tiene ideas

emocionantes que me alegran el día. Ahora me toca a mí devolverle el favor.

—¿Qué?

—Las llaves —repito—. Las necesito para conducir.

Tyler les echa un vistazo a las llaves del coche, que están en el posavasos, y luego a mí, y luego a las llaves otra vez. Parece receloso, como si en serio creyera que lo que tengo en mente podría ser peligroso. No lo es, es solo algo intrépido. Por fin, coge las llaves y las deja caer en mi mano.

—Pero yo pensé que podríamos...

—Cámbiame el sitio —le ordeno—; confía en mí.

Tyler no pierde tiempo. Abre la puerta y se baja, y mientras él da la vuelta para subirse al lado del pasajero, yo trepo por encima de la consola y me acomodo en el asiento del conductor. Nunca he conducido este coche. El otro, sí. Este, no. No tiene tantos caballos como el viejo, así que me siento bastante tranquila mientras arranco el motor y me pongo el cinturón de seguridad. Gracias a Dios que es automático.

Cuando Tyler ya está dentro del coche, sonrío de tal manera que me hace deducir que se siente confuso pero intrigado. Ajusta su asiento, se abrocha el cinturón y luego se echa hacia atrás y se pone cómodo.

—¿Es legal lo que vamos a hacer? No iremos a allanar algo, ¿verdad? Nada de conducción temeraria, ¿eh?



Le lanzo una mirada.

—Por supuesto que es legal. ¿Por qué haría yo algo que no lo fuera?

—Bueno, se nos da bastante bien quebrantar las leyes —dice, y nos reímos como si la conversación que acabamos de mantener nunca hubiese ocurrido.

Su ansiedad ha desaparecido, ha sido reemplazada por buen humor y un destello brillante en sus ojos que solo aparece cuando está a gusto de verdad. Creo que se alegra de que la conversación haya terminado, y creo que está aún más feliz porque yo no continúo hablando del tema. La vida no se trata de andar lidiando siempre con las cosas malas. A veces, pasarlo bien tiene que ser la prioridad. Pongo el coche en marcha y encuentro la salida del parking, de vuelta a las cálidas calles de Portland. No le quiero decir a Tyler adónde vamos, por eso no puede conducir él. Además, está fuera de la ciudad.

—Y bien —me dice Tyler cuando paramos en un semáforo—. ¿Se puede considerar esto un secuestro? Ya sé que hace un año que no me ves, pero no tienes que llegar a estos extremos. Robo y secuestro.

Pongo los ojos en blanco, y por fin permito que la sonrisa que me he estado aguantando se dibuje en mi cara.

—Te llevo de aventura —anuncio—. Tenemos que hacer un par de paradas. La primera a unos cuarenta y cinco minutos, y espero que

no hayas estado allí todavía.

Tyler suelta una carcajada, y luego se queda callado y no hace más que mirarme fijamente con una sonrisa dibujada en los labios. Hay algo en su expresión que creo no haber visto antes. No se trata de gratitud. No es alivio. Es aprecio. El ambiente en el coche es muy distinto. Ha pasado de tenso a eléctrico, avivado por el buen rollo y por carcajadas y sonrisas constantes. La radio vuelve a estar encendida, y los temas de moda resuenan en el coche mientras un sol de justicia nos cae a través del parabrisas. Por primera vez, parece verano de verdad. Así debería ser el verano: días soleados llenos de aventuras con la gente a la que más quieres.

El tráfico todavía no es denso, así que salir del centro y pasar el Willamette no supone una pesadilla. En realidad, resulta fácil, y muy pronto ya circulamos por la autopista. Esta en concreto tiene unas vistas maravillosas, y me cuesta creer que mi padre me llevase a dar largos paseos en coche por esta ruta cuando yo era pequeña. Solíamos hacerlos todos los sábados por la mañana, pero esa norma semanal desapareció en el momento en que su relación con mamá empezó a resquebrajarse. Ahora, apenas nos podemos mirar sin sentirnos molestos, y ni de coña pasaríamos tiempo de calidad juntos. Es triste cómo pueden cambiar las cosas con el tiempo.

El trayecto no parece haber durado cuarenta minutos, aunque así es. Nos dirigimos hacia el este, dejando Portland atrás, y

disfrutamos de cómo brilla el río al sol. Este paisaje no es tan bonito cuando está nublado. El tiempo también pasa mucho más rápido porque Tyler y yo no hemos parado de hablar ni un segundo. Él sigue intentando adivinar adónde lo llevo, y fallando. No, no vamos al otro lado del río Washington. No, tampoco a la cumbre del monte Hood. Y no, segurísimo que no lo llevo a montar en moto acuática, aunque creo que eso es lo que más le gustaría. Cuando estamos a unos minutos de mi brillante destino, su expresión cambia. Se le ilumina la cara y se estira para apagar la radio antes de volverse hacia mí, con una sonrisa torcida en el rostro.

—Las cataratas Multnomah —dice.

Casi piso el freno de golpe de pura frustración.

—¡No me jodas! —Levanto y agito la mano alterada porque mi sorpresa ya no lo es, y lo miro con los ojos entrecerrados—. ¿Cómo lo has adivinado?

Se ríe y se endereza en su asiento, señalando hacia atrás por encima del hombro.

—Por el letrero de ahí atrás. Decía «Cataratas Multnomah».

Las cataratas Multnomah son las más altas de Oregón, la atracción principal en esta región del estado. Hace años que no vengo, pero era uno de mis lugares favoritos, sobre todo cuando las visitaba con papá. Juntos, solíamos hacer senderismo hasta la cumbre, pedirle a algún desconocido que nos hiciera una foto y mandársela a mamá, que solía contestar que le encantaría estar con nosotros.

—Por favor, dime que todavía no has estado aquí. Quiero ser yo quien te las enseñe.

—Nunca he venido —dice Tyler, y yo suelto un suspiro de alivio.

Las cataratas Multnomah son especiales. Por eso es nuestra primera parada, porque hoy parece un día especial. Hay algo en el aire, a nuestro alrededor. Lo puedo sentir y me gusta. Entramos en el aparcamiento, justo enfrente de la hospedería Multnomah Falls.

Tyler parece algo nervioso mientras yo maniobro para aparcar en un sitio bastante pequeño. Por suerte, logro hacerlo sin perder ni un retrovisor. Saco las llaves del contacto de un tirón y me bajo del coche por el ajustado espacio que me ha quedado.

—Supongo que son esas —aventura Tyler, situándose a mi lado y señalando con la cabeza lo que hay detrás de mi hombro mientras me remango la sudadera hasta los codos.

Ni siquiera tengo que mirar detrás de mí para saber que sí, está viendo las cataratas. Incluso se pueden ver desde la autopista, a la derecha cuando se pasa por delante, y ahora mismo la verdad es que no estamos lejos de ellas.

—Sí.

—Genial. Te sigo —dice.

Inmediatamente, cojo su codo, tirando de él hacia atrás para poder poner mi mano en la suya, entrelazamos los dedos una vez más. Durante la última hora, todo parece haber encajado en su sitio. Ya no tengo que decidir lo que siento por Tyler, porque ya no hay nada

que me impida aceptar el hecho de que sigo enamorada de él. Ahora lo comprendo todo. Conozco la razón por la que Tyler tenía que marcharse. Entiendo por qué vino a Portland; por qué ha tomado las decisiones que ha tomado, y por qué debía tomarlas solo, por nadie más que por sí mismo. Lo comprendo, y ahora que poseo las respuestas y las explicaciones a todos los interrogantes y las dudas que he tenido a lo largo del pasado año, ya no estoy cabreada con él, ya no tengo una mezcla de sentimientos. Solo amor y perdón.

Llevar tanto tiempo sin notar su piel sobre la mía me ha vuelto loca, y ahora que por fin he podido decidir lo que siento, me muero por que me toque. Me voy a aprovechar de cualquier oportunidad que surja, como esta, mientras lo llevo por el camino de la mano, unidos como con pegamento. Por suerte, a Tyler no parece molestarle.

Ya hay varias personas a nuestro alrededor, un grupo de chicas jóvenes y una pareja de ancianos, y todos se dirigen hacia el comienzo del sendero pavimentado. Nosotros los seguimos.

Me encanta que las cataratas sean tan accesibles. Hay solo una caminata de cinco minutos hasta la parte de abajo. Para los que quieren ir más arriba, hay un sendero hasta la cima. Y aquí estamos, Tyler y yo otra vez, de la mano, lo normal. Aquí nadie sabe que somos hermanastros. Es imposible que lo sepan, y mientras miro a la gente a nuestro alrededor, me pregunto por qué

he tenido tanto miedo de cómo reaccionarían si descubrieran que Tyler es hijo de la mujer de mi padre. Qué más da; solo son desconocidos. Sus opiniones no nos importan, y no deberían afectarnos. La forma en que me siento ahora mismo, feliz y contenta con Tyler a mi lado, es lo único que importa. La caminata es tan corta que antes de que me dé cuenta ya estamos en el mirador de la base de las cataratas. Desde aquí se puede apreciar su altura, sus ochenta y dos metrazos.

La gente ya se está reuniendo en un gran grupo mientras toman fotos y sacan sus impermeables de las mochilas. No importa el calor que haga en Portland en verano, en las cataratas Multnomah siempre hace más fresco y hay una capa de niebla permanente, por eso el terreno está siempre húmedo.

—Qué chulas —dice Tyler en voz alta para hacerse oír por encima del ruido de las cataratas. El agua insiste en salpicarnos.

—Vamos a subir allí —propongo, señalando con el dedo hacia el puente Benson, una pasarela que se extiende por la base del primer nivel. Estoy segurísima de que es una de las vistas más alucinantes del mundo.

Otra vez cogidos de la mano, nos ponemos en marcha. No hay que caminar mucho para llegar al puente, solo varios cientos de metros o algo así, pero tenemos que luchar contra la corriente de gente que nos ha copiado la idea. A veces me gustaría que las cataratas Multnomah no fuesen tan famosas, porque cuando llegamos a la

pasarela, ya está a tope de espectadores. Tyler mueve las manos hacia mis hombros y me roza con el cuerpo desde atrás mientras avanzamos; nos apretujamos en la pasarela hasta que encontramos un hueco donde detenernos. Y por fin siento que he vuelto a casa de verdad.

Estando aquí arriba, con el primer nivel de las cataratas por encima de mí y la bajada de la segunda por debajo, me siento a millones de kilómetros de California. El olor a musgo húmedo. La frescura del aire. Los árboles verdes y vivos que no sufren los efectos de la sequía. Esto es Oregón.

—Es obligatorio sacar una foto —le digo a Tyler cuando me vuelvo para mirarlo.

Tiene la cabeza echada hacia atrás, con el rostro observando la cima de las cataratas. Pestañea un par de veces y luego me mira, tiene una sonrisa cálida en la cara. No titubea en sacar su móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Si es tan obligatorio —murmura—, échame una sonrisa. —Da unos pasos hacia atrás y levanta su teléfono mientras se ríe y me pide que diga «patata».

Con las cataratas como telón de fondo, me echo hacia atrás, me apoyo en la pasarela en medio de todo el mundo y sonrío. Es tan natural que puedo notar cómo me ilumina toda la cara. Me siento tan feliz que se me olvida que estoy posando para una foto, y termino riéndome, de mí y de Tyler, y de las sonrisas atolondradas

que hoy no somos capaces de reprimir.

Y cuando ha terminado de hacer la foto, cambiamos de sitio. Ahora le toca a Tyler ponerse delante de las cataratas. Vuelve a sonreír y levanta los pulgares hacia la cámara mientras yo le hago varias fotos. Luego doy un salto y me sitúo a su lado, me apretujo contra su cuerpo y coloco el teléfono para sacar un selfie. Él ladea su cara contra la mía y apoya la mandíbula en mi sien, y sonreímos una vez más a la pequeña cámara de su teléfono, igual que hace un año en Nueva York. Solo que esta vez al fondo no está Times Square.

Tomo la foto y luego bajo el brazo, doy un paso, me pongo delante de él y le devuelvo el móvil. Pero la sonrisa de Tyler ha desaparecido de repente y ahora frunce el ceño, lo que hace que la mía también se esfume. Su mirada se posa en mi muñeca, y yo no entiendo por qué está arrugando el entrecejo hasta que coge mi brazo con delicadeza y gira mi muñeca para verla. Entonces me acuerdo de mi tatuaje, y creo que Tyler lo ve por primera vez. No es el mismo que conocía. Él recuerda tres palabras. Ahora tengo una paloma con un ala más grande que la otra porque me da que el tatuador que me lo hizo en San Francisco era novato. Tyler coge mi otro brazo, mira mi muñeca. Nada. Contempla esa paloma horrible con desprecio, y luego poco a poco suelta mi brazo y levanta la vista para encontrar mi mirada ansiosa.

—¿Dónde está...? —Sé exactamente lo que quiere preguntarme.



Dónde está el No te rindas, dónde está su letra, dónde está el recuerdo del verano pasado, dónde está mi esperanza—. ¿Te lo has tapado?

La mirada de decepción en su cara es suficiente para que me entren ganas de tirarme de este puente. Me da demasiada vergüenza mirarlo a los ojos, así que me bajo las mangas de la sudadera con rapidez y doy pataditas al suelo con las Converse. Lo único que puedo hacer es encogerme de hombros.

—Esta primavera —le digo.

—¿Por qué?

Mi mirada lentamente encuentra la suya, sorprendida de que tenga que preguntarme eso. Me he dado cuenta de que a Tyler se le da fatal comprender las cosas más evidentes.

No quiero mentirle, así que le digo la verdad sin pestañear.

—Porque ya me había dado por vencida, Tyler.

—Lo entiendo.

Se da la vuelta y cruza los brazos encima de la barrera del puente, y se queda mirando el agua. No estoy segura de qué se supone que debería decir, y me temo que he arruinado el paisaje increíble que se extiende a nuestro alrededor. Espero que se quede callado un rato, así que me sorprende cuando se endereza y me mira a la cara con una sonrisa pilla en la boca.

—¿Todavía sigues pensando en rendirte?

Otra vez me pregunta algo cuya respuesta es evidente.

—Ya sabes que no —digo.

—Demuéstramelo —me pide.

Su sonrisa se tuerce aún más mientras enarca las cejas y señala mi muñeca con un movimiento de la cabeza. Espera que sepa lo que me está insinuando.

—¿Quieres que recupere el tatuaje original? —le pregunto, con un tono neutro, y con una expresión incluso más en blanco.

No estoy segura de si me está tomando el pelo o lo está diciendo en serio. Jamás me había planteado volver a hacerme ese tatuaje.

—Creo que deberías —sugiere, y luego añade—: A lo mejor me lo hago yo también.

Casi al momento, estiro la mano para cerrar el trato. «Lo ha dicho —pienso—. No dejes que cambie de idea.»

—Me parece un buen trato.

—Eden —dice, mientras su cara se relaja—, era coña.

Ahora soy yo la que está sonriendo de manera pilla.

—Lo mío no.

Tyler me observa, sopesando mi mirada desafiante y mi mano, que todavía está extendida hacia él. Luego pone los ojos en blanco, deja escapar un suspiro de derrota y me estrecha la mano sellando el trato.

—Mañana llamaré a mi tatuador —me dice mientras se vuelve a meter el teléfono en el bolsillo de sus vaqueros—. Le preguntaré si nos puede dar cita en algún momento.

—No —lo interrumpo—. Tenemos que ir ahora mismo. Hoy tenemos que ser impulsivos.

Tyler titubea de nuevo, intentando decidir si lo digo en serio, y cuando se da cuenta de que sí, su sonrisa vuelve a aparecer. Exhala, levanta la mano, listo para coger la mía.

—Pues vámonos.

## CAPÍTULO 19

El tatuador preferido de Tyler es un tío que se llama Liam. Trabaja en un pequeño estudio en la zona del centro de Portland. Es quien le tatuó el bíceps y mantuvo mi nombre visible.

Ya llevamos unas dos horas sentados en la sala de espera de Liam, hemos de aguardar hasta las cinco porque es el único hueco que le quedaba hoy. Tiene la agenda llena, y todo tipo de personas han pasado por aquí durante este tiempo, hemos pagado y rellenado los formularios de descargo de responsabilidad e intentado decidir dónde hacernos los nuevos tatuajes. Hemos dado la vuelta a la manzana cuatro veces, pero estamos tan a tope de adrenalina que no podemos alejarnos demasiado durante mucho tiempo. También hay una chica que trabaja aquí, pero solo hace piercings. Se inclina por encima del mostrador en la zona de espera y da golpecitos con los nudillos para captar mi atención.

—¿Seguro que no quieres un piercing? —me pregunta cuando la miro. Señala el reloj en la pared con un movimiento de la cabeza—. Todavía te quedan diez minutos. Tenemos tiempo para hacerte uno rápido de una doble hélice. ¿Qué me dices?

—No, gracias —respondo por décima vez por lo menos.

Tyler se troncha cada vez que me pregunta si quiero hacerme un piercing en alguna parte del cuerpo, y creo que toda la cafeína que

ha consumido desde que estamos aquí esperando está empezando a hacer efecto. Ha ido a la cafetería de al lado un montón de veces. También puede ser el apabullante olor a jabón verde lo que está empezando a afectarle. A mí me está pasando lo mismo.

—Vale —dice—. Yo ya lo he decidido.

—¿Y bien?

Se pone de pie, con un vaso de café vacío en la mano, y luego señala hacia el lado derecho del torso, justo encima del pectoral.

—Creo que me lo haré aquí. No quiero añadir palabras a mis brazos —reflexiona en voz alta, mirándose la obra de arte que tiene en su bíceps izquierdo, que ha estado mejorando durante todo el último año. Mi nombre todavía sigue siendo la única palabra, apenas visible entre el resto de la tinta oscura que cubre su piel—. Y ya tengo escrito guerrero en la espalda, así que mejor en el pecho. Puede que nos vayamos a hacer el mismo tatuaje, pero seguro que no lo tendremos en el mismo sitio. Yo quiero que el mío esté en la parte interior de mi antebrazo. Lo mejor de todo es que nuestros nuevos tatuajes van a ser de nuestro puño y letra.

La puerta del estudio se abre, y sale un hombre corpulento caminando lentamente con un vendaje en la parte de atrás de su pierna. Ya tiene muchos tatuajes por todo el cuerpo, y cuando ha llegado hace cuarenta minutos, nos ha dicho que se iba a tatuar la barca que tenía su padre para tener un recuerdo suyo. Liam sale

detrás de él, y aunque lo he visto pasar un montón de veces desde el estudio hasta la sala de espera, me quedo mirándolo con sorpresa. Es que no parece un tatuador. Para empezar, parece tener mi edad, tal vez me saque un par de años. En segundo lugar, el único tatuaje que puedo divisar es una brújula en el cuello, justo detrás de la oreja. En tercer lugar, no intimida, lo cual es buena señal. Podría ser el tío del cuarto de al lado de tu resi al que le pides fideos instantáneos porque sabes que es demasiado amable para mandarte a la mierda.

Liam acompaña al hombre hasta la salida y entonces se vuelve hacia nosotros, tiene una sonrisa en los labios, como para pedirnos disculpas. Sabe que llevamos mucho tiempo esperando. Estamos tan desesperados por conseguir que nos haga estos tatuajes hoy, que estamos dispuestos a aguardar y a ser acosados por la plasta de su colega durante casi dos horas.

—Bueno, chicos —dice, agachándose detrás del mostrador mientras la de los piercings se aparta. Vuelve a aparecer con un grueso fajo de papeles que pone sobre la pequeña mesa que hay en el centro de la sala de espera—. Queréis escribirlo vosotros, ¿no? No os preocupéis si nos os sale el tamaño que deseáis. Luego puedo ajustarlo en el ordenador, limitaos a escribir lo que queréis.

Nos pasa algunos bolígrafos y nos explica que vuelve enseguida, cuando haya preparado el estudio para nosotros.

En cuanto Liam desaparece de la sala, Tyler se levanta y coge un bolígrafo, saca una hoja del montón y la alisa sobre la madera de la mesa. Escribe sin vacilar, y yo observo con muchísima satisfacción cómo se desliza el boli sobre el papel, mientras las letras aparecen una por una. No te rindas. Nunca pensé que vería a Tyler escribiendo estas palabras otra vez, y me enamora hasta la forma en que mueve la muñeca. Cuando ha terminado, se endereza y examina el papel frunciendo el ceño. Las letras no están muy rectas, unas son más gruesas que otras, y otras más altas. Pienso que son adorablemente infantiles, pero parece que Tyler las detesta, porque niega con la cabeza y arruga la hoja en una bola. La tira en la papelería, coge otro folio y vuelve a intentarlo. Esta vez en mayúsculas, pero tampoco le gusta y una vez más, acaba en la basura. Mientras se pasa una mano por el pelo, deja escapar un suspiro de frustración y pone otra hoja de papel en la mesa.

—Qué presión —murmura, y luego exhala de manera drástica antes de morderse el labio inferior concentrándose muchísimo. Su mano planea por encima del papel mientras aprieta el bolígrafo con fuerza—. Tiene que quedar bien, va a ser permanente...

—No quiero que sea perfecto, Tyler —le recuerdo, y le pongo una mano en el hombro, contemplándolo desde detrás de mis pestañas en el momento en que nuestras miradas se encuentran—. Solo quiero que sea tu letra.

Parece relajarse cuando oye mis palabras, porque asiente con la

cabeza y dirige la mirada hacia el papel, donde de inmediato garabatea esas tres palabras una vez más sin pensar demasiado. Todavía están un poco torcidas, pero es sencillo y real, que es justo lo que quiero.

—¿Qué te parece? —me pregunta Tyler, pasándome la hoja.

—Mmm —Ladeo la cabeza y finjo estar contemplándolas con atención, incluso me doy golpecitos en el labio con el dedo índice para añadir más dramatismo. Miro las letras garabateadas y luego la parte interior de mi antebrazo, intentando imaginármelas allí, y solo pensarlo ya es suficiente para que sonría y deje de hacer el tonto—. Me encanta — admito por fin.

En un ataque de espontaneidad me levanto y le planto un beso en toda la mejilla.

Según parece, hoy es el día de ser espontáneos.

Justo cuando estoy acabando mi texto para el pecho de Tyler, mientras hago lo posible para conseguir que mi letra sea un poco más masculina que mi estilo normal, Liam entra caminando sin prisa en la sala de espera, al tiempo que se frota las manos.

—Bien. ¿Quién va primero? Supongo que tú, Tyler —dice, y luego pone los ojos en blanco—. Las chicas nunca quieren ser la primeras.

Inmediatamente, doy un paso hacia delante. En parte porque estoy ansiosa que te cagas y quiero que Tyler piense que soy dura, y en parte porque siento la necesidad de desmontar el comentario



sexista de Liam.

—Yo estaré encantada de ir primero —digo, con una voz alta y clara. En realidad, tengo un nudo en el estómago y me muero de nervios.

Tanto Liam como Tyler me miran, su expresión llena de sorpresa.

—¿En serio? —pregunta Tyler.

—Sip. —Estiro la mano y cojo el papel que sostiene Tyler, y le paso el mío.

—Muy bien —dice Liam—. Pasa.

Me sujeta la puerta de su estudio en la parte de atrás para que pase y yo lo hago con aire de seguridad mientras Tyler me pisa los talones.

El estudio, como todos, es pequeño. En la pared hay una selección de trabajos enmarcados, desde enormes tigres hasta pequeñas rosas, y hay una cama arrimada a una pared en la que se deja caer Tyler. Parece un poco subidito, y me sonrío como si estuviera esperando a que cambiase de idea y le pidiera que él pasase primero.

—Siéntate —me pide Liam, así que eso es lo que hago. Me acomodo en la silla de cuero mientras él se coloca delante de mí en otra silla—. Y bien, ¿dónde lo quieres?

—Aquí mismo. —Estiro el brazo derecho y recorro la piel de la parte interior de mi antebrazo con el dedo.

La puta mierda de paloma está en el izquierdo. Me encantaría que

Rachael no me hubiera convencido de tapar el otro tatu.

Liam asiente con la cabeza y coge la hoja de papel con la letra de Tyler de mi mano y hace girar su silla para colocarse frente al ordenador que tiene en la mesa de trabajo. Pasa unos minutos escaneando el papel, luego lo agranda en la pantalla y lo vuelve a imprimir, y a continuación lo calca en papel hectográfico, que después presiona en la parte interna de mi antebrazo.

—¿Cómo lo ves?

Tengo el estencil de las palabras en mi piel. No es ni muy pequeño ni muy grande.

Tiene unos siete centímetros de largo, y baja por mi brazo justo como yo me lo imaginaba. Solo que todavía no es permanente.

—Adelante —le digo.

Exhalo y me echo para atrás en la silla, intentando ponerme lo más cómoda posible en tal situación. Al tatuador de San Francisco parecía que le pesara la mano cuando me hizo la paloma y sufrí muchísimo durante unos quince minutos. La espera del dolor al empezar siempre la peor parte. No entiendo cómo Tyler puede hacer esto con tanta frecuencia. Liam se enfunda un par de guantes de látex y se pone al lío, primero preparándose a mí y la tinta. Solo tarda unos minutos en poner la máquina a punto y pasar una maquinilla de afeitar por mi piel antes de limpiarla otra vez. Y entonces me dice que me relaje, lo cual es imposible cuando enciende el aparato y comienza el zumbido. Mierda.

No tengo ni idea de por qué estoy tan nerviosa. Ya he hecho esto dos veces, y nunca sentí tanta ansiedad como ahora. Creo que se debe a que estoy dando un paso enorme en mi relación con Tyler. La primera vez que me hice este tatuaje, nunca pensé que acabaría arrepintiéndome. Pensé que estaríamos juntos para siempre. Tal vez entonces me equivoqué, porque unas semanas más tarde, se marchó para no volver. Y sin embargo, aquí estoy otra vez, tal vez me esté engañando de nuevo. Las cosas podrían torcerse dentro de un par de meses.

Pero cuando le echo un vistazo a Tyler y veo su mirada suave observándome con una expresión llena de amor y calidez, me doy cuenta de que estoy lista para darlo todo y conseguir que lo nuestro funcione, no importa si nuestra familia nos acepta o no, o si nuestros amigos nos miran mal. Ahora estoy lista para asumir ese compromiso de una vez por todas sin dejar que nadie se interponga en nuestro camino. Este tatuaje representa eso:

«Estoy lista».

—¿Quieres que te dé la mano? —me dice Tyler riéndose de mí y extendiendo la palma.

—Sí —contesto—, pero porque quiero. No por el dolor. Lo aguanto perfectamente.—«Mentira cochina», pienso. «Una puta mentira.» Puede que ya no esté tan nerviosa, pero sigo muerta de miedo.

Él suelta otra carcajada genuina, y yo cojo su mano y casi lo levanto de la cama de un tirón. Él apoya los codos en las rodillas y

se inclina hacia delante para estar más cómodo, y luego comienza a dibujar suaves círculos con el pulgar en el dorso de mi mano.

Liam agarra mi brazo derecho y lo coloca con suavidad sobre una plataforma elevada y acolchada. Hace rodar su silla hasta mí, y luego examina mi piel.

—¿Lista?

—Mmm —es lo único que puedo decir, porque ya estoy mordiéndome con fuerza la mejilla, y entonces asiento con la cabeza con un solo movimiento. Comienza al momento. Aprieto los dientes y los párpados, y aferro con más fuerza la mano de Tyler. «Merece la pena», me digo a mí misma. Resulta difícil creérmelo cuando noto que la piel me arde, como si me estuviesen abrasando. Oigo que Tyler se está aguantando la risa, y cuando abro un ojo para lanzarle una mirada asesina, descubro que tiene el dorso de la mano en la boca para no soltar una carcajada.

—Lo siento —dice al darse cuenta de que lo estoy mirando—. Es que... es que vaya cara, Eden. ¿No decías que aguantabas muy bien el dolor?

—Distráeme —le ordeno. «Joder, cómo duele.»

—¿Eh? —Echa un vistazo rápido alrededor de la habitación, buscando algo que comentar. Yo estoy apretando su mano tanto que me sorprende que no le haya dado un calambre—. ¿Qué te parece eso?

Sigo su mirada hacia uno de los dibujos en la pared. Es un retrato

ridículo de un payaso con una hilera de dientes afilados.

—Horrible —le contesto.

—Oye —se queja Liam. Deja de trabajar para lanzarme una mirada severa, pero está de broma, porque se ríe antes de seguir para terminar la segunda palabra. Dos terminadas, ya solo queda una. Gracias a Dios que el tatuaje es pequeño.

En los últimos minutos que Liam emplea para terminar la frase entera, volviendo a rellenar los espacios que habían quedado escasos de tinta, no puedo dejar de pensar en cómo va a reaccionar la gente ante esta nueva incorporación a mi piel. Papá odiaba el otro tatuaje, y eso que ni siquiera sabía que tenía que ver con Tyler, así que dudo que le agrade descubrir que ha vuelto a aparecer. A mamá, por otro lado, le encantó cuando le conté lo que significaba. Le gustó que tuviera la letra de Tyler. «Muy personal y muy mono», dijo.

Creo que estará encantada al descubrir que lo he recuperado.

—Pues ya está, terminado —anuncia Liam, haciendo rodar su silla hacia atrás—. ¿Qué te parece?

Abro los ojos y me enderezo en la silla con rapidez, y suelto la mano de Tyler. Giro el brazo hacia mi cara, recorro la tinta fresca con la mirada y me llena de tanta satisfacción que, sin poder evitarlo, sonrío como una imbécil. Me chorrea algo de sangre por la piel, pero no pasa nada.

—Me encanta.

—Está guapísimo —dice Tyler.

Está inclinado por encima de mi hombro, y mira mi brazo mientras asiente con la cabeza. Nuestras miradas se encuentran, y de inmediato se dibuja una sonrisa, reflejo de la mía, en sus labios. Liam me cubre la piel con un ungüento antes de vendarme el tatuaje recién hecho. Entonces me vuelvo despacio y me bajo de la silla, sonriendo de oreja a oreja, aliviada de que ya haya pasado; ahora le toca a Tyler.

Mientras Liam se prepara, nos pregunta por encima de su hombro:

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Miro a Tyler de reojo y no puedo evitar poner los ojos en blanco. Incluso cierro firmemente la boca y doy un paso hacia atrás, dándole la opción de que sea él quien le explique que en realidad no estamos juntos, que somos hermanastros.

—Alrededor de unos tres años —le dice a Liam.

Frunzo el ceño y le lanzo una mirada inquisitiva, pero él se limita a sonreírme y a encogerse de hombros.

—Qué bien —dice Liam. Se vuelve en su silla y señala el trozo de papel en la mano de Tyler, el que tiene mi letra—. ¿Me puedes pasar eso?

Tyler se lo entrega, y entonces se pone a trabajar otra vez, haciendo justo lo mismo que antes. Escanea, edita, imprime, calca, transfiere. Al poco rato Tyler está en la silla sin la camisa y tiene el estencil en el lado derecho del pecho, preparado y listo. Es un

regalo para los ojos y yo lo observo desde la cama, mientras balanceo de manera perezosa mis piernas por el borde. Puedo ver la palabra guerrero en la parte de atrás de su hombro.

—¿Quieres que te dé la mano? —pregunto cuando comienza el zumbido, aleteando las pestañas hacia él.

—Claro —me dice riéndose—, pero porque me apetece. No porque no pueda tolerar el dolor. Lo aguanto perfectísimamente.

Le doy un palmetazo en el brazo y él se ríe, justo antes de poner su mano en la mía y volver a dibujar círculos suaves en mi piel.

Cuando Liam comienza, yo presto más atención al cuerpo de Tyler que al tatuaje. Tengo su mano en la mía y la boca algo abierta mientras caigo en trance solo con ver los contornos bien definidos de sus abdominales. Pestañeo tras unos minutos, despertando y rezando por que no se haya dado cuenta. Por suerte, él no ha movido ni un músculo, ni siquiera se ha puesto tenso, solo saca su móvil y revisa sus mensajes de texto con tranquilidad. No estoy intentando husmear, pero alcanzo a ver que le ha escrito a Ella y luego a Emily, y en diez minutos, su nuevo tatuaje está terminado, limpio y envuelto en un vendaje. Por supuesto que no soy imparcial, pero creo que mi letra queda genial en su pecho.

—Me gusta que esté escrito con la letra del otro —comenta Liam mientras Tyler se pone la camisa. Se mueve alrededor del pequeño estudio, cambiando cosas de sitio y tirando otras en el cubo de la basura—. Enviadme fotos cuando os quitéis los vendajes.

—Por supuesto —dice Tyler.

Liam nos conduce fuera del estudio, de vuelta a la zona de espera, donde ya hay una chica de unos veinte años con cascos puestos en las orejas esperando su turno, y nosotros le damos las gracias a Liam por habernos hecho un hueco. Tyler le hace saber que volverá en algunas semanas para retocarse los tatuajes que ya tiene. Cuando oye eso, Liam me mira, como si esperara que yo también fuera a regresar, pero para ser sincera, no creo que quiera más tatuajes hasta dentro de un tiempo. Así que le digo:

—Tal vez.

En el corto paseo hacia el coche, pienso que tanto Tyler como yo nos estamos dejando llevar por la adrenalina. Estamos colocados, cada vez que nos miramos nos ponemos a reír, y yo no puedo dejar de contemplarme el brazo, deseando arrancar el vendaje y mostrar mi nuevo tatuaje al mundo. Incluso el corazón me late demasiado rápido, y tengo que aceptar que se debe a la emoción no solo de tener tinta fresca, sino también de que Tyler tenga uno igual. En teoría, las estadísticas dicen que lo típico es que nos arrepintamos dentro de tres meses, pero en la práctica, es perfecto y es lo mejor que podríamos haber hecho hoy. No creo que Tyler haya vuelto a pensar en lo que ha sucedido esta mañana. Nos subimos a su coche, y yo me sitúo en el asiento del pasajero. Tyler ha conducido desde que nos hemos ido de las cataratas Multnomah, así que me mira expectante mientras espera mi



próximo plan de acción. Pero la cuestión es que no tengo planes. Llevo todo el día tomando decisiones sobre la marcha, así que rápidamente me devano los sesos para pensar en qué podemos hacer ahora en esta aventura improvisada. Son justo las cinco y media, y aunque el sol no se pondrá hasta dentro de algunas horas, ya está empezando a caer, emitiendo una luz algo difusa, típica del atardecer. Los bonitos cielos de verano exigen vistas bonitas.

Me pongo el cinturón de seguridad y luego miro a Tyler. De repente, sé con exactitud adónde quiero ir.

—¿Sabes dónde queda Voodoo Doughnuts? Está en la Tercera Avenida.

—Ah —dice Tyler. Su sonrisa se hace más grande mientras se vuelve para observar el volante y da marcha atrás, mirando por encima del hombro mientras retrocede para salir de la plaza—. Creo que sé muy bien adónde vamos.

—Otra sorpresa que me chafas —bromeo.

La verdad es que no me importa si es una sorpresa o no. Estoy segura de que ya lo conoce. No se puede vivir en Portland e ignorar el mural. Más que nada porque está justo en el centro de la ciudad.

Y dado que ya estamos en el centro, no tardamos mucho en llegar allí. El tráfico es un poco más denso a esta hora, la gente vuelve a casa después del trabajo, así que cogemos un par de atascos por

el camino, pero apenas nos damos cuenta. Tyler está demasiado ocupado cantando con la radio otra vez y yo riéndome a carcajadas mientras lo grabo con el móvil. Jamás había estado tan relajado, tan libre como ahora. Y no me canso de mirarlo. No me canso de él.

La cola para entrar en el Voodoo Doughnuts llega hasta la calle. Siempre lo recuerdo así durante el verano. Mamá pasaba en el coche y una multitud solía ocupar la acera, desesperada por conseguir un donut deforme con beicon. Pero no estamos aquí por los donuts, es por el letrero emblemático que hay al otro lado de la calle y que hace años que no veo.

Ni siquiera tengo que decirle a Tyler que acceda al pequeño aparcamiento, porque ya lo está haciendo. El parking es diminuto, tiene muy pocas plazas, y Tyler da marcha atrás en un espacio que queda enfrente del mural que hemos venido a ver.

En la pared en la parte de atrás del edificio hay un grafiti con tres enormes palabras, en letras de imprenta mayúsculas y amarillas. Llevan diez años siendo el eslogan de esta ciudad. Un eslogan del que nos sentimos orgullosos, y en el que basamos nuestras vidas: «Mantened Portland raro».

Portland siempre ha sido raro y diferente, extravagante y excéntrico. En cualquier otra ciudad, un tío montado en una bicicleta vestido de Papá Noel tocando una gaita ardiendo sería considerado estrambótico. En Portland es aceptable y casi normal.

La gente puede hacer lo que le venga en gana sin que lo miren mal, y lo he echado de menos. En Los Ángeles, la presión para llevar una vida perfecta es cada vez más insoportable, porque es imposible. La gente solo quiere encajar, aquí preferimos resaltar.

—Vamos —dice Tyler.

Apaga el motor y se apea del coche; yo lo miro desde dentro mientras da la vuelta por delante y me sonrío a través de la ventanilla. Abre la puerta, me coge de la mano y me saca del coche.

Todavía hace muchísimo calor, aunque ya es tarde. Ojalá no me hubiese puesto vaqueros; me estoy dando cuenta de que parezco tonta con este enorme vendaje que cubre mi brazo derecho y la manga de la sudadera enrollada por encima del codo. Rápidamente, me subo la otra manga para compensar.

Sin previo aviso, Tyler se sube al capó del coche, y de inmediato se encoge de dolor y retira las manos del metal.

—Vale, está mucho más caliente de lo que esperaba —reconoce—. Ven, súbete.

No estoy segura de para qué quiere que lo haga, pero me gusta que sigamos con la idea de hacer cualquier cosa que se nos venga a la cabeza. Así que intento unirme a él, pero la curva del capó y el calor del metal me lo ponen difícil, así que al final Tyler tiene que coger mi muñeca y subirme de un tirón. Nos sentamos y nos ponemos cómodos, él se echa hacia atrás, apoyándose en el

parabrisas y con las piernas estiradas, y yo cruzo las mías y coloco las manos en mi regazo. El mural está directamente enfrente de nosotros, solo nos separa de él una hilera de coches, y el sol sigue golpeando implacable. Da gusto estar sentados aquí, disfrutando del calor del aire del verano con Tyler a mi lado. Quiero saborear al máximo estos momentos.

—No es como el letrero de Hollywood, ¿eh? —comenta Tyler.

Le echo un vistazo. Está analizando la frase con gran intensidad, sigue con la misma sonrisa en la boca, no se ha borrado desde por la mañana. Tiene razón. El letrero de Hollywood es mucho más glamuroso, llama la atención, se ve desde varios kilómetros, desde la cuenca de Los Ángeles, y sin embargo está muy lejos. Este mural es mucho más humilde, más real, más como la gente de Portland. Un simple grafiti en la pared de un edificio viejo en medio de un parking pequeñito en una zona ajetreada del centro de la ciudad, al que cualquiera puede acceder y contemplarlo. Creo que tenerlo tan cerca nos da la sensación de que es nuestro, y solo por eso, me parece que lo prefiero a esas estúpidas letras del monte Lee que hay que caminar una hora para alcanzarlas. El letrero de Hollywood da la sensación de estar desconectado de todo lo demás.

Y cuanto más lo pienso, más cuenta me doy de que en realidad prefiero Portland a Santa Mónica. Jamás creí que me ocurriría eso, pero es la verdad. Echo de menos esta ciudad y todo lo que

representa.

—Creo que encajamos mejor aquí —reflexiono en voz alta, con la mirada puesta en la pared, en esas palabras.

Todo lo que Tyler y yo hemos experimentado es raro, porque no es normal enamorarse de tu hermanastro. A la gente siempre le costará entenderlo. Pero la rareza es bienvenida en Portland, y estoy empezando a creer que aquí nos aceptarían mejor que en California. La gente de aquí pensaría que somos geniales y atrevidos por hacer algo diferente y peligroso.

—Así es —dice Tyler.

Lo miro. Por primera vez desde hace horas ha desaparecido mi sonrisa, y no tengo otra opción que plantear la pregunta que lleva todo el día dando vueltas en mi cabeza una y otra vez.

—Entonces ¿te vas a quedar aquí? —murmuro—. ¿No vas a volver nunca a Santa Mónica?

Tyler deja escapar un suspiro, y su sonrisa también se desvanece, porque los dos sabemos exactamente cómo va a terminar todo esto: él se quedará aquí, y yo volveré a Chicago para terminar la universidad. Nos encontraremos lejos el uno del otro, algo a lo que estamos bastante acostumbrados. Está empezando a parecerme muy injusto.

—Tenía pensado volver a casa, Eden —confiesa Tyler, sentándose derecho—. Siempre he pensado en volver. Ya lo sabes. Pero no creo que pueda ahora, y para serte sincero, no estoy seguro de

querer volver. Toda mi vida está en Portland, salvo tú. — Dobla las rodillas hasta que le tocan el pecho y descansa los brazos sobre ellas, apretando los labios y mirando hacia el vacío—. Y sé que eso complica más las cosas, yo aquí y tú casi en la otra punta del país tres años más, pero ahora mismo esa es la realidad.

Con cuidado, me acerco más a él, para que mi cadera toque la suya. Todo a mi alrededor se queda en silencio, aunque hay tráfico y voces que llegan desde el otro lado de la calle, y se oye el canto de los pájaros desde los árboles. Todo eso parece desaparecer, y el único sonido con el que me quedo es el de mi corazón, que late anticipando lo que me siento desesperada por hacer.

—Creo que ya estamos acostumbrados a complicarnos la vida a estas alturas — digo, pero mi voz sale como un susurro—. Podríamos intentar que funcionara.

Tyler levanta la cabeza y se vuelve para mirarme de frente, tiene un brillo radiante en los ojos. Veo cómo la comisura del lado izquierdo de sus labios comienza a dibujar una curva, una débil sonrisa.

—¿Intentar que funcione qué, Eden? —susurra con un tono desafiante y provocador mientras se inclina hacia mí; su cercanía hace que me sienta aturdida y atolondrada. Él sabe perfectamente de lo que estoy hablando, pero es como si quisiera escucharlo de mis labios.

Y me resulta muy muy fácil decirlo, porque por una vez, pensarlo no me pone nerviosa ni me acojona. En realidad, me ilusiona.

—Lo nuestro —digo.

Ahora. Ahora es el momento perfecto. La situación perfecta, el estado de ánimo adecuado, el momento oportuno. Esta es mi oportunidad. Esta es mi «próxima vez».

Llevo la mano hacia la suave barba incipiente que cubre la mandíbula de Tyler, ladeo su cara para que esté más cerca de la mía y me lanzo. Ni siquiera lo pienso, solo lo hago. Cierro los ojos, capturo sus labios con los míos y al principio es suave y delicado.

Nuestros labios unidos por fin y nada más. Después de haber creído durante tanto tiempo que esto no volvería a ocurrir, me siento aliviada de poder besarlo, de ser yo la que ha tomado la iniciativa, y pronto la mano de Tyler se enreda en mi pelo, pone la otra mano en mi cintura, y me atrae hacia él. Puedo notar su alivio en la manera en que me besa, lenta y profundamente, mientras me abraza con fuerza, como si no quisiera soltarme jamás.

Para él también ha sido una larga espera, y ha luchado con garra para ganarse mi perdón sincerándose y con una disculpa honesta que yo estoy más que dispuesta a aceptar. A veces hay que ser egoístas. A veces hay que anteponer las necesidades personales, y jamás podré culparlo por ello. Poco a poco, noto que separa sus labios de los míos, pero no se aparta, su boca permanece a tan solo unos centímetros de mis labios. Su mano sigue en mi pelo, su frente apoyada en la mía.

—Si quieres que esto funcione —murmura, sus ojos esmeralda

penetran los míos—, entonces tenemos que formalizar la relación. Llevamos demasiado tiempo así.

Bromeando, le aparto la cara con suavidad, con mi mano todavía alrededor de su mandíbula, y abro los ojos de manera dramática. Dentro de mí, todo está dando volteretas.

Me sorprende que el corazón aún no me haya salido disparado del pecho.

—¿Acaso Tyler Bruce me está pidiendo que sea su novia?

Tyler no puede reprimir la sonrisa. Tampoco creo que quiera. Es una sonrisa enorme, que le llega hasta los ojos, que se iluminan con cierto brillo producto de la felicidad más natural.

—Puede —dice.

Dirijo su cara hacia la mía, me acerco a sus labios. Jamás me cansaré de admirarlo de cerca, y hago una pausa mientras nos miramos con fijeza para apreciar durante un segundo el profundo color verde de sus ojos, de los que estoy enamorada.

—Entonces puede que diga que sí.

Vuelvo a presionar mis labios contra los suyos y me dejo llevar por esa sensación, ligera y rápida y deseosa y completamente alucinante. Se me olvida que estamos en pleno centro de Portland, pero no pasa mucho tiempo hasta que oigo a un tío que nos silba.

Otro que nos da ánimos entre hurras y vivas. Alguien exclama: «Oooh». Y todo parece perfecto en ese instante, como si por fin encajara. Todo está bien, y ni siquiera pienso en que Tyler es mi



hermanastro, porque no me importa. Ya da igual. No está mal sentirnos como nos sentimos. No está mal que estemos juntos. Desde el primer momento, nunca nunca ha estado mal. Estos tres años hemos intentado con todas nuestras fuerzas conseguir que todo el mundo aceptara nuestra relación cuando las únicas dos personas que necesitaban aceptarla éramos nosotros. Y después de todo este tiempo, creo que por fin lo hemos hecho.

## CAPÍTULO 20

A la mañana siguiente no me despierto hasta después de las diez. Los últimos días han sido una locura y estoy agotada, lo que explica el profundo sueño del que estoy emergiendo. Por una rendija en las persianas entra una delgada línea de luz que ilumina una pequeña parte de la habitación. Me encuentro en la habitación de Tyler, no en el salón, y he dormido en su cama, no en el sofá. Estoy envuelta en su edredón, tengo demasiado calor y estoy algo sobada. Suelto un bostezo y me muevo hacia el lado opuesto de la cama, esperando verlo, esperando encontrar sus ojos verdes mirándome a mí. Espero descubrir su sonrisa a mi lado cuando se dé cuenta de que por fin estoy despierta. Pero la cama está vacía. De inmediato, pestañeo y me siento, ya completamente despierta. Aunque estoy sola, me agarro al edredón y me cubro el pecho desnudo.

Recorro la habitación con la mirada. Al principio no me doy cuenta de las palabras que están escritas en la pared justo enfrente de mí. Cuando lo hago, pienso que tal vez Tyler se haya inspirado en el mural de «Mantened Portland raro». Allí, aguardándome, garabateado con un rotulador negro en grandes letras en el centro de la pared de su habitación, hay un mensaje:

***Perdón por haber tenido que ir al trabajo, pero ya te estoy***

***echando de menos y tengo permiso para escribir en la pared  
porque de todos modos tenía pensado pintar. Te amo***

Cuando termino de leer, estoy sonriendo, y niego con la cabeza. Por supuesto, hoy volvía al trabajo, eso explica por qué no está aquí y por qué en la casa reina un silencio total. Me paso una mano por el pelo, lo tengo enredado y apelmazado, y luego me froto los ojos, solo para descubrir que todavía llevo el maquillaje de ayer. Debo de estar tan horrible que casi me alegro de que Tyler no esté aquí para verlo. Ni siquiera puedo recordar qué día es. Martes, creo. Me siento en la cama y pienso algún plan para hoy. Al final decido que da igual lo que haga después, el día debe empezar con café. Específicamente una taza preparada por Tyler.

Aparto el edredón de un empujoncito, y me levanto de la cama de Tyler —la cual es mucho más cómoda que el sofá— y recojo mi ropa, que está desperdigada por el suelo de madera. Luego voy corriendo desde la habitación de Tyler hasta la de invitados. Cojo el primer juego de ropa limpia que encuentro y salgo a toda hostia hacia el cuarto de baño para meterme en la ducha.

Si no recuerdo mal, el turno de Tyler en la cafetería termina al mediodía, así que tengo que prepararme y llegar al centro antes de las doce. Solo tardo diez minutos en la ducha, me aplico la crema suavizante en el pelo como un rayo y tengo cuidado de no mojarme mucho el tatuaje nuevo, del que cada poco me olvido. Me visto y luego me seco el pelo en el cuarto de baño porque me he dado

cuenta de que es el único sitio de este puto apartamento donde hay un espejo. «Típico de un tío.» Me paso la plancha por el pelo sentada en la tapa del inodoro, y entonces pongo mi bolsita de maquillaje dentro del lavamanos y me decido por un look natural. Para terminar, vuelvo a la habitación de Tyler en busca de mi teléfono.

Lo encuentro debajo de las almohadas, y tengo una gran lista de notificaciones nuevas, lo cual es raro para mí. Ya sé que no he mirado el móvil desde ayer por la mañana, porque estaba concentrada en Tyler y en todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor, pero nunca recibo tantos mensajes en tan solo veinticuatro horas.

Me siento al borde de la cama de Tyler, y retrocedo hasta los primeros mensajes. El primero es de papá, recibido ayer por la mañana, a las 10.14:

**Si tienes planeado volver a casa arrastrándote en un futuro cercano, mejor te lo ahorras.**

Y luego otro, a las 10.16:

**Por si no te había quedado claro, en esta casa ya no eres bienvenida. Vete a la de tu madre.**

El desprecio de papá hacia mí ya ni siquiera me importa. Ya estoy acostumbrada, y no puedo decir que no esperara esta reacción por su parte. Era consciente de la decisión que estaba tomando cuando me marché de Sacramento con Tyler. Sabía el impacto que

tendría. Estaba claro que empeoraría las cosas.

Hay algunos mensajes de mamá, y aunque no le he dicho que estoy en Portland, parece ser que lo ha adivinado. Se suponía que ayer debería haber vuelto a casa. El hecho de que no haya llegado solo confirma que tomé la decisión de marcharme con Tyler. Dice que he decidido bien, y me pide que la llame cuando tenga un rato. Hasta recibí un mensaje de Ella ayer por la tarde, en el que me preguntaba cómo nos está yendo todo. Pero no les contesto, porque estoy más preocupada por los mensajes que he recibido de Rachael y la alarmante cantidad de notificaciones de Twitter que tengo.

El primer SMS ha entrado a las 7.58 de la mañana.

**Eee, ¿qué coño haces en Portland?**

Y luego otro.

**¿¿Puedes decirme qué pasa?? Creía que lo odiabas.**

Y un tercero.

**¿Y te has hecho esa mierda de tatuaje otra vez? Ay, Dios. ¿En serio?**

Y luego un cuarto, un minuto después del anterior.

**Si tu padre no te mata, lo haré yo.**

Me quedo mirando los mensajes, los leo una y otra vez. No le he dicho a Rachael que estoy en Portland. Tampoco le he comentado nada acerca de los tatuajes. De hecho, no se lo he contado a nadie, así que no puedo entender cómo es posible que lo sepa.

Eso es hasta que miro mi Twitter.

Me han mencionado en un tuit, y por primera vez en mi vida, no ha sido Rachael.

Ha sido Tyler. Durante unos segundos, tengo miedo de abrir su perfil, pero exhalo y no me puedo reprimir, porque la curiosidad me está matando.

Es la primera actualización de Tyler en más de un año, desde el junio pasado.

### **Portland no es tan malo con mi chica.**

Lo ha tuiteado hace seis horas, poco después de las cinco de la mañana. Hay dos fotos. La primera es de nuestros tatuajes a juego, con mi brazo levantado encima de su pecho para que salgan los dos. La hicimos anoche cuando regresamos al apartamento y nos quitamos los vendajes. Era para enviársela a Liam. En la segunda salgo yo en las cataratas Multnomah. Ni siquiera estoy mirando a la cámara, pero me estoy riendo.

Cincuenta y nueve personas ya le han dado a favorito. Quiero leer sus comentarios, pero no hay ninguno. Ningún insulto. Ninguna explosión de asco. Nada, como si a nadie le importara. O a lo mejor tienen miedo de expresar su opinión por si Tyler les da una paliza.

Porque el antiguo Tyler seguro que lo habría hecho. Pero el nuevo no. El mensaje de Rachael ahora tiene sentido. Claro que está confundida. El viernes yo estaba lloriqueando sin parar porque tenía que pasar el fin de semana con Tyler, y ahora de repente

estamos juntos en Portland con tatuajes a juego y con sonrisas en la cara. Ese cambio tan repentino a mí también me ha sorprendido. No me di cuenta que sería tan fácil volver a enamorarme de Tyler. Para impedir que Rachael explote, le envió un mensaje algo vago. **Las cosas cambian, y también las personas. Te pondré al día cuando vuelva (y no me preguntes cuándo regresaré, porque no tengo ni idea).**

Me queda un cuatro por ciento de batería, así que me levanto de la cama de Tyler de un salto, revuelvo en mi maleta, que está en la otra habitación, buscando el cargador, y luego me dirijo hacia la puerta. Por suerte, Tyler ha pegado la llave extra en la pared con cinta adhesiva, dentro de un círculo dibujado con el mismo rotulador negro, así que es imposible que no la vea. Supongo que se dio cuenta de que no me apetecería quedarme en casa todo el día. Así que cierro con llave y me dirijo hacia afuera, me pongo las gafas de sol, ya que el sol vuelve a cubrir la ciudad con su manto deslumbrante. Paro a una señora que pasea a un par de perros y le pregunto dónde queda la estación de tranvía más cercana, como si fuera una turista que se ha perdido en un barrio residencial, y ella señala hacia el sur y me indica cómo llegar. Son unos quince minutos de caminata, y luego otros veinte minutos para llegar al centro. Me apeo del tren en la plaza Pioneer ya pasadas las once y media y me voy directa hacia el trabajo de Tyler.

Cuando llego, en el local hay gente, pero no está petado. Ya hay

una pequeña cola de personas que se pasan a tomarse un café a media mañana como yo, así que me pongo la última y dirijo la vista hacia los camareros. El chico de ayer, Mikey, está tras la barra. También está la chica, pero no sé su nombre. Y luego, veo a Tyler, espabilado y sonriendo como si fuera el hombre más feliz y relajado del mundo. Tiene las mangas de su camisa negra dobladas hasta debajo de los codos, así que no se le ve ni un solo tatuaje. Se me cae la mandíbula cuando miro fijamente las venas que van desde sus nudillos hasta el antebrazo, gruesas y tensas, cuando se le contraen los músculos cada vez que tira de la palanca para que salga el café del molinillo y lo pone en el porta filtros. Todavía no me ha visto, está demasiado concentrado en la taza de café que está preparando, pero casi que me alegro. Así puedo contemplarlo lascivamente sin que me me mire mal, y los ojos me arden de deseo. «Es perfecto sin esforzarse siquiera.» Lo único que puedo pensar es en las caricias de sus manos sobre mi cuerpo anoche, la forma en que sus ojos brillantes jamás se apartaron de los míos, incluso en la oscuridad de su habitación.

Mikey está anotando los pedidos, así que cuando llego a él, levanta la vista para mirarme y se le nota en la cara que me reconoce al instante. Puede que yo no sea una clienta habitual, pero me recuerda de ayer.

—Hola otra vez —dice. El piercing que lleva en la nariz brilla cada vez que se mueve—. ¿Qué te sirvo, Eden?



—Un café con leche con vainilla con dos chorritos de caramelo — contesto, las palabras salen de mi boca sin tener que pensarlas. Mikey asiente con la cabeza y se pone a garabatear mi pedido en un pequeño bloc de notas, pero ya me siento culpable antes de que haya terminado de escribir. Tengo que dejar de quejarme por subir de peso si continúo comiendo cosas tan poco saludables como los helados y los cafés con leche y vainilla. Debo imitar la actitud de Tyler. Necesito hacer cambios reales en vez de seguir esperando a que sucedan por arte de magia.

—Un momento —digo, y el bolígrafo se detiene sobre el papel mientras Mikey levanta la vista—. ¿Puede ser mejor un café americano con leche desnatada?

No está tan bueno como el otro, pero engorda menos.

—Sin problemas.

Borra la primera nota y luego escribe otra, arranca la hoja del bloc y la pega en el mostrador al lado de los pedidos anteriores que todavía están sin despachar. Se vuelve hacia la caja registradora, marca lo que tengo que pagar, y resulta ser súper barato.

—Descuento de familia y amigos —me dice guiñándome un ojo.

Le paso un billete de cinco pavos, y él me da el cambio. El local bulle con el sonido de las conversaciones y el constante silbido del vapor, el borboteo de la leche y el ruido de cuando prensan el café molido en el filtro.

—Le he escrito en la nota que estabas aquí —murmura Mikey,

bajando la voz.

Cuando habla me fijo en que tiene un piercing en la lengua. Echa un vistazo intencionado sin que se le note hacia Tyler. Él está de espaldas a nosotros, se mueve entre las máquinas, cogiendo tazones, siropes y leche—. Dale un segundo para que se dé cuenta.

Me río. A veces Tyler está tan en su mundo que dudo que se dé cuenta.

—Gracias —le digo a Mikey, y luego me aparto un poco del mostrador, para dejar espacio al siguiente cliente mientras espero mi café.

Tyler está preparando todos los pedidos, y yo estoy deseando probar sus habilidades para hacer el café perfecto. Lo miro embobada cuando él coge una nota adhesiva, la lee, y luego prepara el café con concentración extrema. La manera en que se esfuerza es adorable. La chica que está trabajando a su lado pasa las tazas a los clientes que esperan en la esquina, luego Tyler coge el siguiente pedido y se pone a prepararlo. Otra vez la chica se lo entrega al cliente. Y entonces llega a la nota que tiene mi pedido y la repasa con los ojos. Rápidamente, levanta la cabeza y mira por encima del hombro. Rastrea el local antes de verme, y nunca en la vida lo he visto sonreír con tanta rapidez.

Le pasa la nota con mi pedido a la chica, y debe de preguntarle si puede tomarse un descanso para hablar conmigo, porque ella

asiente con la cabeza y cambian de sitio.

Ella se pone detrás de la máquina, y Tyler se abre paso hasta mí, dándole un golpe juguetón en la cabeza a Mikey cuando pasa a su lado. He perdido la oportunidad de que Tyler me hiciera un café.

—Estaba deseando que vinieras por aquí —dice cuando llega hasta mí. Apoya las palmas de las manos en el mostrador que nos separa, inclinándose hacia delante para oírme mejor entre todo el barullo—. Perdona que no estuviera a tu lado cuando has despertado. Me he marchado antes de las seis y no quería molestarte.

—No pasa nada —le aseguro—. He recibido tu mensaje. Era imposible no hacerlo.

Un tono rosa le cubre las mejillas y baja la cabeza, agachándola hacia el mostrador.

—Te iba a dejar una nota, como hacen en las películas, pero no he encontrado un papel.

—¿De verdad que vas a pintar el piso?

—Sí —dice. Vuelve a levantar la vista y me recorre con la mirada, hasta que sus ojos se posan sobre mi brazo. Mi No te rindas todavía tiene el brillo resplandeciente de los tatuajes recién hechos.

—Vi tu tuit —le comento, y sus ojos se centran en los míos—. Creo que le provocaste un infarto a Rachael.

Deja escapar una carcajada, a la vez que niega con la cabeza.

—No lo iba a tuitear —explica—, pero luego recordé que nos ha

dejado de importar lo que piensan los demás. Por lo menos ahora se lo he dicho directamente.

—Espera a que lo vea Jamie —me burlo.

«Ay, Dios.» Ya me lo puedo imaginar lanzando su móvil al otro lado de la habitación sin poder creer lo que lee y luego salir pitando para recogerlo e ir corriendo a enseñárselo a papá. Que se enteren por una red social de que Tyler y yo estamos juntos no es exactamente como imaginé que se lo contaríamos a nuestra familia.

—Ya lo ha visto —comenta Tyler; yo frunzo el entrecejo al notar lo tranquilo que parece—. Me ha enviado un mensaje de texto hace un par de horas que decía: «¿Qué cojones haces?». —Se ríe justo cuando la chica que está ocupando su lugar aparece con mi café.

—Aquí tienes —me dice, inclinándose sobre el mostrador para pasarme el vaso de cartón. Está tan caliente que casi me quema cuando lo cojo, pero le doy las gracias, y Tyler le señala que volverá a su puesto en un segundo.

Cuando se marcha, mira el reloj de su muñeca, y luego a mí.

—Me quedan veinte minutos —indica—. Después me iré al centro juvenil. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer?

—Todavía no estoy segura. —Me encojo de hombros y bajo la mirada a mi café, mientras recorro el borde de la tapa con el índice—. Pero seguro que me paso por allí más tarde.

—Genial —exclama. Cuando levanto la vista, está sonriendo, pero rápidamente se convierte en una expresión de disculpa mientras

echa un vistazo por encima del hombro hacia la chica que está trabajando duro para mantener el ritmo de todos los pedidos—. Debería volver.

Estirándose por encima del mostrador, planta un rapidísimo beso en la comisura de mis labios, y con el rabillo del ojo, veo a Mikey frunciendo los labios en plan de cachondeo.

Dejo que Tyler vuelva al trabajo, y para no distraerlo, salgo del local en vez de sentarme a una mesa.

Moverme por el centro de Portland me resulta fácil, porque lo conozco como la palma de mi mano, así que me dirijo hacia la plaza Pioneer y encuentro un sitio en las gradas para sentarme y tomarme el café. Y la verdad es que sabe a mierda. No porque lo hayan hecho mal, sino porque preferiría mil veces uno con leche y vainilla en vez de esta cutrez de americano.

La plaza Pioneer está a tope, lo cual no es raro, porque es verano y el sol brilla en lo alto; este es el sitio perfecto para disfrutar del calor y observar el constante ir y venir de la gente. Pero mientras estoy ahí sentada, soplando el café para enfriarlo, me doy cuenta de que aunque Portland sea mi hogar, en realidad no conozco a nadie en esta ciudad. La mitad de mis amigos de cuando tenía dieciséis años y todavía vivía aquí se han ido a estudiar fuera. Toda la familia de mamá está en Roseburg, y también la de mi padre. Las únicas personas que realmente me quedan en esta ciudad ahora mismo son Tyler y Emily. Y Amelia. No sé por qué no se me había pasado

por la cabeza pensar en Amelia hasta ahora.

Era mi mejor amiga. Desde el momento en que nos conocimos en sexto de primaria, fuimos inseparables, pero nos distanciamos mucho cuando me marché. Así fueron las cosas.

Vivíamos en diferentes estados, y cada vez resultaba más difícil mantenernos en contacto, pero ella todavía vive aquí. Estudia en la Universidad Estatal de Portland.

Pongo el café en el suelo a mi lado y saco el teléfono de mi bolsillo, busco en mi limitada lista de contactos hasta que encuentro su número. Nos escribimos de vez en cuando para saber cómo nos va la vida, pero hace tres años que no nos vemos. Recuerdo que cuando nos despedimos nos abrazamos en su porche un rato larguísimo, las dos con dieciséis años y con lágrimas en los ojos, preguntándonos cómo podríamos vivir sin la otra. Cuando eres joven, todo parece el fin del mundo. Si miras hacia atrás, te das cuenta que no lo era. Marco su número con rapidez y me pongo el teléfono junto a la oreja, tamborileando con las puntas de los dedos en la rodilla mientras escucho el tono de llamada. Es bastante improbable que esté por aquí y que no tenga nada que hacer, pero al menos tengo que intentarlo. De todas formas, me gustaría hablar con ella y comentarle que estoy en Portland. Contesta en el último segundo, justo antes de que salte el buzón de voz.

—¿Eden? —En su tono se nota la sorpresa, probablemente porque no nos hemos llamado desde hace mucho tiempo, así que seguro

que no lo esperaba.

—Adivina qué —contesto. No quiero andarme por las ramas.

Amelia se queda callada un segundo mientras piensa, porque al contrario que la mayoría de la gente, a ella le gusta adivinar habiendo sopesado las posibilidades. Pero hoy parece que no puede pensar en nada lógico, porque se limita a contestarme:

—No tengo ni idea, me rindo.

—Pues te lo digo. —Cojo mi café y me echo hacia atrás, para mirar hacia el cielo—. Estoy sentada en la plaza Pioneer.

—¿QUÉ? —explota Amelia, y yo no puedo hacer nada más que reírme—. ¿Estás aquí? ¿Estás en Portland?

—¡Sí! —Bebo un largo sorbo de mi café, recupero el aliento, y luego añado—: Llevo aquí desde el domingo por la noche.

—¡Ay, Dios mío! —Su emoción cruza la línea telefónica y su energía es contagiosa.

La he echado mucho de menos, más de lo que creía—. ¡¿Qué estás haciendo aquí?!

—Es una larga historia —reconozco— que te contaré cuando te vea. ¿Dónde estás ahora? ¿Estás ocupada?

—Estoy en el campus —dice, parece algo cohibida. Creo que sabe que estoy a punto de preguntarle qué diablos hace en la uní durante las vacaciones de verano, porque me da una respuesta antes de que haya podido abrir la boca—. Estoy asistiendo a clases de verano para ponerme al día, durante el curso he vagueado de lo

lindo. ¡Deberías venir! En este momento estoy sentada en el césped. ¿Recuerdas dónde está la biblioteca?

—Shhh.

Pongo los ojos en blanco mientras me levanto. Está claro que Amelia no ha cambiado. Habla por las dos, pero siempre me ha gustado eso. Me pongo a planear una ruta hacia la Universidad Estatal de Portland en mi cabeza. Está al sur, no pilla demasiado lejos de aquí. Se puede ir caminando perfectamente, y aunque el campus es enorme y no lo conozco demasiado bien, estoy segura de que no será difícil encontrar la biblioteca.

—Voy para allá ahora mismo.

—¡No puedo creer que estés aquí!

—Yo tampoco —digo. Es verdad—. Nos vemos ahora.

Cuelgo, me pongo los auriculares y los enchufo en el teléfono mientras busco en mis listas de reproducción canciones marchosas que tengan el mejor rollo veraniego.

Tardo un poco en encontrar una, porque durante el pasado año, la música que he escuchado ha sido bastante deprimente. Ahora tengo a Hunter Hayes cantándome al oído a todo volumen y me encanta. Estoy de muy buen humor, creo que el mejor que he tenido en los últimos doce meses.

No puedo dejar de sonreír mientras me dirijo hacia el sur, con el café en la mano, las gafas de sol puestas, los auriculares en los oídos, un tatuaje fresco en el brazo; como una verdadera chica de



Portland. Jamás me había sentido tan en casa en esta ciudad.

Habermé marchado tres años fue lo mejor que podía haber hecho, y me alegro de que Tyler haya venido aquí. Nada sería igual si estuviéramos en otra ciudad.

No tardo mucho en llegar al campus. Pasé por aquí un par de veces cuando vivía en Portland, pegada como una lapa a Amelia cuando teníamos quince años porque le gustaba imaginarse cómo sería ser universitaria. Tenía toda la intención de marcharse a la Universidad Estatal de Oregón en Corvallis, pero cuando llegó el momento de decidir se decantó por la de Portland. Tal vez todos esos paseos sin rumbo por el campus la hicieron cambiar de idea. De todas formas, jamás pensó en dejar Oregón, mientras que yo siempre me quise ir. Una vez me apunté a una visita guiada por el campus cuando tenía dieciséis años, pero nada más que para que mamá dejase de darme la chapa. Se aferraba a la esperanza de que pudiera haber alguna posibilidad de que me interesara quedarme aquí, pero para mí era impensable. Quería marcharme cuanto antes, y la universidad siempre fue ese billete para largarme al que mi madre jamás se podría oponer.

Es irónico que ahora que estoy de vuelta, tres años más tarde, esté a punto de encontrarme con Amelia en el campus como si el tiempo hubiese rebobinado y volviéramos a tener quince años. La única diferencia es que esta vez no estoy fingiendo la sonrisa en mis labios. Esta vez las cosas van mucho mejor.

Sigo los letreros alrededor del campus antes de tener que preguntarles a unos chicos dónde está la biblioteca. Me señalan la dirección correcta, justo a la vuelta de la esquina.

Cuando veo el edificio, me quito las gafas de sol y me pongo a recorrer con la mirada la gente que está sentada fuera; algunos descansan sobre el césped bajo la sombra de los árboles, otros están desperdigados por los bancos, concentrados en sus libros. Es verano, así que el campus está mucho más tranquilo que durante el curso. No tardo en divisar a Amelia entre el puñado de gente que hay aquí.

Está sentada en el césped, tiene las piernas cruzadas y un libro sobre los muslos. Se está comiendo una manzana, sujeta el teléfono con la otra mano y los cables de sus auriculares se ocultan en su pelo. Todavía no me ha visto, así que me escondo sin hacer ruido detrás de unos árboles, acercándome a ella a hurtadillas. Y entonces me abalanzo sobre ella, dando saltitos mientras la cojo por los hombros, y ella da un bote asustada, y grita sorprendida. La manzana vuela por los aires hacia el otro lado del césped.

Yo estallo de risa mientras gateo a su alrededor para mirarla a la cara, ignorando que ahora todos los demás estudiantes nos están mirando alucinados, y le sonrío.

—¡Hostias, Eden! —dice, casi sin aliento, como si le hubiera puesto el corazón a mil.

Se quita los auriculares de un tirón y se lleva una mano al pecho, y

luego ladea la cabeza hacia un lado y parece perdonarme, porque me devuelve la sonrisa. Tira el libro al suelo y se acerca y me rodea con los brazos con fuerza, dándome el abrazo más fuerte que puedo recordar desde que nos despedimos en su porche. Yo la aprieto el doble y permanecemos así, abrazadas y sin ganas de soltarnos, durante un minuto. Al final nos apartamos.

—En serio, ¿qué narices haces en Portland? —pregunta, a la vez que niega con la cabeza como si no pudiera creer que estoy delante de ella.

Se ha dejado crecer el pelo, porque lo tiene mucho más largo de lo que recuerdo, y creo que se ha puesto un tono algo más claro. Está mucho más rubio, seguro.

Ya sé que le he dicho que es una larga historia, pero en realidad es bastante simple. Todavía con la sonrisa en los labios, me armo de valor y sencillamente le explico:

—Mi novio vive aquí.

Decir esa palabra enciende una chispa dentro de mí que hace que todo mi cuerpo arda, y puedo notar cómo se me calienta la piel solo por la felicidad de poder por fin usar ese término en concreto. Me he sonrojado y lo sé, pero no puedo evitarlo. Me siento feliz de estar aquí, sentada bajo el sol de Portland con Amelia y poder introducir a Tyler en la conversación como mi novio. Jamás pensé que esto sería posible.

—Hala —dice Amelia. Los ojos se le abren como platos y levanta

una mano, justo antes de inclinarse hacia mí y repetir como un eco —: ¿Novio? ¿Estás saliendo con un chico de Portland?

—En realidad —murmuro— es de Santa Mónica, pero da la casualidad de que ahora está viviendo aquí.

Creo que está a punto de chillar. Siempre ha tenido debilidad por las historias de amor y los finales felices. Me exige una respuesta con desesperación.

—¿Quién?

Ya no me da miedo admitirlo. Decir su nombre es tan fácil como el de cualquiera.

Sin embargo, voy a tener que acostumbrarme antes de que me entre en la cabeza.

—Estoy saliendo con Tyler —le digo. Mi voz es firme y segura, no aparto la mirada de la suya—. ¿Te acuerdas de él? Es mi hermanastro

No quiero ocultar que Tyler es mi hermanastro. Es la verdad, y no me da vergüenza admitirlo.

La confusión se refleja en la cara pecosa de Amelia al instante. Parece haber quedado a la espera, como si creyera que voy a echarme a reír a carcajadas y le voy a decir:

«¡Es coña!». Pero yo mantengo una sonrisa relajada y arranco trocitos de césped, luego me siento culpable y hago todo lo posible por colocarlo en su sitio otra vez. El aire de Portland debe de estar afectándome.

—¿En serio? —es todo lo que dice Amelia. Su tono es suave, como si tuviera miedo de que el tema sea delicado, y sigue pestañeando mientras me mira de tal manera que queda claro que no tiene ni idea de lo que está pasando.

—Sip —contesto, y luego de manera casual añado—: Se mudó aquí hace un año. Solo he venido de visita unos días. —No espero a que Amelia empiece a hacerme preguntas, y decido cambiar de tema lo más rápido posible—. ¿Cómo te va todo a ti? ¿Qué tal los estudios? —Señalo con la cabeza al campus.

—¡Una pasada! —dice Amelia con entusiasmo, y toda la cara se le ilumina. Levanta el grueso libro del que estaba estudiando y se lo vuelve a poner en el regazo, recorre la portada con los dedos. Es de química, algo que yo nunca comprendí pero que a Amelia siempre le encantó—. La carrera es la hostia y las fiestas son incluso mejores. ¿Te he contado que me arrestaron?

Ahora soy yo la que no sé si está de coña o no. ¿Arrestada? ¿Amelia? Imposible.

—¿Me estás tomando el pelo? —digo.

—Nop —responde, y luego se ríe con algo de vergüenza y se tapa los ojos con el flequillo.

»No debería intentar volver a casa andando cuando he bebido demasiado. Tuve que pasar la noche en una celda y luego pagar doscientos pavos por alteración del orden público. —Pone los ojos en blanco—. Según parece, gritar en la calle es delito.

—Estás loca —digo, pero estoy riéndome.

A Amelia le encantaba pasarlo bien, siempre estaba dispuesta a divertirse. Nada es demasiado serio para ella, y echo de menos esa actitud.

—Lo sé —me da la razón—. Estoy intentando tener más autocontrol, más que nada para que mis padres no me deshereden.

Se echa a reír conmigo, y es tan agradable echar unas risas con ella que no quiero volver a perderla. Saber que Amelia está aquí solo se suma a la creciente lista de razones por las que parece que me estoy enamorando de Portland. Tal vez sea egoísta, pero quiero que mi vida esté llena de todas las cosas que me encantan. Como Tyler y Amelia, Portland y el café, Rachael y Emily, la universidad y las aventuras, mamá y Ella, ideas temerarias y la oportunidad de estar siempre tan feliz como ahora. Eso es todo lo que quiero, todo a la vez, todo perfectamente entrelazado.

Mi risa se apaga, parpadeo un par de veces y vuelvo a la realidad. Mi mirada se clava en los ojos de Amelia, y frunzo los labios de manera inocente.

—¿Hay alguna razón por la que tengas que estar aquí?

—No —contesta—. ¿Por qué?

Me levanto del césped, cojo el libro de Amelia y lo meto en su mochila, luego le doy la mano y la levanto de un tirón. Ella me está mirando con curiosidad, esperando una explicación, así que le

Visítanos en : [repisabooks.blogspot.com](http://repisabooks.blogspot.com)

paso la mochila y señalo con la cabeza a la dirección por la que he venido.

—Quiero que conozcas a unas personas.

*You 3 Miss You Estelle Maskame*

## CAPÍTULO 21

De camino hacia el centro juvenil, tengo bastante tiempo para contarle a Amelia la versión larga de la historia. Le digo que Tyler y yo llevamos tres años enamorados, pero que solo hemos estado juntos oficialmente unas dieciocho horas. Le hablo de Dean y del verdadero motivo por el que rompimos, que no fue de mutuo acuerdo ni de forma amistosa como le había contado hace tiempo. Le hablo de papá, que ahora es todavía más imbécil que antes y que detesta que Tyler y yo estemos juntos. Le hablo de Tyler, le digo que se marchó el pasado verano y que no lo vi durante un año, que lleva aquí todo este tiempo montando un grupo juvenil. Le confieso que cuando volvió a aparecer, yo quería que se marchara. Pero luego también le cuento que me alegro de haberle dado una segunda oportunidad, porque jamás me había sentido tan feliz. Y Amelia asiente con la cabeza todo el tiempo, haciendo lo que puede para asimilar la sobrecarga de información que le he lanzado, y creo que al principio piensa que no soy la misma persona de antes. La antigua Eden jamás se habría arriesgado así. Jamás habría vuelto a Portland. La antigua Eden jamás se sonrojaría con tan solo pensar en un chico.

—Es aquí —anuncio, deteniéndome delante del enorme portón negro. No hay ningún letrero, pero la verdad es que debería



haberlo. Más gente necesita saber lo que hay detrás de esta puerta. La abro empujando con todas mis fuerzas porque pesa como un muerto, y luego la mantengo abierta para que Amelia me siga. La entrada tiene mucha luz, que ilumina la escalera mientras subimos sin detenernos ni una sola vez. Amelia está nerviosa porque va a conocer a Tyler y a Emily, pero creo que aceptará a Tyler, y estoy segura de que se llevará bien con Emily. Es imposible no quererlos, y estoy deseando que los tres se conozcan.

Puedo oír la música antes de llegar al rellano, y es aún más fuerte cuando abro la segunda puerta. Hay mucha más gente que ayer por la mañana, tal vez porque es por la tarde, y el sitio está animado con el sonido de voces, música y risas.

—¡Hala! —exclama Amelia.

La miro de reojo. Está asimilando todo con los ojos abiertos como platos y llenos de sorpresa, igual que yo ayer. La verdad es que es increíble ver lo grande que es este lugar, y lo lleno que está.

—¿Es aquel?

Mi mirada se desvía con rapidez de Amelia a Tyler. Nos debe de haber visto cuando hemos entrado por la puerta, porque ya se dirige hacia mí con esa sonrisa tan suya. Es la una y algo, así que ya lleva aquí más o menos una hora.

—Sí —susurro; mis ojos no se apartan de Tyler, una sonrisa se dibuja en mi cara—. Ese es él.

—Mmm —murmura Amelia—. Lo apruebo con nota.

Aparto la vista de Tyler solo para poder volverme hacia Amelia y poner los ojos en blanco. Ella ya se está arreglando el flequillo, colocándose el pelo detrás de las orejas y pasándose la mano por la punta del cabello mientras Tyler se acerca.

—Un placer verte de nuevo —me dice, sonriendo.

Han transcurrido menos de dos horas desde que me he pasado por la cafetería en la que curra para comprar un café, y aquí estoy, presentándome en su otro trabajo como si me resultara imposible mantenerme alejada de él. Sí que puedo, pero no quiero. Mientras mira a Amelia, Tyler enarca una ceja y luego me mira a mí esperando una respuesta.

—¿Quién es tu amiga?

—Amelia —señalo. No necesita más explicaciones. Tyler sabe perfectamente quién es Amelia. Hace años le hablé mucho de ella, era mi mejor amiga en Portland, la única simpática.

—Hola —saluda Amelia, parpadeando con intensidad, una señal evidente de sus nervios.

Se produce un momento incómodo cuando ella casi extiende la mano, pero luego parece recapacitar y pensar que eso es demasiado formal y la retira.

—Ah —dice Tyler. Sus dientes brillan cuando sonrío, su expresión es agradable y cálida—. Me alegro de conocerte por fin, yo soy Tyler, el... —Su voz se apaga, me mira antes de decirlo, como si le preocupara que aún no le hubiera dicho nada a Amelia.

Pero ella lo interrumpe antes que yo, y acaba la frase:

—¿Novio y hermanastro?

—Sí, eso —confirma Tyler con una carcajada.

Parece aliviado y contento de que se lo haya contado. Ninguno de los dos hemos sido muy sinceros antes, pero creo que estamos mejorando.

—¿Dónde está Emily? —pregunto.

Recorriendo la multitud de personas con la vista, intento divisarla entre ellos, pero no la encuentro. Espero que no se haya marchado, me apetece mucho presentársela a Amelia.

—Está en la parte de atrás —contesta Tyler, señalando la puerta de la pared al otro extremo. Ayer no vi esa puerta—. Seguidme.

Mientras Tyler se abre paso por la alfombra de la sala, Amelia y yo vamos tras él. Mi amiga me da un pequeño codazo en las costillas, abre mucho los ojos con entusiasmo y me articula con los labios: «Está muy bueno», mientras se abanica la cara con la mano de manera dramática. Algunas cosas nunca cambian. Cuando estábamos en el instituto solíamos fijarnos en los tíos buenos, y nos moríamos de vergüenza cuando nos pillaban y me blando de ellos en los pasillos. Con un gesto travieso, le doy un empujón en el hombro y me muerdo el labio para no reírme. Tyler no se da ni cuenta, y cuando llegamos a la parte de atrás, introduce una secuencia de números en una cerradura digital y la puerta se abre con un clic. Él la mantiene abierta para que entremos en lo que

parece ser un almacén. Tyler se queda en la entrada, con un ojo puesto en los chicos que están en la sala principal, y de inmediato, aparece la cara de Emily desde detrás de un montón de cajas de cartón.

—¡Hola! —Suelta el paquete de botellas de agua que lleva en los brazos encima de una caja sin abrir, y luego se mueve con maña entre un montón de cajas que cubren el suelo de manera desordenada, abriéndose camino hacia nosotros.

—¿Emily? —oigo que dice Amelia como si la reconociese, y mi mirada se vuelve hacia ella con sorpresa.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué tal? —exclama Emily—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Tanto Tyler como yo las miramos intentando averiguar qué narices está pasando.

—¿Os conocéis? —pregunto confundida.

—Pues... sip —dice Emily de manera casual con el mejor acento norteamericano que tiene, aunque le acaba saliendo sureño. Y entonces rápidamente vuelve a su forma de hablar normal y nos explica—: Amelia me da palomitas gratis cada vez que voy al cine porque está intentando que me líe con su compañero de trabajo.

—Es vergonzoso, lo sé —añade Amelia. Se le sube el color a las mejillas, y yo trato de recordar si alguna vez me dijo que trabajaba en un cine. Me la puedo imaginar derramando palomitas por la alfombra a cada rato—. Pero es que Gregg se muere por ti y es

súper adorable. Sigo pensando que deberías darle una oportunidad.

—Nooooooo —dice Emily, pero también está colorada e intenta que Amelia cambie de tema. Yo sigo mirándolas sin dejar de pestañear, pasmada de lo fácil que me está resultando—. Nunca te he preguntado tu nombre —dice Emily—. ¿Cómo te llamas?

—Amelia. —Titubea un poco cuando se da cuenta de que Emily todavía no sabe la razón por la que está aquí, así que enseguida añade—: En realidad soy la mejor amiga de Eden, desde niñas.

Emily abre la boca mientras me mira, claramente sorprendida por las noticias.

—¡No me digas!

A mi lado, Tyler se aclara la garganta y dice:

—¿Os importa si secuestro a Eden un segundito?

Le lanzo una mirada curiosa, pero Amelia y Emily nos aseguran que no les importa quedarse solas, y Tyler me conduce hacia la puerta sin perder tiempo.

—¿Sí? —pregunto cuando ya estamos de vuelta en la zona principal y nos vemos rodeados de adolescentes. Lo miro con recelo y precaución.

—Mi padre está aquí otra vez —me dice.

Sus ojos me observan, tiene los rasgos de la cara relajados y una sonrisa vacilante en los labios, como si me estuviera pidiendo disculpas. Sé que se supone que su padre se ha reformado y está

intentando arreglar las cosas con Tyler, pero no puedo librarme del odio que siento. Solo pensar en él basta para que se me tense la mandíbula.

—¿Por qué?

—Está terminando de revisar unas cosas antes de irse al aeropuerto —me explica Tyler, señalando la oficina con un movimiento de la cabeza. La puerta está cerrada—. Quiere conocerte. O sea, en plan oficial. Cree que ayer empezasteis con mal pie, lo que es en parte culpa mía por no avisarte de que volvía a estar en mi vida.

Vale, eso explica la sonrisa arrepentida.

—Mmm.

Aunque desprecio al padre de Tyler, me muero de curiosidad. Parte de mí tiene ganas de oír lo que tenga que decir. Llevo tanto tiempo oyendo cosas de él que sería una locura perder la oportunidad de escuchar su historia de primera mano.

—Vale —digo—. Hablaré con él.

En su mirada se refleja una expresión de gratitud antes de coger mi mano y conducirme hacia la oficina. Me jode sentirme tan nerviosa, y muy despacio, Tyler abre un poco la puerta. Se asoma por el marco, y murmura:

—Papá, ha venido Eden.

No oigo lo que contesta Peter, pero de repente Tyler abre la puerta del todo y me hace entrar en la pequeña oficina.

Su padre está sentado en el enorme sillón de ejecutivo, cómodo y relajado, delante de él hay papeles desperdigados por todo el escritorio. Lleva una camisa azul claro, la tiene abotonada hasta el cuello, y en la mano sostiene una pluma estilográfica. El reloj de oro se asoma por debajo del puño de la camisa, y me pregunto cómo un tío con un pasado tan asqueroso puede parecer un hombre de negocios de éxito.

—Hola, Eden —me saluda.

Igual que ayer, su voz suave me coge por sorpresa, así como la calidez de sus ojos.

Es como Tyler, pero más bajo, tiene unos ojos verdes que no son tan vibrantes como los de su hijo y su mentón no está tan bien definido. Sin embargo, me tendré que ir acostumbrando al parecido.

—Hola —respondo.

Se instala el silencio y miro a Tyler perpleja cuando descubro que ya está saliendo por la puerta.

—Tengo que ponerme a currar —dice.

Mira a su padre y luego a mí durante un segundo o dos, nos ofrece una sonrisa forzada antes de mover la cabeza y desaparecer, cerrando la puerta tras de sí.

Nos quedamos solos, Peter y yo. Es insoportablemente incómodo, sin duda debido a que ha notado mi hostilidad hacia él. Además, el hecho de que yo esté ahí de pie delante de su escritorio mientras él

me mira con fijeza desde su silla le da un aire autoritario al asunto.

Me alegro cuando se levanta, sale de detrás del escritorio y se detiene ante mí, a varios centímetros.

—Entiendo que no te caiga bien —comienza a decir, y es tan directo y franco que trago saliva de pronto—. No te culpo, yo tampoco soy mi fan número uno. Pero tú eres la...Tú eres la novia de Tyler, ¿no?

Incómoda, cambio de postura.

—Sí.

—Entonces me gustaría que fuésemos amigos —dice.

Me quedo mirándolo con atención, sin ninguna expresión en la cara. No sé cómo pretende que sea amiga de alguien que se las hizo pasar canutas a Tyler. Jamás lo podré perdonar por ello, y es imposible que me caiga bien.

—Lo que hiciste... —balbuceo entre dientes, pero, joder, ni siquiera puedo acabar la frase.

Estoy tan cabreada que los músculos de la garganta se me contraen y aprieto los dientes. Solo mirarlo hace que me hierva la sangre, así que cierro los ojos y agacho la cabeza hacia el suelo. Me estoy empezando a dar cuenta de lo difícil que debe de haber sido para Tyler haber tenido que sentarse y hablar con él, porque ni yo puedo hacerlo, y yo ni siquiera estoy implicada de forma directa.

—Me arrepentiré de lo que hice por el resto de mis días.



Poco a poco, levanto la cabeza y abro los ojos. Peter me está mirando con la expresión más triste que jamás haya visto. Podría jurar que por un segundo sus ojos ni siquiera son verdes, son solo dos huecos negros, cansados y arrugados, el resultado de años de un apabullante remordimiento. Su profundo ceño fruncido parece permanente, como si su cara hubiera tenido la misma expresión demasiado tiempo.

—Lo perdí todo, y me lo merecía —dice en voz baja—. Perdí mi negocio y mi carrera, mi reputación y mi libertad, a mis padres y a mí mismo. Pero lo peor de todo fue que perdí a mi esposa y a mis hijos. —Traga el nudo que tiene en la garganta y sacude la cabeza de atrás adelante con suavidad—. Y puedes detestarme, Eden, pero deberías saber que estoy haciendo todo lo posible por mejorar mi relación con Tyler. Estoy aquí por él, porque se merece tener un padre que se está esforzando muchísimo en demostrarle lo arrepentido que está. No estoy muy segura de por qué me está diciendo esto, pero me alegra que lo haga.

Escucharlo de su propia boca es reconfortante, incluso más por el hecho de que sus palabras están llenas de sinceridad, pero de todas formas tengo ganas de que conozca mi opinión. Yo también quiero expresarme.

—Entiendo que lo estás intentando —le digo— y, la verdad, te has ganado algo de respeto por mi parte al haber venido aquí y asistir a las sesiones de terapia con Tyler. Pero no llegaste a ver cómo era

hace tres años y lo descarrilado que estaba. ¿Sabías que a tu hijo solo se lo conocía por ser un cabrón? ¿Y que nadie le quería llevar la contraria por lo violento y agresivo que era? ¿Y que dependía del alcohol y de las drogas para distraerse y no pensar en toda la mierda por la que tú lo habías hecho pasar? Puede que lo sepas, pero no lo viviste. No viste lo completamente destrozado que estaba, y no creo que tengas la menor idea de lo duro que se ha esforzado estos últimos tiempos para ser una versión mejor de la persona en la que tú lo convertiste. —Doy un paso hacia atrás y le clavo una mirada firme, mis ojos encendidos con el desprecio que siento hacia él—. Así que puede que cuentes con mi respeto, pero jamás contarás con mi perdón. Y te juro por Dios... Te lo juro... Si jodes esto, no solo tendrás que lidiar con Tyler, también tendrás que vértelas conmigo. Después de esta, no habrá más oportunidades para ti.

Peter se limita a asentir con la cabeza. Tal vez esté acostumbrado a esto, tal vez solo lo acepta. Se vuelve hacia el escritorio, coge su teléfono, lo introduce en el bolsillo de sus pantalones, y luego agarra la misma carpeta que llevaba ayer. Amontona los papeles y a continuación se desplaza por la oficina para ponerlos en uno de los archivadores. Lo sigo con la mirada todo el tiempo, busco en sus gestos cualquier parecido con los de Tyler, pero por suerte, no detecto ninguno hasta que se detiene delante de mí y se pasa la mano por el pelo tal como hizo ayer, exactamente como Tyler.

Tengo que reprimir un gemido.

—Ahora me tengo que ir —me dice Peter—. Regresaré el mes que viene, así que si todavía sigues por aquí, nos veremos entonces. Ha sido un placer conocerte por fin, y, por favor, confía en mí cuando te digo que no tienes que preocuparte por nada.

Yo me limito a contestar:

—Ok.

No tenemos una buena relación ni por asomo. Se va a necesitar mucho más que un par de minutos de conversación para que yo sea capaz de aguantarlo. Estoy dispuesta a intentarlo por Tyler y porque estoy dando los primeros pasos para mejorar mi propia vida.

Así que aunque resulte difícil, la próxima vez que vea a Peter, sea cuando sea, estoy dispuesta a esforzarme más.

Peter me ofrece una pequeña sonrisa, se vuelve hacia la puerta de la oficina y se dirige hacia el salón principal. Espero un par de segundos antes de salir detrás de él.

Cuando lo hago, veo que va directo hacia Tyler. No puedo dejar de observar cómo se relacionan, porque me crea una sensación tan inquietante, tan enfermiza en el estómago, que intento hacerla desaparecer. «Ha cambiado», me obligo a recordar. Están trabajando juntos para arreglar las cosas entre ellos, y es evidente que todavía están en período de prueba, porque no parecen acercarse demasiado. De todos modos, sí se estrechan la mano

con fuerza. Después, Peter sale por la puerta principal y desaparece. Tyler vuelve a lo que estaba haciendo, que es hablar con una chica que parece bastante huraña y que está apoyada en la pared con los brazos cruzados, así que me dirijo de vuelta al almacén en busca de Amelia. Tengo que llamar varias veces hasta que Emily corre para dejarme entrar, y después de un breve debate, Amelia y yo decidimos quedarnos un rato en el centro. Ninguna de las dos tiene otra cosa que hacer, y a Tyler y a Emily parece que les mola que estemos por allí. Incluso echamos una mano, Amelia ayuda a reabastecer las máquinas expendedoras y yo me ofrezco a ordenar todas las cajas que hay en el almacén. Es un ambiente genial, con la música a tope y un montón de chavales que van y vienen mientras los cuatro nos hacemos bromas y reímos. La tarde pasa volando, y estoy encantada de que Amelia se lleve bien con Tyler y Emily, porque son tres personas muy importantes para mí. Emily se lo está pasando tan bien con nosotros que cuando dan las cinco de la tarde y su turno ha terminado oficialmente, decide quedarse más tiempo, y acierta, porque luego todos pedimos algo para la cena. Incluso los adolescentes que vienen al centro son súper majos. He estado yendo de grupo en grupo y charlando con todos, riéndome con sus ocurrencias llenas de agudeza y sarcasmo. Puedo comprender por qué Tyler y Emily disfrutan haciendo esto todos los días. Es bastante gratificante estar aquí, rodeada de energía positiva, lo

que se refleja en el buen humor que tengo. Pero estar así de feliz está empezando a agotarme. No estoy acostumbrada.

Acaban de dar las nueve de la noche cuando la última persona abandona el edificio. Tyler llevaba hablando con él un buen rato, los dos recostados sobre unos pufs blandos en un rincón de la sala. Emily se ha marchado a las siete, Amelia, a las ocho. Y ahora solo quedamos Tyler y yo, y lo he estado esperando con paciencia, porque no solo me niego a subirme al tranvía por la noche, tampoco quiero irme a casa sin él.

—Y bien, ¿qué te parece Amelia? —le pregunto mientras lo ayudo a bajar las persianas. La música está apagada y en el centro reina el silencio. Se me hace extraño sin jaleo.

—Es simpática —dice Tyler por encima del hombro—. Es genial que te hayas encontrado con ella, y todavía mejor que siga viviendo en Portland. Ya conoces a alguien más aquí.

—Sí —digo—. Portland me está molando más de lo que esperaba. Tyler me sonrío, claramente aguantándose las ganas de soltarme un «te lo dije». Terminamos de recoger el centro, apagamos todas las luces y cerramos con llave todas las puertas antes de marcharnos. Está anocheciendo, el sol ya se ha escondido detrás del horizonte y el cielo va adquiriendo tonos naranja y rosa. Tyler ahora se ha puesto una sudadera con capucha, y yo aprieto mi cara en su espalda y lo rodeo con los brazos mientras cierra la entrada principal. Luego coge mis manos y se aparta de mí para

poder darse la vuelta y mirarme de frente, y sonrío.

—¿Qué te parece si vamos a la ferretería para comprar pintura?

Me costó mucho convencer a Tyler de que eligiera una pintura de color marfil en lugar de una roja brillante. La regla de atenerse a colores neutros no le entra en la cabeza, pero después de una hora de debate, ya estamos en el apartamento, con ocho botes de pintura de color marfil en mitad del suelo del salón.

Todas las paredes son blancas y necesitan desesperadamente una nueva capa de un color más fresco. El plan es pintar todo el apartamento durante los próximos días. Cuando estábamos en el coche la idea me parecía divertida, pero ahora que estoy aquí con un par de vaqueros viejos y una camiseta de Tyler, brocha en mano, mi entusiasmo está comenzando a desaparecer.

—Creo que deberíamos empezar por mi habitación para tapar lo que escribí — propone. Tyler lleva unos pantalones de chándal grises y una camiseta blanca lisa, y vuelve a estar sexy sin intentarlo siquiera, mientras que yo parezco una sin techo.

—Vale.

Cogemos un bote de pintura cada uno y nos dirigimos a la habitación de Tyler. Solo tardamos unos minutos en prepararla porque no hay nada que mover salvo su cama. Tyler lleva el colchón a la habitación de invitados, y luego pone el somier sobre uno de sus laterales y lo arrastra con facilidad a través de la puerta; mientras tanto, yo cubro todo el suelo con las numerosas cortinas

de ducha que hemos comprado en la tienda. Ya pasan de las diez de la noche, y me da que tal vez deberíamos haber esperado hasta mañana. Se está haciendo tarde.

Lo que Tyler ha escrito esta mañana todavía sigue en la pared, y no me doy cuenta de que estoy sonriendo al leer sus palabras hasta que él vuelve a entrar en la habitación y me mira raro.

—A pintar —dice.

Se acucilla y abre la tapa de una de las latas de pintura, vierte un poco en una bandeja, y luego moja un rodillo en ella. Jamás me había imaginado que a Tyler le fuese el bricolaje, y me río mientras lo observo, porque está monísimo cuando intenta concentrarse en algo, con esa mirada suave y la boca entreabierta.

—¿Qué? —dice, levantando la vista.

—Nada.

Bromeando, me mira con los ojos entrecerrados y luego se vuelve hacia la pared. Sé que el papel que me ha asignado es el de pintar por los bordes de abajo, pero estoy demasiado ocupada mirándolo a él para darme cuenta de que no lo estoy ayudando.

Primero quiere tapar sus palabras, así que se pone a pasar el rodillo por encima de las letras, y en cuestión de segundos, ha desaparecido la primera línea. Pero yo no estoy mirando cómo desaparecen las palabras, porque el espectáculo del cuerpo de Tyler mola mucho más. Cada vez que se estira, se le levanta un poco la camiseta y deja a la vista el elástico de sus bóxers negros,

que se asoman por encima de sus pantalones de chándal.

—¿Cómo lo ves? —oigo que me pregunta, y cuando despierto del trance en el que me he sumido, me doy cuenta de que está de cara hacia mí y tiene una pequeña sonrisa revoloteando en los labios. Ya han desaparecido todas las palabras de la pared, salvo dos.

Las dos últimas. Te amo

Le devuelvo la mirada a Tyler, que ahora tiene la cabeza algo ladeada y me clava sus ardientes ojos verdes. Hay un brillo desafiante en ellos, y creo que espera que lo bese.

Es un reto que aceptaré con gusto, aunque antes quiero provocarlo un poco. Doy un largo paso hacia él, le planto un beso fugaz en los labios y luego me vuelvo a alejar igual de rápido.

—¿Dónde está el rotulador? —le pregunto.

Tyler frunce los labios hacia mí, y a continuación dice:

—En la cocina. Primer cajón a la izquierda.

Lo dejo con nada más que una sonrisa hermética y me doy la vuelta para dirigirme hacia la cocina. Revuelvo en el cajón hasta encontrar el rotulador negro, le quito la tapa de regreso a la habitación de Tyler. Él está pintando de nuevo, ha comenzado por el rincón más apartado, pero cuando nota que estoy junto a él, me echa un vistazo por encima del hombro y entonces deja lo que estaba haciendo.

—Y bien —dice, mirándome con curiosidad—, ¿para qué necesitas ese rotulador, si se puede saber?



Yo no entiendo por qué siente la necesidad de hacerme esa pregunta. A juzgar por la sonrisa que está intentando contener, está claro que sabe exactamente lo que estoy a punto de hacer.

Mientras le sonrío, me acerco a la pared. Con cuidado de no tocar la pintura fresca, recorro las palabras que quedan con la punta de mis dedos. Luego, debajo de ellas, escribo:

**Je t'aime.**

—¿Cómo lo ves? —digo, imitándolo aposta al tiempo que doy un paso hacia atrás y señalo con la cabeza lo que acabo de añadir.

Lo de pintar no está yendo muy bien, parece que lo único que estamos logrando es estropear más la pared.

Los ojos de Tyler se iluminan cuando lee lo que he escrito. Y luego se queda mirándome durante unos segundos eternos, y a medida que pasan, su sonrisa aumenta más y más, hasta que de repente está delante de mí, tiene su mano en mi mentón, y su boca contra la mía.

Está tan lleno de energía que me empuja hacia atrás un par de pasos, y esta noche no hay tiempo para besos lentos y profundos, porque ambos estamos demasiado deseosos y demasiado traviosos, y es demasiado difícil ignorar la atracción sexual. Nuestros labios se mueven en armonía con los latidos de nuestros corazones, y su lengua se enreda con la mía.

No creo que jamás pueda acostumbrarme a la excitación que siento cuando lo beso. Me pone la piel de gallina, me da escalofríos

y hace que las piernas se me adormezcan. Es la sensación más increíble del mundo.

Las manos de Tyler recorren mi cuerpo hasta llegar a mi cintura y luego se deslizan por debajo de mis muslos para levantarme del suelo. Yo rodeo su cuerpo con fuerza con mis piernas, mis brazos alrededor de su cuello; mis labios se aprietan aún más contra los suyos. Puedo sentir sus manos en mi trasero mientras me sostiene, y luego me empuja contra la pared. En cuestión de segundos, noto que la pintura fresca humedece mi camiseta.

No quiero, pero tengo que separar mis labios de los suyos para poder echar un vistazo por encima de mi hombro. La parte de atrás de mi camiseta negra ahora tiene una gruesa capa de pintura. De toda la pared, Tyler justo tenía que apretarme contra el sitio que estaba recién pintado.

—¡Lo has hecho aposta! —le chillo mientras me doy la vuelta, su cara está a tan solo un centímetro de la mía.

Él me mira sonriente, le brillan los ojos con picardía.

—Casi es mejor que te quites esa camiseta —dice entre dientes, pero ya lo está haciendo por mí.

Conmigo todavía en brazos entre su pecho y la pared, tira el dobladillo de la camiseta hacia arriba, la saca por mi cabeza y la lanza hacia atrás.

Ahora noto la pintura fría y húmeda contra la piel de mi espalda, pero no me quejo, porque los labios de Tyler están en la parte

sensible detrás de mi oreja. Ladeo la cabeza y luego la echo hacia atrás contra la pared para que llegue mejor, tengo los dedos enredados en su pelo, los ojos cerrados, y me regodeo en el sendero de caricias que va dejando su boca por mi oreja, mi mentón y mi cuello, mientras succiona mi piel y va besándome lenta y suavemente. Sus pulgares revolotean por la cintura de mis vaqueros, siento la calidez de la punta de sus dedos cuando roza mi piel. Una mano recorre mi espalda hacia arriba, hacia el cierre de mi sujetador, y de repente, este sale disparado por encima del hombro de Tyler y acaba en el suelo.

Lleva sus labios a mis pechos, y yo me muero por ver su cuerpo, así que al mismo tiempo cojo su camiseta y lo ayudo a quitársela. Mientras él continúa decorando mi piel con besos ávidos, yo solo puedo mirar su cuerpo con fijeza. Adoro sus raíces hispanas, porque el tono de su piel es precioso, un bronceado natural. Sus abdominales no están tan bien definidos como antes, pero siguen ahí, todavía forman una bonita tableta de chocolate.

Cada curva de su torso está bien dibujada, desde la rotundidad de sus pectorales, donde lleva su nuevo tatuaje, hasta la profunda V en el abdomen que desaparece en sus bóxers.

Mientras me tiene levantada, me aprieta el trasero con las dos manos, y sus bíceps se ven enormes. Tiene los músculos flexionados, y las venas se le ven gruesas y parecen llenas de carga eléctrica.

—Hasta aquí llegó la pintura —dice riéndose, y levanta la cabeza. Me besa la frente, luego la nariz, luego las mejillas, luego la comisura de los labios.

Me clava la mirada, presa de la admiración, del deseo y del amor. Puedo imaginar que yo tengo la misma expresión, porque lo miro y no creo que pueda dejar de estar enamorada de él jamás. Es imposible, es demasiado perfecto, y es perfecto para mí.

—¿En serio la íbamos a pintar?

—No —reconoce. Y entonces susurra riéndose—. Lo que pretendía era esto. Es mucho mejor. Sus labios encuentran los míos otra vez, y yo le tiro del pelo de manera juguetona mientras él me aparta de la pared. No sé cómo logra sacarme a cuestras de la habitación al tiempo que sigue besándome, y no estoy segura de cómo no acabamos chocando con algo, pero llegamos sanos y salvos a la habitación de invitados.

—Dame un segundo —dice Tyler.

Me deja en el suelo, se pasa las manos por el pelo rápidamente y se pone a armar la cama desmontada, y yo me quedo de pie al lado de la puerta, con nada más que mis vaqueros, riéndome de la desesperación que veo en su rostro mientras él intenta terminar lo más rápido posible. Mi mirada se desvía hacia lo que hay entre las dos habitaciones. Es el cuarto de baño, tiene la puerta abierta y se ve la ducha. Con solo pensarlo siento olas de adrenalina por todo mi cuerpo, y recuerdo lo que sucedió en Nueva York el verano

pasado, en la ducha en el apartamento de Tyler el Cuatro de Julio. Pero esa vez la diversión acabó tan de repente como había comenzado cuando Snake y Emily volvieron antes de lo esperado. Mi mirada se vuelve a toda velocidad hacia Tyler, y antes de que pueda levantar el colchón, doy unos pasos hacia él y lo agarro por la cintura de sus pantalones de chándal. Me mira pestañeando, sorprendido cuando empiezo a arrastrarlo fuera de la habitación.

Mi sonrisa se torna seductora cuando me detengo al lado de la puerta del cuarto de baño. Parece que la seguridad en mí misma aumenta muchísimo siempre que siento el más mínimo chute de adrenalina, así que me pongo delante de él antes de que me invadan los nervios, y lo miro con los ojos muy abiertos y una expresión inocente. Le beso el borde del mentón, y luego le acaricio el pecho mientras acerco mi cuerpo al suyo aún más. Presiono mis senos contra su pecho, mis caderas contra las suyas, y puedo sentir su rigidez y firmeza contra mi cuerpo. Levanto la vista, rodeo su cuello con los brazos.

—¿Terminamos lo que habíamos empezado en Nueva York?

Tyler tarda un momento en darse cuenta de qué estoy hablando, y más importante aún, lo que estoy sugiriendo. En cuanto se da cuenta, la sonrisa vuelve a su cara.

—No —dice—, creo que no.

Dando tumbos, nos metemos juntos dentro del pequeño y oscuro cuarto de baño, debajo de mis pies noto las baldosas frías. Me

apoyo en el lavamanos mientras me quito los vaqueros, luego me meto en la bañera y entrecierro los ojos en la oscuridad para buscar los mandos y abrir el agua. Explota en un enorme chorro que me deja empapada por completo.

La pintura de mi espalda se desprende lentamente y los trocitos se derraman por el fondo de la bañera; desaparece de mi piel igual que las palabras de Tyler el año pasado. Mientras el agua corre por mi cara y rueda por mis mejillas, lo encuentro en la oscuridad, no veo nada más que una silueta cuando se quita los pantalones, y luego los bóxers. Se queda quieto un instante, mirándome, y luego lo oigo susurrar muy bajito:

—Joder.

Buscándolo, estiro la mano, cojo la suya y lo atraigo hacia mí al tiempo que nuestros cuerpos se entrelazan bajo el agua una vez más. Solo que esta vez, nadie nos interrumpe.

## CAPÍTULO 22

Es jueves y Tyler tiene el día libre en la cafetería, así que él y Emily intercambian turnos en el centro, lo que significa que ella dispone de toda la mañana para pasarla conmigo. Es casi mediodía, y ya llevamos casi media hora paseando por el centro, entrando y saliendo de las tiendas. Hoy no hace tan buen tiempo. Todavía hace calor, pero hay una gruesa capa de nubes que impide que el sol brille, así que las calles se ven algo apagadas.

—¿Qué te parece esta? —me pregunta Emily.

Se está probando una falda corta y mirándola de manera intensa antes de desviar la mirada hacia mí, esperando una respuesta. No estoy segura de por qué me pregunta algo así, ya que yo no tengo precisamente el mejor gusto del mundo en ropa.

—¿Para qué?

—Digamos que para una fiesta.

—Entonces es bonita —le digo, y eso parece ser suficiente para que decida comprarla.

Mientras se cambia y paga, yo me dirijo hacia la puerta y la espero allí. Estos últimos dos días, se me ha ido un poco la olla. Físicamente estoy aquí, mentalmente, no. Ahora mismo tengo demasiadas cosas en la cabeza, muchos asuntos que arreglar y resolver, demasiadas preguntas que necesitan respuestas. Darle

sentido a mi vida me está resultando mucho más difícil que presentar a mis amigos entre sí. Ayer por la mañana, poco a poco fui cayendo en la cuenta de que a pesar de que me encanta estar en Portland, solo estoy de visita. Dentro de dos meses tengo que volver a Chicago, y cuando eso suceda, quizá todo se vaya a la mierda. Ahora no puedo quitarme de la cabeza que muy pronto, Tyler y yo nos separaremos otra vez, y eso me pone enferma.

—¿Por qué no vamos a ver a Amelia? —sugiere Emily cuando aparece a mi lado otra vez con su bolsa de compras de Forever 21—. El cine en el que trabaja está a unas cuatro calles.

—Dirás a cuatro manzanas —la corrijo en broma—. Pero claro, vamos.

Habíamos invitado a Amelia a este paseo relajado que se ha convertido en ir de compras, pero no ha podido venir ya que los jueves trabaja en el cine. Estoy segura de que se alegrará de vernos, porque me imagino que entre semana el cine debe de estar bastante vacío. Emily me guía, aunque enseguida adivino a qué cine nos dirigimos. Sin embargo, la idea de que voy a ver a Amelia no me saca de mi ensimismamiento.

La verdad es que no solo detesto la idea de tener que irme: también me aterra. Por fin todo va como siempre soñé, y si Tyler y yo nos separamos, eso puede machacar la relación por la que tanto hemos luchado. Tal vez no seamos capaces de sacarla adelante.



—Emily —digo, caminando un poco más despacio. Tengo que tragar el nudo de ansiedad que se me ha formado en la garganta —. ¿Puedo preguntarte una cosa?

Me echa un vistazo rápido con el rabillo del ojo.

—Sabes que sí.

Y tiene razón. A Emily se le da genial dar consejos. Me encanta hablar con ella, porque sé que será sincera conmigo pase lo que pase.

—¿Crees que Tyler y yo seríamos capaces de mantener una relación a larga distancia? —Uf. Larga distancia. Qué mal suena. Emily de inmediato frunce el ceño y deja de caminar, me mira directamente a los ojos.

—Sí, yo creo que podréis. Ya estáis acostumbrados a pasar tiempo separados. — Hace una pausa cuando ve la tristeza reflejada en mi cara. Hasta yo la siento, en cada centímetro de mi cuerpo—. Va, Eden —dice con dulzura—. Intenta no pensar en ello demasiado, límitate a disfrutar del verano.

Es difícil no pensar en ello, pero asiento con la cabeza y echo a andar otra vez. Tiene razón, no quiero pasar el poco tiempo que nos queda a Tyler y a mí amargada. Caminamos dos manzanas más hacia donde está el cine. Hay un par de personas en el vestíbulo cuando cruzamos las puertas, pero no está a tope como los viernes por la noche.

Nos resulta mucho más fácil encontrar a Amelia, que está sentada

detrás de la taquilla mirándose las manos. Como era de esperar, parece a punto de morirse de aburrimiento.

Cuando levanta la mirada y nos ve acercarnos hacia la taquilla, se le iluminan los ojos de felicidad por tener a otro ser humano con el que poder hablar. Se baja de la silla, abre la puerta de la pequeña cabina y sale.

—¡Hola!

—Bonita gorra —le digo, pero me parto de risa. Está ridícula con el uniforme, y dado que es una amiga íntima, puedo darme el lujo de meterme con ella—. En serio, me encantan tus pantalones —comento, intentando aguantarme la risa.

—Este trabajo es un puto infierno —dice Amelia. Levanta la mano, y se quita la gorra de la cabeza, pero le deja el pelo con algo de electricidad estática y un poco alborotado, así que yo termino riéndome aún más—. ¿Qué he hecho para merecer esto?

Soy buena estudiante. Estoy asistiendo a unas putas clases de verano. Jamás les he dicho a mis padres que los odio. Solo le he pegado a mi hermana una vez. Nunca le he cortado el paso a nadie en la autopista. Y, sin embargo, para una vez que grito en la calle me arrestan. ¿Y Dios piensa que yo me merezco todo esto? Esto es lo que más he echado de menos de Amelia. Siempre es súper melodramática. Supongo que es porque le encantaba el teatro cuando estábamos en el instituto, participaba en todas las funciones escolares.

—¿Cuándo sales? —le pregunta Emily, creo que sobre todo para que se calle de una vez.

—A las dos —dice Amelia. Le echa un vistazo al enorme reloj que hay en la pared más alejada, y luego deja escapar un ruidoso y largo suspiro cuando se da cuenta de que todavía son las doce y media—. Y luego tengo que ir al laboratorio desde las tres hasta las cinco. En serio, los jueves son una mierda. Ah, y Gregg te ha fichado. Señala con la cabeza hacia el vestíbulo, hacia el chico bajito que está detrás del puesto de comida. Él también lleva una gorra, solo que en la suya tiene un puto perrito caliente. Él ya nos está observando, y cuando todas lo miramos, ni siquiera aparta la vista. Debe de tener unos veinte años. Al vernos, nos sonríe con demasiado entusiasmo y agita la mano en el aire, todo dirigido a Emily.

Ella no le devuelve el saludo, solo se lleva una mano a la sien y le da la espalda, a la vez que niega con la cabeza.

—Joder, Amelia, ¿por qué le dijiste que estaba interesada en él?

—¡Pero míralo! —dice Amelia, haciendo un mohín de manera comprensiva hacia Gregg. No hacia Emily—. ¿Cómo podía decirle a esa adorable carita que no querías salir con él?

Emily le responde algo, pero yo he desconectado a esas alturas. Parece que acaba de terminar una película, porque un pequeño grupo de gente sale por un par de puertas y se dirige hacia el vestíbulo. Hay tres chicos, y Emily y Amelia probablemente

pensarán que les estoy echando el ojo, pero no es así. Estoy mirando su ropa, la vestimenta de la Universidad Estatal de Portland que llevan. Uno tiene una sudadera verde con capucha con la leyenda «Portland State» estampada con letras grandes y blancas. Otro lleva una gorra con visera donde dice «PSU». El tercero, lleva una camiseta verde que pone «PSU VIKINGS».

De repente, eso es lo único que me pasa por la cabeza. «Universidad Estatal de Portland.»

La ropa. Las clases de verano de Amelia. El campus. Los años que mamá intentó convencerme de manera incansable para que solicitara el ingreso allí. La decisión de repente me parece más clara que el agua. Es como si todo encajara.

—¿Eden?

—¿Eh? —Miro a Emily de inmediato, parece preocupada. Supongo que estaba en Babia, porque tanto ella como Amelia me miran de manera inquisitiva.

—Amelia nos está preguntando si queremos ver una película —me explica Emily, mirándome de forma rara—. O sea, podríamos. No tengo que estar en el centro hasta después de las dos.

—Emily —digo, y la solemnidad y firmeza de mi voz las sorprende a las dos—. Lo siento de veras, pero tengo que hacer una cosa.

—¿Qué?

Ya estoy retrocediendo, acelerando a cada paso que doy. No tengo tiempo para explicárselo, porque ahora que se me ha metido la

idea en la cabeza, todo cobra un sentido de urgencia. Mientras me dirijo hacia la puerta, logro gritar por encima de mi hombro:

—Tengo que echarle un segundo vistazo a un campus.

Tengo un montón de apuntes en las manos mientras camino desde la estación del tranvía hasta el apartamento de Tyler. Son las seis de la tarde y ahora hay mucha más luz, ya que el sol por fin se ha abierto camino entre las nubes. Sé que él estará en el apartamento, porque se ha marchado del centro a las cinco. Me ha enviado un mensaje hace una hora preguntando dónde estaba, y le he dicho que volvería pronto.

Y lo haré, porque ya voy de camino, y estoy muy emocionada. Ensayo lo que le voy a decir una y otra vez en mi cabeza, intentando que me salga bien. Me muero de ganas de ver su reacción. He tomado una decisión que tiene mucho sentido, que me parece la más adecuada para mí. Es el paso vital que necesito dar para poder vivir mi vida como yo quiero, con la gente a la que yo quiero a mi alrededor, en una ciudad que una vez subestimé pero que he aprendido a apreciar. La forma en que me he sentido esta última semana es la forma en la que me quiero sentir cada día.

Cuando llego al patio del apartamento, siento la garganta seca. No se debe necesariamente a que esté nerviosa por tomar una decisión tan importante, sino a que me siento ansiosa por decírsela en voz alta a Tyler. Tan pronto como lo cuente, será real.

La puerta no está cerrada con llave, y en cuanto la abro, me golpea un apabullante olor a pintura. Me da un mareo. También se oye música, y han desaparecido los sofás. En su lugar, un montón de feas cortinas de ducha cubren el suelo, y Tyler ya casi ha terminado de pintar toda la habitación. Está sin camiseta, y yo pienso que llegar a casa y ver esto debe de ser lo más increíble del mundo. Los músculos de su espalda, la anchura de sus hombros, la curva de su columna vertebral...

Él no me ha oído entrar, así que piso despacito y me abro camino hacia él esquivando las cortinas de plástico. Y luego en silencio rodeo su cuerpo con mis brazos desde atrás, y le planto un beso suave en el omóplato, donde pone guerrero. Se sobresalta cuando siente mi tacto, sorprendido hasta que se da cuenta de que soy yo. —Por fin —dice, volviéndose hacia mí. Deja el rodillo en la bandeja y luego se endereza. La vista por delante es incluso mejor, y yo me quedo contemplando su pecho en vez de mirarlo a los ojos, y él continúa—: Emily me ha dicho que te has largado a toda prisa esta mañana. ¿Adónde has ido?

Cuando levanto la cabeza, estoy sonriendo. Me acerco a él y lo envuelvo en un abrazo, absorbiendo la calidez de su cuerpo. Pero de repente, las frases que había ensayado desaparecen. No puedo recordar el dramático discurso que había preparado, así que el momento no es tan especial como yo había planeado, ya que las únicas palabras que salen de mi boca son:

—Me quedo en Portland.

Directo, pero simple.

De inmediato, Tyler parece quedarse perplejo. Tiene pintitas de pintura en el pecho.

—¿Todo el verano?

—No —digo. Mi sonrisa es pequeña pero cálida, y muy lentamente le explico—:Me quedo en Portland para siempre.

—Pero... —Puedo ver que le cuesta procesar lo que estoy diciendo, porque frunce el ceño y niega con la cabeza, algo confundido—. Pero no puedes. Tienes que volver a la universidad.

—Y volveré a la universidad —le contesto. Bajo la vista, pongo la mano sobre su pecho y trazo círculos en su piel—. Solo que iré a la Universidad Estatal de Portland.

Se instala el silencio por lo que parece ser una eternidad, y Tyler permanece quieto mientras lo acaricio. El único movimiento que hace es respirar de forma entrecortada; su pecho sube y baja, y cuando busco sus ojos para ver su expresión, él está mirándome y pestañeando, y veo que su mirada está llena de pánico y alarma en vez de la alegría que yo esperaba.

—¿Qué? —es todo lo que dice.

Decepcionada por su reacción, me aparto de él, rompiendo nuestro abrazo. Mi sonrisa ha desaparecido, la ha reemplazado una expresión vacía. El momento es bastante chungo. No tiene nada que ver con lo que yo esperaba. Ahora me he quedado aquí,

delante de Tyler, con los hombros caídos y sin poder hacer nada más que dar explicaciones.

—Voy a trasladarme —sentencio. Y para que quede claro, añado —: Aquí, Tyler. Voy la Universidad de Portland.

Otra vez reina el silencio. Pero esta vez solo dura unos segundos hasta que él explota.

—¿Estás loca? —Levanta las manos con exasperación. Puedo notar por el tono duro de su voz que está cabreado conmigo, y doy otro paso hacia atrás, sorprendida por su reacción—. No puedo permitir que cambies de universidad, Eden. Podemos mantener una relación a distancia. Yo iré a Chicago a verte. Pase lo que pase, no puedes pedir un traslado. No callabas con esa puta universidad, ¿y ahora la vas a dejar así sin más? ¿De dónde narices has sacado esta idea?

Definitivamente esto no está yendo como lo había planificado, y lo único que se me ocurre es empujar el montón de apuntes que llevo contra su pecho.

—Llevo todo el día investigando en la biblioteca del campus. Amelia me ha dejado usar su cuenta —digo con rapidez, como si tuviera que defenderme y respaldar mi decisión.

Tyler mira los apuntes y luego a mí mientras yo comienzo a soltar el discurso que tenía preparado. Toda esta negatividad parece haberme aclarado la cabeza—. Por supuesto que no es tan buena como la de Chicago, pero el programa de psicología es una de las



licenciaturas estrella, y con mis notas puedo trasladarme con facilidad. Y sabes que adoro Chicago, pero está lejos de todo lo que amo. Allí tengo amistades, pero ninguno es mi mejor amigo, mientras que tú estás aquí, y Amelia, y Emily, aunque sea por un tiempo, y mamá está a tan solo un estado de distancia. Lo malo es que papá estará más cerca de mí otra vez, pero puedo apañármelas. Y la Universidad Estatal de Portland tiene una tasa de traslados súper alta. Viniendo de una universidad como la de Chicago, estoy segura de que me aceptarán.

Tyler me devuelve los apuntes, aunque no creo que los haya mirado siquiera. He tenido todo en cuenta, todo lo que necesito saber y hacer, los he garabateado hace horas deprisa y emocionada.

—¿Cuánto tiempo hace que llevas pensando en esto? —me pregunta, con un tono cortante—. ¿Por qué no me lo mencionaste? —He tomado la decisión hoy —admito.

Sé que debe de parecerle muy precipitado, como si no lo hubiera pensado bien, pero le he dado muchas vueltas. No puedo ignorar lo buena idea que me parece pedir el traslado.

Es una sensación que me desborda, que ha ocupado cada uno de mis pensamientos desde esta mañana.

—¿Por qué has tomado esta decisión? —me suelta.

Vuelve a hacer un gesto de incredulidad con la cabeza, camina por mi lado y se dirige a la ventana. Pone en pausa la música que

estaba escuchando desde su teléfono y luego se apoya contra el cristal. Todas las paredes están húmedas por la pintura. Cruza los brazos por encima del pecho desnudo y me mira fijamente desde el otro lado de la habitación, aunque ahora su expresión es más suave.

—¿Acaso no quieres que me quede en Portland?

Aunque solo pensar que sea eso me paraliza, no puedo concebir otra razón por la que Tyler esté reaccionando de manera tan negativa ante la idea de que yo viva aquí de forma permanente.

—Por supuesto que no es eso —murmura, dejando escapar un largo suspiro. Baja la vista hacia el suelo, y luego vuelve a levantarla, su expresión es suave. La dureza ha desaparecido, tanto en su cara como en su voz—. Pero así no —dice—. No si para eso tienes que tirar tu educación a la basura. Porque te lo juro, Eden, lo juro por Dios, joder... si esto se debe solo a que no quieres estar en Chicago mientras yo estoy aquí, entonces ni se te ocurra. No tiene ni pies ni cabeza, y hace que me sienta culpable, como si yo fuera la razón por la que quieres dejar esa universidad.

«Ah —pienso—. Por eso está actuando así.»

Poco a poco, me acerco hacia él otra vez, mis ojos clavados en los suyos mientras avanzo por la habitación. Me detengo a tan solo unos centímetros de él y levanto la vista, mi mirada es sincera.

—Cuando me pregunto qué ciudad me resulta más difícil abandonar... — murmuro— la respuesta es Portland, Tyler. No

quiero hacer esto por ti, sino por mí. Tú has cambiado, ahora es el momento de que lo haga yo.

Tyler abre mucho los ojos, con sorpresa, mientras en su expresión se refleja el alivio.

—¿Me lo prometes?

Asintiendo con la cabeza, acorto la pequeña distancia entre nosotros y lo vuelvo a rodear con los brazos; mi cuerpo encaja con el suyo.

—Te lo prometo. Soy más feliz aquí —le digo—. Por eso quiero quedarme. Quiero vivir mi vida en Portland.

Él lleva su mano a mi cara, me coge el mentón con suavidad mientras su cálida piel roza la mía. Ladeando la cabeza más cerca de mí, observa mi expresión cuidadosamente, antes de preguntarme en voz baja:

—¿Estás segura?

—No creo que jamás haya estado tan segura de nada en toda mi vida.

—Entonces vente a vivir conmigo —me susurra, rozando mis labios con los suyos, de manera tan suave y delicada que hace que me recorra un escalofrío—. Vente a vivir conmigo —repite; su cara se ilumina con una sonrisa mientras sus palabras se vuelven más aceleradas. Sigue dándome una serie de besos intensos y deseosos en los labios hasta que «Vente a vivir conmigo, vente a vivir conmigo, vente a vivir conmigo» es lo único que puedo oír—.

Puede que todavía no tenga muchos muebles, pero las paredes están recién pintadas. Vivo en un barrio bonito, hay muchos perros. El centro queda a pocos minutos en coche. —Está sonriendo cuando aparta su boca de la mía—. ¿Qué dices? Seguro que esto es mucho mejor que la residencia de estudiantes.

—¡Digo que claro que sí! —Ambos nos reímos, y luego vuelvo a unir mis labios con los suyos durante un rato—. Pero lo primero es lo primero —señalo, apartándome de él—. Tengo que volver a Santa Mónica lo antes posible. Voy a reservar un vuelo.

Tyler otra vez parece quedarse perplejo, como si no pudiera entender la razón por la que necesito volver a casa.

—¿Por qué?

—Porque hay un montón de cosas que arreglar —explico, dejando escapar un largo suspiro. La idea de volver a casa y enfrentarme a mis padres me acojona de verdad—. Antes de que nos marcháramos a Sacramento, discutí con mi madre, así que le debo una disculpa, pero lo más importante es que tengo que aclarar las cosas con papá. Necesito decirle que tú y yo estamos juntos, pero también quiero saber qué pasa con nuestra relación padre hija, porque ahora mismo no tengo ni idea de dónde nos encontramos.

—Vale —dice Tyler, a la vez que asiente con la cabeza. Lo entiende, porque sabe lo jodida que está mi relación con papá—. Podemos irnos el sábado, conducir por la noche, y luego coger la autopista Pacific Coast para volver el domingo. ¿Qué te parece?

Nada mejor que un viaje por la costa en verano.

—Ah —exclamo, dando un paso hacia atrás otra vez. Habría ido sola. Es demasiado pedirle a Tyler que se tome más días libres en el trabajo—. No esperaba que vinieras conmigo.

—Lo sé —asiente—, pero a mí también me quedan algunos asuntos pendientes. Necesito decirle a mamá que he retomado el contacto con papá, y tengo que hablar con mis hermanos, sobre todo con Jamie. Además, creo que los dos deberíamos darles la noticia de que estamos oficialmente juntos a nuestros padres porque esta vez no voy a dejar que tengas que apañártelas con todo esto sola.

Saber que va a estar conmigo es reconfortante, y me gusta esa sensación de que somos una pareja.

—Entonces genial —digo—. Me encantará tenerte allí conmigo. Ahora pásame una brocha y terminemos de pintar mi salón.

Tyler deja escapar una sonora carcajada, y luego coloca su teléfono en el alféizar de la ventana y vuelve a poner la música. Me da un beso en la mejilla cuando pasa por mi lado para ir a buscar una brocha, y en cuanto la encuentra, la moja en la lata de pintura y me la ofrece. Nos ponemos manos a la obra otra vez, a pintar nuestras paredes, tarareando con la música y sonriéndonos el uno al otro por encima del hombro. Entonces sé que he tomado la decisión correcta, que Portland es el mejor sitio para mí, y en dos días iremos a Santa Mónica para enfrentarnos a nuestros padres

Visítanos en : [repisabooks.blogspot.com](http://repisabooks.blogspot.com)

de una vez por todas, para aclarar las cosas, para decir la verdad, para arreglarlo todo. Pero al contrario que la última vez, no tenemos miedo. Esta vez estamos preparados.

*You 3 Miss You Estelle Maskame*

## CAPÍTULO 23

La caminata de vuelta al apartamento de Tyler es agradable. Es viernes por la noche, son las nueve y el sol acaba de desaparecer en el horizonte, dejando el aire cálido y el cielo de un color azul intenso. Los viernes, me ha informado Tyler, ahora son las noches oficiales para salir juntos, lo que significa que cada semana tengo la oportunidad de ponerme guapa, igual que él. Esta noche, me ha llevado a cenar a un restaurante francés que es muy popular en la zona del centro, y ahora estamos dando el paseo de cuarenta minutos hacia casa, con mi falda meciéndose al son de la brisa.

—Aún no me puedo creer que el camarero te haya tirado la bebida por encima — digo, mirando a Tyler. Todavía tiene una mancha húmeda en su camisa azul, y me río como una cría en cuanto la veo.

—Por eso solo le he dado la mitad de la propina —dice Tyler, riéndose a mi lado. Vamos de la mano, y aunque Tyler ahora debería estar en el centro, Emily está cubriendo su turno, lo que significa que esta noche es todo mío.

Estamos a solo unas manzanas del apartamento, pero de repente Tyler se para en seco.

—Sube —me dice, soltando mi mano. Señala con la cabeza por encima del hombro hacia su espalda y luego se agacha.

—Llevo falda —le digo.

—¿Y?

Últimamente Tyler no necesita esforzarse mucho para convencerme de que haga casi cualquier cosa. Pongo las manos sobre sus hombros y de un salto me encaramo en su espalda. Él coloca las manos debajo de mis muslos y vuelve a ponerse de pie. Echa a andar sin grandes esfuerzos mientras yo jugueteo con su pelo y enrolló los gruesos mechones entre mis dedos.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dice Tyler en voz baja, rompiendo el cómodo silencio en el que nos habíamos instalado.

—Por supuesto —le respondo. Tengo la mejilla apoyada en su cabeza, y siento la suavidad de su pelo contra mi piel.

—¿En serio estabas tan cabreada el Cuatro de Julio?

La pregunta surge tan de la nada que yo tengo que levantar la cabeza y pensar un segundo. No le veo la cara, así que no puedo estudiar su expresión.

—Pues sí —reconozco, encogiéndome de hombros. Debe de habérselo dicho Ella—. Es que es nuestro día. Siempre hemos estado juntos el Cuatro de Julio, menos cuando te mudaste a Nueva York, y no sé, Tyler... ¿No te parece especial? El Cuatro de Julio es, en cierta manera, donde todo empezó para nosotros.

—¿Acaso no empezó todo cuando me besaste? —me dice de forma divertida, intentando mirarme por encima de su hombro.

Me alegro de que no pueda verme porque ahora mismo estoy roja



como un tomate.

—¿Me estás echando la culpa? Yo tenía dieciséis años y te odiaba. Besarte era la única manera de avanzar.

Los dos nos echamos a reír a carcajadas, y cuando al final de la calle divisamos nuestro edificio, Tyler me baja y me deja en la acera. Su mano enseguida encuentra la mía y caminamos al mismo compás, el uno junto al otro, paseando con tranquilidad hacia la entrada del patio.

—Así que estabas cabreadísima, ¿eh? —oigo que Tyler murmura, y cuando lo miro, tiene una sonrisa traviesa y una ceja enarcada.

Pero antes de que yo pueda decir nada, pone las manos en mis hombros y me vuelve, empujándome con suavidad hacia delante. Es ese preciso momento se oye un grito colectivo de:

—¡SORPRESA!

El estallido me sobresalta, y por un momento me quedo paralizada con las manos de Tyler todavía en mis hombros. Pestañeo repetidas veces en un intento por asimilar la escena que se está desarrollando delante de mis ojos. El lugar está completamente diferente a como lo hemos dejado hace tan solo unas horas. Hay banderitas estadounidenses colgando de las ramas de los tres árboles que hay en medio del patio, y banderas más grandes clavadas del césped se agitan con suavidad por la leve brisa. De pronto empieza a sonar una música, de un altavoz que no puedo ver. Una colección de farolillos se extiende por el patio, creando un

resplandor cálido en el cielo que poco a poco se va oscureciendo. Pero lo que de verdad me pilla por sorpresa es el círculo de tumbonas alrededor de una improvisada hoguera en medio del césped y la gente que se levanta de ellas con enormes sonrisas en las caras.

Está Emily. También Amelia. Mikey, el de la cafetería. Gregg, el del cine. Y Rachael. Y también Snake. ¡No me lo puedo creer!

Estoy en tal estado de shock que ni siquiera soy capaz de reaccionar. Solo puedo quedarme mirándolos con una expresión perpleja y boquiabierta, mientras intento procesar lo que está pasando. Las manos de Tyler bajan de mis hombros a mis caderas. Me sujeta con fuerza al tiempo que me aprieta hacia su cuerpo. Siento que se inclina hacia delante por encima de mi hombro izquierdo, su barba incipiente me hace cosquillas en la mejilla y noto su aliento caliente en el cuello. Presiona los labios contra mi mentón y luego, en un susurro, me dice:

—Feliz Cuatro de Julio, cariño.

Yo niego con la cabeza, todavía no me lo creo, sigo mirando con fijeza al pequeño grupo que ya está empezando a reírse de mi expresión.

—Pero... Si ya fue hace dos semanas.

Tyler también se ríe mientras da un paso hacia atrás y me da la vuelta para que lo mire de frente. Tiene esa increíble sonrisa en la cara, la que antes era tan rara pero ahora es tan normal. Tiene los

ojos radiantes, y brillan al mirarme hacia abajo.

—Ya —contesta—, pero vamos a celebrar el Cuatro de Julio otra vez. Juntos.

Es en ese momento cuando me doy cuenta de lo que significa todo esto, y mi aturdimiento y confusión son reemplazados de inmediato por felicidad e incredulidad al pensar que Tyler ha hecho todo esto para mí, porque sabe que debería haber estado conmigo en nuestro día especial. Mi expresión se convierte en una increíble y enorme sonrisa cuando me pongo de puntillas sobre mis Converse y lo rodeo con los brazos.

Nadie había hecho algo así para mí jamás.

Tyler me abraza igual de fuerte, y en cuanto me aparto de él, me doy la vuelta para observar a quienes nos acompañan.

Rachael es la primera persona hacia la que corro. No la he visto desde que me marché a Sacramento, y han pasado tantísimas cosas desde entonces que realmente necesito contárselas. Otra vez lleva el pañuelo con la bandera estadounidense en la cabeza, el mismo que se puso el Cuatro de Julio real. Parece que al abrazarla se lo descoloco sin querer, porque ella enseguida se lo ajusta cuando nos apartamos. Como siempre, desprende el aroma arrollador de su perfume característico. El pelo lo lleva con ondas sueltas, y su maquillaje es evidente, pero no demasiado cargado.

—¿Qué estáis haciendo aquí?! —pregunto, porque Rachael jamás ha pisado el estado de Oregón, y mucho menos Portland, puesto

que cree que somos todos unos ecologistas pirados.

—Tyler es muy persuasivo cuando quiere —me dice, señalándolo con un movimiento de la cabeza. Me acabo de dar cuenta de que tiene una bebida en la mano. Me pregunto qué será—. Me llamó hace unos días, pero siempre le colgaba, así que llamó al fijo de mi casa. ¿Quién coño, en el siglo XXI, usa el fijo? Mira que es insistente. —Niega con la cabeza, y yo sonrío mientras la escucho, porque esto es típico de Rachael. Me encanta cómo se cabrea por las cosas más insignificantes, y me gusta aún más la manera en que me retransmite la información—. Así que papá entra en mi habitación y dice:

«Tyler Bruce está al teléfono», y yo pienso: «¿Te estás quedando conmigo?». Por lo tanto acepto la llamada, solo para poder decirle que se vaya a la mierda y que me deje en paz, pero entonces me pide que venga hasta Portland este fin de semana. Hablamos durante unos veinte minutos. Y pensé que el plan era mono, y aquí estoy. Una fiesta no es una fiesta si no está tu mejor amiga, ¿no? —Me da un empujoncito con la cadera y me guiña un ojo, y luego me pasa el vaso rojo que lleva en la mano—. Toma. Para ti. Yo me voy a preparar otro.

Mi mirada se desplaza hacia al chico que está de pie al lado de ella, que es nada más y nada menos que Stephen Rivera. No lo he visto desde el verano en Nueva York, donde sé que estuvo todo el año pasado terminando la universidad. Está exactamente igual que

lo recordaba, con esos ojos azul pálido que casi son grises y ese pelo rubio corto, con una sonrisa torcida y una expresión que siempre es alegre y pilla. Sin embargo, tiene la piel mucho más bronceada. También lleva puesta una enorme bandera a modo de capa, atada alrededor del cuello.

—¡Stephen! ¿Tú también has venido?

—Por supuesto que sí, coño —dice Snake. Su acento de Boston es tan marcado como siempre. Con una lata de cerveza en una mano, me rodea los hombros en un abrazo breve. Cuando da un paso hacia atrás, bebe un sorbo y añade—: Estoy aquí para celebrar el Cuatro de Julio el día dieciocho, como cualquier persona normal. Me río tan fuerte que se oye por encima de la música, y le doy un empujón suave en el hombro. Snake siempre ha sido un cachondo, y yo estoy de tan buen humor que no puedo parar de sonreír.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Esta mañana —contesta Rachael. Los dos intercambian una mirada y se sonríen, y luego ella lo coge del brazo y se acurruca a su lado—. Stephen fue en coche a Santa Mónica, y luego volamos juntos.

Con curiosidad, les lanzo una mirada inquisitiva. El verano pasado, salieron un par de veces durante el breve tiempo que Rachael estuvo en Nueva York, y parecían gustarse mucho.

—¿Juntos?

—Sí —dice Snake—. Yo me mudé a Phoenix el mes pasado, por

trabajo, después de la graduación. Así pues —hace una pausa, mirando a Rachael con una sonrisa—, solo estoy a cinco horas en coche de esta hermosura.

Por eso está tan moreno. Retira su brazo del de Rachael y lo pone alrededor de sus hombros, le alborota el pelo y le saca la lengua. Rachael jamás ha mencionado a Snake. Nunca me ha dicho que estuviera en Phoenix ni que siguieran en contacto, y cuanto más lo pienso, más claro lo veo.

—Así que cuando ibas a visitar a tus abuelos... —murmuro, ladeando la cabeza en su dirección mientras la miro con sospecha y un brillo picarón en los ojos—, ¿en realidad estabas en Phoenix? Rachael de inmediato se sonroja y me mira algo arrepentida por haberlo mantenido en secreto. Snake es un tío de puta madre. Es divertidísimo, y los dos se parecen tanto que creo que hacen una pareja estupenda. No tenía por qué ocultármelo.

—Sí —reconoce, tapándose la cara con ambas manos, demasiado avergonzada para mirarme—. No quería decírtelo porque no me molaba hablar de mi novio mientras tú estabas tan depre por lo de Tyler. Sabía que te hundiría más en la miseria, y no digas que no, porque fulminabas con la mirada a todas las parejas con que te cruzabas. Tiene razón, y aunque quiera defenderme y justificar el humor de perros que tenía, no puedo. Abro mucho los ojos mientras una sonrisa de placer se extiende por mi cara.

—¿Novio? —Le lanzo una mirada a Snake. Se lo ve orgulloso

mientras abraza a Rachael con más fuerza, atrayéndola hacia él.

—Sí —confirma Rachael, y el resplandor que emana de ella mientras sonrío me lo dice todo: está feliz, y se lo merece—. ¡Y tú y Tyler, ¿eh?! ¿Cómo narices pasó?

—Supongo que simplemente dejamos de preocuparnos —le digo, pero hasta mi voz suena ligera, como la energía positiva que corre por mis venas y penetra cada fibra de mi ser.

—Oooh —dice Snake en plan ñoño. Me da una palmadita en la cabeza, igual que hace un año cuando nos conocimos—. Mis compañeros de piso han crecido. Además, ya era hora de que pasara de una puta vez. Los tres nos reímos a carcajadas, y creo que a Rachael se la ha pasado el shock y la rabia que sentía porque Tyler y yo estuviéramos juntos, ya que parece aceptarlo.

—Te voy a buscar una cerveza —me dice Snake, y se va caminando con tranquilidad después de despedirse de Rachael con un breve beso en la sien. Y en cuanto se ha marchado, miro a Rachael boquiabierta.

—¡No me puedo creer que estéis enrollados!

Ahora ella deja salir su excitación, dando un salto hacia delante.

—¡Pues sí!

—Me alegro un montón por ti —le digo, porque es la verdad. Los tíos siempre le habían tomado el pelo y comido el coco. Snake no es así.

—¿Ya has conocido a Amelia? —le pregunto a Rachael.

Rachael es mi mejor amiga de Santa Mónica, Amelia es mi mejor amiga de Portland, y Emily es mi mejor amiga de Nueva York. La primera vez que Rachael y Emily se conocieron el verano pasado, se llevaron bien, así que espero que Amelia le caiga igual de bien. Que mis mejores amigas no se puedan ni ver no forma parte de la vida perfecta que estoy intentando construirme.

—Sí, Emily nos ha presentado —dice Rachael. Coge la bebida de mi mano y da un largo sorbo antes de devolvérmela enseguida—. Se queja tanto como yo, así que ya me encanta. Alguien debería hacer algo para que se líe con el tío bueno de la cafetería. Ese. — Levanta un dedo vacilante, y mis ojos siguen la dirección en la que está apuntando, directamente a Mikey. Es raro verlo sin su camisa negra y su delantal. Ahora lleva una camiseta sin mangas que deja sus brazos tatuados por completo a la vista, y sus bíceps son mucho más musculosos de lo que parecían. Está de pie junto a la hoguera con Tyler y Snake, riéndose de algo mientras abren más latas de cerveza.

—Tienes razón. También es súper simpático —digo, mirando a Rachael otra vez—. Y Amelia está intentando que Emily salga con Gregg. El bajito.

—También es mono —comenta Rachael, asintiendo con aprobación.

Le sonrío, contenta de que tanto ella como Snake hayan hecho el viaje solo para venir a esta fiesta, porque desde luego que no sería



lo mismo sin ellos. También estoy impresionada por lo que ha hecho Tyler. Ha dado en el clavo al invitarlos, al lograr que todos mis amigos estén aquí. Con Rachael a mi lado, caminamos tranquilamente hacia el círculo de tumbonas alrededor de la hoguera para unirnos a los demás. Snake me pasa una cerveza fresca, lo que le agradezco, e intercambio una amplia sonrisa de gratitud con Tyler por encima del resplandor de la hoguera, justo antes de hundirme en una tumbona al lado de Emily. Amelia está junto a ella, y al otro lado está Gregg.

—Bienvenida al Cuatro de Julio —dice Emily. Se inclina hacia delante para chocar su cerveza contra la mía y luego se la bebe de un trago. No estoy segura de cuánto tiempo hace que esperan a que Tyler y yo volviéramos a casa, pero a juzgar por el número de latas vacías y vasos de plástico en una bolsa de basura cerca de los árboles, parece que llevan aquí un buen rato. Recorro la vestimenta de Emily con la vista. Lleva la falda negra que se compró a principios de semana. Parece que esta es la fiesta a la que se refería.

—¿De verdad que no tenías ni idea? —pregunta Amelia, subiendo sus piernas desnudas a la tumbona y cruzándolas. Tiene una bebida en cada mano—. Tyler la lleva planificando toda la semana. Nos lo contó todo el martes, así que desde entonces lo hemos mantenido en secreto. Pero ¿de verdad no sabías nada?

—Ni la menor idea. No mencionó el Cuatro de Julio hasta un poco

antes de llegar aquí —reconozco, tomando un sorbo de cerveza. No me encantan las fiestas, pero esta es diferente. Una fiesta pequeña, solo con la gente que de verdad me importa, y con nada más que buen rollo en el ambiente. Este tipo de fiestas es el mejor. Amelia hace un puchero y dice a la vez que le da hipo:

—¡Oooh! ¡Tyler es súper dulce por hacer esto para ti, Eden!

Creo que ya está medio pedo. Esa es otra cosa que tiene en común con Rachael: no solo son quejicas a tiempo completo, tampoco aguantan nada bien el alcohol.

No puedo ocultar mi sonrisa. Me siento afortunada de tener a Tyler a mi lado, una persona que se toma tantas molestias solo para verme feliz.

—Emily —digo, mirándola—, ¿quién está en el centro juvenil?

—Nadie —contesta ella, riéndose—. Hemos cerrado debido a circunstancias imprevistas.

Mi mirada se desvía hacia Gregg. Nos está observando a las tres mientras charlamos, tiene una pequeña sonrisa en los labios, y me doy cuenta de que nunca he hablado con él. Lo vi brevemente en el cine, pero no creo que sepa mi nombre todavía. Miro a Amelia y enarco una ceja de manera sugerente, lanzando una mirada intencionada hacia Gregg.

—¡Ah! —exclama cuando se da cuenta de lo que le quiero decir—. Eden, te presento a Gregg. Gregg, esta es Eden.

—Hola —digo.

Es muy probable que Amelia haya insistido en que viniera esta noche para intentar que Emily y él se enrollen. En este momento, a Emily no parece molestarle, si fuera así no estaría tan cerca de él.

—¿Qué tal? —pregunta Gregg, y la profundidad de su voz me sorprende. Contrasta mucho con su aspecto, y me pregunto si es mayor de lo que creí. Definitivamente es mono, y dejando de lado su entusiasmo, estoy empezando a pensar que tal vez Emily debería darle una oportunidad.

—Bien —oigo que dice Tyler, y todas lo miramos.

No sé quién está a cargo de la música, pero la baja. Rachael y Snake se dejan caer en un par de tumbonas, y Mikey se hunde en el césped, dobla las rodillas y se las lleva hacia el pecho mientras sigue bebiendo cerveza. El fuego continúa crepitando e ilumina nuestras caras con un resplandor cálido y anaranjado.

—Iba a comprar fuegos artificiales —nos dice Tyler—, pero no quería que apareciera la poli por aquí. Los días de codearme con la pasma ya pertenecen al pasado. Lo siento, Eden. —Me mira riéndose, y luego se aclara la garganta. Balancea la lata de cerveza de sus dedos a la altura del muslo—. Pero podemos seguir con la fiesta aquí todo el tiempo que queramos, siempre y cuando bajemos la música después de medianoche. He hablado con todos los vecinos y les he comentado para qué era esta fiesta, y aunque puedo ver que la señora Adams nos está observando desde su ventana, estuvo de acuerdo con que la celebrásemos. Los invité a

todos, por si les apetecía pasarse. Han prometido que no se lo dirán a nuestros caseros. Y una cosa más —dice, mirándome a mí una vez más, sonriendo mientras alza su cerveza—. Feliz Cuatro de Julio a todos.

Emily aplaude de forma dramática mientras Snake grita vivas, y todos alzamos nuestras bebidas a la vez y brindamos.

—¡Feliz Cuatro de Julio!

Los vecinos de este pequeño complejo de apartamentos puede que hayan estado de acuerdo con la fiesta, pero eso no significa que no piensen que estamos chiflados. Estamos celebrando la independencia de nuestra nación con dos semanas de retraso, como si fuera algo muy normal. Me encanta lo espontáneo y original que es todo, y eso ayuda a crear incluso más momentos especiales que yo atesoraré en mi corazón y recordaré siempre.

—Por cierto —digo en voz alta entre el estruendo de voces mientras me levanto—, ahora que tengo vuestra atención, tengo que deciros algo.

Tyler me lanza una mirada de preocupación, pero no tarda en darse cuenta de lo que voy a anunciar. Él sabe muy bien de qué se trata, y debe de aprobar mi decisión de decírselo a todos en este momento, porque asiente con la cabeza una vez y me sonríe mientras se lleva la cerveza a los labios, mirándome con intensidad por encima del borde de la lata.

Todos los demás, por su parte, me están mirando fijamente con

intriga y curiosidad. Así que no les hago esperar, y mientras le doy pataditas al césped con mis Converse, me muerdo el labio antes de volver a levantar la vista. Recorro el círculo con la mirada, y me doy cuenta de que esta es la gente que de verdad me importa.

—Voy a pedir el traslado a la Universidad Estatal de Portland — anuncio, exhalando el aire que estaba aguantando—. Me mudo aquí.

Durante una fracción de segundo reina el silencio hasta que a Amelia se le escapa un chillido de alegría ensordecedor. Suelta las dos bebidas y se levanta de la tumbona de un salto, se abalanza sobre mí y casi me hace rodar por el suelo. Ahora no me cabe duda de que está medio pedo, porque mientras me rodea con los brazos, no puede dejar de chillar en mi oreja ni de saltar, y casi me disloca el hombro. Asistiremos a la misma universidad, como ella siempre quiso. Su reacción me hace sonreír, hasta que abro los ojos y miro por encima de su hombro y veo la expresión de Rachael. En su cara se refleja la decepción mientras nos observa a Amelia y a mí, y no estoy segura de si se debe a que está celosa o si solo se está tomando un tiempo para asimilar la noticia que acabo de compartir. Amelia por fin me suelta, y cuando el volumen de la música sube otra vez, todo el mundo se pone a hablar y a soltar comentarios del tipo: «¡Eso es genial!» y «¡No jodas!».

Rachael, sin embargo, no ha dicho nada. Sigue sentada sola en su tumbona, parece fuera de lugar en comparación con el movimiento

de todos los demás. Mira con fijeza hacia el césped con la mirada perdida mientras aprieta el vaso con la mano. Rodeo la hoguera, abriéndome paso entre Snake y Gregg, y me siento a su lado. No sé qué decirle, pero por suerte no tengo ni que abrir la boca, porque Rachael levanta la vista del suelo con los ojos muy abiertos y me pregunta en voz baja:

—¿En serio piensas mudarte?

—Sí —digo, encogiéndome de hombros.

A Amelia y a Emily, la idea de que me mude a Portland les parece genial, porque es donde viven ellas. Para Rachael, sin embargo, significa que me marcharé de Santa Mónica.

Puede que ya viva en otro estado, pero las dos siempre supimos que solo estaría en Chicago hasta que me graduara. Si me mudo a Portland, será algo permanente.

—Pero vendrás a Santa Mónica de visita, ¿no? —me pregunta. Pronuncia las palabras con rapidez, casi como si le diera pánico decirlas—. ¿Igual que ahora? ¿Para Acción de Gracias y Navidad? ¿En el verano?

—Pues claro —digo, intentando relajar el ambiente. Le doy un golpecito en su rodilla con la mía y le sonrío—. Además, parece que de todos modos tú pasas la mitad del año en Phoenix, no te dará tiempo a echarme de menos.

—También es verdad —dice, sonrojándose otra vez mientras dirige la mirada hacia Snake. Me pregunto si se dará cuenta de que cada

vez que lo mira sonrío. Él está charlando con Tyler, y yo me siento súper contenta al saber que ahora vive mucho más cerca de nosotros. Puede que lo veamos más a menudo—. Y, por cierto —murmura Rachael, volviendo los ojos hacia mí—, tenías razón. Estaba completamente equivocada con él.

Al principio pienso que está hablando de Snake, pero entonces señala con un movimiento de la cabeza a Tyler. He pasado mucho tiempo intentando convencerla de que ha cambiado, de que ahora tiene la cabeza mucho mejor amueblada y de que está mucho más feliz, pero me parece que es una de esas cosas que la gente no puede creer hasta que lo ven de primera mano.

—Ha cambiado, ¿no crees?

—Vaya que sí —dice Rachael, dándome la razón.

Su mirada se desvía hacia la bebida que tiene en la mano, se la lleva a los labios y bebe. De pronto, se pone en pie de un salto y tira el vaso al césped, me coge del brazo y casi me levanta a tirones de la tumbona. Coge mi antebrazo y se lo pone delante de la cara, pero ha agarrado mi brazo izquierdo, que no tiene nada más que esa horrible paloma, así que lo suelta y lo cambia por el derecho. Lee el No te rindas con muchísima atención, pone los ojos en blanco y me mira a la vez que niega con la cabeza con una sonrisa pilla en la cara.

—Sigues siendo tan estúpida como siempre —farfulla entre dientes, pero yo sé que está de broma—. Aunque en lo de salir con

Tyler... no eres nada estúpida. Ahora entiendo por qué le resultó tan fácil conquistarte de nuevo, porque a mí también me ha conquistado, y sé que no necesitas la aprobación de nadie, pero te doy la mía sin pensarlo.

No puedo hacer nada salvo sonreírle, aliviada de que por fin haya visto al Tyler de verdad. Mientras la música resuena por el patio, me pongo de pie y la levanto conmigo. Ya habíamos bailado en el primer Cuatro de Julio, así que lo lógico es que lo hagamos también en el segundo. Mi mano coge la suya y la hago girar sobre el césped al tiempo que yo

muevo la cabeza y el pelo al compás de la música. Amelia viene corriendo a unirse a nosotras, y trae a Emily, y cuando la música parece subir de volumen otra vez, las cuatro bailamos juntas. Fingimos tocar la guitarra, damos volteretas, algunos pasos de baile terribles, unas cuantas caídas, pero durante todo el tiempo, nos reímos a carcajadas.

Tan pronto como hago una pausa para recuperar el aliento, sigo sonriendo al observar a mis mejores amigas abrazadas las unas a las otras mientras se mecen juntas como si se conociesen de toda la vida. Y me doy cuenta de lo afortunada que soy al tener por fin estas tres increíbles amigas, que me aceptan por quien soy sin importar si mis decisiones en la vida pueden parecerles una locura, que están dispuestas a bailar como locas conmigo en el patio de un complejo de apartamentos en Portland mientras celebramos el



Cuatro de Julio el día dieciocho. Últimamente, todo parece ser así. Por fin, como si llevase toda mi vida esperando a que las cosas encajasen. Esas son las palabras que dan vueltas en mi cabeza, con tanta fuerza que me pesan.

«Por fin, por fin, por fin.»

Por fin, todo está empezando a parecer perfecto. Por fin, me siento feliz de verdad. Cuando la noche avanza y el cielo cambia de azul a negro, todos terminamos tirados alrededor de la hoguera, despatarrados en nuestras tumbonas mientras jugamos a verdad o reto. Mikey ha trepado por un árbol en calzoncillos. Amelia ha confesado que la arrestaron dos veces, la última vez por bañarse en pelotas en el río Willamette el verano pasado.

Rachael se ha bebido una cerveza de un trago, y la ha vomitado al momento.

No pasa mucho de la medianoche y a pesar de que está oscuro, los farolillos mantienen el patio iluminado y el fuego nos da calor. Tengo a Emily a mi izquierda y a Tyler sentado en el césped a mi derecha. Le toca a Snake hacer girar la lata de cerveza vacía que usamos para decidir los turnos, y me apunta a mí. Sus ojos brillan con regocijo cuando se recuesta en la tumbona, fingiendo estar pensándolo intensamente mientras se frota el mentón. Luego se endereza y me mira con una sonrisa picarona. Alto y claro y sin darme a elegir entre verdad o reto, dice:

—Te reto a besar a tu hermanastro.

Todos sabemos que está de coña como siempre, pero los demás deciden tomarnos el pelo también. Gregg dice:

—Hala, tío, cómo te pasas.

Amelia finge sofocar un gritito ahogado de incredulidad.

—Sí, Stephen —asiente Rachael, chasqueando la lengua y fingiendo desaprobación—. Eso es pasarse tres pueblos.

Yo le echo un vistazo a Tyler, que está negando con la cabeza mientras mira hacia el césped y se aguanta la risa. Por una vez, creo que se ha sonrojado, y cuando levanta la cabeza y nuestras miradas se encuentran, yo también decido bromear. Arrugo la cara y digo con la voz lo más chillona posible:

—Puaaaj. Qué asco.

Y entonces me levanto rápidamente de mi tumbona, y me lanzo directa a los brazos de Tyler, situando mi cuerpo junto al suyo. En cuestión de segundos, mis labios han encontrado los suyos, y lo beso allí en el césped, sentada sobre su regazo mientras él tiene su mano donde acaba mi espalda, y me abraza. Yo sonrío junto a su boca, tengo los ojos cerrados con fuerza mientras cojo su mentón con las manos. El beso es enérgico y rápido, avivado por el chute de adrenalina al besarlo en público.

Cuando oigo que Rachael se pone a jalearnos, no puedo aguantar la risa, así que echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada. Tengo las mejillas sonrojadas.

—¿Eso es todo? —me dice Tyler desafiante tan pronto como bajo

la cara hacia él otra vez, y tiene una mirada traviesa en la cara; sus ojos me retan a besarlo de nuevo.

Llevo mis labios hacia su oreja para que nadie más que él me oiga, y le murmuro:

—Eso es todo hasta que nos vayamos a casa.

Con fuerza, le planto un beso en el borde del mentón y me aparto de él. Su expresión no tiene precio mientras me mira fijamente, la seducción es evidente en mi cara, y él traga con fuerza.

Emily bosteza cuando cesan las risas, y Mikey le echa un vistazo a su reloj. Son las doce y media de la noche, y aunque todavía es temprano para terminar una fiesta, todos estamos agotados. Hemos disfrutado de la noche y de la compañía. Ha sido nuestro Cuatro de Julio privado. Creo que ya es hora de irse a la cama, y parece que todo el mundo piensa lo mismo, porque se ponen de pie y estiran las piernas. Como somos solo ocho personas, todos sienten la responsabilidad de ayudar a limpiar. Plegamos las tumbonas y las amontonamos, y quitamos las banderas de los árboles y arrancamos las del césped. Tiramos todas las latas vacías y los vasos en bolsas de basura y apagamos todos los farolillos, y para terminar, apagamos la hoguera hasta que queda una diminuta llama. Mikey es el primero en irse. Viene su hermana menor a recogerlo en coche, y me promete que la próxima vez que me pase por la cafetería, me invitará, cortesía de la casa. Amelia y Gregg cogen un taxi, y Emily se va con ellos. Creo que puede que

Gregg le esté empezando a gustar. Rachael y Snake son los dos que quedan, y esperan a que aparezca su taxi para que los lleve a su hotel en el centro de la ciudad.

—¿Solo os quedáis una noche? —le pregunto a Rachael.

Estamos apoyadas en la verja, mirando hacia la calle mientras esperamos a que aparezcan los faros del taxi.

—Sí —me dice, encogiéndose de hombros—. Mañana volamos a casa. El lunes Stephen tiene que volver al trabajo, así que no podemos quedarnos a explorar esta aburrida y antigua ciudad, como tú me la describiste. Con suavidad, le doy un codazo en las costillas.

—No es tan aburrida —protesto, aunque tiene razón. Solía pensar eso de Portland. Ya no—. Por cierto, vamos a volver a casa este domingo para hablar con nuestros padres, así que me pasaré a verte antes de irnos.

—Ah —dice, haciendo una mueca—. ¿Lo saben ya?

—No —respondo—. A no ser que Jamie se lo haya contado.

—Pues buena suerte.

En el momento en que estas palabras salen de su boca, el taxi se detiene delante del complejo de apartamentos. Nos damos el último abrazo de despedida mientras se nos acercan Tyler y Snake. Me ha encantado ver a Rachael y a Snake, así que a él también lo abrazo, y justo antes de que ambos se suban al taxi, prometemos volver a vernos pronto. En una cita doble o algo así. Las puertas se

cierran con un golpe y el taxi acelera por la calle, dejándonos a Tyler y a mí a solas por primera vez desde hace horas. El patio ahora está oscuro y en silencio, y da una sensación rara ya que hace tan solo veinte minutos estaba lleno de vida. El aire también está mucho más fresco, y me provoca un pequeño escalofrío, así que cruzo los brazos con fuerza por encima de mi pecho mientras me acerco a los restos del fuego. Ya no queda nada más que el resplandor de las cenizas.

Noto que Tyler me sigue por el césped, y me detengo un rato en la hoguera, absorbiendo el calor que se desvanece. Tyler se queda en el lado opuesto, mirándome fijamente en la oscuridad de la noche. Es casi la una de la madrugada.

—Gracias —le digo, en voz baja. Sin apartar mis ojos de los suyos, que me miran centelleantes, vivos y brillantes—. Gracias por hacer esto, Tyler. La verdad es que me ha encantado.

Tyler asiente con la cabeza de manera solemne, y luego les da pataditas a las cenizas. Se ve tan perfecto en este instante, con las manos en los bolsillos y la expresión suave, con los labios que esbozan una pequeña sonrisa y su mirada llena de amor...

—Haría cualquier cosa por ti —murmura.

Entonces el resplandor de las cenizas se apaga, y desaparece en la oscuridad mientras Tyler atrapa mis labios con los suyos, de manera tan perfecta como siempre.

## CAPÍTULO 24

Salimos para Santa Mónica el sábado al atardecer, viajamos de noche y nos fuimos turnando para conducir cada par de horas para que los dos pudiéramos dormir un poco. Sobre las ocho de la mañana, Tyler se puso al volante, llevó el coche el resto del trayecto y yo me quedé profundamente dormida, acurrucada en el asiento del pasajero con la radio bajita, la mano de Tyler en mi muslo y una sonrisa en los labios. No me despierto otra vez hasta justo antes del mediodía. Debo de tener un sexto sentido, porque abro los ojos en el mismo momento en que Tyler está saliendo de la 405, mientras accede a la ciudad que ya no llamamos hogar. La luminosidad repentina del sol que brilla a través del parabrisas me deslumbra, y siento los ojos cansados cuando me enderezo y bajo el parasol.

—Ah —dice Tyler en cuanto se da cuenta de que estoy despierta, echándome un vistazo de reojo mientras intenta seguir concentrado en la carretera—. Buenos días. Ya hemos llegado.

Me paso una mano por el pelo y desvío la mirada hacia mi derecha, observo la ciudad a través del cristal de la ventanilla. Me encanta Santa Mónica, es una ciudad muy chula, pero por motivos muy distintos que Portland. Me gustan el muelle y la playa, las ciudades y los barrios increíbles que la rodean y que se pueden explorar, el

glamur de Hollywood y los famosos que pasan a tu lado de vez en cuando sin que te des ni cuenta. Aquí me gradué en el instituto, aquí conocí a Tyler. Mi familia está aquí. Siempre tendré lazos con esta ciudad, pero Portland siempre ha sido mi hogar.

Miro a Tyler cuando pisa el freno en un stop.

—¿Podemos ir primero a casa de mi madre? —le pregunto. No tenemos nada planificado. Creo que los dos estamos improvisando sobre la marcha—. Necesito estar bien despierta antes de intentar hablar con mi padre.

Tyler asiente y gira hacia la derecha, acelerando de forma algo brusca mientras avanza por la calle. Parece nervioso, más que yo, y sé exactamente por qué. Lo aterra hablar con Ella sobre su padre, igual que cuando me lo confesó a mí. Creo que le preocupa que su madre se ponga furiosa con él por haber retomado el contacto con su padre, y, para ser sincera, no estoy segura de cómo se lo tomará. Impactada, sí. Contenta, no. No creo que ella haya perdonado a Peter por todo lo que ha hecho, y dudo que se vaya a sentir cómoda sabiendo que él vuelve a estar cerca de su hijo. Pero Tyler sabe lo que se hace, y Ella siempre ha sido muy comprensiva y cariñosa, así que creo que confiará en él, igual que yo. Por mi parte, hoy tengo que enfrentarme a mis dos progenitores. Primero a mi madre, y luego a mi padre. Pero es a papá a quien más temo. No estoy nerviosa, porque estoy lista para hacerle frente después de tanto tiempo aguantándolo. He pasado

los últimos días preparando muy bien lo que quiero decirle. Tengo las palabras grabadas en la mente, listas para salir de mi boca en cuanto tenga la oportunidad. No quiero ser agresiva, solo quiero ser honesta, porque no hay nada más puro que la sinceridad, y espero que papá sepa apreciarlo.

Mientras vamos acercándonos a casa de mamá, es inevitable que tengamos que pasar por delante de casa de Dean. Desde el verano pasado, siempre que pasaba por aquí se me revolvía el estómago y notaba la garganta seca. Por lo general, ni siquiera puedo soportar mirar la casa, pero hoy la observo con fijeza. Tyler deja escapar un lento suspiro tan bajito que apenas lo oigo. Me pregunto si alguna vez nos perdonaremos por el daño que le hicimos a Dean, y si lo hará él. Tyler y yo hemos cometido muchos errores en el pasado, pero estamos aprendiendo de ellos. En cuestión de minutos, puedo ver la casa de mamá en la distancia. Me alivia ver su coche y la camioneta de Jack estacionados en la entrada.

—¿No es ese el coche de mi madre? —pregunta Tyler de repente, entrecerrando los ojos mientras mira por el parabrisas.

Sigo la dirección de su mirada hasta que mis ojos aterrizan en el Range Rover blanco, estacionado directamente enfrente de la casa de mamá.

—Me parece que sí —le contesto. Se me frunce el entrecejo, estoy perpleja, me escarbo el cerebro intentando encontrar una



explicación para que Ella haya aparcado allí—. ¿Qué estará haciendo aquí?

Ninguno de los dos esperaba que Ella estuviera aquí, y para ser sincera, no tengo ni idea de por qué ha venido. Ella y mamá se llevan bien, pero no son mejores amigas ni nada por el estilo. Charlan unos minutos cuando se encuentran en la calle, y se emborracharon juntas un poco en mi fiesta de graduación, pero aparte de eso no han socializado mucho, y no suelen ir a sus respectivas casas de visita. Aunque a mamá le cae bien Ella, siempre existirá una pizca de celos.

—Ni idea —dice Tyler, encogiéndose de hombros. En su rostro también se refleja la confusión mientras para el coche detrás del de su madre y apaga el motor. Ya lleva conduciendo varias horas, y deja escapar un suspiro, aliviado de haber llegado por fin a nuestro destino. Después de frotarse los ojos, que los tiene rojos de cansancio, se apea del coche. Yo también me bajo, tengo el cuerpo entumecido y lleno de nudos por haber dormido en una mala postura. Intercambiamos una última mirada de preocupación antes de dirigirnos por la pequeña acera hacia la puerta de la casa. La mano de Tyler encuentra la mía como siempre, entrelazamos los dedos para darnos seguridad y apoyo sin necesidad de hablar. Gucci debe de oír nuestros pasos cuando nos acercamos, porque se pone a ladrar antes de que hayamos tocado el pomo de la puerta. Está al otro lado, arañando la madera con las patas. Estoy

segura de que se nos tirará encima en cuanto abra, así que prefiero llamar, y espero impaciente.

Y ahora que estoy aquí delante de la puerta, me entran los nervios. No sé qué pensará mamá de mi traslado a la Universidad de Portland. Tal vez piense que es ridículo, o tal vez lo vea como algo positivo. No tengo ni idea. La única manera de descubrirlo es decírselo. La puerta se abre unos centímetros con un crujido, y Jack asoma la cabeza por el marco, sujetando a Gucci detrás de él por el collar. Cuando la perra me ve, intenta lanzarse hacia delante, y casi le arranca el brazo a Jack.

—¡Ah! —exclama Jack, sorprendido de verme aquí. Él y mamá creían que aún estaba en Portland—. ¡Sois vosotros, pasad! Habéis llegado en el mejor momento.

Abre la puerta del todo y aparta a Gucci del umbral para que Tyler y yo podamos entrar.

La cola de mi perra se mueve con tanta rapidez que da la impresión de que hasta le puede doler, y está tan desesperada por acercarse a mí que gime. La alcanzó y le frotó las orejas de manera juguetona, y luego me agacho para plantarle un beso en la nariz.

—¡Eden! —oigo que dice la voz de mamá, y su tono es alegre; es evidente que está encantada de verme. Me vuelvo y la veo caminando a toda prisa por el salón hacia mí, con una amplia sonrisa en la cara, como si nuestra discusión de antes de irme

jamás hubiera sucedido. Nuestros perdones son siempre tácitos. Me rodea con los brazos y me abraza con fuerza, luego da un paso hacia atrás para examinarme minuciosamente.

—¿Qué tal Portland? —pregunta de manera traviesa—. No te esperaba tan pronto. Pensé que te quedarías allí por lo menos un par de semanas. ¿No te puse suficiente ropa en la maleta? Metí todo tu armario.

Me río, aliviada de que no haya tensión entre nosotras, y luego mi risa se apaga cuando veo que Ella se está levantando del sofá. Sorprendida, abre mucho los ojos, porque ni Tyler ni yo la avisamos de que íbamos a venir a casa hoy. Como mamá, pienso que creía que nos quedaríamos en Portland mucho más tiempo, pero lo que no saben es que vamos a volver esta misma noche.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunta Ella, pestañeando con rapidez a la vez que se le acerca a Tyler y le da un abrazo breve. Se la ve más preocupada que otra cosa.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —replica Tyler, lanzándole una mirada inquisitiva. Sus ojos van de Ella a mamá—. ¿Qué está pasando?

—Solo estábamos charlando —explica Ella al momento. Por un instante, se la ve inquieta, pero entonces poco a poco una sonrisa se le extiende por la cara mientras intercambia una mirada cómplice con mamá—. Y ahora solo estoy dándole la en hora buena —añade.

—¿En hora buena? —repito como un eco, disparándole una mirada a mamá.

—Ay, Eden —dice mamá, intentando contener una sonrisa—. No quería decírtelo por teléfono. Prefería esperar hasta que volvieras a casa para poder contártelo en persona.

—¿Decirme qué, mamá? —pregunto muy despacio, con voz muy firme. Aguanto la respiración.

Mamá mira a Jack, rebosante de alegría, y él le sonríe desde la puerta mientras sigue sujetando a Gucci. Cuando mamá vuelve a posar los ojos en mí, da un salto hacia delante y me enseña su mano izquierda. Lleva un anillo resplandeciente, que brilla cuando la luz lo alcanza.

Me quedo boquiabierta, la mandíbula se me descuelga. No me lo puedo creer. Cojo su mano, la acerco a mi cara y examino el anillo de plata con un diamante, y luego miro a Jack, y me quedo en estado de shock. Él tiene una sonrisa igual de grande que la de mamá y asiente con la cabeza como diciéndome: «Sí, por fin lo he hecho».

Me tapo la boca con las dos manos, asimilando el hecho de que mamá está comprometida, y luego grito. Así, sin más, suelto un chillido de emoción y la abrazo, las lágrimas ruedan por mis mejillas y le mojan la camisa. Incluso Gucci se une a mí y aúlla.

Creo que mamá también está llorando. No puedo parar de apretujarla, estoy súper emocionada y feliz por ella. Sé que lleva

muchísimo tiempo esperando esto y cuánto lo deseaba. Jack la trata bien, mucho mejor que papá, y se quieren muchísimo. Ya era hora de que por fin le hiciera esa petición tan importante.

Me parece que Ella también está empezando a emocionarse. Se está abanicando los ojos con las manos, como si estuviera intentando contener las lágrimas, mientras no para de sonreírnos.

Yo corro de mamá hacia Jack, y también me lanzo encima de él. Ahora tengo una madrastra y un padrastro. A lo mejor tener dos pares de padres es demasiado, pero me encanta. Quiero a Ella y quiero a Jack, y no podría haber elegido a dos mejores personas para que formen parte de mi familia. Con todo el jaleo, Gucci no para de ladrar, y ahora que Jack la ha soltado, está corriendo como una loca por el salón. Tyler le ha dado un abrazo breve a mamá y le ha estrechado la mano a Jack, felicitándolos a los dos.

—¿Cuándo?! —le pregunto a mamá, mientras me seco las lágrimas, sin dejar de sonreír.

—¡El viernes!

Vuelvo a abrazarla. Esto no es lo que esperaba al llegar a casa ni mucho menos, y estoy tan distraída que se me ha olvidado la razón por la que Tyler y yo hemos venido. Hasta que mamá dice:

—Ya vale de hablar sobre mí. Creo que Ella y yo estamos desesperadas por saber de vosotros dos. —Se seca los ojos con el dorso de la mano y luego nos mira a Tyler y a mí, con los ojos entrecerrados y llenos de curiosidad.

Tyler, que estaba acariciando a Gucci, levanta la vista con las mejillas sonrojadas. Intenta ocultar su sonrisa avergonzada, pero lo hace fatal y se endereza, asimilando las miradas expectantes de mamá y de Ella.

—Esto... —comienza a decir.

Se rasca la nuca con ansiedad, y yo intento no reírme mientras espero a que lo diga. No sé por qué está nervioso, porque nuestras dos madres ya han dejado claro que nos aceptan y nos apoyan. Y además, de todas formas, no es la primera vez que tenemos que hacer esto.

—Eden y yo estamos...

Hace una pausa, traga con dificultad. Creo que nota la presión de que todos lo estamos mirando fijamente, impacientes a la espera de que las palabras salgan de su boca.

Respira hondo, y anuncia:

—Eden y yo estamos saliendo juntos.

—Lo sabía —dice Ella, y su sonrisa se hace aún más amplia.

La mirada de mamá no se aparta de la mía, y solo podemos sonreírnos la una a la otra, porque por primera vez en mucho tiempo, creo que nos estamos dando cuenta de que las dos somos felices. En su expresión parece haber algo de orgullo, como si supiera cuánto me ha costado darle una segunda oportunidad a Tyler y aun así lo haya hecho. Orgullosa de que no haya seguido sus pasos y me haya dado por vencida cuando las cosas se

pusieron cuesta arriba. Orgullosa de que le diera tiempo a Tyler para explicarse. Orgullosa de que ahora estemos juntos al fin sin permitir que la opinión de los demás nos lo impida.

—Parece que nuestros hijos están saliendo juntos —le dice mamá a Ella, y ambas se ríen, contagiadas por la alegría y la emoción que se respira en el ambiente.

Le echo un vistazo a Tyler, y él me está mirando, parece aliviado. Sin embargo, mientras nuestras madres siguen haciendo chistes, me arquea una ceja y señala con la cabeza a mamá, y articula con los labios la palabra «Portland». Me alegro que me lo recuerde, porque se me ha ido la pinza. Esa es la razón principal por la que estamos aquí: para decirle a mamá que pienso mudarme a Portland y que voy a continuar mis estudios allí.

Le hago a Tyler una señal con un breve movimiento de la cabeza; luego trago saliva y me aclaro la garganta.

—Mamá, hay algo más.

Tanto mamá como Ella paran de reír, y se vuelven para mirarme. Esta vez la expresión de mamá está llena de preocupación.

—¿Qué? —me pregunta, a la vez que se sienta en el sofá.

Jack de inmediato se une a ella, y le pone el brazo alrededor de los hombros. Incluso Ella parece preocupada cuando Tyler le da un empujoncito para que se sienta en el sofá y él se acomoda a su lado. Yo me siento en la alfombra en el centro del suelo. Cruzo las piernas y Gucci se acerca a mí, exigiendo cariño. Acariciar sus

suaves orejas me calma.

—He tomado una decisión muy importante —comienzo a decir, mirando con atención los grandes, redondos y brillantes ojos de Gucci porque no soy capaz de dirigirme a mamá. Estoy nerviosa, no hay duda—. Lo he pensado bien y es lo que quiero, así que no te estoy pidiendo permiso, solo te estoy diciendo lo que pienso hacer. —Entonces levanto la vista, mis ojos enseguida encuentran los de mamá, y le digo—: Voy a pedir el traslado a la Universidad Estatal de Portland. Me mudo a Portland.

Es así de simple y directo como suena. Mamá se inclina hacia delante y me mira parpadeando.

—¿Vas a dejar Chicago?

—Sí —confirmo—. Y me voy a vivir con Tyler.

Veo que Ella le lanza una mirada a Tyler, y él le devuelve una pequeña sonrisa.

Mamá, por otra parte, tiene los ojos como platos. Mira a Jack como si estuviera esperando algún tipo de reacción por su parte, pero no creo que él tenga ninguna opinión al respecto, porque se limita a encogerse de hombros.

—¿No es todo esto algo precipitado, Eden? —me pregunta cuando vuelve a mirarme. Está frunciendo los labios, y puedo ver cómo se mueve en el sofá con incomodidad mientras piensa en la decisión que he tomado. Sé que estoy dando un paso enorme, así que tiene todo el derecho del mundo a preocuparse por si estoy cometiendo



un error, pero estoy completamente segura de que no es así.

—Soy una persona adulta —le recuerdo—. Sé lo que estoy haciendo y lo que quiero. ¿Confías en mí?

—Sí —dice mamá—. Supongo que sí.

Se pone de pie, alcanza mis manos, me ayuda a levantarme del suelo y me vuelve a abrazar. Aunque este abrazo es diferente. Es muy apretado y significativo, me transmite su apoyo, algo que aprecio de verdad. Jamás podré pedirle nada más.

—Si es lo que quieres —murmura contra mi pelo—, pues a por ello, Eden.

Yo asiento con la cabeza y me aparto de ella con una sonrisa en los labios, llena de gratitud y alivio. Soy consciente de que no cree que mi decisión sea la más inteligente, pero la apoya, y eso es suficiente.

—En realidad volvemos a Portland hoy mismo —anuncio mientras doy un paso hacia atrás, con cuidado de no tropezarme con Gucci, que está dando vueltas alrededor de mis piernas.

—¿Hoy? —repite mamá.

—Sí. Regresaremos por la costa. Vamos a tomárnoslo como un viaje relajado, parando en cada ciudad que nos pille de camino —explica Tyler, poniéndose de pie. Se coloca en su sitio: a mi lado—. Solo hemos venido para arreglar las cosas.

Me acerco más a él, y enlazo mi brazo con el suyo. Aunque al principio hubiese pensado venir sola, me alegro de que esté aquí.

El tenerlo cerca me anima a hacer los cambios que necesito hacer.

—Voy a ir a hablar con papá —digo, mirando a mamá y a Ella.

Entonces, se hace el silencio. Después de unos largos minutos, Ella se pone de pie y traga saliva.

—En realidad justo estábamos hablando de vuestra relación —reconoce, y yo la miro con el entrecejo fruncido, esperando a que se explique un poco más, pero ella se limita a soltar un suspiro de frustración—. Ha estado insoportable esta semana, Eden, desde que descubrió que os marchasteis a Portland. Ya no sé qué hacer. Me alegro de que no hayáis estado aquí, porque no me gustaría que supieseis las cosas que ha dicho.

Casi parece que se sienta culpable, como si estuviera hiriendo mis sentimientos. No es así, porque no me está diciendo nada que yo no sepa. Por eso sé que hay algo que va muy mal: ningún padre debería expresar desprecio por su hija.

—¿Estás segura de que quieres hablar con él? —me pregunta Ella con suavidad—. Porque, si te soy sincera, no creo que vaya a ser una conversación muy agradable.

—Voy a hablar con él —digo con firmeza, y aprieto los labios. No me importa lo imbécil que haya estado papá esta última semana, voy a hacer lo que tengo planificado. Le voy a hacer frente.

Ella y mamá parecen increíblemente preocupadas. Tal vez piensen que es mala idea que hable con papá cuando está tan furioso conmigo, pero no tengo tiempo para esperar hasta que se calme un

poco, porque me podrían dar las uvas.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofrece mamá algo vacilante.

Sé que no quiere ver a papá, pero de todos modos se ofrece, porque es mi madre, y eso es lo que hacen las madres.

—No —le digo con voz clara. Puedo sentir cómo crece el valor en mi pecho cuando la adrenalina empieza a correr por mis venas, y quiero hablar con él ya mismo—. Quiero hacer esto sola. ¿Está en casa?

—Sí —dice Ella, aunque de mala gana.

—Genial, entonces vamos allá.

Con una sonrisa valiente en la cara, suelto el brazo de Tyler y me dirijo hacia la puerta, muy consciente de que todos me están mirando. Creo que hasta Tyler está sorprendido por lo dispuesta que estoy.

—Deja que llegue yo primero —dice Ella con rapidez mientras coge su bolso del sofá y revuelve en su interior buscando las llaves de su Range Rover. Cuando las encuentra, viene corriendo hacia mí. Creo que nunca la he visto tan angustiada, y parece que haya envejecido una década en el espacio de un minuto—. Déjame avisarlo de que vais a venir.

Creo que si yo entrara por la puerta sin avisar, a papá le explotaría la cabeza, así que avisarlo de que Tyler y yo estamos de camino no es mala idea. Tal vez le dé tiempo a soltar la rabia antes de que lleguemos.

—Ok —acepto.

Ella me ofrece una débil sonrisa y se dirige hacia la puerta mientras grita por encima del hombro:

—¡En hora buena otra vez, Karen!

Y entonces casi se pone a correr para cruzar la calle y se sube a su coche; el motor se enciende en cuestión de segundos.

—¿En serio está tan mal? —pregunta Tyler, volviéndose hacia mí cuando Ella ya ha desaparecido de nuestra vista.

Ahora él también parece preocupado, sobre todo porque ninguno de los dos habíamos visto a su madre tan nerviosa jamás.

—Eso parece —respondo.

La semana pasada fue tan cabrón que no creí que fuese posible que se pusiera peor, pero según Ella está peor. No tengo ni idea de lo que me espera cuando me presente en su casa.

—No creo que cambie jamás —dice mamá con amargura. Es incapaz de contenerse.

Aprovecha cada oportunidad que se le presenta para expresar su odio hacia papá—. Eden, eres muy valiente. Le hago una mueca y me encojo de hombros, pero cuando bajo la vista hacia el suelo, las Converse captan mi atención más de lo normal. Algo me da vueltas en la cabeza, pero no puedo descifrar con exactitud lo que es, así que me miro las deportivas en silencio hasta que me doy cuenta. Solo me queda por hacer una cosa más aquí antes de despedirme de mamá, de Jack y de Gucci, antes de irnos a casa de papá y

Ella, antes de marcharnos a Portland. Hay algo que no puedo olvidar.

—Un segundo —digo.

Dejo a Tyler con mamá y Jack, salgo corriendo por el pasillo hasta la puerta de mi habitación. Está mucho más ordenada de lo que la dejé, así que supongo que mamá la ha limpiado, y cuando deslizo la puerta corredera de mi armario, está completamente vacío, no hay nada salvo una hilera de perchas vacías. Parece que mamá metió todo el armario en la maleta de verdad.

Al final del verano, volveré a casa otra vez para hacer la mudanza oficial a Portland, entonces empaquetaré el resto de mis pertenencias en cajas de cartón, que luego amontonaré en el coche, listas para el largo viaje. Así que ahora mismo no pienso en coger todas mis cosas. Pienso en una sola: la caja de zapatos vieja que está escondida en un rincón de una de las baldas superiores de mi armario.

Me pongo de puntillas, meto la mano en la balda, y busco entre el montón de porquería que se ha acumulado aquí durante años, hasta que por fin mi mano toca la caja.

Logro cogerla con habilidad y la bajo. Una fina capa de polvo cubre la tapa, que soplo antes de quitarla. Dentro están mis Converse, el par que Tyler me regaló el verano pasado en Nueva York. Las que tienen el No te rindas original garabateado en la goma con la letra de Tyler, con la tinta negra todavía perfecta. Me siento en el borde

de la cama, me quito las rojas que llevo y las reemplazo con las blancas. El par de Tyler. Se vienen a Portland conmigo, y nunca dejaré de ponérmelas.

Tiro las otras en la caja, la coloco de un empujón en la balda y cierro las puertas correderas del armario.

Una vez juré que jamás me las volvería a poner, pero no me deshice de ellas, porque en el fondo sabía que todavía quedaba algo de esperanza. Y tenía razón en mantener la esperanza, y tenía razón en darle a Tyler otra oportunidad, y tenía razón en seguir lo que me dictaba el corazón, porque a veces, solo a veces, merece la pena correr riesgos.

## CAPÍTULO 25

Cuando llegamos a casa, papá ya nos está esperando. Está delante de la puerta, con los brazos cruzados, sacando pecho. Su postura es amenazante y nos mira con furia, y creo que es posible que esté intentando hacer de barricada. Con los ojos entrecerrados, su mirada sigue el coche de Tyler. Está claro que no quiere tener esta conversación dentro de casa.

Tyler aparca detrás del coche de Jamie, en la calle. Mira fijamente a papá a través del parabrisas antes de tragar con dificultad y desabrocharse el cinturón de seguridad, y se vuelve para mirarme de frente. Pone una mano en el reposa cabezas, luego frunce el ceño.

—Y bien, ¿cuál es el plan?

—Tú dile la verdad a Ella sobre tu padre mientras yo me encargo de ese toro desbocado —digo, señalando a papá con un movimiento de la cabeza por encima de mi hombro.

Papá sigue observándonos, esperando. Tal vez crea que si parece lo bastante amenazante, nos dará miedo. Quizá piense que su mirada fulminante y patética es suficiente para que nos rindamos y nos larguemos por donde hemos venido.

—Suenas la hostia de fácil, pero no lo es —murmura Tyler. El nerviosismo lo está superando y es evidente en su cara. Parece

que está a punto de vomitar.

—Dile justo lo mismo que a mí —sugiero, agarrando su mano.

Aprieto mis dedos alrededor de los suyos, y le sonrío con cariño.

Creo que lo suyo es más difícil. Tener que tratar con papá va a ser tenso e incómodo, pero cuando Tyler le cuente a Ella lo de la terapia y lo de su padre, va a ser sobrecogedor y emotivo, y sé lo difícil que es para Tyler sincerarse con este tipo de cosas.

—Es tu madre, Tyler. Lo comprenderá. Como siempre.

—Lo sé —dice, exhalando. Respira hondo y mira nuestras manos. Las levanta, y apoya el mentón en el dorso de la mía, noto el calor de su aliento en mi piel—. ¿Estás segura de que te las puedes apañar con tu padre sola? Parece súper cabreado. Yo puedo acompañarte a hablar con él.

Yo aprieto los dientes y le clavo una mirada que dice que no necesito su ayuda.

—¿Por qué nadie cree que puedo arreglármelas sola con él? —pregunto, pero mi tono es suave. No estoy molesta porque se ofrezca a echarme una mano, pero me decepciona que tanto él como mamá crean que no soy lo suficientemente fuerte para defenderme ante papá—. Soy yo la que necesita hablar con él, y solo yo, porque es nuestra relación la que está hecha un lío. Nadie puede arreglarla por nosotros. Tyler baja nuestras manos para poder asimilar mi expresión al completo, como si estuviera buscando indicios de debilidad. Pero no me estoy mintiendo a mí



misma: sé que puedo apañármelas. Quiero arreglármelas sola.

Justo en ese momento, se oye un estruendoso golpeteo en la ventanilla del pasajero, que nos hace sobresaltarnos. Retiro mi mano de la de Tyler y me vuelvo con rapidez hacia el sonido. En respuesta, papá golpea con los nudillos en el cristal con tanta fuerza que me sorprende que no se rompa.

—¡Si tienes tantas ganas de hablar conmigo, entonces sal del maldito coche! —me ordena, agachándose para fulminarnos con la mirada. De más cerca, veo el fuego en sus ojos, desencadenado por el odio y avivado por el desprecio.

—Capullo —oigo que dice Tyler entre dientes.

Ahora no se lo diría a papá a la cara, pero eso no significa que no pueda pensarlo. Y tiene razón, porque papá es un capullo. Un capullo que está aporreando la ventana del coche de Tyler sin parar, como si fuera un crío. En realidad, es triste. Se supone que él es el padre, y sin embargo está actuando como un niño pequeño. Poco a poco, Tyler abre la puerta del coche y se queda parado en la acera. Yo hago lo mismo, abro la puerta de un empujón y casi le doy a papá con ella.

—¡Joder, Eden! —gruñe.

Ha sido sin querer, porque él está en medio, pero de todas formas prefiere cerrarse en banda y creer que lo he hecho a propósito.

—¿Intentas romperme la cadera? —me bufa.

Estoy empezando a olvidarme de cómo suena su voz normal,

porque el tono huraño es el único que he oído desde hace mucho tiempo.

—No —digo, clavándole una mirada dura mientras cierro la puerta y me coloco al lado de Tyler—. Estoy intentando ser civilizada contigo. ¿Podrías, por lo menos, hacer lo mismo?

—¡Civilizada! —ladra papá.

Hasta pone los ojos en blanco como si eso fuera una petición de lo más rara, cuando es lo menos que puedo pedirle. ¿En serio es demasiado pedirle a un padre que mantenga la calma? ¿Que deje de estar furioso solo un minuto y escuche lo que tenga que decir su hija? Según parece, para él sí.

—Sí, civilizado —corroborra Tyler, y yo le lanzo una mirada alarmada, advirtiéndolo que no interceda por mí. «Por favor, no empieces una pelea», pienso. Y gracias a Dios, no lo hace—. Aunque solo sea por Eden.

—Vaya, vaya —dice papá, cruzando los brazos delante del pecho y dando unos cuantos pasos atronadores hacia Tyler—. Si es el crío drogata que arrastró a mi hija a Portland.

Siento que me atraviesa una ola de rabia, pero me recuerdo a mí misma que debo mantener la calma y no perder los papeles; continúo respirando profundamente. Si le demuestro agresividad no servirá de nada, y aunque las palabras de papá están cargadas de prejuicio y desdén, Tyler no reacciona. Es extraordinario ver cómo no mueve un solo músculo, ni siquiera aprieta la mandíbula.

En su lugar, aprieta los labios y se aparta unos pasos de papá.

—No estoy aquí para hablar contigo, Dave —le dice con calma pero con firmeza—. Yo ya te dije lo que tenía que decir, y tú me ignoraste por completo, así que no voy a desperdiciar mis palabras intentando caerte bien. Soy un buen tío, y si no lo puedes ver, ese es tu problema. Solo he venido para hablar con mamá y con Jamie. Papá se queda algo desconcertado por su actitud, y cuando Tyler me ofrece una sonrisa tranquilizadora antes de dejarnos y dirigirse por el césped hacia la puerta de entrada, juro que vislumbro una fugaz mirada de decepción en los ojos de papá. Es como si quisiese que Tyler se le tirara a la yugular para poder justificar su desprecio. Pero la realidad es que ya no existe ninguna razón para que lo siga odiando, porque Tyler ha cambiado. Lo único que ha hecho en los últimos días que podría considerarse remotamente como algo malo es decirle a papá que ya no había nada entre él y yo. Eso fue una mentira, pero también nos estábamos mintiendo a nosotros mismos, así que no sé si cuenta.

El silencio se instala entre papá y yo mientras observamos cómo Tyler camina hacia la casa. Sé que la ansiedad debe de estar matándolo, y diviso a Ella en el salón, espiando la escena a través de las persianas. En la planta de arriba, Jamie y Chase se asoman por la ventana de mi habitación, pero desaparecen a toda velocidad cuando se dan cuenta de que los he visto. Entonces Tyler llega delante de la puerta abierta, entra con rapidez y desaparece en el

interior de la casa.

—Papá —digo, volviendo la mirada hacia el hombre que tengo delante. Cuando lo miro, no siento nada más que un dolor en el pecho. Es mi padre. Debería sentir amor, pero no es así—. Tenemos que hablar —continúo—. Hablar de verdad.

—No tengo nada que decirte.

—Te fastidias, porque yo tengo todo que decirte.

Me vuelvo hacia la casa y hago un movimiento hacia la puerta. Detrás de mí, papá gime. Y entonces, de muy mala gana me sigue, sus pasos retumban sobre el césped detrás de mí. Creo que sabe que va a tener que hablar conmigo le guste o no. Me sigue hacia dentro, sin decir nada. En la casa también reina el silencio; echo un vistazo al salón cuando pasamos y veo a Chase sentado en el sofá, jugueteando con las manos de manera ansiosa.

—Hola —lo saludo, y entro en la sala. Él levanta la mirada—. ¿Dónde están tu madre y Tyler?

—En el despacho —contesta Chase, encogiéndose de hombros.

—¿Y Jamie?

—Con ellos.

Chase casi parece triste, como si se sintiera desesperado por participar de alguna manera en todo lo que está pasando en vez de ser excluido de las conversaciones importantes que suceden en esta casa, pero la verdad es que hay demasiadas cosas que él ignora sobre el pasado de su familia y es demasiado para él. Ella

siempre ha dejado claro que la verdad le haría más daño que las mentiras.

—¿Vais a discutir? —pregunta, mirándonos a papá y a mí con el ceño fruncido—. Porque no creo que debáis. Estoy harto de peleas. ¿Por qué no nos vamos todos a Florida y ya está?

—No vamos a discutir —lo tranquilizo, aunque puede que esté mintiendo. Mi intención es mantener la calma y la seguridad en mí misma, pero puede que me cabree si papá me presiona demasiado—. Solo vamos a hablar y a arreglar algunas cosas.

—Y tu madre y yo os llevaremos a ti y a Jamie a Florida —añade papá de manera suave, y el repentino cambio en el tono de su voz me resulta exasperante. Cuando le echo un vistazo por encima de mi hombro, le está sonriendo a Chase, y jamás comprenderé cómo puede ser genial con Jamie y Chase pero no con Tyler y conmigo. Ellos ni siquiera son sus hijos biológicos. Yo sí. Chase casi se cae del sofá de la emoción. Desde Navidad, no ha parado de hablar sobre el Estado Soleado de las narices, así que la cara se le ilumina de alegría.

—¿En serio?

—En serio —le confirma papá con un movimiento de la cabeza—. Pero solo si te quedas aquí y me dejas hablar con Eden. ¿Vale, colega?

Chase asiente con la cabeza con entusiasmo, y corre por la habitación para coger el mando a distancia. Enciende la tele y pasa

los canales a toda velocidad, hasta que encuentra algo que ver y se acomoda en el sofá, intentando parecer ocupado y distraído. «Pobre Chase», pienso. Jamás conocerá el pasado de su familia. Tal vez dentro de algunos años Ella decida decirle la verdad sobre su verdadero padre, pero ahora mismo, papá es lo único que tiene. Retrocedo y salgo del salón, y cierro la puerta detrás de mí. Entonces miro a papá. Su sonrisa ha desaparecido, faltaría más, y vuelve a tener el ceño fruncido.

—¿Vamos a la cocina? —sugiero.

No quiero subir a la planta de arriba porque distraería a Tyler de su tarea, así que lo guío por el pasillo hasta la cocina. Puede que sea domingo, pero ahora mismo en esta casa no se respira ni una pizca de paz.

Papá se queda de pie en el lado opuesto de la isla que hay en el centro de la cocina, tiene las manos sobre la encimera y tamborilea con los dedos con impaciencia. Con cara de perro, me mira fijamente, a la espera.

—Siéntate —le pido.

Quiero controlar la situación, y tenerlo por encima de mí como una torre no me tranquiliza que digamos. Parece más amenazador, y yo no he venido para desafiarlo, he venido para ser sincera con él.

—No pienso sentarme —dice.

—Siéntate.

La firmeza de mi voz lo sigue sorprendiendo, y me alivia que hoy

no esté dando mucha guerra. Me motiva mi propia determinación y creo que él debe de notarlo en mi cara, porque se está rindiendo con mucha más rapidez de lo normal. Estoy tan preparada para hablar con él que él ni siquiera está intentando impedírmelo. Dejando escapar otro suspiro de derrota, retira una silla de la mesa y se sienta, se echa hacia atrás y vuelve a cruzar los brazos.

—Muy bien, Eden —dice—. ¿De qué va todo esto?

Lo recorro con la vista, estudio a fondo su expresión. Ya no parece furioso, porque Tyler no está aquí, pero sigue con los ojos entrecerrados, transmitiendo su fastidio. No sé por qué hemos permitido que nuestra relación se torciera tanto. Recuerdo que antes nos teníamos cariño. Yo lo adoraba como toda hija debería. De pequeña, solía contar los días para llegar al fin de semana, cuando papá no tenía que trabajar, porque sabía que él habría planificado algo guay para que lo hiciéramos juntos, pero ahora todo es distinto. Ahora nosotros somos diferentes. La razón principal por la que vine a Santa Mónica hace tres años fue para mejorar mi relación con él, pero parece haber servido para estropearla aún más. Lo único que le puedo decir es:

—¿Por qué estamos así?

Reina un incómodo silencio porque ninguno de los dos puede armarse de valor para contestar la pregunta. Creo que nos hemos distanciado debido a un montón de razones que se han ido acumulando a lo largo de los años. Es difícil encontrar la raíz de

todo, aunque papá no se lo piensa demasiado, porque se limita a encogerse de hombros y dice:

—Lo sabes perfectamente.

—No, en realidad no tengo ni idea —digo, echándome hacia atrás—. ¿Me lo puedes explicar?

Papá vuelve a quedarse callado. Separa los brazos y se frota el mentón, con la mirada clavada en el suelo. He aprendido que a papá no se le da demasiado bien ser sincero, y mientras reflexiona si darme una respuesta o no, frunce los labios. Entonces levanta la vista, me mira y suelta un suspiro.

—Eden, ¿por qué estás aquí?

—Estoy aquí porque no tengo relación con mi padre —contesto de inmediato. Al contrario que él, he pensado mucho en esto los últimos días. He preparado las palabras y las cosas importantes que quiero decir, y por fin puedo expresarlas—. No quiero seguir así, discutiendo y peleando cada vez que estamos en la misma habitación. Quiero tener relación contigo, pero no si vas a seguir tratándome así. Soy tu hija. Se supone que tienes que apoyarme, no destrozarme y criticar mis decisiones aunque sean estúpidas. Se supone que debes estar de mi lado, no en mi contra.

—Eden —comienza.

—No —lo interrumpo con voz firme—. Escúchame. Esta familia es un desastre y lo sabes. Todos lo sabemos, y tú insistes en echarnos la culpa a Tyler y a mí, pero ¿sabes qué, papá? La



verdad es que nosotros no somos el problema. Eres tú. Tú nos has llevado a esto. Este es tu desastre. Tu rabia nos está destrozando a todos cuando ni siquiera tienes motivos para cabrearte. Fuimos sinceros contigo y con Ella; ¿tienes la menor idea de lo que acojona venir aquí y contaros a los dos nuestro secreto? Porque fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida, y tú nos rechazaste sin miramientos. Jamás esperamos que estuvieras de acuerdo con lo nuestro, pero sí queríamos que lo aceptaras. Tal vez no al principio, pero sí con el tiempo, y sin embargo jamás lo has hecho. ¿Por qué has estado tan en contra de nosotros? ¿Por qué nos odias tanto? ¿De dónde viene ese odio?

Me he quedado sin aliento, las palabras han salido de mi boca en una enorme avalancha. Tengo el pulso acelerado, porque necesito respuestas con desesperación.

Necesito oír la verdad de labios de papá, esa será la única forma de avanzar, de dejar esto atrás y salir adelante.

—De acuerdo —dice, inclinándose hacia delante—. Olvida el hecho de que sois hermanastros. Eso puedo dejarlo pasar, pero lo que no puedo aguantar es que mi hija esté con alguien tan inestable. Me gustaba Dean. Era un chaval simpático. Te trataba bien. Pero ¿Tyler? —Niega con la cabeza, casi como si le diese asco—. Tyler es solo un crío que lo único que hace bien es eludir sus problemas. —Pues igual que tú, ¿no? —le disparo, poniéndome a la defensiva—. ¿No evitaste hablar con mamá porque sencillamente no querías

intentar arreglar las cosas con ella? ¿Y no me has evitado a mí porque es más fácil odiarme que aceptarme? —Ahora me estoy empezando a irritar, me enderezo y levanto las manos—. ¿Cuántas veces quieres que te diga que Tyler ya no es la misma persona que era a los diecisiete años? Yo no lo soportaba cuando lo conocí. Detestaba todo lo que hacía. Así que créeme cuando te aseguro que si siguiera siendo así, no estaría enamorada de él.

—Ah —dice papá tras un momento—. Así que ahora estás enamorada de él otra vez, aunque me has dicho en repetidas ocasiones que ya no lo querías.

—Porque era verdad —le confieso, y siento un peso en el pecho que cada vez me oprime más—. Me dejó, papá. Se marchó y nunca volvió, así sin más. Tú sabes lo furiosa que estaba, pero he escuchado todo lo que tenía que decirme, y marcharse fue lo mejor para él. No puedo seguir cabreada con él por haberlo hecho, y lo perdono. —Hago una pausa, porque sé que todavía tengo algo más que explicarle a papá, y creo que ahora es el momento oportuno—. No sé si Ella ya te lo ha contado —balbuceo, jugueteando con las manos, incapaz de mirarlo a los ojos y encontrarme con su mirada asesina—, pero ahora Tyler y yo estamos juntos. Somos pareja, y yo me voy a vivir con él. Me traslado a la Universidad Estatal de Portland. Ya he tomado la decisión.

—Vaya —dice papá, con un tono sarcástico—. Qué genial, ¿no?

—Sí, es genial —respondo—, porque soy feliz, y ¿no deberías querer que tu hija esté feliz y satisfecha y que pueda vivir la vida que desee?

—Quiero que seas feliz —admite papá, con una voz más suave y más baja—. Pero es que no creo que puedas serlo con Tyler.

—¿Cómo puedes saber eso, papá? Solo yo sé lo que me hace feliz, y es Tyler.

Respiro hondo mientras ordeno mis pensamientos, saco otra silla y me siento directamente delante de papá. La tensión en el ambiente parece haberse dispersado, y pienso que permanecer serena es la mejor estrategia que podía haber elegido. Aquí no hay espacio para la rabia. Solo para la sinceridad.

—Por favor, escucha lo que te estoy diciendo —digo con suavidad. Miro a papá con ojos suplicantes, rogándole que asimile mis palabras—. Tyler ha cambiado, ¿vale? A veces la gente lo hace. Cambian a mejor. Y Tyler... se ha desenganchado de las drogas para siempre. No hay rabia en él. Controla su genio. Está más feliz y más relajado. Es cariñoso y considerado. Tiene su propio apartamento. Tiene un trabajo. Dirige un centro juvenil de manera voluntaria. Hasta ha ido a terapia y ha hecho las paces con su padre, ahora mismo se lo está contando a Ella.

Puedo ver cómo papá va abriendo los ojos más y más mientras le transmito esta información, porque sé que no se parece en nada al Tyler que él conoce.

—Y, papá —digo—, él me quiere. De verdad. Jamás me haría daño.

—¿Un centro juvenil? —repite.

—Sí, y es increíble. Está intentando ayudar a otros adolescentes que pueden estar pasando por la misma mierda que él —explico, y me doy cuenta de que sonrío mientras se lo cuento, porque estoy muy orgullosa de él—. Ahora no me vengas con que solo se trata de un tío que no tiene idea de lo que está haciendo, porque lo tiene clarísimo, y le ha dado un giro total a su vida.

Papá se queda muy callado y muy quieto. Recorre la cocina con la vista, sus ojos pestañean de aquí para allá, pero sigue sin mirarme a mí. —Si esto es cierto... —dice al fin—, entonces el chico puede tener otra oportunidad. «Algo hemos progresado», pienso, pero eso es todo. Solo un pasito adelante. Puede que Tyler logre una segunda oportunidad con papá, pero eso no significa que yo también la tenga. Nuestra relación sigue sin existir, y hasta que descubramos la razón por la cual nosotros no podemos llevarnos bien, nada de esto importa. Ayudará que papá pueda tolerar a Tyler a partir de ahora, pero no es suficiente.

—¿Por qué yo no te caía bien incluso antes de que descubrieras lo de Tyler? Sé que lo estábamos intentando y las cosas iban mejorando poco a poco, pero tenía la sensación de que no querías que fuese tu hija. Como que estarías más feliz si yo no estuviera aquí.

Todavía sigo sintiéndome de esa manera. ¿Por qué para Jamie y Chase puedes ser un padre genial y para mí no? —Se me quiebra la voz cada vez más, con cada palabra que sale de mi boca, porque ahora que las estoy pronunciando en voz alta, están empezando a dolerme mucho más de lo que me imaginaba al principio—. ¿Acaso quieres odiarme?

Papá vuelve a suspirar, como si cada vez que lo hiciera estuviera soltando su rabia. Se le ha apagado el fuego en la mirada. En vez de eso, está prestando atención a cómo me ha hecho sentir, y su expresión está llena de culpa.

—No te odio. No quiero que pienses eso.

—Entonces ¿qué pasa, papá? —pregunto, pero creo que me voy a echar a llorar en cualquier momento.

No esperaba que mi padre me escuchara, pero ahora que está reaccionando a lo que le estoy diciendo, me voy dando cuenta de lo mucho que hemos tardado en tener esta conversación. Deberíamos haberlo hecho hace mucho tiempo, porque las cosas nunca se arreglan a no ser que se hablen.

—Porque desde luego que no me quieres.

—No lo sé —dice papá, agachando la cabeza hacia el suelo. Parece estar avergonzado, como si supiera que me ha tratado mal y ahora tuviese que enmendar sus errores.

—Dime por qué —le ordeno, aunque mi voz no es tan firme como me gustaría.

Estoy empezando a parecer débil—. Solo dime por qué, papá. Dame una sola razón por la que siempre te has mostrado tan hostil hacia mí.

—Porque te pusiste de parte de tu madre, ¿vale, Eden? —dice cortante, levantándose como un rayo de la silla, explotando bajo la presión. Respira con dificultad mientras se le sube el color a las mejillas, y aprieta los ojos con fuerza y se presiona el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Lo miro pestañeando, confundida.

—¿Qué?

—Cuando nos divorciamos —dice papá despacio, abriendo los ojo —, tú te pusiste de su lado. Hiciste que quedara como el malo de la película aunque yo era un buen padre. Tú madre y yo... nos peleábamos porque éramos incompatibles y teníamos diferentes puntos de vista y opiniones sobre casi todo. No discutíamos porque yo fuera un gilipollas, y esa es la impresión que te ha dado, pero no fue justo que yo recibiera toda la culpa cuando ninguno de los dos era culpable. Ya sé que tú eras muy pequeña, pero cada vez que se producía una discusión, tú solías sentarte con tu madre y fulminarme con la mirada cuando ni siquiera había sido yo el que había empezado la pelea. Yo también estaba pasando por un infierno, Eden. No solo ella.

El hecho de que papá por fin se haya abierto y me haya dado una maldita explicación de una vez por todas es suficiente para dejarme sin palabras. Jamás se me pasó por la cabeza que se sintiera así.

Jamás supe que yo lo había hecho sentirse así. Crecí creyendo que papá había sido la razón del divorcio, aunque siempre he sabido que se debía al simple hecho de que mis padres sencillamente ya no conectaban. Siempre fue más fácil culpar a papá.

—Sé que me marché sin decir adiós —continúa, caminando de un lado a otro delante de mí—. Sé que en eso la cagué, pero me fui porque sabía que todas esas peleas no eran buenas para ti, Eden, porque no te merecías unos padres que estaban tirándose a la yugular a todas horas.

—Pero —digo aguantando el llanto, y me pongo de pie a pesar de que tengo las piernas entumecidas—. Pero nunca me llamaste.

—Porque pensé que no querías saber de mí —reconoce—. Por eso os dejé a las dos en paz, y si todavía te interesa saber por qué me resulta tan difícil tratar contigo, es porque sé que todavía piensas que el divorcio fue culpa mía.

No digo que lo siento, pero estoy llorando. Las lágrimas se me han escapado, y bajan por mis mejillas, ya que los últimos minutos me han sobrecogido. «Progresamos un poco más.» Tal vez, solo tal vez, podamos tener una relación algún día. Ahora no, todavía no. Vamos a necesitar mucho tiempo para reconstruir la confianza y perdonarnos, pero es un buen comienzo. El poner la verdad al descubierto es solo el principio. Ahora empieza el trabajo duro de verdad.

—No —dice papá, dando un paso hacia mí. Parece como si quisiera secar mis lágrimas, pero tampoco se atreve a tocarme, así que retrocede y se frota la nuca con ansiedad—. Mira, yo... Yo sé que he cometido errores. Y tú también. Los dos nos hemos equivocado. Como todo el mundo. Y no quiero pelear contigo, Eden. De verdad que no. Pero voy a necesitar algo de tiempo para asimilar todo esto, y yo estoy dispuesto a hacer un esfuerzo si tú también lo haces, porque tienes razón. Estoy poniendo a toda esta familia bajo mucha presión.

—Sobre todo a ti y a Ella —murmuro, secándome los ojos. Me abanico la cara y luego exhalo, y como estoy siendo del todo sincera con él, añado—: Ella está empezando a mirarte igual que mamá justo antes del divorcio. Por favor, no echas a perder otro matrimonio.

—Lo sé —dice papá, frunciendo el ceño. Se pasa una mano por su pelo cada vez más canoso, y echa un vistazo al reloj de la pared—. No voy a abrazarte ni nada por el estilo —balbucea—, porque todavía estoy cabreado contigo por haberte largado la semana pasada. Descubrir al despertarme que tu hija se ha fugado durante la noche con un ex gamberro no era exactamente lo que más me apetecía.

Así que en vez de abrazarnos, optamos por darnos la mano para sellar el trato de que los dos nos vamos a esforzar más a partir de ahora. Justo cuando estoy retirando mi mano de la de papá, oigo



pasos en la escalera. Es Ella, con Tyler y Jamie detrás. Nos ven en la cocina y se dirigen hacia nosotros.

En cuanto Ella entra en la cocina, noto que ha llorado. Tiene los ojos rojos e hinchados, y el maquillaje corrido. No intenta ocultarlo, solo resuella y me lanza una mirada inquisitiva. Sé lo que está intentando preguntarme. Quiere saber si papá y yo hemos hecho algún progreso. Y le hago una pequeña señal con la cabeza que dice: «Lo he conseguido». Tyler la sigue de cerca, está algo pálido. Tiene las manos en los bolsillos, el labio inferior entre los dientes, sus ojos encuentran los míos. Intercambiamos sonrisas de alivio y de satisfacción, de orgullo y felicidad. Parece que hayamos escalado una montaña para llegar a este punto.

Detrás de Tyler, veo que la mirada de Jamie está vacía. Tiene una expresión neutral, y se queda junto al arco de acceso a la cocina, mirando fijamente al vacío. No estoy segura de cómo se siente ahora mismo, pero puedo imaginar que descubrir que Tyler ha vuelto a hablar con su padre ha sido un golpe duro para él. Papá se aclara la garganta y da un paso hacia Tyler.

—Felicidades —le dice, y Tyler enarca una ceja con sospecha, perplejo al no saber a qué se refiere—. Por el centro juvenil —le explica.

—Ah —contesta Tyler—. Gracias.

Extiende el brazo y por fin, por fin, los dos se dan la mano, con fuerza. Es un paso muy importante, y Ella parece tan aliviada y

emocionada que creo que está a punto de desmayarse. Chase debe de oír el ruido que sale de la cocina, porque se acerca en silencio desde el salón y se sitúa al lado de la puerta, junto a Jamie. La curiosidad se refleja en sus ojos mientras nos echa un vistazo a todos, intentando calibrar si el ambiente es tóxico o no. No lo es. Solo se respira esperanza.

—Deberíamos ponernos en marcha —dice Tyler, mirándome a la vez que levanta las llaves del coche. Ella resuella, y Chase se queja de que acabamos de llegar. Ni Jamie ni papá dicen nada, sobre todo porque creo que no les molesta que Tyler y yo nos vayamos.

—Deberíamos ir a haceros una visita en algún momento —sugiere Ella. Con los ojos llenos de esperanza, mira a papá—. ¿David?

Papá nos observa a Tyler y a mí, y sé que todavía es demasiado pronto para que vengan a Portland a visitarnos, pero de todas formas lo considera. Todo lo que dice es:

—Tal vez más adelante.

Y entonces me lanza una sonrisa forzada que expresa miles de palabras, antes de darse la vuelta hacia las puertas del patio y salir afuera. Esto es difícil para él, pero aprecio que me haya escuchado. No creo que hoy sea capaz de lidiar con nada más, así que se aparta de la situación.

—Espero que os vaya muy bien en Portland —nos dice Ella, y aunque sonríe, está rompiendo a llorar.

Se acerca a Tyler y lo abraza, un abrazo largo y apretado, y le da un beso en la mejilla. Luego viene hacia mí, rodea mi cuerpo con los brazos y me aprieta fuerte.

—Gracias —murmuro contra su hombro— por todo.

Cuando da un paso hacia atrás, se limita a asentir con la cabeza. Ella siempre nos ha apoyado y le estaré agradecida toda mi vida. Significa mucho para mí.

Me vuelvo hacia Jamie, pero él se niega a mirarnos a Tyler y a mí. Tyler le pone una mano en el hombro y lo aprieta con fuerza, pero creo que nos va a llevar mucho tiempo que Jamie acepte nuestra relación. Sin embargo, si papá es capaz, entonces cualquiera puede. Creo firmemente que con el tiempo, ya sean tres meses o tres años, Jamie dejará de estar tan en contra de lo nuestro. Chase nos abraza a los dos, porque es Chase, y a él le gusta todo el mundo sin importarle lo que dicen o hacen.

—Pero ¿Portland no era un asco? —me pregunta, ladeando la cabeza y mirándome con desconfianza con esos ojos azules que tiene.

—No —le digo sonriendo—. Era mentira.

Tyler se ríe y me coge de la mano, y mientras nos dirigimos hacia la puerta a través del pasillo, Ella y Chase nos siguen. Jamie se queda atrás. Como papá, creo que ya ha tenido suficiente por hoy. Algunas personas necesitan más tiempo que otras para aceptar cierta información.

—Pero no os olvidéis de llamar de vez en cuando —nos recuerda Ella, con lágrimas en las mejillas. Cada vez que Tyler tiene que dejar la ciudad, se pone sensiblon.

Comparten un vínculo precioso—. O todos los días, no me molestará. Tyler le da un último abrazo, y entonces nos vamos, salimos por la puerta de la casa que una vez fue nuestro hogar pero ya no lo es. Portland es nuestro nuevo hogar, nuestra nueva aventura, nuestro nuevo riesgo.

Como es domingo, la calle se ve tranquila y perezosa, el calor de la tarde cae sobre el barrio. Tyler me observa sonriendo mientras cruzamos el césped, y sus ojos verdes me miran ardientes, llevamos los dedos entrelazados y nuestras manos se mecen entre nosotros.

—¿Qué tal te ha ido? —me pregunta, pero lo único en lo que puedo pensar es en lo feliz que parece.

—Bien —le respondo—. Creo que por fin estamos llegando a alguna parte. Y a ti ¿qué tal te ha ido?

Aunque se encoge de hombros, sigue sonriendo, casi como si se sintiera satisfecho y orgulloso de sí mismo al poder desahogarse de una vez por todas. No más secretos.

—Va a llevarle algo de tiempo a mamá aceptarlo del todo —dice—, pero ha ido tan bien como podía haber ido.

—¿Y Jamie?

—Él sencillamente no lo entiende —dice Tyler con un suspiro—,

pero con el tiempo, entenderá que todo el mundo se merece una segunda oportunidad. Como papá, y yo, y nosotros.

Le sonrío, sintiéndome súper orgullosa de todo lo que ha logrado durante este último año y de la persona en la que se ha convertido. Me enorgullece estar a su lado, junto a él, sabiendo que por fin es mío y que puedo mostrárselo a todo el mundo. Es todo lo que siempre he querido, y me acerco aún más a él, y le aprieto aún más la mano. Con el rabillo del ojo, diviso el coche de Rachael aparcado en la entrada de su casa. Sé que no puedo irme sin despedirme de ella. Le digo a Tyler que me espere, suelto su mano y corro al otro lado de la calle; toco el timbre una y otra vez. No tenemos prisa, pero por mis venas corre tanta energía que no me puedo controlar. Por suerte, es Rachael quien abre la puerta en vez de sus padres, y antes de que tenga oportunidad de decir algo, me lanzo a sus brazos.

La abrazo con fuerza, y cuando me aparto, me está mirando con esa sonrisa triste que tanto detesto.

—Así que te marchas de verdad, ¿eh? —me pregunta, haciendo un puchero con los labios.

Yo asiento con la cabeza.

—Volveré otra vez al final del verano, pero por ahora, sí.

—Entonces más vale que te des prisa —dice sonriendo—, porque tu príncipe azul te está esperando.

Sigo su mirada por encima de mi hombro hacia Tyler. Me está

contemplando con una sonrisa en los labios y con los brazos cruzados sobre el pecho mientras apoya la espalda contra el coche, esperándome con paciencia, listo para salir de Santa Mónica y emprender nuestro viaje de regreso a Portland. Se ve hiper maravilloso, y ni siquiera tiene que esforzarse. Yo me sonrojo y por fin aparto mis ojos de él y vuelvo a mirar a Rachael.

—Buena suerte con Snake —le deseo.

—Buena suerte con tu hermanastro —me contesta, y no podemos hacer más que reírnos, que es algo que jamás daré por sentado.

Qué curioso resulta que el hecho de que Tyler y yo seamos hermanastros ya no importe, que ahora solo sea un comentario casual para hacer un chiste. Jamás pensé que un día podría reírme de ello, pero aquí estoy, y creo que esto refleja lo mucho que hemos avanzado.

Le lanzo un beso a Rachael, doy media vuelta y mantengo mis ojos fijos en Tyler; una gloriosa sonrisa se me dibuja en la cara con solo mirarlo. Siento infinito amor hacia él.

Camino casi corriendo por el césped de Rachael hacia la calle, y luego hacia la persona que siempre ha sido y siempre será el dueño de mi corazón. Cuando llego a su lado, mis labios se encuentran con los suyos en cuestión de segundos, y hay tanta pasión mientras su boca se mueve en armonía con la mía que cada fibra de mi ser está ardiendo. Siento escalofríos en mi espina dorsal, tengo la piel de gallina en los brazos y cosquilleos en las

manos. Sonríó contra sus labios porque mi felicidad en este momento es tan arrolladora que ya no puedo seguir controlándola, y cuando abro los ojos para mirarlo, sus iris verde esmeralda me contemplan brillantes. De fondo, veo que Ella le está tapando los ojos a Chase, pero está sonriendo. Puedo oír a Rachael silbando desde el otro lado de la calle.

Cuando vuelvo la mirada hacia Tyler, cojo su cara con mis manos y, mordiéndome el labio inferior, le susurro:

—Mira hacia abajo.

Lentamente, baja la vista hacia el suelo, y yo ladeo el pie para que pueda ver las Converse que llevo puestas. Su letra está de cara a nosotros, y cuando me vuelve a mirar a los ojos, su expresión es radiante.

Después de todos estos años, después de todos los obstáculos que hemos tenido que superar, al fin somos felices. La situación no es perfecta. Todavía estamos descifrando cosas, todos estamos enmendando nuestros errores y cambiando, pero lo primordial es que lo estamos intentando. Hemos crecido y hemos aprendido, pero lo más importante de todo es que por fin nos hemos aceptado a nosotros mismos.

«Por fin —pienso—. Por fin.»

Visítanos en : [repisabooks.blogspot.com](http://repisabooks.blogspot.com)

## SOBRE LA AUTORA

Estelle Maskame es una jovencísima autora escocesa de diecisiete años, que se ha hecho famosa en Wattpad con más de cuatro



millones de descargas y 125,000 seguidores en twitter. Es la autora de la apasionante y adictiva serie You.

[www.estellemaskame.com](http://www.estellemaskame.com)

*You 3 Miss You Estelle Maskame*